LOS

PURITANOS DE ESCOCIA.

LOS

PURITANOS DE ESCOCIA,

POR

SIR WALTER-SCOTT.

JOSÉ VAZQUEZ-YLLÁ
SABATER
VALLADOLID

VALLADOLID:
Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,
Libreros de la Universidad y del Instituto.

1878.

LOS PURITANOS DE ESCOCIA,

Acaso no habrá ninguno de mis lectores que, residiendo accidentalmente en alguna aldea ó lugar, no haya tenido el capricho de divertirse contemplando, al apacible frescor de hermosa tarde de verano, cómo salen los muchachos de la escuela. El inquieto espíritu y natural travesura de la niñez, difícilmente contenidos durante el fastidio de las horas de aplicacion y silencio, rompe en chillidos, canciones y descompasados brincos: así que, reuniéndose los chicuelos en diferentes grupos, se dirigen hácia el verde prado, teatro ordinario de sus juegos y pasatiempos pueriles. Descuella en medio de ellos cierto personaje caviloso y mugriento á quien cabe igualmente alguna parte del placer que á todos inspira la hora suspirada del descanso. Hablo del severo dómine, que, atontado por el continuo murmullo, sofocado con respirar el aire denso

de su escuela, ha pasado el dia en contener la demasiada viveza, aguijonear la flojedad é indolencia, ilustrar la estupidez, y reducir con todo género de esfuerzos la obstinacion y la holganza. La repeticion de un mismo párrafo, solamente variada por las diferentes equivocaciones con que lo declaman sus discípulos, no solo le atolondra y exaspera, sino que lo deja supino y aletargado, mientras aun zumba en sus lastimados oidos el eco destemplado y chillon de los bichos que los martirizaban. Las mismas flores clásicas del ingenio, que halagaban su mente sombría y meditabunda, marchítanse para él á fuerza de verlas mezcladas con lágrimas, rabietas y castigos; por manera que las églogas de Virgilio, las odas de Horacio y las sátiras de Juvenal, en vez de deleitarle con plácidas imágenes y sonoras cadencias, le recuerdan el mohino gesto de algun pertinaz y desaplicado estudiante. Y si se añade á su tédio un temperamento algo delicado ó un espíritu ambicioso de mas distinguido empleo que el de tirano de la infancia, concebirá fácilmente el lector cuánto deberá consolar un paseo solitario en fresca tarde de otoño al pobre maestro cuya cabeza sufre tanto, y cuyos nervios se han mantenido tirantes cuatro horas mortales por desempeñar las ásperas atribuciones de la enseñanza pública.

Por lo que á mí hace, puedo asegurarle que tales paseos han sido los únicos momentos felices de una vida angustiosa y agitada; y si es tan indulgente que no se desdeñe de recorrer estas páginas, amargos frutos de mi meditacion y mis vigilias, sepa que las he trazado y concebido en correrías semejantes, dadas alrededor de la aldea

á donde fuí á parar cuando las guerras y las persecuciones me obligaron á huir de las hermosas campiñas de mi pátria.

Era el sitio á que acostumbraba dirigirme la orilla de un solitario rio, que pasea en medio de poblados árboles su mansa y murmuradora corriente. Ella me conducia á un cementerio rústico, lugar favorito de mi meditacion, y sosegado recinto en que hallaba el consuelo de mis penas. Allí he pasado largos ratos pensando en las desgracias de mi vida y en los desastres que afligian á Europa, mientras la blanda luz del sol poniente ó el tibio resplandor de la luna alumbraba aquellos groseros sepulcros. Los hombres que se encierran en ellos han vivido desconocidos en la tierra, sin embargo de que algunos, por su natural talento y por el filantrópico deseo que acaso les animaba, merecieran ocupar los mas brillantes destinos de un imperio. ¡Ah! si un amigo generoso y leal no se olvida de lo que le he suplicado en distintas ocasiones, espero que mis huesos descansarán tambien en aquel retiro silencioso, donde saboreé el único consuelo de la adversidad en las dulzuras de una plácida esperanza.

Hallábase desde algunos años tan absolutamente abandonado, que las pocas elevaciones que se advertian en él estaban cubiertas de las mismas yerbas que entapizaban el suelo á manera de una alfombra. Si esto sucedia respecto de las sepulturas ordinarias, en cambio, los siete ú ocho sepulcros que lo adornaban veíanse medio enterrados y revestidos de musgo.

Ninguna tumba reciente turbaba la calma de mis reflexiones, ofreciéndome el desagradable cua-

dro de las calamidades del dia anterior; ninguna mazorca de yerbas me hacia pensar que su lozanía fuese debida á los corrompidos restos de alguno de mis semejantes que engrasase y estercolase desde la víspera aquel campo solitario. Las violetas que bordan el suelo, y el aromático tomillo que embalsama el aire, reciben el jugo nutricio del rocío de las nubes, sin que nos entristezcan con aspecto silvestre y amarillento color. No cabe duda en que aquella es morada de la muerte y en que allí tenemos á nuestra vista mil víctimas de su voracidad; pero no nos causa desagradable impresion, merced á lo remoto de la época en que cayeron y á la leccion patente de que si sus despojos están ya confundidos y amalgamados con la tierra, nuestra madre comun, sufrirán un dia los nuestros la misma trasformacion.

Bien que desde muchos años encubra el blanco césped las mas modernas de estas sencillas tumbas, el recuerdo de los que duermen eternamente en ellas es todavía objeto de un supersticioso culto. Admírase en la mas decorosa de todas un caballero armado de punta en blanco, tendido sobre la losa fúnebre, en cuya rodela se ven medio borradas por la mano destructora del tiempo, palmas, coronas y timbres. Primorosamente esculpidos se descubren en la que le sigue un báculo, una mitra y una cruz, evidentes indicios de la tradicion que se conserva de haber sido enterrado allí un obispo respetable por sus virtudes y saber. Léese mas allá sobre algunas otras, en prosa grosera ó desaliñados versos, la historia de los que descansan en su cóncavo seno, reducida á manifestarnos que pertenecieron á las acérrimas legiones presbiterianas que

tan valerosamente pelearon en tiempo de Cárlos II contra los caballeros estuardistas.

Parece que habiendo tropezado en este mismo valle con cierto destacamento puritano retirándose del combate que acababa de darse junto á las montañas de Pentland, trabóse entre ellos mortal contienda, en la que fueron vencidos los campeones del puritanismo, y atrozmente alanceados por los fieros vencedores. Por esto dan los aldeanos á las sepulturas de esas víctimas un honor que niegan á los magníficos mausoleos; y cuando las enseñan á sus hijos, no olvidan la narracion de cuánto intrépidas sufrieron á fin de inspirarles el mismo entusiasmo en pró de la venerada creencia que les dejaron.

Aunque reprobaria algun hombre sobradamente timorato la especie de culto con que se honran los restos de estos antiguos adalides, siento á veces no sé qué impulso de admiracion cuando los contemplo haciendo rostro á los obstáculos con la energía de los héroes antiguos, ó sujetarse á su mala suerte con la resignacion de los primitivos mártires. Por esto se habrá dicho que la firmeza del carácter escocés principalmente brilla en los contratiempos, semejante al sicomoro de la sierra, que no doblega sus ramas al bravo soplo de airados vientos, antes bien desplegándolas con osadía por todas direcciones, prefiere que las rompa el temporal á inclinarlas al ímpetu de su violencia.

Al acercarme una deliciosa tarde al apartado cementerio, sorprendióme el eco de cierto ruido que en nada se parecia al murmullo del raudal, á los suspiros del céfiro, ó al sacudimiento de árboles gigantescos, que es lo único que de tiempo en

tiempo interrumpe el profundo silencio de aquel sagrado recinto. Apresuré el paso, hostigado de mi natural curiosidad, y por entre las hojas de las silvestres encinas que lo sombrean descubrí un anciano sentado en las sepulturas de los cristianos, recorriendo con una especie de punzon ó grosero cincel las medio borradas letras que recuerdan sus hazañas y fulminan anatemas contra sus inflexibles matadores. Un sombrero de grandes alas cubria su entrecana cabellera, y los modestos calzones que llevaba eran del mismo color que las medias, formando un vestido completo con el chaleco y la chaqueta, por reconocerse en las tres piezas el corte redondo ó curvilíneo, ya desautorizado por la moda, que tanto acreditaba á los sastres del pasado siglo. Ancha y tosca capa de paño pardo, como destinada á resistir las inclemencias del cielo, completaba el traje del incógnito, y daba idea de una vida algo andariega, no menos que el viejo y flaco rocin que pacía mansamente junto á él con semblante tan macilento y abatido como el de su propio dueño. Los jaeces del pobre animal eran anticuados y sencillos, á semejanza de los arreos del ginete, y colgábale del arzon delantero de la silla una alforja de badana donde iban metidos los instrumentos necesarios para limpiar las piedras sepulcrales y poner en claro sus incripciones. Aunque nunca hubiese visto á que acabo de describir, la modestia de sus atavios y el trabajo singular que absorbia toda su atencion me lo dieran fácilmente á conocer por cierto anciano errante, de quien oyera hablar, conocido en diferente términos de Escocia por *el hombre de las tumbas*. Jamás pude averiguar de positivo en qué ciudad ó baronía

habia nacido, ni cuál fuese su verdadero nombre; ni aun llegaron exactamente á mi noticia los motivos que le obligaron á abandonar su hogar para hacer profesion de una vida caprichosa y divagante.

Asegurábase, no sé si con fundamento, que era natural del condado de Dumfries y descendiente de uno de aquellos defensores acérrimos del Covenant, cuyas hazañas formaban el objeto predilecto de sus coloquios. Decian tambien que habia poseido una granja con cierto número de aranzadas de tierra; pero que ya fuese por menoscabo de sus intereses, ó ya por desazones domésticas, renunció á las comodidades y abandonó su casa, su familia y sus amigos, resuelto á dedicar sus dias á mantener con decoro los sepulcros de los defensores de su pátria ó de los corifeos de su secta.

Arreglábase de tal manera en su piadosa peregrinacion, que pudiera visitar cada año los de cuantos perecieran en la lid durante los turbulentos reinados de los dos últimos Estuardos; y bien que tales sepulturas sean mas numerosas en los distritos de Ayr, Galloway y Dumfries, hállanse tambien en otras partes, en aquellas sobre todo á donde se retiraron los fugitivos, y en donde nunca sucumbieron, peleando siempre con esfuerzo digno de tan noble causa. Verdad es que al efecto de encontrarlas es preciso andar por despoblados: pero esto no era obstáculo para el ardiente celo, para la incansable diligencia del *anciano de las tumbas*.

Muchas veces en los parajes mas agrestes y solitarios de las montañas se ha sorprendido el cazador de verle sériamente ocupado en arrancar de

las piedras funerarias el musgo que las cubria, restaurar las inscripciones y recorrer con su cincel los símbolos de duelo que las adornan. Una piedad sincera, aunque estravagante, era el único motivo que tuviese aquel anciano para consagrar tantos años de su vida á la memoria de los pertinaces defensores de su creencia. Figurábase desempeñar uno de los mas sagrados deberes conservando los emblemas del celo y sufrimiento de sus antepasados, y alimentar de esta suerte la fervorosa llama que habia de inspirar á sus descendientes el deseo de defender aquella misma doctrina á costa de iguales peligros.

En todos sus viajes ó peregrinaciones no tenia necesidad de socorros pecuniarios, puesto que nada aceptaba que oliese á ningun género de lucro; lo cual era tal vez debido á la generosa hospitalidad que hallaba siempre bajo el techo de algun *cameroniano* de su propia secta, ó cualquiera persona algo entusiasta por los antiguos adalides del puritanismo. El modo de corresponder á su acogida era reparando los sepulcros donde descansaban los antepasados de aquel hospitalario solar, en caso de que tambien se hubiesen distinguido en las legiones de su pátria. A causa pues de hallársele frecuentemente dedicado á semejante tarea, ya en algun cementerio del lugar, ó ya en las tumbas del desierto, turbando con su martillo la tranquilidad de las aves y el silencio de los bosques, mientras pacia mansamente el estenuado rocin á su alrededor, habianle dado la denominacion popular de *hombre de las tumbas*, denominacion análoga á la costumbre de vivir continuamente con los muertos.

El carácter de semejante individuo parece que

nada debiera tener de festivo ó risueño, y pasaba sin embargo como hombre de buen humor, ó por lo menos á quien no desagradaba cierta jovialidad moderada é inocente. Es cierto que exaltaba su imaginacion la idea de cuanto sufrieran los restauradores de aquella falsa doctrina; pero este movimiento de cólera pasaba rápido, volviendo fácilmente á la mansedumbre que le era natural.

Atando empero el hilo de mi encuentro con el *hombre de las tumbas*, ya puede presumir el lector que tributé el debido homenaje á sus años, y aun á los erróneos principios de que hacia alarde, á fin de captarme su benevolencia y lograr que entrase en conversacion conmigo. El buen anciano, despues de un momento de pausa, quitóse unos espejuelos de forma antigua, limpiólos con el pañuelo, y poniéndoselos otra vez respondió á mis afables espresiones con palabras no menos corteses. Animado por la amabilidad de su acento, arriesgué preguntas sueltas sobre las virtudes cívicas y religiosas de aquellos cuyos sepulcros pulia; y como el hablar de sus altos hechos era su conversacion favorita, dejó el trabajo que lo ocupaba para abandonarse al placer de instruirme en lo relativo á mi pregunta. Al oirle referir los varios sucesos de tan antiguas guerras sin dejarse la mas despreciable menudencia, hubiérase podido creer que fuese, no solo contemporáneo de ellas, sino hasta testigo ocular.

«Nosotros somos, decíame en tono inspirado, nosotros los verdaderos restauradores de Escocia, los adalides á quienes debe la corona de Bretaña los elementos de su grandeza y su poder. Hombres sensuales, hombres sin celo por la religion,

hombres incapaces de arrostrar con frente impávida los peligros y la muerte, han usurpado el glorioso título de defensores de la pátria. ¿Quién de ellos aguantaria sentado seis horas mortales sobre la punta de un cuchillo para escuchar durante ellas los edificantes consuelos de la palabra divina? ¡Ah! por todas partes solo se ven gentes ambiciosas del poder, sedientas de las riquezas, aspirantes á vanos honores, olvidándose de cuanto hicieron los ilustres cristianos de mi secta para desviar de este pais el fulminante brazo de la eterna justicia. ¿Y nos admiraremos de que teman el cumplimiento de la terrible profecía de Peden (1), aquel piadoso siervo del Altísimo, cuyas palabras debieran grabarse en eternos bronces? ¿nos admiraremos, repito, de que teman el vaticinio de ver enarboladas las banderas del arrogante francés en las altas cumbres de los circunvecinos montes? Armados se pasean los secuaces del pillaje y de la holganza por las revueltas de la sierra (2), sin que nadie ponga término á sus amenazas ni trate de encaminarlos por la senda de la paz, ¡Ah! ¡qué dirian los antiguos héroes del Covenant, si viesen tiranizado el pais á esas hordas, mas crueles aun que las que vomitaron los arenales de Libia contra la desventurada España!»

Hice lo posible para templar la inocente ira del anciano, y deseoso de conocerle mas á fondo y procurarme por su medio algunas noticias acerca de las célebres contiendas de Balfour y de Morton,

---

(1) Predicador fanático de la secta puritana.

(2) Alusion al espíritu estuardista que reinaba entre los montaraces de Escocia.

roguéle aceptase la hospitalidad en la vecina aldea, donde podia ofrecerle un albergue, aunque humilde, no destituido de abrigo y comodidad. Aceptólo, y en el espacio de dos dias que pude conseguir lo habitase, instruíme en mil anécdotas curiosas acerca de lo que deseaba saber, y en cuál fuese el verdadero carácter de los caudillos que tanto asombro esparcieron por los términos de Escocia. Cuando, sin hacer caso de mis duplicadas instancias, resolvió abandonarme para seguir en su caritativa romería, me tomó la mano despues de haber montado en el flemático rocin, y díjome con ademan compungido las siguientes razones:

«Ruego á mi divino Maestro, oh, jóven, que bendiga en vos el digno discípulo del Evangelio, lleno de respeto y ternura con los ancianos, y de caridad con los peregrinos. Mis dias ya son como las flores secas y sin lustre que vuelan al primer viento que sopla; los vuestros, empero, aseméjanse al arbolillo tierno, que si bien se dobla cuando silba el huracan, no lo marchita ni arranca el ímpetu de su furia. No obstante, á veces cede tambien á las inclemencias del cielo, y es triste despojo del campo el que antes fuera todo su orgullo y su esperanza y su asombro. Os aconsejo que imiteis al solícito jornalero que, ignorante de cuando vendrá el amo, está siempre preparado para recibirlo. Si Dios dispusiera que al volver por los alrededores de esta aldea estuviese descansando bajo la losa sepulcral, os prometo que estas manos trémulas y arrugadas esculpirán en ella vuestro nombre, y un breve elogio á las modestas virtudes que os adornan.»

Dí gracias al anciano, y lancé secretamente un

suspiro pensando en mis infortunios y en que acaso no se pasaria mucho tiempo sin que tuviese necesidad de los ofrecimientos que me hacia. El destino lo ha dispuesto de otro modo; la adversidad no pudo triunfar de mi juventud, y las inclemencias del cielo triunfaron en breve de su vejez. Pasado algun tiempo, no se le hallaba ya por los cementerios y demás tumbas que solia recorrer, por mas que el musgo y varias plantas silvestres iban cubriendo las labores y epitafios que pulimentara con tanto esmero. Supe al fin que le encontraron en medio de un camino real, exánime y moribundo, sin que pudiesen restaurar sus sentidos los que acudieron á socorrerle. Allí terminó su larga peregrinacion junto al mismo caballo que le acompañara en ella, mudo depositario de una suma suficiente para enterrarlo con decoro, circunstancia que manifiesta por sí sola que no apresuraron su muerte la violencia ó la miseria. El pueblo de aquellas cercanías conserva tal respeto á su memoria, que se figura que las piedras sepulcrales de que tanto cuidaba no necesitarán nunca del cincel para conservar los epitafios y trofeos grabados en su superficie.

Ya conocerán mis lectores por lo que llevo dicho que, al reunir lo mas curioso de las anécdotas del anciano para trazar con mano poco diestra la historia de las reyertas puritanas del siglo XVII, me he guardado bien de adoptar su estilo enfático, sus opiniones exaltadas, y hasta los hechos que me han parecido desfigurados por su propia preocupacion contra sus contemporáneos. Proponiéndome al mismo tiempo ofrecer al público el cuadro de las costumbres de aquellos hombres fanáticos, no he

podido menos de consultar á sus oscuros y orgullosos descendientes, y sobre todo á esos sastres de aldea, que merced á su profesion ambulante y sedentaria, y á la práctica de ejercerla permanecien o lo que es menester en casa del que los necesita, pueden considerarse como los depositarios de una especie de crónica rural. Tambien rectifiqué varios lances de los que me refiriera el *hombre de las tumbas* por lo que me han dicho doctos varones que entendieron en el exámen y arreglo de antiguos y preciosos archivos.

Mi ánimo no solo ha sido ofrecer un recreo á mis lectores con la relacion de célebres hechos acaecidos en Escocia, sino presentarles un luminoso ejemplo del término fatal á que conducen las ambiciones humanas. Y si creyese todavía alguno que hacemos sobrado favor á los héroes del puritanismo por pintarlos con la constancia, generosidad y desprendimiento que generalmente les suponen, acuérdese de que ya pagaron los desvarios de su turbulenta vida, y de que nos mueve á indulgencia el recuerdo del castigo que grabó la omnipotente mano de una Providencia justa sobre la desaliñada losa de su tumba.

CAPÍTULO PRIMERO.

En los reinados de los últimos estuardos empleaba el ministerio cuantos medios se hallaban á su alcance para amortiguar el espíritu de puritanismo que habia formado el carácter principal del gobierno republicano.

De este modo procuraba renovar las instituciones feudales que unian antes al vasallo y al señor, y enlazaban á entrambos á los intereses de la corona; pero no siempre acertaba en los medios de lograr tan recomendable objeto. Las autoridades prescribian frecuentes revistas, ejercicios militares y aun juegos ú otros pasatiempos, olvidándose de que semejantes providencias tenian algo de impolítico. Los jóvenes de ambos sexos, para quienes hubiera sido tentacion irresistible la flauta y el tamboril en Inglaterra, y la zampoña en Escocia, hallaban cierto placer en burlar las órdenes con que querian obligarles á los regocijos y á la danza.

Rara vez tiene buen resultado el exigir á la fuerza que las gentes bailen y se diviertan, como se ha visto hasta en los mismos bajeles que se dedican al comercio de negros, cuando, á fin de que los esclavos se agiten un poco y se renueve en sus estrujados cuerpos la circulacion de la sangre, les hacen dar cuatro cabriolas durante el breve rato que les permiten respirar el aire puro sobre la cubierta.

En medio de esto, aumentaba el rigorismo de los calvinistas á la par que el empeño en el gobierno de verlo aflojar. La observancia judáica de santificar el sábado, y el fallo de condenacion contra los mas inocentes deleites, formaban el distintivo carácter de los que entre ellos hacian alarde de perfeccion poco comun: y como eran enemigos acérrimos del gobierno, nada descuidaban á fin de que aquellos sobre quienes alguna influencia alcanzaban, no se presentasen en las convocaciones generales del condado, á donde, bajo pena de graves multas, debia concurrir cada baron al frente de cuantas lanzas le seguian á la guerra segun su pujanza feudal.

Los puritanos, llamados tambien presbiterianos, detestaban estas reuniones públicas con tanto mas ardor, cuanto que los lores-tenientes y los cherifes tenian órden de hacerlas agradables á la juventud, procurando que alternasen en ellas los alegres pasatiempos con las evoluciones militares. Sus ardientes oradores y los exaltados prosélitos, que iban en tropel á escuchar sus sediciosas arengas, no perdonaban medio para disminuir el número de los que ocudian á la asamblea general, sabiendo que debilitaban de esta suerte el influjo de los

adictos al gobierno, y la consideracion que ya se iban granjeando con algunos á la sombra del entusiasmo que inspiraban semejantes reuniones.

Llevados de este maquiavelismo, imaginaban todo género de sutilezas para suministrar escusas á los que accedian á sus planes.

No obstante, los individuos de la clase noble, que tambien profesaban sus principios, no podian disculparse fácilmente, por ser terminante la ley que les condenaba á gruesas multas si no obedecian al llamamiento pedidico que anunciaba el dia de la convocacion. Hallábanse por consiguiente en la necesidad de enviar á ella á sus hijos y á los vasallos que debian presentar al gobierno en caso de guerra; y como abundaba en estas cuadrillas la gente moza, amiga siempre de holganza y de recreo, acontecia que á pesar de la órden de volver á sus hogares en cuanto finalizase la revista, tomaban parte en las diversiones que se seguian á ella, con notable pesadumbre de sus obcecados padres ó señores.

Habia convocado el cherife del condado de Lanark los habitantes del distrito de Clydesdale en la mañana del 5 de Mayo de 1679. Celebrábase la asamblea en una vasta llanura que se estendia junto á cierta poblacion de poco momento, cuyo nombre no es esencial al interés de nuestra historia. Siguiendo el uso establecido, debian entregarse los jóvenes, despues de ser revistados, al deleite de los recreos de ordenanza, siendo el principal de todos el que llamaban tiro del papagayo.

Consistia este pasatiempo en disparar las carabinas á cierto pajarraco de madera adornado de plumas de varios matices, que colocaban en lo alto

de una percha para que sirviese de blanco á los tiradores. Aquel que daba en él á distancia de sesenta ó setenta pasos, llevaba el glorioso título de *capitan del papagayo*, y era conducido en triunfo por sus mismos competidores al mas afamado ventorrillo de aquel contorno donde pasaban el dia saboreando buenos bocados y menudeando los brindis á la salud del vencedor.

Ya se puede discurrir que las damas de la comarca se daban prisa á ostentar su gallardía y buen gusto en semejantes concurrencias, escepto las que, escarmentadas por la severa doctrina de la secta puritana, tuvieran á cargo de conciencia presenciar las profanas diversiones de los que llamaban á boca llena irreligiosos ó impíos. Es de advertir que en la época de que hablamos, eran aun desconocidos los tilburís, berlinas y cabrioles; por manera que solo el lord teniente sacaba un carruaje de cuatro ruedas, cuyo pesado y voluminoso armazon tenia cierta semejanza con los malos dibujos que se conservan del arca de Noé.

Seis enormes caballos normandos arrastraban la corpulenta carroza, en que se acomodaban á todo su talante hasta diez y ocho personas. El duque y su esposa en el interior, con dos hijos y dos dueñas; en la línea curva que formaban las dos preñadas portezuelas, un capellan y un escudero; tres postillones con anchas pelucas de tres colas, armados de sables y mosquetes, guiando los caballos; el grave cochero, que sostenia las riendas, revestido del mismo uniforme; y á la popa de la máquina ambulante, puestos en dos filas y asomando la cabeza sobre la techumbre de la caja, seis lacayos armados hasta las cejas, cual si estu-

viesen á punto de resistir un asalto. Esto era con respecto al lord que mandaba en aquel condado; pues las demás personas distinguidas que habia en él, iban solamente á caballo, seguidas de un escuadron de lacayos, pajes y palafreneros.

Despues de la pesada carroza que acabamos de describir, tropezábase con el tranquilo palafren de lady Margarita Bellenden, que aspiraba, no sin razon, á ser contada entre los nobles de alta gerarquía que asistian á tan bulliciosо espectáculo. Presentábase vestida de luto, por ser traje que nunca dejaba desde que decapitaron á su ilustre marido á causa de haber seguido las banderas del intrepido Montrose.

Su nieta Edita, generalmente llamada la niña de la hermosa cabellera, reconocida como la persona mas linda y graciosa del condado, marchaba junto á ella, montada en hermoso caballo español, que dirigia con singular destreza. Sus rasgos llenos de espresion, de viveza y de dulzura, atraian las miradas de los concurrentes, que la llenaban de alabanzas y bendiciones, deslumbrados por la donosura de su talle y las gracias de su semblante juvenil, mucho mas que por el elegante corte de su traje y la gentil pedreria que lo realzaba.

Solo seguian á estas damas dos criados tambien á caballo, sin embargo de que el lugar que ocupaban entre las gentes pareciese exigir un séquito mas numeroso; pero no pudiendo la buena anciana completar el contingente de hombres armados que le tocaban, y resuelta á no dejar de cumplir por nada en este mundo con semejante obligacion, habia metamorfoseado en militares á todos los individuos de su servidumbre. De esta manera pen-

saba hacer alarde de cuán sagradas fuesen para su acrisolada lealtad y pura hidalguía las disposiciones del soberano. Su viejo mayordomo, que capitaneaba la tropa de tal baronesa, habia sudado sangre y agua, segun su modo de esplicarse, para persuadir á ciertos vasallos de la señora á que se presentasen en la asamblea, sin que le hubiese sido posible ablandar su terquedad ó vencer su pertinacia. Las amenazas, las súplicas, los mismos ofrecimientos, no fueron bastantes á reducir su obstinacion; y en tan crítica circunstancia, para no delatarlos al consejo privado, y no esponerse á que enviase un destacamento á los estados de lady Margarita, lo que equivalia á introducir en corral de ganado lanar una manada de lobos hambrientos, usó del ardid de echar mano de los criados, á pesar del aire estrafalario y poco marcial de algunos de ellos.

«Además, decíase á sí mismo el buen mayordomo, si vienen los *Bretones* (1) á tomarles de grado ó por fuerza los pocos bienes que poseen, ¿quién diablos ha de prometerse que entreguen exactamente por San Juan la media anata que les cae? Harto me cuesta arrancarles algo de lo vencido, para andarme ahora con suministrarles nuevos pretestos.»

Despues de reflexion tan cuerda, hizo la vista gorda con los desobedientes, y armando, quieras no quieras, al halconero, á los ayudas de cámara, al mozo de la granja, al borrachon que cuidaba de la despensa, especie de inválido que habia servido

(1) Soldados de la Inglaterra propiamente dicha.

en los antiguos tercios del conde Ricardo, y á otros perillanes del mismo jaez, completó la cuota que debia suministrar lady Bellenden como propietaria de la baronía de Childeland.

Sin embargo, en la misma mañana que iba á celebrarse la revista, presentóse al mayordomo cierta mujer vieja, madre de uno de los mozos destinados al servicio de la casa, y arrojando en tierra á sus mismas barbas la armadura que le habia enviado para que su hijo se presentase á la revista, díjole que sin duda por especial castigo del cielo, que desaprobaba el escándalo de aquellas reuniones, habia sido atacado de una enfermedad violenta en la última noche, de suerte que le era imposible levantarse de la cama. El buen mayordomo amenazó á Mausa con toda la ira de su señora; pero ella no se manifestó menos resuelta. Sin pérdida de tiempo tuvo lugar una visita de reconocimiento en la alquería que habitaba, donde el pobre administrador hubo de probar la amargura de hallar á Cuddy, que así se llamaba el mancebo, tan pertinaz y desobediente como su propia madre.

En tan desesperado apuro halló todavía una salida el ingenio tracista de aquel ladino mayordomo.

«¿Por qué no echaré mano de Gibby? díjose á sí mismo: el diablo cargue conmigo, si no he visto pelear en los escuadrones de Montrose á gentes que valian menos que él.»

Este Gibby era un muchacho bajo de cuerpo y de limitados alcances, encargado de limpiar el corral de las gallinas bajo las órdenes de la mujer destinada á la tarea de alimentarlas. Inmediatamente

fueron por él, y encajáronle una cota de malla que lo abrumaba con su peso. Hiciéronle meter las enjutas piernecitas en unas botas enormes; cubriéronle la cabeza con cierto casco que le llegaba hasta la barba, y colgáronle de la pretina un sable descomunal, mas largo sin exageracion que su mismo cuerpo. Así ataviado, suplicó al mayordomo que lo acomodase en el caballo mas flemático y pasicorto que pudiera hallarse, por ser la vez primera que se metia á caballero. Colocáronle como pudieron en uno de ellos, é hizo en la revista su papel como el mas pintado, por cuanto el cherife creia de su deber no andar muy escrupuloso en examinar los hombres de armas de dama tan realista como lady Margarita Bellenden.

Tal era el motivo que obligaba á esta ilustre baronesa á presentarse en público sin mas comitiva que la de dos criados. Si en otra cualquiera ocasion se hubiese avergonzado de esta falta de decoro, ya hemos indicado que hallaba en la presente cierto motivo secreto de satisfaccion y halago. Aunque habia perdido á su esposo y sus dos hijos en las guerras civiles de aquella época borrascosa y revuelta, recibió la mas grata recompensa de semejante catástrofe en la visita que le hiciera Cárlos II cuando atravesaba Escocia para salir al encuentro del usurpador Cromwell. Detuviérase el monarca en el castillo de Childeland, aceptando el desayuno que la dama le ofrecia, y este acontecimiento formaba época en la vida de lady Margarita Bellenden, de tal manera, que apenas se pasaba dia sin hallar la noble dueña ocasion de citar alguna circunstancia de aquella honrosa visita.

Semejante prueba de la benevolencia real hu-

biera sido bastante para que lady Margarita abrazase la causa de los Estuardos, si sus principios, su distinguido nacimiento y el ódio que le habian inspirado los desórdenes del partido opuesto no la hubiesen decidido por ella desde que tuvo uso de razon.

En el momento de que hablamos sentia el mas sincero deleite en ver desplegar á sus mismos ojos una fuerza algo imponente decidida á sostener los derechos de la corona, sin acordarse de las desazones que le causaban sus propios vasallos con resistirse á las órdenes del monarca por espíritu de rebelion ó de puritanismo.

Respetada por otra parte y bien quista de todas las gentes del condado á quienes no cegaba el ódio de los partidos, veíase rodeada de cuantas personas ilustres se hallaban en la revista, las cuales se complacian en darle muestras del aprecio que tributaban á sus virtudes.

Tambien los caballeros jóvenes que se preciaban de galanes daban vueltas montados en los bridones en derredor de Miss Edita, sin que esta amable jóven les manifestase por ello la mas leve señal de benevolencia ó afecto.

Sus ojos permanecian cerrados á las gracias de tan brillantes ginetes, y sordos sus oidos á las galanterías ú obsequios que le prodigaban.

Es de creer que aunque se hubiesen hallado en la revista los que con mas ventaja figuraban en las novelas de Calprenedo y Escuderi, libros que estaban de moda en aquellos tiempos, no le

hubieran causado sensacion alguna; pero el destino habia ya dispuesto las cosas de manera que la señorita de Bellenden no se mantuviese con la misma indiferencia en lo restante de aquel dia.

CAPÍTULO II.

Terminados los movimientos militares como podia esperarse de soldados bisoños y caballos poco diestros, anunciaron ruidosas aclamaciones que ya podian presentarse en la arena los que deseasen alcanzar el premio del *papagayo*. Al momento, entre universales aplausos, clavaron en el suelo el palo que sostenia el blanco de los tiradores; y hasta los mismos que habian presenciado las evoluciones de la milicia feudal con irónica y burlona sonrisa no pudieron resistir al deseo de tomar parte en este entretenido pasatiempo.

Colocáronse en círculo los que iban á derribar á competencia el ave figurada; y desde que principió el tiroteo, su torpeza ó su habilidad escitó la risa de los concurrentes ó les arrancó lisonjeras aclamaciones. Sin embargo, nadie habia podido aun dar en el blanco, cuando un jóven de gallarda presencia, en cuyo traje de color verde se advertia en

medio de la mas modesta sencillez, cierta compostura y elegancia que denotaba ilustre cuna, se adelantó tambien en ademan de disparar su carabina. Levantóse en toda la asamblea un sordo murmullo que no podia interpretarse como señal poco favorable ni como muestra de aprobacion.

«¿Es posible, decian los puritanos, que solo á pesar suyo acudieran á la revista? ¿Es posible que el hijo de tal padre tome parte directa en los pasatiempos y diversiones de esos impíos?»

Muchos de los circunstantes deseaban empero sinceramente que el hijo único de uno de los antiguos capitanes del presbiterianismo saliese airoso de su empeño, sin meterse en la necia cuestion de si hacia bien ó mal en disputar el lauro de aquel singular certámen.

Sus votos fueron oidos, pues el incógnito derribó al papagayo, logrando ser coronado de innumerables gritos, vítores y palmadas. Pero no por esto estaba asegurado su triunfo: era preciso que tirasen los que no habian corrido la suerte. Colocaron otra vez al pájaro sobre el mástil, y presentáronse en la arena dos nuevos competidores. Conociase á tiro de ballesta que pertenecia uno de ellos á la clase mas ínfima del pueblo, á pesar de que ocultaba cuidadosamente su semblante por medio de la capa en que se envolvia: era el otro un caballero que desde el fin de la revista permaneciera al lado de lady Margarita y de su hermosa nieta. En balde le manifestó la noble anciana el pesar que le cabia de que no se presentasen en la liza rivales de mas distinguida clase, dignos de lidiar con lord Evandale; pero este bizarro mozo, sin pararse en consideracion semejante, echó mano

al fusil que le presentaron, y derribó tambien al papagayo del primer carabinazo.

Otro tanto hizo el tirador plebeyo, y aumentándose con esto el interés de los espectadores, empezó á haber entre ellos preferencias y porfías; así que los tres rivales se adelantaron de nuevo hácia el centro del círculo para disputarse la palma de la jornada. El mayor silencio reinó en la asamblea: todos fijaron los ojos en los acreditados competidores, y la descomunal carroza del lord-teniente empezó á mover lentamente las ruedas, no sin alguna dificultad, para aproximarse á la escena. Puritanos y realistas, señores y vasallos, damas y caballeros, daban muestras de particular entusiasmo, y hacian votos para que triunfase el tirador á quien daban secreta ó públicamente la preferencia.

Solo la suerte debia decidir cuál de los tres descargaria primero; y como se manifestase propicia en esto al mozo que tanto afan tenia por embozarse, volvióse antes de disparar el fusil al de lo verde, y díjole en voz bastante suave para no ser oido de los que aguardaban impacientes la conclusion de aquel negocio:

«Os juro, Mr. Enrique, que en cualquiera otra ocasion haria por no dar en el blanco, á fin de que vos solo tuviéseis la honra de aceptarlo; pero me está mirando Jenny, y es preciso portarme como un hombre.»

A pesar de esto no acertó al ave, bien que la bala pasó silbando tan inmediata á ella, que arrebató consigo algunas de las vistosas plumas con que la habian engalanado.

Confuso y medio corrido, bajó los ojos, embo-

zóse de nuevo, y salió de allí como receloso de que lo conocieran.

El de lo verde volvia á estar de funcion: colocóse al momento en la línea, derribó al pájaro por segunda vez, y recibió nuevos y entusiasmados palmoteos, entre los cuales se percibieron algunos gritos de: *¡Viva la buena causa!*

Al oirlos arrugaron las cejas los del partido del rey, arrojando en torno miradas de mal reprimida cólera; pero templóse aquel movimiento de despecho al ver que lord Evandale conseguia el mismo triunfo.

Monta entonces Enrique en su fogoso bridon, y despues de asegurarse en la silla y afirmarse en los estribos, parte al galope, pasa por delante del papagayo, dispara el fusil, y derriba al pobre pájaro con la mayor destreza, sin que supiesen los concurrentes manifestar de un modo bastante eficaz la admiracion que les causaba este lance. Cuantos querian bien á lord Evandale decianle que esto era contravenir á los usos establecidos, y que no se hallaba obligado á imitarlo; pero desentendiéndose de unos consejos que parecian dictados por la adulacion ó la pusilanimidad, quiso seguir generosamente el ejemplo de su intrépido contrario. No obstante su firmeza y ánimo resuelto, en el momento mismo que disparaba el fusil, tropezó el enérgico caballo que montaba, y la bala no dió en el blanco.

Sensible á la desgracia de este azaroso accidente, adelantóse su rival diciéndole que no era justo ni le complacia aprovecharse de casualidad tan imprevista; y así que tirasen nuevamente á pié hasta ver por quién quedaria el honor y la prez de la

jornada. Enterado el numero o gentío de este acto de delicadeza, aplaudió tanto la cortesía de este jóven, como antes habia celebrado su brazo certero y la serenidad de su espíritu.

«Mejor tiraria á caballo, respondió el lord, si fuese el mio tan adiestrado y seguro como el vuestro.»

—Pues hacedme el favor de montarlo, repuso el jóven, y yo me serviré del que usais vos.

Lord Evandale sentia cierto rubor de aceptar tan generoso ofrecimiento. Tampoco se ocultaba á su perspicacia que si vencia con el bridon de su rival, era quitar algo de su prestigio á la victoria; pero como aspiraba al mismo tiempo á recuperar el crédito, dijo á su bizarro competidor que admitia la oferta, no ya para disputarle el premio, sino para hacer nuevamente alarde de su mútua destreza, y correr aquella última suerte en honor de las damas que hubiesen cautivado el corazon de entrambos.

Al hablar estas palabras, dirigió una tierna mirada á la señorita de Bellenden, y refiere el manuscrito de donde sacamos estas noticias, que los ojos de su contrario, aunque con algun disimulo, tomaron la propia direccion. El éxito de este postrer ensayo fué igual al de la prueba anterior; y lord Evandale, sin dar muestras de baja ó mezquina envidia, felicitó públicamente á su vencedor, é hizo los mayores elogios de su inteligencia.

—Os agradezco, añadióle, haber vuelto á mi gracia á mi pobre caballo. Dispuesto estaba para atribuirle la derrota, cuando conozco ahora que solo debia echarme la culpa á mí mismo.

Subió en él de un brinco al acabar de decir

esto, y alejóse rápidamente del teatro de la lucha. Entre tanto, como sucede siempre, los aplausos de los mismos que favorecian á lord Evandale, se tributaron á su feliz competidor, objeto único y central de la atencion de aquel concurso.

«¿Quién es? ¿cómo se llama?» esclamaban cuantos no le conocian, No tardaron en averiguarlo; y desde que se supo pertenecer á una clase á la que era justo tener algun miramiento y consideracion, cuatro amigos del duque fueron á invitarle para que se presentase delante de él. Mientras lo llevaban en triunfo atravesando por en medio de la muchedumbre, que no cesaba de aplaudirlo, pasó por junto á lady Bellenden, y púsose notablemente colorado al saludar á miss Edita, cuyo precioso semblante sufrió casi la misma mutacion.

—Paréceme que conoces á ese jóven, le preguntó la baronesa.

—Yo... en efecto... lo he visto en casa de mi tio... tambien en alguna otra parte... pero siempre por azar.

—He oido decir, si no me engaño, que es sobrino del viejo Roberto Milnwood.

—Así es la verdad, respondió un caballero que estaba al lado de la baronesa; hijo, por mas señas, del coronel Morton de Milnwood, que mandaba un regimiento de caballería realista en la batalla de Dunbar.

—Pero que habia mandado otros de caballería puritana en las de Marston-Moor y Philiphaugh, repuso lady Margarita, lanzando un gran suspiro por haber perdido su esposo la vida en esta última pelea.

—Vuestra memoria es harto fiel, milady, insistió

el caballero: con todo, creo que seria mejor echar un velo sobre lo pasado.

—Mejor sin duda, mientras él tuviese la discrecion de acordarse de ello para no concurrir en reuniones donde hay gentes á quienes su nombre renueva dolorosas memorias, sir Alberto.

—Olvidais, señora, que este jóven se halla aquí por cumplir con su propio deber, pues forma parte de las lanzas que debe suministrar su tio; y ¡ojalá hubiese en las de todo el condado muchas que se pareciesen á esta!

—¿Y el tio es tan acérrimo puritano como la buena alhaja del coronel?

—El tio no es mas que un viejo avariento, cuyas opiniones políticas cambiarian á cada instante por una moneda de veinte sueldos. Difícil seria averiguar si ha enviado aquí á su sobrino en obsequio ó consecuencia de sus principios; pero hay que apostar ciento contra uno que lo ha hecho solamente por no incurrir en la multa. Con respecto al muchacho, juzgo que habrá abrazado, no solo con gusto, sino con fervor, la ocasion de salir del antiguo castillo de Milnwood, donde no vé mas que á un tio hipocondriaco y á la arrugada vieja que es su ama de gobierno.

—¿Y sabriais decirme, siguió preguntando la baronesa, cuántas lanzas tocan en el reparto á la tierra de Milnwood?

—Cuatro guerreros de á caballo completamente equipados.

—Pues la baronía de Childeland, respondió lady Margarita estirándose con cierto aire de importancia, la baronía de Childeland, sir Alberto, ha suministrado en todos tiempos hasta doce caballeros; y

aun mas de una vez ha triplicado este número el patriotismo de sus propietarios. Acuérdome que S. M. el rey Cárlos II quiso informarse muy particularmente de esto cuando me hizo la honra de desayunarse en mi castillo, y...

—Ved allí la carroza del duque que ya empieza á ponerse en movimiento, interrumpió sir Alberto, alarmado de oir que la buena señora tomaba el tema de su conversacion favorita. Ya es tiempo, milady, de que vayais á tomar en la comitiva el sitio que corresponde á vuestra gerarquía. ¿Me permitís que os sirva de escolta hasta el castillo? Los presbiterianos andan sueltos por estos caminos reales, y aun se dice que empiezan á insultar á los realistas.

—Mil gracias, sir Alberto, respondió la baronesa; pero mis hombres de armas son bastantes para ahuyentar todo temor. ¿Tendrí is la bondad de decir á mi mayordomo que haga marchar la gente con mas viveza? ¡Vaya, vaya! no parece sino que anden de ceremonia tras de la pompa fúnebre de un entierro.

Bonísimas y fundadas razones tenia el mayordomo para mirar como indiscreto semejante mandato; pero una vez recibido, fué preciso obedecer.

Empezó pues á marchar á un mediano trote, seguido del belicoso despensero, que iba haciendo alarde de la marcial desenvoltura que cuadraba á un antiguo campeon de las banderas de Montrose, desenvoltura que acrecentaban con notable brio los vapores del aguardiente que habia bebido sin interrupcion durante el servicio á la salud y prosperidad del rey y al completo esterminio de los pícaros puritanos. Por desgracia esta desmedida

dósis del vigoroso licor le hizo olvidar el atender á Gibby, su inesperto compañero de fila, á quien no habia dejado de aconsejar al tiempo de ir á la revista, librándole diferentes veces de apearse por las orejas.

Sucedió pues que en cuanto los caballos arrancaron al trote, las descomunales botas del pobre mozo empezaron á zurrar ruidosamente los ijares del que montaba, y como las espuelas de que iban armadas se clavaban tambien en ellos con no vista furia, al fin dieron al traste con toda su frialdad y mansedumbre. Desbocado desde entonces y furioso, salió de las filas y empezó á dar saltos y corbetas con el ginete, llenando de regocijo á los espectadores. Así llegó cerca del coche en que iba el lord-teniente, no menos desatinado con los espolazos de Gibby, ó de sus botas por mejor decir, que por los silbidos, voces y palmadas de cuantos se divertian en torearle.

Poco acostumbrado el muchacho á tales juegos, agarróse con ambas manos á las crines del bridon, sobre el cual se hallaba casi tendido boca abajo, sujetando de este modo con el vientre el lanzon que le dieran para su propia defensa. Su acerada punta amenazaba romper las vidrieras del coche y atravesar ó mal ferir tanta gente como la célebre pica de Roldan, que segun el poeta italiano ensartó mas moros que ensarta un francés golondrinas. Alzaron el grito los que iban dentro del inmenso carruaje, y causando con esto nuevos asombros al espantadizo animal, hiciéronle dar tal sacudida que arrojó de sí, mas recio que una escopeta, al malhadado ginete entre un diluvio de silbidos, risotadas y clamores.

Hubo de mas triste en el caso, que ignorante lady Bellenden de que fuese un soldado suyo el que daba pábulo con su torpeza á la malignidad de las gentes, llegó por curiosidad junto al caido en el momento mismo que le desataban las correas del casco, y quedóse sorprendida al reconocer á Gibby, cuya metamórfosis ignoraba. En vano el mayordomo y el despensero le esplicaron la causa que la hiciera necesaria: no les fué posible templar su cólera, y marchóse llena de indignacion contra los insolentes que osaban reirse de la desgracia de un criado suyo, y contra el rebelde vasallo cuya inobediencia la espusiera á tamaña afrenta.

Retiráronse en esto los concurrentes llevando no poco que reir de la burlesca aventura de los soldados de Childeland. Los caballeros fueron escoltando á las damas, á escepcion de los que ejercitaron su destreza en el tiro del papagayo, los cuales, segun era antigua costumbre, estaban obligados á echar un brindis con su capitan, y á festejar de esta manera su envidiada victoria.

CAPÍTULO III.

Marchaba al frente de tan pomposa cabalgata el mas famoso tocador de gaita de toda aquella comarca, llamado Niel, quien adornara en obsequio de la fiesta con mas cintas y moños el pastoril instrumento, que necesitan para su atavío seis villanas presumidas. Era el tal gaitero un galopin alegre de cascos, alto y enjuto de carnes, no menos ladino que Galaor, y que sin mas industria que su buena maña habia logrado echar los cimientos de una mediana fortuna. Nombráronle por su mérito para la plaza importante de gaitero de la ville, destino que le valia librea nueva cada año con el escudo de armas del ayuntamiento, y el privilegio de dar en el principio de la primavera una serenata, compuesta siempre del mismo obligado de gaita, á la puerta de las casas mas decentes del lugar, á

fin de obtener una retribucion en granos, aguardiente ó cerveza.

A semejantes ventajas añadia nuestro gaitero otra utilidad de no menos valor. Habia hallado el camino de hacerse querer, amar y alcanzar la mano de cierta viuda dueña de la mas concurrida taberna de la misma villa, que honraba y divertia con los peregrinos sones de su gaita. Habiendo sido el primer marido de la novia un coloso puritano, manifestáronse escandalizados los mas ardientes individuos de esta secta de ver que le daba por sucesor á un hombre práctico en artes mundanas, reputadas por ellos de impías y diabólicas. No obstante, como la cerveza que vendia era la mejor del condado, y echaba en el aguardiente menos agua que los demás de su oficio, no dejó de conservar la misma boga, ni dejaron de reunirse indistintamente en su taberna gentes de todos bandos, clases y opiniones. Por otra parte, el carácter de su nuevo esposo no podia ser mas complaciente y taimado para dirigir el timon de su barquilla, de suerte que sortease el temporal y resistiese el empuje de los diferentes partidos. Siempre de buen humor, astuto, flexible y sagaz, no perdia de vista un solo momento los intereses de su hacienda, y reíase en secreto de las turbulencias y fanatismos que traian dividida á Escocia. Para que el lector conozca mas á fondo su carácter, le enteraremos de las instrucciones que dió á su hija Jenny al entrar ahora en casa, mientras la cuadrilla de los caballeros que tiraron al papagayo se acomodaba como podia en la pieza mas capaz del edificio. Acababa de cumplir Jenny los diez y siete años, y apenas habia tres meses que su buena madre descendiera

al sepulcro: de consiguiente, empezaba á reemplazar á la difunta en las tareas que con tanto desembarazo desempeñó durante su vida.

—Jenny, díjole Niel llamándola á un rincon de la tienda, hé aquí un dia próspero para la casa, como sepamos agasajar á los parroquianos que nos trae la fiesta. Encárgote que nunca pierdas de vista el ejemplo de tu madre, mujer atenta y cortés con el señor y el vasallo, con el presbiteriano y el realista. Todo lo que te pida Mr. Morton de Milnwood, dáselo pronto y con buena gracia: desde ahora te aseguro que hará mucho gasto por no desacreditarse alterando la buena costumbre. Además, que el mancebo es de condicion garbosa; y aunque tengo mis barruntos de que no me ha de pagar un cuarto por apretar mucho su tio los cordones á la bolsa, no te dé pena: yo sabré arrancar la moneda al viejo cuando menos se cate de ello. Hé allí los dragones que van á pedir cerveza: mándasela sacar en abundancia, pues si tampoco se precian de muy exactos en el pago, por eso tiene uno buen cuidado de apuntar la deuda, y al fin al fin viene el dinero. ¡Ah! ¡ah! huélgome de ver entrar al cabo Inglis y al sargento Bothwell: apuesto á que vienen á gastar las diez libras escocesas que les dí por la vaca de anoche.

—A propósito, padre, interrumpió Jenny, ¿habeis oido decir que la robaron á una pobre mujer solo por haber ido á escuchar á cierto predicador revolucionario de los puritanos?

—Eres una bestia, dijo Niel: ¿qué diablos nos importa averiguar la procedencia del ganado que nos venden?... Este era un negocio suyo: su alma, su palma. Vuélvete empero por vida mia, y repara en

aquel hombre de áspero gesto, que hace por presentar la espalda á cuantos entran, como receloso de que le conozcan.

—Ha llegado en un caballo espumoso y sudoriento, y aun creo que no se ha detenido aquí sino con el objeto de que el pobre animal descanse un rato.

—Enhorabuena, replicó Niel: pero le he visto hacer un movimiento de sorpresa y espanto así que entraron los dragones. Sírvele con afabilidad en lo que te pida, sin hacerle preguntas, para no llamar la atencion de esos soldados. Esto no obstante, te advierto que no le des cuarto separado, aunque lo quiera; porque si es persona á quien anden buscando, nos podrian acusar de que tratábamos de esconderlo. Oyes, Jenny, que me seas con todos puntual y discreta, sin apesadumbrarte ó engreirte por las galanterías que te diga la gente moza: el oficio que ejercemos pide mucha correa y diligencia; por esto tu buena madre tenia siempre pronta una respuesta que viniese para todo como de molde. Permite pues que te galanteen; pero cuenta con permitir que te toquen. Cuando empiece la cerveza á hacer su efecto, tú verás cómo se meten á discutir sobre las cosas del dia, cómo se acaloran, cómo se injurian y motejan... ¡Ah! entonces es ocasion de hacer nuestro negocio, porque cuanto mas se grita, mas se seca la garganta, mas se bebe, y maldito el que repara en media azumbre mas ó menos.

—Y si la pendencia se empeña y vienen á las manos, como otras veces, ¿correré á decíroslo para que apacigüeis el tumulto?

—Guárdate bien de hacerlo. El que en las riñas

se mete á farolero suele salir de ellas con algun miembro descalabrado. Si los soldados sacan el sable, llama á la guardia; si los paisanos echan mano á los garrotes, que venga el alcalde; arréglense en fin como mejor pudieren mientras no se acuerden de mí para cosa alguna. Te aseguro que estoy molido y sofocado de tanto soplar, y nada apetezco como sentarme á comer á mis anchuras. Vamos, hija, tráeme dos botellas de la mejor cerveza, un par de tragos del aguardiente mas puro, y nada echos en saco roto de cuanto acabo de decirte.

Habia entonces en aquella, medio bodegon, medio taberna, un tropel de gentes que no hacian mas que beber, cantar, fumar ó divertirse jugando. Ya los caballeros del papagayo habian echado el brindis de ordenanza á la salud de su capitan, todo atento á obsequiarles. Su número iba insensiblemente disminuyendo, y los cinco ó seis que aun quedaban empezaban á pensar en retirarse, resolucion que deseaba ver cumplida el jóven Milnwood con la mas viva impaciencia.

Hallábanse en otra mesa inmediata á la suya el sargento y el cabo de que hablara el tabernero Niel, los cuales pertenecian al regimiento de guardias que mandaba Claverhouse (1). Los individuos de este cuerpo, montado bajo el mismo pié que el de los mosqueteros de la Casa Real de Francia, eran colocados de oficiales en otros regimientos así que salian de él. Por esto se hallaban en sus filas varios jóvenes de familias ilustres, lo que ensoberbecia á los demás, dándoles cierto aire de arro-

(1) Famoso coronel de los realistas.

gancia que se notaba á tiro de ballesta. El mismo sargento que hemos citado era una prueba bastante convincente de ese orgullo insensato, si bien algo disculpable entre las revueltas de la guerra civil.

Conocíanle generalmente por el nombre de Bothwell, pero llamábase Francisco Stuart, y descendia en línea recta de un conde del mismo apellido, célebre bajo el reinado de Jacobo VI, por su espíritu alborotador y turbulento, y por haber muerto perseguido, desterrado y lleno de miseria.

Su nieto, despues de servir como soldado dentro y fuera de la Gran Bretaña, y despues de pasar por todas las vicisitudes de una fortuna caprichosa y varia, vióse obligado á sentar plaza de sargento en el regimiento de guardias, por mas que podia jactarse de que su abuelo, el conde Bothwell, fuese un hijo natural de Jacobo VI. Una robustez y pujanza poco ordinarias, suma destreza en el manejo de las armas, y la singularidad de su ilustre nacimiento le habian merecido alguna consideracion de parte de los oficiales; pero hallábanse en su carácter rasgos sobrado análogos á la grosería y desenfreno del soldado, para que semejantes ventajas pudiesen contribuir á elevarle á clase mas distinguida. Destinada por otra parte la soldadesca de aquel regimiento á exigir las contribuciones y multas en que incurrian los presbiterianos, habia contraido cierta dureza tanto mas imperiosa, cuanto que el estado de Escocia los dejaba casi á cubierto de las correcciones que hubiera sufrido en tiempos mas pacíficos; y nuestro sargento se distinguia entre todos por manifestarse singularmente áspero

en el desempeño de estas desagradables comisiones.

A no mediar el respeto que le inspiraba la presencia del jóven Graham, sobrino del coronel, y oficial de su compañía, no hubiera estado quieto por tanto tiempo; pero desde que lo vió salir no tardó en dar muestras de su carácter turbulento y del deseo de hacer patente hasta qué punto despreciaba las gentes que se estaban holgando en la taberna.

—Escucha, Holliday, dijo á un dragon que se acababa de sentar á su mesa, ¿no te parece raro que todos esos bellacuelos pasen la tarde bebiendo, sin acordarse de echar un brindis á la salud del rey?

—Sí tal, respondió el soldado; yo mismo he oido proponerlo al de lo verde con muchísimo donaire.

—¿De veras? pues quiero que beban á la prosperidad del arzobispo de San Andrés.

—¡Estupenda idea! dijo el cabo Inglis: y al que se resista lo llevamos al cuerpo de guardia, donde le haremos montar el caballito de palo con una docena de carabinas en cada pié para que se mantenga en equilibrio.

—¡Bravo! esclamó Bothwell, y al efecto de proceder con algun órden, voy á comenzar por ese mal carado tio del rincon, que me parece un racimo de horca.

Levantóse al decir esto, púsose el sable debajo del brazo para proteger la insolencia que meditaba, fuése al incógnito que habia llamado la atencion de Niel, y afectando el tono nasal y gangoso

de los ministros puritanos, empezó á decir de esta manera:

«Súplicote, carísimo hermano nuestro, que llenes ese vaso del benéfico licor, y de un trago te lo soples, á la prosperidad del arzobispo de San Andrés, el ilustre primado de Escocia.»

Cuantos habia en la tienda aguardaban con curiosa zozobra la respuesta del forastero.

Sus rasgos duros y montaraces, la espresion feroz de sus miradas, el vigor de los miembros y la energía de los músculos reciamente marcados, anunciaban un hombre de pelo en pecho, poco sufrido para aguantar chanzas, y mucho menos para escuchar insultos.

—¿Y qué me sucederá si no me dá la gana de satisfacer tu capricho? dijo al desalmado sargento arrojándole de través una iracunda mirada.

—¿Lo que te sucederá, hijo mio? insistió Bothwell; no será cosa: solo que por el bien de tu alma te cortaré las orejas, amen de algunos papirotazos en la nariz, y dos docenas de zurriagazos en las espaldas.

—¡Calle! respondió el extranjero echando vino en el vaso; pues hay eso, nada tengo que replicar. Ea, camarada, á la salud del arzobispo de San Andrés, añadió haciendo un gesto singularmente desabrido, y ojalá cada prelado de Escocia sea tan bien recompensado de su mérito como el que acabo de nombrar!

—¡Viva! gritó Holliday con aire de triunfo: el hombre parece prudente.

—Sin embargo, respondió Bothwell en voz baja, algo hay en su acento que me desplace, y apostaria á que sus palabras alcanzan doble sentido.

—Señores, esclamó de repente Morton de Milnwood á quien la insolencia de los dragones empezaba á encolerizar, aquí no hay mas que fieles vasallos del rey, y por lo mismo estoy persuadido de que nadie se creerá con derecho á incomodarnos.

Iba á replicar el sargento una nueva impertinencia; pero Holliday le recordó con disimulo que el escuadron acababa de recibir las órdenes mas severas de no insultar á ninguno de los que obedeciesen al consejo, presentándose en la revista. A pesar de esto, no pudo del todo contenerse, y fijando los ojos en el jóven que le habia dirigido la palabra, díjole con cierto sarcasmo:

—Muy bien, señor capitan: sabed que no trato de perturbar vuestro reinado, que concluye, si no me engaño, al dar la media noche. ¿Pero no es bueno, Holliday, continuó volviéndose á su camarada, no es bueno que metan tanto bulla esos paisanos porque saben tirar al blanco? No hay mujer ni chiquillo que no hiciese lo mismo con tal que lo ejercitasen ocho dias antes. Ahora, si ese señor capitan del papagayo, ó cualquiera de los de su compañía gustara de que probásemos las fuerzas con el sable ó la espada hasta la primera sangre, aquí estoy para servirle: pero tales pisaverdes, dijo dando con el pié en la espada de Morton, llevan las armas solamente por adorno: siquiera fuesen menos gallinas para reñir á puñadas, y tendríamos un rato divertido.

Al oir esto, la impaciencia de Morton llegó á su colmo: levantóse pues, y arrojando una mirada de cólera al sargento, echó mano á la espada abalanzándose hácia él; pero metiéndose de un salto el incógnito en medio de entrambos, detuvo el

impetuoso jóven, diciéndole entre efectuoso y resuelto:

—Poco á poco, amigo mio; yo fuí insultado primero que tú, y á mí por consiguiente atañe el lauro de esta disputa. La voy á zanjar en honor de la buena causa. ¿Serias hombre para habértelas conmigo? preguntó á Bothwell.

—Mucho que sí, replicó el sargento; como que dentro de un minuto te haré barrer con la lengua el polvo del bodegon.

—Menos bravatas, señor fanfarron, y atiende al golpe que te hará servir de escarmiento á los necios que la echan de bufones.

Desnudáronse en un abrir y cerrar de ojos, y rodeáronles haciendo círculo todos los que se hallaban en la taberna. Al principio parecia llevar el sargento la ventaja: pero pronto se vió que mientras empleaba inútilmente todas sus fuerzas, aprovechábase el otro de tal discrecion economizando la suya. Al fin clavóle el forastero las uñas como un gavilan clava las garras, y asiéndole con extraordinario vigor, levantó al dragon dos varas en alto, y arrojólo tan reciamente contra los ladrillos, que permaneció por algunos instantes inmóvil y sin sentido sobre ellos.

—¡Aleve! esclamó Inglis desenvainando el sable: has muerto á mi sargento, y aunque me hubiese de tragar el infierno junto, daríasme cuenta aquí mismo de tu demasía.

—No hay demasía que valga, replicó Morton; ambos han combatido sin ventaja; y si muere vuestro camarada del porrazo, ¿por qué se mete sin mas ni mas á pendenciero y quimerista?

—Así es la verdad, dijo Bothwell levantándose; ya puedes envainar el chisme, amigo Inglis: no me figuraba que un individuo de nuestro regimiento fuese tan fácilmente vencido por un pícaro puritano. Pero sea enhorabuena, continuó dirigiéndose al incógnito, confío hallarte algun dia donde terminemos á nuestro placer el combate principiado en la taberna.

—Y yo te aseguro, respondióle apretándole la mano mientras la suya aun le temblaba de cólera, yo te aseguro que no te levantarás del suelo tan fácilmente como ahora.

—Allá lo veredes, repuso Bothwell: lo que me place en gran manera es haber luchado con un jayan, que aunque sea mas puritano que el diablo mismo, no carece de puños ni de audacia. No quisiera que esperimentases por ello ningun género de azar; y así aprovecha el consejo que te doy de retirarte antes que el oficial haga la ronda, pues te hago saber que ha echado mano á mas de un pícaro cuya facha no era sospechosa de mucho como la tuya.

Sin duda pensaria el extranjero no ser despreciable este aviso, por cuanto pagó el escote, se fué á la cuadra, aparejó el caballo, y montó en él precipitadamente. Al salir encontró á Morton que se despedia de sus compañeros, y tomaba la vuelta de Milnwood.

—Tambien me dirijo hácia allá, díjole: y si no os parece mal, haremos el viaje juntos.

—Antes me parece muy bien, respondió Morton, aunque hallaba algo de alarmante ó siniestro en la fisonomía del incógnito.

Al paso que iban marchando por su camino oyeron ruido de tambores y trompetas dentro de la villa que acababan de dejar. Mientras los soldados del regimiento de la guardia, que se hallaba de guarnicion alli, se reunian apresuradamente en la plaza obedeciendo al toque que los convocaba, entró el alférez Graham en la taberna de Niel, acompañado del alcalde, y reprendió ásperamente á los dragones que aun se divertian en ella.

—¿Qué es esto, Bothwell? decia; ¿teneis forrados en cobre los oidos que no percibis el toque de llamada?

—Ahora mismo íbamos á llevarlo al cuartel, mi subteniente, dijo Holliday, pues acaba de dar una peligrosa caida.

—Ya entiendo, respondió el alférez: resultado de alguna de las infinitas pendencias que arma á cada momento. Escuchad, amigo Bothwell; si andais flojo y negligente en el servicio, toda la sangre real que circula en vuestro cuerpo no os librará del calabozo y del látigo.

—¿Y por qué me echais en cara que ando flojo en el cumplimiento de mi deber?

—Porque debiais hallaros en el cuartel desde el primer toque de llamada. Así es que os estais holgando todos en la taberna, sin saber que una bandada de rebeldes puritanos ha detenido esta misma mañana la carroza del arzobispo de San Andrés, no muy lejos de esta villa, y lo han bárbaramente asesinado en medio del camino real.

Al oir esto todos quedaron atónitos.

—Hé aquí las señas de los principales asesinos,

continuó el oficial leyendo una proclama en la que se ofrecian cincuenta onzas de oro al que agarrase á cualquiera de los matadores.

—Conozco á uno de ellos, esclamó Bothwell dando un grito; ¡aquel brindis! ¡aquel aire suspicaz y misterioso!

Ahora entiendo lo que el bribon quiso decirme. A caballo, Holliday, á caballo sin perder momento! ¿No es verdad, mi subteniente, que uno de los asesinos es hombre muy ancho de espaldas, vigoroso, fornido, largo de brazos, robusto de piernas, nariz aguileña y...

—Poco á poco, interrumpió Graham: veámoslo por el papel que nos canta su fisonomía. Hastonn de Rathillet, alto de cuerpo, seco, ojos hundidos, cabello negro, áspero y revuelto, aspecto cadavérico y sombrío...

—No es ese mi hombre, interrumpió Bothwell: el que yo digo no hace un cuarto de hora que ha salido de aquí.

Algunos nuevos informes acabaron de convencerles de que el luchador desconocido, que habia derribado al sargento, era efectivamente Balfour de Burley, capitan de la cuadrilla de asesinos, que arrastrados de un criminal fanatismo, acababan de dar la muerte al virtuoso prelado que honraba la primera silla de Escocia. Encontráronle por azar, y el diablo les sugirió la idea de que era una víctima que les entregaba la Providencia para vengar en ella las desgracias de sus hermanos.

Llevados de este discurso, arremetieron contra el noble anciano, y diéronle de puñaladas á sangre

fria, sin respetar sus canas ni enternecerse por su blandura, persuasion y mansedumbre.

—¡A caballo, muchachos! ¡á caballo! gritó enérgicamente el alféres; acordáos de que la cabeza del asesino vale cincuenta onzas de oro.

JOSÉ VAZQUEZ YLLA
GABATER
VALLADOLID

CAPÍTULO IV.

Habia ya rato que iban andando juntos Morton y su compañero sin haberse dirigido la palabra. El jóven de Milnwood hallaba no sé qué de repugnante en el rostro de aquel hombre, que le quitaba el deseo de hablarle, y embebido el otro en sus propios pensamientos, tampoco parecia dispuesto á entrar en conversacion. En fin, despues de media hora de absoluto silencio, volvióse al que dejaba ya de ser capitan del papagayo, é hízole repentinamente esta pregunta:

—¿Qué género de pasatiempo puede hallar el hijo del coronel Morton en las profanas asambleas donde lo veo metido?

—El de llenar sus deberes á guisa de vasallo leal, respondióle el jóven con alguna sequedad.

—¿Y llamais vuestro deber perseguir á los que aplican el hombro para restituir á la pátria la independencia y el decoro?

—Veo por vuestras palabras que sois del número de aquellos que no tienen por delito el rebelarse contra su gobierno. Sin meterme en contestaciones sobre este punto, me contento con deciros que por lo menos debiérais ser mas cauto, y no hablar de esta manera á un hombre cuyas ideas os son desconocidas.

—Pues con todo, es necesario que me escuches. El cielo te destina á la grande obra de regenerar tu pátria, y no está en tu mano, presuntuoso jóven, hacerte sordo al eco de su divina voz Si hubieses oido alguno de nuestros buenos oradores, ya serias actualmente lo que algun dia has de ser.

—Me precio de tan buen presbiteriano como vos mismo, y á esto se limita toda mi ambicion.

Habia efectivamente en el castillo de Milnwood un ministro presbiteriano, que habiendo reconocido al gobierno y sometídose solemnemente á su autoridad, tenia permiso, como muchos otros de la misma secta, para ejercer libremente su ministerio. Esta indiscreta tolerancia alimentó en Escocia el partido de los rebeldes, que se aprovecharon de ella para hacerse prosélitos y fraguar en secreto las eternas disensiones que asolaron por largos años aquel desgraciado pais, y persiguieron tenazmente la sagrada religion de Jesucristo. Pero cuando ya estuvo urdida la conspiracion, los individuos exaltados de la secta presbiteriana, conocidos con el nombre de puritanos, condenaban y reprendian á los que se aprovechaban, para vivir tranquilos, de la proteccion mal entendida que les dispensaba el gobierno, diciéndoles que era criminal é impío el que no se armase abiertamente contra las leyes exis-

tentes y las autoridades establecidas. En consecuencia de tan pérfida doctrina, no es estraño que respondiese el incógnito con insultante desden á las últimas palabras de Morton:

—¡Efugios! ¡despreciables efugios! No hay medio, no hay capitulacion entre la perdicion y la salud, entre la penitencia y el pecado. Cada domingo escuchas una plática fria y mundana, pronunciada por un hombre que olvida la noble mision que recibiera del Altísimo, por un hombre que no se avergüenza de sonreir al gobierno que esclaviza tu pátria. Hé aquí lo que llamas en tu delirio oir la palabra de Dios, y puedo asegurarte que de cuantos lazos tiende el demonio á las almas en estos dias de tinieblas y de sangre, ninguno hay tan pérfido como esa indulgencia aduladora y cobarde. Ella ha herido al pastor y descarriado la grey por la montaña: ella ha levantado á los hermanos contra los hermanos, sembrando la tibieza y la discordia (1) entre los hijos de la luz.

—Mi tio es de parecer que gozamos de libertad bastante razonable en la práctica de nuestro culto, y solo me toca inclinar la cabeza y obedecer sus mandatos.

—Tu tio sacrificará toda la cristiandad por el mas despreciable cordero de su establo. Su condicion avara le llevaria á ofrecer mirra é incienso al mismo becerro de oro, y recoger el polvo que fué arrojado en las aguas despues que rompieron el ídolo en mil pedazos. ¡Ah! ¡cuán diferente era el noble autor de tus dias!...

---

(1) Alude á las clasificaciones conocidas por los presbiterianos (los moderados), y puritanos (exaltados).

—Hombre honrado efectivamente, hombre de opinion y valentía, que combatió tambien en pró de la familia real.

—¡Harto lo sé! repuso el incógnito dando un suspiro; pero estoy seguro de que si viviese, maldijera el impulso que le hizo desenvainar la espada por semejante causa! Un dia lucirá en que sigamos la misma conversacion, pues te repito que ha de sonar tu hora, y que las palabras que has oido se clavarán en tu pecho como dardos celestiales. Adios. Hé aquí mi ruta.

Mostróle al decir esto una senda que conducia á lo mas revuelto de las montañas áridas y desiertas que se elevaban á mano izquierda; pero en el instante de dejar el camino real para marchar por ella, levantóse una viejecita envuelta en una manta de color amarillo, que descansaba al parecer en la orilla misma del camino, y díjole con ademan misterioso:

—Si perteneceis al rebaño de los escogidos, evitad este sendero. Un tigre se halla acechando en las gargantas del monte para arrojarse sobre los buenos que quieran ir á reunirse con Hamilton y Dingwall.

—¿Hállanse ya juntos y preparados los que sufren el rigor de la persecucion? preguntó el viajero.

—Hasta sesenta ú ochenta entre infantes y caballos; pero ¡ah! mal equipados y sin víveres.

—El cielo tendrá cuidado de ampararles. ¿Y por dónde podria ir para juntarme con ellos?

—¡Imposible! Los soldados hacen la mas escrupulosa guardia, y registran á cuantos encuentran. Parece que han recibido noticias de la parte de Levante que aumentan su deseo de vengarse. A lo

menos por esta noche es necesario que os oculteis en cualquier rincon, y al despuntar el dia os será fácil echar por algun atajo para correr á las banderas de nuestros amigos de la montaña. Así que oí las amenazas de los perseguidores, echéme el manto á las espaldas, y vine á sentarme en el camino para advertir á los hijos de Israel que andan errantes por estos campos el lazo que les tienden los enemigos.

—¿Está muy distante la casa que habitais, buena madre?

—Hállanse holgando por desgracia algunos soldados de Belial en la cabaña que me sirve de guardia, los cuales me trastornan y arrebatan lo poco que yo poseo.

—¡Pobre mujer! el cielo os pague tanta piedad. Adios, añadió el extranjero continuando su camino.

—¡Caigan sobre vuuestra fronte las bendiciones de aquel que promete á sus hijos eterna prosperidad! respondió la anciana.

—¡Amen! repuso el incógnito, porque no hay hombre mortal que pueda enseñarme un sitio donde meter esta noche mi cabeza proscrita.

—Hallome afligidísimo, díjole entonces el jóven de Milnwood, de veros en situacion tan apurada, y si tuviese habitacion propia, os acogeria en ella sin hacer caso de los peligros que una accion semejante me pudiera acarrear. Pero mi tio se halla de tal modo alarmado con el miedo de las multas impuestas por el gobierno á cuantos protegen á los puritanos, que nos ha rigurosamente prohibido mantener con ellos el mas remoto trato.

—Ya lo suponia, repuso el forastero, y no obs-

tante teneis en la mano mil maneras de acogerme sin que vuestro tio lo sepa: un mal pesebre, un polvoroso granero me serán mas deliciosos que los salones de un alcázar.

—Vuelvo á repetir que me es imposible meteros á hurtadillas en Milnwood; y aunque no me lo fuese, creeríame culpable en esponer á su dueño á los peligros que mas teme.

—En este caso, solo me resta una palabra que deciros: ¿oísteis hablar á vuestro padre de Juan Balfour de Burley?

—¿Su antiguo compañero de armas? aquel que le salvó la vida en la batalla de Marstan-Moor, con notorio riesgo de la suya?... Sí por cierto: infinitas veces le oí ponderar su agradecimiento por semejante beneficio.

—Pues bien: yo soy ese mismo Balfour de Burley. La luz que veo brillar por entre las copas de los árboles me anuncia que ya estamos en frente de la casa de tu tio... Sangrienta, insaciable venganza me persigue; mi muerte es cierta si rehusarme intentas el asilo que me debes... Escoge, oh jóven: aleja de tí al amigo de tu padre como si fuera un ladron que hubiese de ocultarme en las tinieblas, abandónale á la misma muerte de que libró al autor de tus dias; ó espon los bienes perecederos de tu tio al peligro que amenaza en este siglo perverso á todo hombre benéfico que no tiene corazon para rehusar un pedazo de pan y un vaso de agua al infeliz que vá á perecer.

Mil pensamientos ocupaban al eco de estas palabras la exaltada fantasía de Morton. Su padre, de quien idolatraba la memoria, le habia hablado mil

veces del señalado servicio debido á la intrepidez y amistad de Burley, y le oyó tambien lamentarse de haberse separado de este amigo con cierto desabrimiento al dividirse la Escocia en dos partidos, el de los protestantes y el del rey, cuando el infeliz Cárlos I pereció en el cadalso. Burley, arrastrado de su indómito fanatismo, habia corrido á las banderas triunfantes de los republicanos: y el coronel Morton, grave y sesudo por carácter, amigo del órden por principios, sensible á los males de la pátria por bondad de corazon, quiso combatir en favor de los Estuardos, reconociendo al fin en ellos los legítimos señores de la Gran Bretaña. Desde aquel momento se separaron los dos amigos para no volverse á ver, y el coronel nunca cesaba de hablar á su hijo de estos sucesos, y manifestarle el pesar que le cabia de no haber hallado ocasion para pagar á Balfour de Burley tan inapreciable favor.

Mientras aun titubeaba el jóven de Milnwood, hirió los aires el eco ronco de un tambor, anunciando la proximidad de algun destacamento de soldados.

—Hé aquí á Claverhouse con una parte de su regimiento, esclamó: si intentais seguir la ruta, caeis infaliblemente en sus manos: si retrocedeis hácia la villa, es probable que os salga al encuentro el alférez Graham. Tomadas están las veredas de la montaña, y cualquiera senda de esta encrucijada por donde os arrojeis os lleva sin remedio á la prision y á la muerte. Mi padre me echaria en cara abandonar en tal peligro á su antiguo libertador... venid pues á Milnwood: en caso de que nos sorprendan, tomaré mis medidas para que el

rayo de la justicia caiga solamente sobre mi cabeza.

Durante este discurso escuchábale Burley con inalterable calma: despues echó á andar tras de él guardando el mismo silencio.

Edificado el castillo de Milnwood por el padre del que actualmente lo poseia, era digno de sus distinguidos dueños; pero no habiendo reparado nunca el avariento tio de Morton, resentíase en varias partes de esta culpable negligencia.

—Es necesario que os deje aquí por un momento, dijo Morton á su compañero deteniéndose en la caballeriza que se hallaba á veinte pasos del cuerpo principal del edificio: quiero decir, hasta tanto que pueda mandaros preparar un lecho en cualquier aposento de la casa.

—¿Y para qué? preguntó Burley: hace treinta años que está mas acostumbrada mi cabeza á reclinarse sobre las piedras que sobre las blandas plumas. Un pedazo de pan, un vaso de cerveza, un poco de paja en un rincon donde tenderme despues de rezar mis oraciones, tienen mas delicia para mí que los pabellones de púrpura y los manjares de un rey.

Ocurrióle á Morton al mismo tiempo que para introducirlo en el castillo era indispensable confiar el secreto á alguno, lo cual aumentaria el riesgo de que descubriesen al amigo de su padre Dejóle pues en la misma cuadra donde acomodaron los caballos, y echóse allí el presbiteriano sobre un monton de heno que habia en el mas oculto de sus ángulos.

—No tardaré en venir, díjole el jóven antes de marchar: á mi vuelta os traeré algun refrigerio

para que lo paseis menos mal, y os restituya las fuerzas.

No dejaba de tener sus dificultades el cumplimiento de esta promesa, pues el alcanzar alguna cena dependia enteramente del humor del ama de gobierno, única persona en quien tuviese el tio algo de confianza. Como ya se hubiese acostado ó se hallara cansada de aguardar en razon de estar próxima la media noche, era harto verosímil que se quedase su huésped sin refrigerio alguno.

Maldiciendo interiormente la sórdida avaricia que reinaba en toda la casa, llegóse á la puerta y dió un golpe muy suave con la aldaba, segun tenia de costumbre hacerlo cuando le sucedia llegar á horas desarregladas en que su tio ya se habia metido en la cama. No parece sino que con demostracion semejante confésase de antemano la falta cometida, y reclamase la indulgencia de los que podian echársela en rostro. Dos veces repitió el leve aldabazo, y levantándose á la tercera el ama de gobierno del rincon del hogar donde estaba calentándose, echóse en las espaldas un pañuelo para no resfriarse, fuése á la puerta, corrió el cerrojo, quitó la barra de hierro, y abrióla al fin despues de preguntar una docena de veces quién llamaba.

—¿Y os parece esta hora decente de volver á casa, Mr. Enrique? dijo á nuestro jóven en el tono que toma ordinariamente el criado antiguo que mas merece la confianza de su dueño. ¡Vaya! ¡vaya! como si no hubiese mas que perturbar el silencio de una morada tranquila, y obligarme á esperar tan á deshora á pesar del incómodo resfriado que me aqueja!

Aquí tosió la buena mujer dos ó tres veces, como para atestiguar la verdad de lo que decia.

—Agradezco en el alma tanta bondad, respondió Enrique: podeis estar cierta de que os lo agradezco, Alison.

—¡Quita allá, Mr. Enrique! Estraño al oiros que tengais fama de cortés. Solo vuestro tio, Mr. Milnwood me nombra Alison, y aun no pocas veces suele llamarme tambien señora Wilson.

—Pues bien, señora Wilson, os aseguro que me pesa de haberos hecho aguardar tanto tiempo.

—Vamos, vamos, esto ya se acabó: tomad una vela é idos á vuestro cuarto sin que la hagais derretir pasando por el corredor, para que mañana no tenga que estar fregando los ladrillos.

—Pero querida Alison, quisiera yo tomar un bocado antes de irme á acostar.

—¡Tomar un bocado! ¿y lo decis sériamente, Mr. Enrique? ¿Creeis que no hemos sabido fuisteis capitan del papagayo, y llevásteis á todos los holgazanes de la comarca á la taberna de Niel para que se refocilasen á costa de vuestro tio?

—Pues con todo os aseguro, amada señora Wilson, que me estoy muriendo de hambre, y confío en lo apacible de vuestra condicion que no dejareis desairada mi súplica.

—¡Ah, Mr. Enrique! Harto pública es la destreza que teneis para engatusar á las pobres mujeres. Con las viejas no hay peligro; pero cuenta con las mozas. Tambien he concurrido en mis tiempos al tiro del papagayo, recibiendo delicadas atenciones de gente de alto bordo. Voy á probaros que no os habia olvidado y que bien se me alcanza que la gente jóven es enemiga de acostarse con el estómago vacio.

Digamos ahora, para hacer justicia á la señora Wilson, que era una escelente mujer, y amaba á Enrique hasta el fanatismo, por haberle tenido en brazos primero que nadie cuando su madre le dió á luz. Lo que acababa de decir, y el tono algo remolon de que usaba algunas veces, no llevaba mas objeto que hacer alarde de su propia importancia; pues por lo demás, arreglado tenia en una cestita cuanto necesitaba nuestro jóven para su cena.

—¡Anda, hijo mio! díjole mirándolo con aire complaciente y satisfecho: llevaos esos manjares, y os aseguro que los hallareis tan sabrosos como los que os habrá servido el perillan del gaitero. Su mujer sí que era mujer de tomo y lomo; pero á pesar de todo, nunca en materia de cocina pudo hacer puntas al ama de gobierno de una buena casa. Lo que es su hija solo piensa en moños y cintajos, que me dan muy mala espina. Harto me temo que todo ese lujo no ha de parar en bien. Vaya, vaya... en fin, hijo mio, voime porque mis viejos párpados me están haciendo luminarias. No comais de prisa, y apagad despues la vela con toda precaucion. Ahí vá media botella de cerveza y una redomita de aquel licor de marras que tan cuidadosamente guardo para consuelo de mis debilidades de estómago; pero me hago cargo de que os será mas provechoso que el aguardiente, bebida sobremanera perjudicial para los mozos bien nacidos. Ea, buenas noches, Mr. Enrique: no olvideis lo que os dije sobre la vela.

Aseguróle Morton que tomaria las medidas necesarias, añadiéndole que no se alarmara si oyese algun ruido, pues queria volver á la caballeriza á echar un pienso al caballo. Disponíase, esto dicho,

para socorrer á su huésped, cuando al dar la media vuelta, vió la cabeza de la señora Wilson que asomaba de nuevo por la puerta, entreabriéndola con cauteloso silencio. Era para repetirle las mismas precauciones y encargarle que rezase antes de acostarse las plegarias de costumbre.

Tal se presentaba en otro tiempo el carácter de los criados antiguos, como todavía se hallan entre gentes acomodadas y distinguidas que viven en el campo ó en poblaciones oscuras y subalternas. Hacian parte de las mismas familias que servian: y como no les pasaba siquiera por las mientes la posibilidad de ser despedidos, tenian sincera inclinacion á la casa, y miraban por sus intereses con una afectacion de celo que se notaba á tiro de ballesta. Mimados empero por la indulgencia ó descuido de sus amos, tomaban muy fácilmente un tono tan áspero y dominante, que mas de un hidalgo trocara su incómoda fidelidad por la complaciente doblez de un criado de la córte.

CAPÍTULO V.

Desembarazado al fin del impertinente afan con que lo halagaba la buena de la señora Wilson, preparóse Enrique para llevar á Burley las provisiones de boca que al cabo pudo procurarse. Como sabia el camino de memoria, no creyó del caso tomar la luz, precaucion que le salió muy acertada, por cuanto al poner el pié en el umbral de la puerta, anunciólo confuso tropel de caballos que los soldados, cuyas trompetas y tambor oyera cuando consintió en admitir á Burley, iban á pasar inmediatos al castillo. Pronto percibió la voz del oficial pronunciando clara y distintamente la palabra *¡alto!* á la que se siguió profundo silencio, solamente interrumpido por el relincho de algun impaciente bridon.

—¿Qué casa es esta? preguntó uno de ellos con arrogancia.

—La de sir David Milnwood, respondió un soldado.

—¿Y pertenece al partido sano? volvieron á preguntar.

—No señor, repuso el mismo de antes, pero sigue la doctrina de un ministro tolerado por el gobierno, y nunca se ha manifestado rebelde ni desobediente.

—Hipocresía y nada mas: hé aquí la máscara que toman los que no tienen valor para manifestar públicamente su modo de pensar. Soy de parecer que registremos la casa, por si alguno de los pícaros que vamos buscando ha encontrado asilo en ella.

—Os aseguro que es tiempo perdido, interrumpió otra voz antes que Morton pudiese volver en sí del temblor que se apoderara de su cuerpo. Milnwood no es mas que un viejo avariento, ageno de todo negocio político y de cuanto no tiene inmediata conexion con su tesoro. Su mismo sobrino se hallaba esta mañana en la revista, y aun ha sido nombrado capitan del papagayo: con lo cual se destruye enteramente la sospecha que se pudiera tener de su modo de portarse. No tengais duda en que hace muchas horas que duermen en este castillo á pierna suelta: y como causemos la menor alarma en él, se muere el viejo sin remedio por la sola idea de si somos ladrones disfrazados.

—Pues entonces decís bien; no hay para qué perder un tiempo que puede sernos precioso. ¡Dragones, atencion! ¡De frente, marchen!

Hirieron nuevamente los aires los tambores y

las trompetas; y solo cuando coligió que ya se habian alejado largo trecho, dirigióse Morton con lentos y atentados pasos al asilo de su huésped. Hallóle sentado en su humilde cama con un libro de faltriquera en la mano, sobre el cual parecia meditar profundamente. Tenia entre las rodillas el sable desenvainado, y una luz débil, pegada en la tapadera de un arca muy antigua que servia de mesa en la caballeriza, iluminaba á medias la aspereza de sus contornos y la ferocidad de sus facciones, mas realzada y sombría con el entusiasmo trágico que ahora se notaba en ellas. Su rostro indicaba un hombre avasallado por principios fanáticos é irresistibles, principios cuya vehemencia sofocaba las demás pasiones, de la misma manera que hacen desaparecer las altas mares los arenales y arrecifes que antes formaban parte del continente.

Levantó el republicano la cabeza despues que Morton lo habia estado contemplando por algunos minutos.

—Ya veo, le dijo entonces el jóven de Milnwood echando una ojeada al sable desenvainado, que tambien oisteis el rumor que hicieron pasando los dragones. Ellos han sido la causa de haber tardado en visitaros.

—Poca ó ninguna atencion me ha merecido este accidente, respondió Burley, porque mi hora no ha sonado aun. ¡Pluguiese al cielo!... Mas deliciosa seria para mi espíritu, que á la enamorada doncella la de echarse en los brazos de su esposo.

—Ahí teneis algo con que alimentaros, prosiguió Morton; tomadlo en buen hora; pero os aconsejo que desde que apunte el dia os alejeis de estos

campos, si deseais escapar de las garras de vuestros enemigos.

—¿Tan cansado estás de mí, oh, jóven? Mas lo estariais sin duda como tuvieseis noticia de la obra que acabo de terminar. Pero no lo estraño, pues momentos hay en que estoy fastidiado de mí mismo. ¿Pensais que no es sobremanera áspero y penoso el sentirse uno llamado á ejecutar los terribles decretos del Altísimo, ó que no es triste haber de prescindir del natural afecto que nos vemos obligados á teñir las manos en la sangre de nuestros semejantes? Por fervoroso é intrépido que sea el que hiere á otro hombre, no puede dejar de turbarse, ni resiste á la postrera mirada de la víctima.

—Ya os he dicho que no trato de entrar en cuestion sobre semejantes materias; pero sabed, no obstante, que nunca podrán persuadirme de que inspire el cielo acciones contrarias á las leyes de la humanidad que tanto nos recomienda.

Burley se manifestaba algo agitado: sin embargo, púsose prontamente sobre sí, y respondió á Enrique con reposado talante estas palabras:

—En vos es muy natural ese modo de ver y de sentir, porque estais en una oscuridad mas profunda que la del calabozo donde sepultaron á Jeremías. Y á pesar de esto, oh, jóven, añadió levantándose á guisa de hombre dotado de espíritu profético, el sello de la alianza brilla en tu frente. No: el hijo del héroe que tremoló en lo alto de estas montañas la bandera de la eterna justicia, no yacerá para siempre vergonzosamente envuelto en las tinieblas. Tú seguirás nuestro destino con ejemplar esfuerzo, y desde el momento que saques la es-

pada en pró de la buena causa, no conocerás mas que al adalid que pelee contigo, y ninguna mella harán en tu pecho varonil los vínculos de la amistad.

—Hé aquí, respondió Morton con entereza, por qué los individuos del Consejo adoptan contra vosotros las mas rigurosas medidas. Dicen, que alucinados por un fanatismo impío, no conoceis el remordimiento.

—Mienten: ellos son los fanáticos y los perjuros; ellos los que doblan la rodilla al Pontífice del Vaticano en mengua de la sabiduría y la piedad de nuestro clero. Cuando cayó sin brio el brazo aterrador de nuestro Cromwell, ¿fueron ellos por dicha los que sentaron á Cárlos Estuardo en el trono de sus padres? Pregúntalo á los montañeses de Montrose, y te lo dirán sus cabezas lívidas, sembradas todavía por esos caminos reales.

—Repito por última vez, amigo Burley, que al daros un asilo en el castillo de Milnwood he querido satisfacer la deuda de mi padre, pero no alistarme en vuestro bando, ni menos entablar con vos una discusion polémica. Os dejo algo apesadumbrado por no estar en mi mano el daros otras pruebas de agradecimiento.

—Pero espero que nos volveremos á ver antes de mi partida. Desde que puse mano en la obra sublime de la regeneracion, despedíme de todo afecto terrenal, y conozco sin embargo que hay un fondo de ternura en lo íntimo de mi pecho á favor del hijo de mi antiguo compañero. No me esposible contemplar en sus facciones los nobles rasgos de su padre, sin alimentar la esperanza de verle combatir algun dia en las mismas filas

que tanto ennobleciera aquel á quien debe la existencia.

Prometióle Morton irle á ver así que amaneciera, y retiróse á su estancia.

La noche que pasó en ella no fué del todo tranquila. Turbada su imaginacion con los acaecimientos de la víspera, presentábale los sueños mas desordenados é incoherentes.

Tan presto veia horrorosas escenas en las que era Burley el principal actor; tan presto contemplaba delante de sí á Edita Bellenden, pálida y llorosa, implorando vanamente su socorro por medjar entre los dos insuperables obstáculos. De repente y por uno de aquellos raptos violentos de una fantasía exaltada y delirante, hallábase en un campo de batalla luchando como un leon entre el estruendo de las balas, el sonido de las trompetas y el espantoso tumulto de furiosos combatientes. Allí mismo lo acosaban, lo oprimian, y despues de hacerle prisionero llevábanle á perecer en un patíbulo.

Hasta que el nuevo dia iluminó su aposento no pudo librarse de semejantes imágenes, que tanto se multiplicaban para causarle acongojadas fatigas.

—Demasiado he dormido, esclamó volviendo en sí, y ya es razon que vaya á proteger la fuga del infeliz que se oculta en la caballeriza.

Vistióse, pues, y abriendo cautelosamente las puertas á fin de no despertar á los de la casa, fuése á la cuadra, donde halló al republicano, todavía sumergido en el mas profundo letargo.

El primer rayo del sol alumbraba su desabrido, semblanse, dejando notar cierta desazon en él, es-

pantoso indicio de la violenta congoja de su pecho. Agitaba terriblemente el brazo diestro como si estuviese amenazando á encarnizado enemigo, y estendia de tiempo en tiempo el siniestro, á guisa de hombre furibundo que repele ó arroja de sí á otro que se le acerca.

Frio sudor bañaba su frente lívida; movianse los músculos de su rostro en fuerza de rápidas convulsiones, y escapábanse por intérvalos de sus trémulos lábios las siguientes palabras, inteligibles apenas entre el sonido de su respiracion áspera y bronca que resonaba por la estancia.

—¡Caiste en mis manos, oh, Judas!... ¡caiste!... en balde me abrazas las rodillas... ¡Ea! ¡puñaladas en él!... un sacerdote, sí; pero sacerdote de Baal... Nada de armas de fuego... con el cuchillo; eso es, con el cuchillo... pero terminad su agonía... Ya cayó... no le hagais padecer, siquiera por respeto á sus canas...

Alarmado por el carácter siniestro de frases, que aunque interrumpidas, conservaban en el sueño la misma energía que hubiera tenido en el acto de consumarse el mas horrendo atentado, despertó Morton á su huésped dándole golpes en la espalda.

—¡Ah! llévame á donde quieras, dijo el presbiteriano al abrir los ojos: llévame á donde quieras, repitió entre azorado y soñoliento: no haya miedo que niegue cosa alguna; no haya miedo que me envilezca ante el tribunal, ó me acobarden los verdugos.

Pero así que estuvo del todo despabilado, tomó de nuevo su aspecto feroz y sombrío. Púsose de rodillas antes de hablar palabra, y murmuró una

plegaria implorando al cielo por el triunfo de sus secuaces, por el castigo de sus opresores, y para que estendiese sobre Escocia el escudo de los macabeos al efecto de reunir los restos del rebaño escogido que andaban errantes y sin guia por el desierto. Levantóse al acabarla, y tomando á Enrique por el brazo, fuése á donde estaba su bridon, y despues de aparejarlo montó en él de un brinco.

Accedió el jóven de Milnwood á la súplica que le hizo de que lo acompañase algun trecho para atinar mas fácilmente con el sendero que conducia á la montaña. Mientras iban andando, trató Burley de renovar la conversacion del dia anterior, y persuadir á Enrique que se alistase en las banderas de los insurgentes.

No es fácil remedar el lenguaje altisonante y pomposo de que usaban los ardientes sectarios del puritanismo, imitando el lujo de las imágenes y la rotundidad de las cláusulas que distinguen el estilo oriental.

Morton, dotado de un juicio recto, y conociendo por lo mismo cuán delirantes fuesen las ilusiones del rebelde, mantúvose siempre inflexible, y sintióse como aliviado de un enorme peso cuando le vió espolear al fin su erguido caballo y meterse corriendo por lo mas enmarañado de la selva.

—¡Vete en paz, pero vete para siempre, hombre acalorado y salvaje! esclamó contemplándolo alejarse de la llanura: conozco que la compañía de semejante fanático no dejará en ciertos momentos de ser muy peligrosa á mi espíritu, sin embargo de penetrar todo el veneno de sus principios. Cuando pienso en los males que afligen á mi des-

graciada pátria, y en que Escocia tiene un derecho á ser independiente de la Gran Bretaña, siento ciertos impulsos de sacar la espada por la misma causa que ennobleció mi ilustre padre. Pero ¿qué moderacion, qué buen gobierno se puede esperar jamás de hombre tan ardiente y revolucionario como ese Burley? ¿Qué felicidad ni qué ventaja de los muchos individuos de su secta, que sin tener algo de su talento, le sobrepujan aun en ferocidad y villanía? Mejor es huir de los elementos de guerra civil que me rodean, y perder de vista estos bosques, este rio, el castillo donde me educaron, y hasta la misma Edita, puesto que á causa de la diversa opinion que profesan nuestras familias, miro como imposible que nunca llegue á ser mi esposa. La única ventaja que en medio de tantas angustias me consuela, es el no estar sujeto á nadie, y que la espada de mi padre abrió tal vez la senda de mi fortuna. Sí, continuó alzando la cabeza con orgullo, la Europa entera está abierta delante de mí; Francia me ofrece un rey belicoso y brillante; España un nuevo mundo que civilizar, y mil ocasiones la república de Venecia de hacer la guerra á los enemigos del nombre cristiano. Huyamos pues de este revolucionario clima, y busquemos á lo menos en otros paises la existencia y el sepulcro de un guerrero.

Afirmóse en esta resolucion, y determinó hablar en órden á ello á su tio y tutor así que llegase al castillo, pues era el único en quien debiese respetar los derechos de una autoridad legítima.

—Una mirada de Edita, decíase entre tanto, una palabra suya, es capaz de desbaratar todos mis planes. A fin de destruir el prestigio de entrambas

no hay cosa mejor que dar un paso que me comprometa, y no volveria á ver ya sino para despedirme de ella.

Tales fueron las ideas con que entró en el comedor del castillo. Encontróse allí á su tio sentado en un gran sillon de baqueta, y teniendo delante de sí un descomunal plato de puches, su acostumbrado desayuno. Apoyada en el respaldo mismo de la silla, y guardando una actitud algo respetuosa, hallábase el ama de gobierno, que como ya saben los lectores, era su criada favorita. Sir David de Milnwood habia sido de talla bastante alta en su mocedad, pero de tal suerte perdiera esta ventaja, que encorvado bajo el peso de sí mismo, formaba una verdadera curva con su cuerpo. Esto dió márgen á que en las juntas de una parroquia vecina donde se discutia la abertura del ángulo de cierto puente que iban á levantar sobre un rio poco caudaloso, propusiese uno que la echaba de bufon, comprar para ello el espinazo de Milnwood, pues no dejaria de venderlo como no le regateasen el precio que exigiera por él. Por lo demás, eran sus pies de grandes dimensiones, secas las manos, largas y acanaladas las uñas; tocábanse una con otra las mejillas y adornaban el arrugado semblante de media legua de andadura unos ojos pequeñuelos que solo brillaban un poco cuando se trataba de cobrar dinero. Desacertada é injusta anduviera la naturaleza si hubiese dado á semejante cuerpo un espíritu espléndido y bizarro: no procedió en esta parte con la especie de capricho que á veces se nota en ella; y así es que se hallaba en el tio Morton el mas acabado modelo de la avaricia y del egoismo.

Cuando vió á Enrique, apresuróse á llegar á la boca la primera cucharada del almuerzo; y como estaban los puches algo calientes y se los tragó sin soplarlos de antemano con sobrada precipitacion y donaire, quemóse el paladar y la lengua, aumentándosele con el dolor la gana de regañar á su sobrino.

—¡Llévese el diablo, esclamó, al hijo de Barrabás que ha calentado esos puches!

—Pues no dejan de estar buenos, dijo la señora Wilson, como que soy la que los ha hecho; pero los pobres no tienen la culpa de que los tomeis con tanta desenvoltura y poca paciencia.

—Silencio, Alison; no es á tí sino á mí señor sobrino á quien ahora pretendo hablar. Por cierto, añadió volviéndose á Enrique, que llevas una vida digna de elogio. ¿Parece que ayer te retiraste al dar la media noche?

—No habia dado aun, pero estaba al caer, respondió el jóven.

—¡Vaya una respuesta, hombre! ¿Y qué razon tuviste para no venir en cuanto se terminó la revista?

—Presumo que no la ignorais: cúpome la suerte de tirar mejor que nadie, y me fué preciso agasajar á mis competidores.

—¡Y te atreves á decírmelo! ¿Quién os mete á vos, señor liberal, en regalar á los demás cuando no tendriais que comer sin la generosidad de un tio que apenas cuenta con lo necesario para vivir? Pues bien: supuesto que me acarreas tantos gastos, es justo que con tu trabajo me los recompenses. Cabalmente acaba de dejarnos el mozo del arado, y seria muy del caso que te dedicases á reempla-

zarle, mejor que á lucir vestidos verdes sin que los puedas pagar, y gastarme inútilmente los dineros en pólvora y en balas. Este al fin es oficio honrado, y ganarias el pan sin servir á nadie de estorbo.

—Pero es oficio que no entiendo y que tampoco trato de entender. En este mismo momento venia á daros parte de cierto plan que acabo de formar, y que os quitará el sobrecargo de mi persona.

—¿Un plan formado por tí?... no dejará de ser curioso. Vaya, oigámoslo, si os place, señor sobrino.

—En dos palabras lo vais á saber. Trato de dejar este pais y alistarme en las legiones de algun otro reino, como lo hizo mi padre antes que las guerras civiles devastasen los campos de Escocia. Su glorioso nombre no será olvidado aun de los pueblos que tanto ensalzaron sus hazañas, y servirá de recomendacion á su hijo para sentar siquiera plaza de soldado.

—¡Válgame Dios! esclamó el ama: ¿y seria verdad que tal pensáseis? No, no, Mr. Enrique: es imposible que tengais corazon para dejarnos.

Malditos los deseos que animaban á sir David de ver marchar un sobrino que le servia de mucho en ciertas ocasiones; y así permaneció como asombrado de un rayo al ver que el mismo jóven á quien hallara siempre obediente y sumiso á su voluntad, aspiraba sin mas ni mas al desahogo de una absoluta independencia.

—¿Y tendreis la bondad de esplicarme, díjole al cabo de un rato, quién te suministrará los medios

de poner en planta tan peregrino proyecto? Por San Pedro apóstol que no puedes hacer cosa mejor que seguir las huellas de tu padre: cásate con una mujer sin un cuarto, hazte matar por un capricho, y encájame luego una nidada de chiquillos para que echen á volar en cuanto tengan alas.

—Ninguna idea tengo de casarme, repuso Enrique.

—Escuchad lo que habla, esclamó el ama, y decidme si no es vergüenza oir semejantes propósitos en boca de los jóvenes: ¡como si no supiéramos que los que la echan de solteros son los que andan mas vehementes y desordenados!

—Silencio, Alison, interrumpió sir David; y en cuanto á tí, Enrique, quítate esas locuras de la cabeza. Los plumeros que ayer viste y la desenvoltura de los dragones te han inspirado esa pescabellada salida, sin pensar que el ponerla en planta cuesta dinero, y tú no lo tienes.

—No necesito mucho, respondió el mozo; solo con que quisierais darme la cadena de oro que ganó mi heróico padre en la batalla de Lutzen...

—¡La cadena de oro! esclamó sir David.

—¡La cadena de oro! gritó al mismo tiempo el ama: ¡Dios nos proteja!

Y entrambos quedaron mudos y sorprendidos de oir proposicion semejante.

—Guardaré algunos de sus eslabones, continuó Enrique, en memoria de la valerosa hazaña que valió á mi padre tal fineza: y lo demás me proporcionará los medios de seguir su misma carrera con decoro.

—Pero ¡Dios mio! ¿no sabeis que se la cuelga mi señor todos los domingos?

—Y siempre que me pongo el vestido de terciopelo negro, añadió sir David. Por otra parte, he oido decir que semejante propiedad no se trasmite por línea recta de sucesion, sino que queda vinculada en el principal de la familia. ¿Sabes que se hallan cabalitos en ella tres mil eslabones? ¡Oh! bien contados los tengo, como que vale á lo menos cuatro mil libras esterlinas.

—No necesito tanto: con que me deis la tercera parte de esta suma y cinco eslabones de la cadena, os dejo lo demás en compensacion de los gastos que os he causado.

—¡Vive Dios que ese jóven tiene los cascos á la gineta! ¿Qué será de la cadena de Milnwood cuando cierre yo los ojos? ¡Qué!... capaz lo miro hasta de vender la corona real de Escocia como le llegase á echar mano.

—Una palabra, sir David, díjole el ama al oido: en parte teneis vos la culpa de lo que está sucediendo; es necesario soltar un poco las riendas al muchacho, y pagar el gasto que ha hecho en la taberna del gaitero.

—Dígote, Alison, que como pase de dos pesetas no quiero oir hablar de semejante cosa.

—¡Bah! ¡bah! Yo me encargo de arreglarlo con Niel la primera vez que vaya al mercado; y á buen seguro que sacaré mejor partido que ninguno de los dos. Vaya, no le molesteis mas, dijo en voz baja á Morton despues de haber apaciguado al tio: yo arreglaré esas cuentas con el dinero de la manteca que estoy haciendo. Pero tambien repito, aña-

dió hablando en general y dirigiéndose á su amo, que dejeis de hablar á Mr. Enrique de cosas atañaderas á la labranza; pues no faltan pobres en la parroquia á quienes acomodar en faenas tan humildes.

—Eso es, dale cuerda, y por fin del cuento ya me parece ver entrar á los dragones y echarme una multa á las costillas porque mi señor sobrino pagó de beber á los rebeldes. ¡En buen negocio nos ha metido el muchacho!... Pero pecho al agua, y no hablemos mas del asunto. Ea, desayúnate, Enriquito, y vete á quitar primero ese vestido verde para encajarte el gaban de paño pardo.

Retiróse el mozo, bien convencido de que la ocasion no era propicia para insistir en sus pretensiones, y tal vez lisonjeado de los mismos obstáculos que le ponian para que no dejase las cercanías de Childeland.

Marchóse tras de él la buena Wilson, y encargóle, dándole golpecitos en la espalda, que fuese mozo de provecho, económico, y sobre todo aseado y cuidadoso del vestido verde.

—Me lo llevo con el sombrero, añadió, para despolvorearlos bien y dejarlos limpios como una plata; pero nunca mas hableis de marcharos ni de vender la cadena de oro. Al tio se le cae tanto la baba de miraros, como de contar sus eslabones; y harto sabeis que los viejos de la noche á la mañana nos morimos. Entonces la cadena y el castillo y las tierras á él adyacentes todo será vuestro, y ved aquí que os enlazais con una señorita digna de vuestro cariño, y vivís contento y holgado como un príncipe. ¿Qué tal? Paréceme, hijo mio, que esto vale la pena de esperarse.

Algo habia en el final de esta proclama que no desagradaba á nuestro héroe. En prueba de ello apretó la mano de la señora Alison, y aseguróle que antes de tomar decididamente un partido lo pensaria mejor.

CAPÍTULO VI.

Ya es razon de que introduzcamos á los lectores en el castillo de Childeland, donde entró lady Bellenden de malísimo talante por no serle posible digerir la afrenta que entendia haber recibido con la torpeza de Gibby.

A fin de cortar en lo posible las consecuencias de tal resentimiento, encargó el mayordomo al muchacho que no se presentase delante de milady en todo el dia, para no despertar en su pecho justos ímpetus de cólera; pero la señora, que no se dormia en las pajas cuando se trataba de cosas relativas al lustre de su opinion, en cuanto llegó al castillo determinó hacer sumaria á Luddy por haber obligado con su desobediencia á echar mano de tan azaroso suplente. El despensero y otro criado fueron admitidos como testigos, y emplazados para acompañarla al interrogatorio que pensaba hacer tanto al reo como á su madre, persona en quien

ecayera la fundadísima sospecha de haberle fortificado en aquel movimiento de rebeldía. Era el castigo con que se proponia corregirles arrojar á en trambos de sus tierras por poco que pudiese probarles el delito de que se trataba.

Solo Edita se atrevió á decirle algo en favor de los acusados; pero su intercesion fué mal recibida, cosa estraña á la verdad atendido el cariño que le profesaba su abuela. Era el caso que desde que supo que Gibby no se habia lastimado del golpe, dióle tal tentacion de reirse, que no pudo resistirla, lo cual chocó notablemente á lady Bellenden por la poca consideracion que manifestaba merecerle el pundonor de la familia. Para desempeñar este paso con todo el ceremonial y la autoridad competente, dejó la noble baronesa el baston de puño de marfil en que solia apoyarse, y tomó una caña adornada con uno de oro que perteneciera á su ilustre padre el conde de San Leonardo. De esta manera, con aspecto sério y revestida de todo el aparato de su autoridad feudal, entró en la alquería de sus tierras, donde habitaban los delincuentes.

La conciencia de la vieja Mausa parecia echarle algo en cara, pues no se levantó de su silla de mimbres con el aire desembarazado y suelto que le era peculiar. Echábase de ver en ella la turbacion de un reo que comparece ante el juez con ánimo de negar el crímen que interiormente sabe haber cometido. No empezó por tanto como solia ponderando lo reconocida que se hallaba á la honra de semejante visita, sino que permaneció inmóvil y silenciosa con los brazos cruzados, y ofreciendo en su semblante una estraordinaria mezcla de respeto

y terquedad. Hizo sin embargo una profunda cortesía, y acercó el asiento que lady Margarita se dignaba ocupar cuando le daba el capricho de ir á platicar un rato con la vieja Mausa á fin de saber todo lo que pasaba en la villa. Sobrado quejosa empero en el momento de que hablamos para dispensarla tal honor, hizo un gesto con arrogancia señoril en muestra de que rehusaba la silla, y levantando la cabeza con majestuoso y reposado continente, dirigióle el siguiente interrogatorio en tono capaz de perturbarla y confundirla:

—¿Es cierto que contra lo que debeis á Dios, al rey y á mí, vuestra ama y natural señora, hayais privado al hijo de hallarse en la asamblea, esponiéndome á la mas negra afrenta que haya manchado los timbres de mi familia desde los tiempos de Malcolm Canmor?

El respeto que tenia Mausa á su señora era tan profundo, que de pronto pudo solo contestarle con palabras sueltas y frases interrumpidas.

—En efecto, milady... me pesa... digo que me pesa... de haber escitado vuestro enojo; pero mi hijo..., la enfermedad de mi hijo...

—No me hableis de ninguna enfermedad: si tal hubiera, no dejarés de acudir al castillo para que te diesen remedio.

—Es verdad, milady; y por cierto que la última droga que enviásteis á mi hijo, produjo un efecto casi maravilloso.

—Pues eso es lo que digo: á buen seguro que como le doliese un dedo no vinieras á importunarme por un poco de bálsamo; pero nada le dolia, y todo no fué mas que gana de afrenterme, cautiva y desagradecida criatura.

—¡Paciencia! respondió: nunca habia oido de la boca de milady tan vergonzosos dicterios... ¡á mí que he nacido en las tierras de esta baronía!... ¡Ah! si os han dicho que Cuddy y la vieja Mausa no están prontos á derramar por vos toda su sangre y por la señorita Edita, y por todo el castillo junto, creed que quieren calumniarnos. Mas quisiera ver á mis hijos comiendo tierra, que faltando á lo mucho que os debemos. Ahora, por lo que respecta á esas danzas, reuniones ó revistas, perdonadme, milady, si me atrevo á decir que no me creo obligada á presentarme en ellas.

—¡Cómo! ¿No sabes que lo estás á obedecerme en cuanto te mande? y sobre todo, que no es gratuito tu servicio... Preguntad sino á la muy remilgada y orgullosa si puede quejarse de sus legítimos señores. Pocos vasallos mios han alcanzado de mí tantos beneficios como vosotros; y por un dia, por un solo dia que se me hace necesaria la persona de tu hijo, le persuades y obligas á desobedecerme.

—No es eso, señora, no es eso; sino que no es posible servir á dos amos á un mismo tiempo. Para decir verdad, el que reina desde lo alto es razon que sea obedecido primero.

—¿Y á qué viene toda esa plática, vieja ridícula? esclamó la baronesa. ¿Ordénote por ventura cosa que sea en contra de tu conciencia?

—No digo tal, milady, sino que vos teneis la vuestra y yo la mia. Mandadme si gustais dejar el abrigo de esta cabaña, la verdura de estos prados, el saber delicioso de estos frutos, padecer en fin todo género de miserias; que nada me vendrá tan

cuesta arriba como contribuir al fomento de perversa causa.

—¿Y te atreves á calificar de tal la que sostiene tu rey y te aconseja tu señora?

—Y mucho que me atrevo, replicó Mausa, haciéndose mas atrevida con el entusiasmo de la disputa Acordáos de que un rey llamado Nabucodonosor mandó elevar una estátua de oro en el valle de Dura, cual si dijéramos en el campo donde ayer celebraron la revista. Príncipes, milores, capitanes y cherifes, recibieron órden de acatarla al apacible son de las arpas, timbales y trompetas. Pues bien: en cuanto...

—Pero ¿qué diablo de jerga vas armando, y qué tiene de comun, menguada, el rey Nabucodonosor con la llanura de Clydesdale?

—Ahora lo veredes, replicó Mausa con entereza; el rey de Inglaterra es la estátua de oro que nos quieren hacer adorar, perturbándonos los sentidos con el rumor de los tambores y el eco bailarin de las zampoñas. No se dirá que falten en Escocia, como tampoco faltaron en Babilonia, gentes de suficiente virtud que se desdeñen de doblar al ídolo la rodilla: y puedo asegurar que mi hijo, aunque criado humilde de milady, tendrá sobrado teson para no envilecerse hasta tal punto.

Lady Bellenden oyó este trozo de erudicion y elocuencia con el mayor enojo y fastidio.

—Ya veo de qué parte sopla el viento, esclamó: ha renacido la perversa doctrina de 1642; y esta loca, llevada de igual fanatismo, se creerá bastante sábia para meterse en cuestion con los mismos doctores de la iglesia.

—Si milady pretende hablar de los que amones tan al rebaño de los escogidos, dándole sufrimiento en los trabajos y perseverancia en la tribulacion, conozco que soy indigna de limpiarles con la lengua el polvo de las sandalias; ahora alude á...

—Vamos; esta tia será capaz de trastornarme el juicio en menos de una jornada, prorrumpió la baronesa dejándose llevar de un movimiento de cólera; pero tomando muy pronto el tono grave y reposado de que usara hasta entonces, ató el hilo de su discurso de la manera siguiente: Escucha, Mausa, voy á concluir por donde debia comenzar: tú eres demasiado entendida y sabijonda, para mi pobre caletre; y por tanto, lo que te digo sin rodeos, retazos ni añadiduras es, que supuesto que tu hijo se desentiende de presentarse á la revista, lieis el ato y salgais inmediatamente de la baronía, que no me faltarán mujeres menos impertinentes que tú, ni jardineros menos desobedientes que el muchacho. Dígote además que prefiriera ver el jardin lleno de ortigas y plagado de ponzoñosas yerbas los surcos de mis campos, á recrearme con ellos hermosamente cultivados por manos de rebeldes.

—Aquí nací, milady, y aquí contaba terminar mis tristes dias, donde tambien los acabaron mis padres; pero estoy pronta á padecer por la causa de la justicia, sin que por eso deje de rogar al cielo para que os desvie de la perniciosa senda en que os hallais metida.

—¡Habráse visto insolencia semejante! esclamó la baronesa: en fin, ya os hice saber mi voluntad, y cómo no gusto de puritanismo en mi baronía. ¡El diablo de los herejes! Si se descuidara uno con

ellos, armarian sus juntas ó conventículos en nuestras mismas antesalas.

Dijo, y volvióle la espalda. Al verse sola echó á llorar amargamente la vieja Mausa; pues no lo habia hecho hasta entonces en razon de que, teniendo por lo menos tanto amor propio como lady Margarita, no quiso manifestar en su presencia la pena que le causaba de haber de salir del albergue, testigo de los juegos de su infancia y de las primeras auras de su vejez.

Cuando su hijo Cuddy vió venir á lady Bellenden, metióse en un camaranchon de la misma alquería, y se acorrucó en el lecho de su madre, de manera que en caso de que pidiesen pór él, pudiese atestiguar la enfermedad supuesta.

Oyó el pobre desde allí toda la conversacion, y estaba temblando de que una parte del temporal no fuese á reventar contra su propia persona. Pero en cuanto olfateó que la baronesa se hallaba á cierta distancia y fuera de tiro para alcanzarle con su cólera, saltó de la cama y fuése á juntar con su madre.

—¡Reniego de la lengua de todas las mujeres! como decia el bueno de mi padre, esclamó: ¿qué diablos de ocurrencia habeis tenido en fastidiar á la baronesa con todo ese diluvio de frases de vuestra cosecha? Ahora veo que he sido un bárbaro en dejarme arropar con las mantas como un chiquillo, en vez de ir á la revista á guisa de hombre de pelo en pecho. Y lo mas gracioso es la pieza que os he jugado á pesar de tanto empeño: en cuanto volvísteis la espalda, corrí á ella, tiré al blanco, dí en él, y todo para ver á Jenny Denison que debia hallarse allí; bien que ahora, merced á vuestro

desatino, ya tiene licencia para casarse con cualquiera. El pobre Cuddy, errante por esos campos, sin poderla hablar ni tener una razonable subsistencia que ofrecerle, es un partido harto descabellado y humilde para que la muchacha se enternezca. No: pues os aseguro que como hubiese tenido á la mano un vestido algo decente, saltaba del lecho para decir á la señora que estaba pronto á montar á caballo siempre que le diese el capricho de verme gallardear en la silla.

—¡Oh, hijo mio! esclamó Mausa, no murmures, no te canses de sufrir por la buena causa.

—¿Y quién me asegura que tal sea? ¿Por dicha esos hombres sedientos de sangre, que persiguen á los verdaderos ministros de la Iglesia y pretenden quitarles el sagrado destino de oradores? Maldito lo que entiendo de toda su gerigonza. Lo mas cuerdo que pueden hacer los pobres es callar y obedecer á las personas distinguidas que han nacido para mandar, y fueron educadas con este objeto.

—Pues qué, Cuddy, no ves la diferencia que hay entre la pura doctrina del Evangelio y la que fué adulterada por los hombres? Si desdeñas la salud de tu alma, muévate siquiera el respeto que debes á estas canas.

—Eso vendria de perilla si no hubiese obrado siempre á vuestro antojo. En vez de ir tranquilamente á la iglesia cada domingo, ¿no he corrido con vos por esos valles para escuchar en lo mas revuelto y áspero de algun bosque uno de esos predicadores *non cornistas?*

—Conformistas has de decir, hijo mio, que no cornistas, interrumpió Mausa.

—Lo mismo tiene, replicó Cuddy: la cuestion estriba en cuál es el partido que ahora debemos tomar. Por lo que á mí toca, pronto saldria del apuro alistándome con los dragones, pues manejo bien el sable y monto regularmente á caballo; pero armariais vos tal gritería, que nos habian de oir los sordos. Será necesario para no morirme de hambre correr al monte por atajos intransitables, por veredas desconocidas, y tomar partido con los rebeldes. El dia menos pensado me caza un breton como si cazara una liebre, y me cuelga de un árbol mas alto que la torre de Childeland. ¡Vaya una perspectiva deliciosa, capaz de hacer brincar de alegría á un hombre blanco!

—No hables así por tu vida, replicó su madre: esto es dudar de la Providencia, y no acordarse de que está escrito que el hijo del hombre virtuoso no mendigará su pan.

—Todo eso será muy bueno, madre, pero no nos saca del apuro. Solo me ocurre un recurso para salir del maldito lodazal en que vos me habeis metido. Aunque parezco bestia, y dicen muchos que soy efectivamente un alma de cántaro, no dejo de tener acá en mi caletre ciertas puntas de penetracion y bellaquería. Mas de una vez he llevado libros y papeles viejos entre mister Enrique y miss Edita, sin darme por entendido de cosa alguna; pero bien se me alcanzaba que aquel comercio de garabatos suponia entre los dos algo mas que una amistad insignificante y pasajera. Tambien les he visto en ciertas ocasiones pasearse muy á su placer por las orillas del rio, y magüer que tonto no he dejado de advertir en su modo de platicar algo de lo mismo que á mí me pasa cuando

echo mis flores á Jenny. Ahora bien: he sabido que sir David anda buscando un mozo de labranza para el arado; con que no hay mas que presentarse á M. Enrique á fin de que abogue por nosotros. Harto sospecho que el viejo Milnwood no nos dará salario alguno, porque tiene tan apretados los puños como el diablo las garras, pero si quiera habrá pan que comer y un mal caramanchon donde acostarnos. Así que, la madre, no hay mas que hacer un revoltillo de todos esos trapos y marcharnos, como dicen, á la buena ventura.

CAPÍTULO VII.

Ya las sombras de la noche empezaban á enlutar la tierra, cuando paseándose Enrique Morton por los alrededores de su casa, percibió una vieja apoyada en el brazo de un mozo, aunque rollizo de carnes, simplon ó bobo de aspecto, lentamente encaminándose al castillo. Al llegar junto al sobrino de sir David, la vieja Mausa hizo la cortesía, pero su hijo tuvo la palabra. Sin duda habia encargado á su madre que pegase la lengua al paladar, pues no se ocultaba á su perspicacia que mas útiles le serian para su pretension las frases poco estudiadas de que usaba, que todas las flores retóricas y espresiones altisonantes que recogia la madre de los menguados predicadores de su secta.

—Hé aquí un tiempo famoso para la siega, M. Enrique, dijo Cuddy: parece, gracias al cielo, que la cosecha de este año promete mucho.

—Así es la verdad, querido; pero ¿qué causa te

mueve á venir tan á deshora á los campos de Milnwood con esa buena mujer, que si no me engaño, es tu madre?

—La mas poderosa para hacer trotar á las viejas y á los jóvenes, M. Enrique: la miseria. En una palabra, buscamos donde colocarnos.

—¿Pero en semejante estacion, Cuddy? Repito que me parece muy raro.

Aquí ya no pudo contenerse la vieja, y dijo con ademan compungido y resignado, como orgullosa de sufrir por lo que llamaba ella la buena causa: Plugo al Señor favorecer á sus hijos con los rigores de una tribulacion.

—Lléveme el diablo si no teneis un familiar en ese cuerpo, replicó su hijo en voz baja. ¿Estais empeñada en que nos cierren las puertas nueve millas á la redonda? Y dirigiéndose en seguida á Morton: Mi madre es algo anciana, señor, y por tanto no debeis estrañar que haya disputado con lady Margarita. Olvidóse por nuestra desgracia de que estando en Roma no es bueno indisponerse con el Papa: y la señora baronesa, que á la cuenta no gusta la contradigan sus criados, nos mandó levantar el campo sin la menor tardanza. Este billete os dirá algo mas en favor nuestro de parte de una persona que no os es desconocida.

Tomó Enrique la esquelita, y alborozado al ver la letra, leyó lo siguiente: «Si podeis favorecer á esas buenas gentes, os estará eternamente reconocida E. B.»

—¿Y en qué puedo yo serviros? preguntó Morton así que concluyó la lectura: ¿qué es lo que exigís de mí?

—Pan y trabajo, M. Enrique, porque tengo muy

buen apetito, y mi madre tambien, á pesar de sus años. Sé que vuestro tio busca un mozo de labranza; si quiere tomarme para ello, soy hombre robusto y tan deseoso de complacerle, que mientras nos dé de comer no regatearé la soldada.

—Comer y dormir no dejareis de lograrlo, amigo Cuddy; pero lo que es salario lo dificulto mucho.

—Nada me importa: mas quiero el pan en esta casa, que haber de correr todo el condado sin saber donde acostarnos.

—Corriente: entraos en la cocina, y aguardadme allí mientras voy á negociar la pretension.

No era cosa tan fácil como á primera vista parece. Debia empezarse por ganar al ama de gobierno, que puso veinte tranquillas para hacerse de rogar, segun su ordinaria costumbre. Es cierto no obstante que una vez conquistado ese personaje, ya fué negocio mas mañero el persuadir á sir David. Señaláronles una casucha contigua al mismo castillo para que les sirviese de habitacion, y dijéronles que fuesen á comer con los amos hasta que estuviesen del todo arreglados en su nuevo establecimiento. Por lo que toca á Enrique, empleó gran parte de su escaso peculio en probar á Cuddy el cariño que le merecia la carta que le trajera.

—Vednos aquí colocados otra vez, dijo Cuddy á su madre: y lo que es ahora paréceme no os pelearéis con alma viviente, pues nos hallamos entre gentes de vuestra creencia.

—¿De mi creencia, hijo mio? ¡Ay de aquellos que se figuran caminar por el buen sendero, dejándose dirigir por un ministro que obedece á los cheriffes y defiende á boca llena las autoridades es-

tablecidas! Tal es este M. Harrison, hombre que dejó la buena causa para vivir tranquilo y en las delicias, cobrando un salario vil de su avariento patron.

—¡Habráse oido jamás cosa tan estupenda y peregrina! esclamó Cuddy montado en cólera. ¿Determinásteis tambien que nos echen de Milnwood con cajas destempladas? Vive Dios, la madre, que por si tal sucediese, os voy á cantar clarito la cartilla. Como danceis otra vez en esa cuerda, se entiende delante de otros, conmigo á solas me importa un bledo, porque me haceis dormir; digo pues que como canteis en ese tono delante de otro, me engancho en el regimiento de Claverhouse, y en un daca las pajas tendreis la pesadumbre de verme cabo, sargento, y tal vez general. Sin el socorro de lady Margarita aun estaria en cama del valiente resfriado que pillé cuando me llevásteis al arroyo del castaño para oir un sermon de cuatro horas que predicaba vuestro amigo Rum.

Suspiró la pobre Mausa al ver la dureza é impiedad de su hijo, pero temiendo ejecutase su amenaza, propuso en su corazon echarse un nudo á la lengua. Era esto mucho exigir de su vehemente entusiasmo, y no sabemos cómo hubiera salido de semejante determinacion, si un accidente imprevisto no le hubiese dado márgen para engolfarse otra vez en lo mas sustancioso y peregrino de su erudicion y elocuencia.

Es de advertir que sir David observaba con todo rigor las costumbres antiguas que favorecian su espíritu de economía. Era una de ellas hacer que se sentasen en su mesa los criados de la casa, segun se usaba cincuenta años antes, para que fue-

sen comiendo de las sobras de los amos. En cuanto señaló el reloj del castillo las doce del dia siguiente de haber llegado Cuddy, el viejo Robin, escudero antiguo que desempeñaba con sir David los empleos de despensero, ayuda de cámara y lacayo, puso sobre la prolongada mesa una gran cazuela de agua caliente, por la que sobrenadaban cuatro hojas de berza y dos ó tres tasajos de cabra tan éticos y desustanciados, que no parecian puestos allí sino para quitar el apetito al hombre mas comilon y hambriento. No obstante, todo lo suplia una cesta de pan de cebada y la pirámide colosal de patatas humeantes que completaba este primer servicio. Siguióle un salmon condimentado por la señora Alison, pescado tan abundante en los rios de Escocia en la estacion del verano, que muchos criados no entraban á servir sino estipulando con el amo que no les daria salmon mas de cinco veces cada semana. Un queso de leche de vaca y algunos frascos de no muy buena cerveza completaban la comida ordinaria, de la que era lícito á los criados engullir á discrecion, esceptuando la cabra, que se la partian los señores con la señora Wilson en buena paz y compaña.

Presidia sir David la comida, sentado en la cabecera de la mesa, con el sobrino á la derecha y el ama favorita á la izquierda. Seguian á respetuosa distancia los criados segun su órden: por un lado el factotum Robin: enfrente de él una criada gorda y cariredonda: despues el jardinero, el galopin de cocina, y en último término los dos recien llegados.

Los ojos mustios y pequeñuelos del viejo Milnwood parecian irse detrás de los bocados que tra-

gaban sus dependientes, y calcular por ellos los comestibles que consumia cada uno, y la capacidad respectiva de su estómago. Semejante exámen no fué muy favorable á Cuddy, que embaulaba en silencio con mucho donaire y gana tasajos como el puño. Asombrado sir David de tanta soltura, no hacia mas que mirar con aire desapacible é indignado á su sobrino, porque le habia traido aquel jayan tan voraz y desatento.

—¡Darte salario, glotonl decíase á sí mismo: ¡darte salario cuando eres hombre para comerte en una semana lo que ganases en un año! Primero me ahorcaria de desesperacion.

Interrumpieron á deshora estas reflexiones varios aldabazos reciamente aplicados á la puerta, cosa para alarmar en aquel tiempo de revueltas á la familia mas acreditada y segura. Corrió inmediatamente la señora Wilson á hacer un reconocimiento; y habiendo atisbado por la reja de la puerta principal, volvióse toda azorada levantando los brazos y esclamando:

—¡Los bretones, los bretones!

—¡Robin! ¡sobrino! gritó sir David: abrid al momento y ved lo que quieren. Habladles sobre todo con mansedumbre y cortesía... ¡Dios nos proteja! ¿Qué diablos de ocurrencia les habrá dado de venir á turbar la paz de un pobre viejo? Y en tanto que esto decia, iba metiendo en el bolsillo las tres únicas cucharas de plata que estaban sobre la mesa.

Durante aquel momento de irresolucion y angustia cuando se percibian ya las blasfemias de los soldados anunciando el desapacible humor con

que venian, acercóse Cuddy á su madre para decirle lo siguiente:

—Hace tiempo que me volveis sordo á fuerza de hablar disparates; ahora llegó la mia, y os encargo que seais muda... cuenta con no distraerse... absolutamente muda. Aunque cien veces os debiera la existencia, nunca estaria de humor para que vuestros sermones acomodasen la golilla de esparto en mi garganta.

—Bien está, hijo mio, respondió la anciana; pero nunca olvideis que el buen puritano no debe avergonzarse de publicar su creencia.

Cuatro dragones del regimiento de la guardia entraron á sazon en la sala mandados por el sargento Bothwell. Hizo estremecer su presencia al bueno de sir David, porque sabia bien que sus registros iban regularmente acompañados con algo de contribuciones y de robos. Tampoco Enrique Morton las tenia todas consigo, por saber que habia faltado á las leyes del pais dando acogida á Balfour de Burley, conocido en todas partes como capitan de rebeldes; y la vieja Mausa luchaba interiormente entre el deseo de hacer alarde de su religion, y el temor de comprometer la existencia de su hijo. Entre tantos como se manifestaban sorprendidos y atemorizados, solo Cuddy parecia tranquilo, con el aire de estupidez ó tonteria que le era natural, sin perder bocado y sin dársele un ardite del estraño movimiento que se observaba en la casa.

—¿En qué puedo servir á vuesas mercedes, señores mios? dijo Milnwood saludando humildemente al capitan de la tropa.

—¿Por qué diablos habeis hecho aguardar tanto

á la puerta, preguntó Bothwell sin dignarse contestarle, á los que vienen de órden del rey?

—Porque á la hora de comer tenemos en casa la costumbre de cerrarla. Pero si hubiera llegado á mi noticia que habian de venir á visitarme las valientes tropas de S. M., á buen seguro que no la tuviese de par en par abierta. ¡Vaya! ¿No tomarán esos señores un vaso de buena cerveza ó... una copita de aguardiente?

—¡Bah! interrumpió un soldado, copa de vino de Canarias quisistes decir.

—Mas vale un trago de aguardiente, replicó su camarada, que todos los vinos del mundo.

—¡Bravo mojon! esclamó sir David que temia por sus vinos; habeis olfateado desde aquí que mi Canarias no vale cosa, y que mi aguardiente es capaz de resucitar á un muerto.

—Pues yo, atajóle otro dragon, quiero un buen vaso de cerveza para cuando haya bebido media azumbre del tal vino.

—¿Lo oís, señor amo? replicó Bothwell: mandad sacar de los tres, y echemos un brindis á la Casa Real de Escocia.

Sacó Milnwood dos llaves tamañas de la faltriquera y entrególas suspirando al ama, como si le arrancasen dos pedazos del corazon.

—La criada no es jóven ni bien parecida, dijo el sargento, y así no creo que ninguno de nosotros se tome la pena de seguirla á la bodega. Vamos á ver qué tal entiende la cocina, añadió arrimándose á la fuente, porque el salmon habia desaparecido, gracias al aguzado apetito de Cuddy. Pescó un pedazo de cabra, y tirólo en cuanto lo llegó á la

boca, renegando del pícaro que lo había guisado y del bárbaro que pudiese comerlo.

—Quisiera tener algo mas sabroso que ofreceros, dijo sir David al ver la accion del soldado.

—No importa: buen vino me pide el cuerpo, que no mala carne. Decidme entre tanto para que empecemos á evacuar el objeto que nos trae, si es cierto que os guiais por las instrucciones del ministro Harrison.

—Cabal, respondió sir David: porque ha obtenido de S. M. la autorizacion competente, sin cuyo requisito nadie pudiera recabar de mí que le respetase ni obedeciese.

—Bueno, bueno, interrumpió Bothwell, ya sé que tiene permiso; y aunque no entiendo á qué viniese esa indulgencia, es necesario obedecer y callar, porque allá van leyes... y no digo mas. Hé aquí si no me sube la buena vieja con el bendito licor. Despachaos, menead con mas viveza las piernas, y dad acá esas botellas cuyo venerable polvo alegra el corazon con la preciosa antigüedad que disfrutan

Echóle una mano sin aguardar á que se le entregara, y despues de vaciarse la cuarta parte en un jarro, dijo á sir David que no hacia justicia al mérito de su vino, y propuso un brindis á la salud del rey.

—Enhorabuena, respondió Milnwood, pero por mi parte lo echaré con cerveza, pues solo tengo media docena de botellas de vino, y lo guardo como si fuera una reliquia para obsequiar á los amigos.

—Se entiende á los amigos como yo; ¿no es verdad? preguntó Bothwell. Está bien: lo que es ese

mozo no tiene trazas de dejarme desairado, continuó pasando á Enrique la botella.

—No por cierto, señor sargento, dijo el mancebo desentendiéndose de los codazos que le daba el tio para que no lo catase.

—¿Están todos prontos? preguntó Bothwell. Y vos, buena vieja, dijo á Musa viendo que tenia el vaso vacio, á vos digo la del rincon, ¿no quereis beber á la salud del rey?

—Con perdon de su merced, señor oficial, respondió Cuddy, esta anciana es madre mia y está mas sorda que una tapia; pero yo bebere á la salud del rey, si os place, por entrambos.

—Esto es hablar como hombre honrado, dijo Bothwell; me conformo, hermano: empina la botella con libertad y buen humor, que no me gustan trabas ni etiquetas donde yo mando. ¡Bravo! parece que no sabe mal: vaya otro brindis á la salud de mi coronel el intrépido Graham de Claverhouse. ¿Pero qué diablos tiene aquella vieja que no hace mas que suspirar y volver los ojos en blanco?

—Nada, señor, respondió Cuddy; todo es envidia de verme saborear ese poco de vino, porque á ella se lo ha prohibido el médico.

—¡Voto á tal! dijo el sargento soltando una carcajada, que la sorda tiene razon. Venga otro trago, y ocupémonos sin mas ni mas de nuestro negocio. Supongo que habeis oido hablar del asesinato cometido contra el arzobispo de San Andrés.

Miráronse todos atónitos y en silencio, sin que nadie respondiese, hasta que dijo Milnwood haber efectivamente entreoido algo, pero que ignoraba lo que tenia de verdad.

—Ahí teneis la relacion de oficio que lo canta,

continuó Bothwell entregándole un impreso: preguntáos ahora qué pensais de este atentado.

—¿Lo que yo pienso, señor sargento? dijo sir David tartamudeando. ¡Válgame Dios! pienso lo mismo que habrá pensado el prudentísimo consejo.

—Pido vuestra opinion particular sin atajos y cortapisas, insistió Bothwell alzando la voz.

Sir David habia tenido tiempo de echar una ojeada al papel, y enterado por algunas espresiones en letra bastardilla del dictámen de la autoridad, respondió sin tropiezo que él lo miraba como un horroroso asesinato, un parricidio sugerido por el infierno, oprobio eterno para los tres reinos de la Gran Bretaña.

—¡Por San Cristóbal mártir que hablásteis como hombre pundonoroso y leal! Vaya un trago á vuestra salud y á la propagacion de tan laudables principios. A vos toca el turno, jóven, añadió dirigiéndose á Enrique: ¿qué opinais, os digo, de la muerte del arzobispo?

—Ninguna dificultad tuviera en deciroslo como supiese primero el derecho que teneis en preguntármelo.

—¡Válganme todos los santos del cielo! esclamó la señora Wilson al oir tal respuesta: ¿quién se atreve á echar plantas con los militares, cuando sabe todo el mundo que son los amos del pais?

No menos asustado sir David de la audacia del sobrino, y temiendo las consecuencias de semejante indiscrecion, levantó la voz y díjole mirándolo con airados ojos:

—Responded, señorito, responded pronto: ¡pobre de vos que os atreviérais á faltar al respeto debido á S. M. ultrajando la persona de un sargento!

—¡Silencio! esclamó Bothwell descargando una puñada en la mesa, ¡silencio! ¿Pedís, dijo volviéndose á Enrique, el derecho que me asiste para preguntároslo: ¿no es verdad? Pues bien: mi sable y mi escarapela satisfacen á tal pregunta. Ya sabeis á mayor abundamiento que los soldados de S. M. tienen el encargo de velar, interrogar y poner presas las personas sospechosas. Así que, por segunda vez y bajo juramento os pido: ¿qué pensais de la muerte del arzobispo de San Andrés? Esta pregunta es la piedra de toque para sondear las verdaderas ideas de aquellos cuya conducta nos dá márgen á sospechas.

Enrique habia tenido tiempo de reflexionar que resistiendo á semejantes hombres no hacia mas que esponerse á los peligros que podia muy bien evitar; y no teniendo por otra parte ninguna repugnancia en decir su opinion sobre la horrorosa violencia de que se trataba, contestó con la mayor serenidad que contemplaba la muerte del ilustre prelado como un asesinato atroz, contrario á las leyes de la humanidad, no solo por lo que respecta al sagrado carácter de la víctima, sino porque autorizaba á redob'ar la persecucion contra muchos que reprobaban aquel crímen.

Mientras esto decia, examinábale Bothwell como si quisiera convencerse de haberle visto en otra parte.

—No, no me engaño, prorrumpió al cabo de un rato: vos sois el capitan del papagayo, á quien encontré acompañado de gente de feísima catadura en la taberna de Niel.

—Verdad es, señor sargento.

—¿Y con quién salisteis de ella, mocito? ¿No

fué con Balfour de Burley, el mismo que capitaneó los asesinos que dieron muerte al arzobispo?

—Nunca me disculparé con la mentira; pero lejos de saber entonces quien fuese el autor de tal crímen, ignoraba aun que se hubiese cometido.

—¡Misericordia! esclamó sir David: la lengua de ese menguado le vá á costar la cabeza, y á mí hasta la ropa que llevo encima.

—Pero no podiais ignorar, continuó el sargento, que era Burley capitan de los rebeldes, y que está prohibido á todo vasallo fiel tener el menor contacto con semejante pícaro, cuanto mas socorrerlo, proporcionándole un rincon donde agazaparse. Digo que debiais saber esto, y sin embargo atropellásteis por todo.

Enrique guardó silencio.

—¿En qué punto os separásteis de él? ¿En el mismo camino real, ó le acogisteis realmente en esta casa?

—¡Cómo se entiende! esclamó sir David: por mucha que fuese su audacia, nunca hubiera llegado al punto de introducir en ella á un asesino.

—¿Y se atreveria á negarlo? insistió el sargento.

—Puesto que me lo achacais como á crímen, replicó Enrique, no debeis exigir, segun el espíritu de nuestras leyes, que diga cosa que perjudicarme pueda.

—Hé aquí las tierras de Milnwood, las pingües y frondosas tierras de Milnwood, esclamó dolorosamente el tio, desde mas de dos siglos gala y delicia de la familia de Morton, repentinamente confiscadas y perdidas.

—No lo sufriré, señor, respondió Enrique: digo

que no sufriré que os castiguen por causa mia. Confieso, amigo sargento, que por una sola noche dí acogida al hombre de que me hablais, en razon de haber salvado en otro tiempo los dias de mi padre; pero no solo lo hice sin noticia de mi tio, sino contra sus espresas órdenes. Espero pues que si no basta mi declaracion para salvarme, bastará á lo menos para no envolver á sir David en mi desgracia.

—Escucha, jóven, dijo entonces Bothwell en tono algo mas blando: pareces hombre de caráter, sobremanera honrado, valiente, decidido, y por tanto no puedo dejar de estimarte. Ya ves que tu buen tio es un viejo carroña, que mas cuidado tiene de regalar á sus huéspedes que á sí mismo: confíame pues todo lo que sepas de ese miserable, y deja lo demás á mi cargo. ¿Díjote á dónde iba, ó alcanzas en qué sitio lo podríamos hallar? Mira que su cabeza está justipreciada en cincuenta onzas de oro, capaces en estos tiempos de hacer cantar á un muerto.

—Señor mio, respondió Morton, las propias razones que me obligaron á darle asilo me obligarian tambien á no revelar el secreto que me hubiese confiado.

—¿Con que rehusas responderme?

—No tengo otra respuesta que daros.

—Muy bien; pero tal vez hallaremos medio de hacerte cantar cuando te veas descoyuntándote en un potro.

—Por piedad, señor, dijo la señora Wilson al oido de su amo, por piedad les deis algun dinero: de lo contrario, matarán al señorito y os matarán á vos, y nos matarán á todos.

Suspiró el viejo, y con voz tan desmayada, como si fuese á despedir el alma, dirigió al sargento estas interrumpidas palabras:

—Si... veinte... pues... sí... veinte libras podian echar tierra á este negocio...

—Dice el señor, gritó la señora Alison al sargento, que está pronto á daros veinte libras esterlinas.

—¡Veinte libras de Escocia, miserable! interrumpió sir David, haciendo olvidar la avaricia el cariño que profesaba á su ama de gobierno.

—Veinte esterlinas, insistió ella sin hacerle caso; veinte, repito, como dejeis libre á ese atolondrado mozo. Asegúroos por otra parte que es tan terco y metido en sus trece, que primero le hareis añicos que arrancarle una sola sílaba. ¿Y qué bien sobre todo os resultará de estrujar y martirizar al pobre muchacho?

—En efecto, dijo Bothwell en tono algo irresoluto; conozco á muchos camaradas mios que no repararian en cargar con el tonto y las monedas; pero buena ó mala, tengo al fin una conciencia, y como el señor cumpla la oferta y todos me presteis juramento...

—Cuantos juramentos quisiéreis, respondió Alison. Ea, despachad vivo, añadió hablando al oido de sir David, que de lo contrario van á pegar fuego al castillo.

El viejo echó una ojeada de desesperacion á su consejera, y marchóse á pasos lentos para sacar unas medallas que desde tiempo inmemorial yacian en tinieblas.

Tomó Bothwell una actitud imponente, y preparóse á exigir el juramento.

—¿Cómo os llamais?

—Alison Wilson, señor sargento.

—¿Y vos, Alison Wilson, jurais solemnemente mirar como criminales cuantas asociaciones se formen contra las leyes de S. M., sus fieles vasallos, y su sagrada persona?

—Sí, juro, respondió Alison alzando las manos.

Aquí fué interrumpida la ceremonia por una recia disputa entre Cuddy y su madre.

Rato habia que estaban hablando en voz baja; pero á medida que la cuestion se empeñaba, íbanla levantando, hasta que llamaron al fin la atencion de todos los circunstantes.

—¡Silencio, madre! decia Cuddy: silencio con dos mil demonios.

—No lo lograrás, respondió la vieja; me siento inspirada, y quiero confundir á esos satélites del ángel rebelde.

—Reniego de mi suerte, gritó el muchacho arrancándose los cabellos; héla con un pié en el estribo, sin que el mismo demonio sea ya capaz de detenerla. Ya la veo por mis pecados en la grupa de un dragon para llevarla á la cárcel, mientras maniatado me sujetan á la cola de un caballo. Y no hay que darle vueltas, que ya repasa entre dientes el sermon sin que se tarde medio minuto que lo vomite y nos pierda.

—Harto adivinaba yo, esclamó la vieja estendiendo hácia Bothwell las descarnadas manos, mientras brillaba en sus ojos el fuego del fanatismo, harto adivinaba yo que este habia de ser el fin de la violencia que ejerceis contra gentes honradas y pacíficas. Intentais perder nuestras almas exigiendo juramentos contrarios á la conciencia: pero en balde

tiende el demonio sus redes contra los que viven iluminados por el espíritu.

—¡Ah! ¡ah! interrumpió el sargento; ¡vaya un estupendo milagro! La vieja ya tiene oidos, y aun creo que á fuerza de gritos pretende volvernos sordos. Os aconsejo, abuela, que echeis un nudo á la lengua, siquiera por el carácter que representa aquel á quien dirigís esas locuras.

—Ya sé que eres sosten de la mala causa, ave de rapiña que se alimenta de cadáveres, desalmado sayon que trata de atemorizar al débil y seducir al incauto...

—Lléveme Barrabás, dijo Bothwell entre admirado y aturdido, si oí en mi vida discurso mas chusco y gracioso. ¿Os queda alguna cosa en el buche? que no quisiera dejáseis de proclamarla por cortedad ó vergüenza.

—Vosotros, continuó Mausa, vosotros sois los filisteos y edomitas, vosotros los leopardos, los hambrientos tigres que andan en busca de las ovejas descarriadas para beber su sangre... vosotros las venenosas culebras que vomita el gran dragon para...

—¡Llévese el diablo á la brujal gritó un soldado al oir aquello del dragon; mejor será echarle una mordaza y llevárnosla al cuartel general.

—Cállate, Andrés, interrumpió Bothwell, que si le permito que cante, no es mas que por el homenaje que debemos al bello sexo. ¿Pero no se te ocurre, endemoniada vieja, que entre estos dragoncitos que vomita el dragon grande, puedes topar con alguno á tal hora y á tal punto que aplicándote un puñetazo en esa puntiaguda quijada, te haga dar de cabeza contra el techo? Y el resultado

de eso es, que ya he de llevar conmigo á este jóven (señalando á Enrique), puesto que en razon á la osadía de sus respuestas, no me perdonarán mis jefes haberlo dejado en una casa donde arde con tanto estrépito la hoguera del puritanismo.

—Mirad lo que habeis hecho con vuestras bravatas, dijo Cuddy á su madre; esos que llamais filisteos se van á llevar á Mr. Enrique.

—Calla, cobarde, que si tú y los demás pelmazos de la quinta tuviéseis tanto valor en el brazo, como yo soltura en la lengua, en un momento arrancariais la presa á esos lobos carniceros.

Ataban entre tanto los soldados las manos del gallardo jóven, y asustado sir David al entrar, con tan desagradables preparativos, ofreció suspirando á Bothwell una bolsa de dinero. Tomóla el sargento con la mayor indiferencia, tanteó su peso, tiróla hácia el techo, volvióla á tomar, y meneando á un lado y á otro la cabeza, llevóse á un rincon al viejo Milnwood y díjole en voz baja lo siguiente:

—Mientras estuvisteis en el otro aposento, ha pasado en este cierto lance, buen hidalgo. Cantó la vieja muy alto, los testigos son muchos, y es fácil que se descuide alguno de ellos y me encajen mis jefes una argolla de hierro en la garganta y un par de grillos en los pies, amen de doscientos ó trescientos palos que me acomodase el verdugo á las espaldas. Así que, no pudiendo ya desentenderme de llevar al cuartel general á vuestro sobrino, no me es lícito tomar de vuestra bolsa mas dinero que el puramente necesario para no desairar tanta fineza.

Abriéndola entonces, entregó una medalla á

cada soldado, tomó tres para sí, y preparóse para salir.

—Ahora os digo, añadió, que os doy mi palabra de honor de tratarlo con los honores de capitan del papagayo, cosa que debe serviros de suma satisfaccion. Lo demás del dinero ahí lo teneis.

Milnwood alargó la mano con notable presteza.

—Sin embargo, recordaros debo, continuó el sargento jugando al trompo con la bolsa, que todo amo de casa es responsable de las personas que le sirven, y como mis camaradas no están obligados á callar las mil blasfemias que ha dicho esa vieja puritana, podria suceder muy bien que el consejo privado os echase una multa á las costillas.

—¡Valentísimo sargento! ¡dignísimo comandante! esclamó el avaro temblando de pies á cabeza como Sancho Panza al vislumbrar las fantasmas que llevaban al cuerpo muerto, nadie que yo sepa ha tenido en esta casa la intencion de ofenderos.

—¿Cómo que no? Lo vais á ver por vista de ojos. Quítate de ahí, perillan, gritó al hijo de Mausa que trataba de cubrir á la madre con su cuerpo: quítate, digo, y deja cantar á esa bruja para que su amo se deleite en escucharla.

—Pero en nombre de Dios, señor sargento, replicó Cuddy, ¿qué importa la lengua de una mujer para que hombres de calidad se ocupen de ella? Ni mi padre ni yo le hemos hecho caso en todo el discurso de la vida.

—Calla esa boca, parlanchin, y procura no empeorar tu negocio en vez de meterte en los agenos. A no engañarme, eres menos bobo de lo que

pareces. Vamos, amable dueña, hacednos merced de otra tirana.

No tenia Mausa necesidad de aguijon para soltar la carretilla; por lo que, haciendo con los brazos singulares estorsiones y ademanes, empezó á decir:

—¡Ay de aquellos que consienten en vejar á los que se precian de seguir el buen sendero sin nunca desviarse ni distraerse! ¡Ay de aquellos que consienten en pagar multas y contribuciones á los satélites de un gobierno ilegítimo y destructor! Parécense al hijo de la mala mujer, que apedreaba á su padre por atajos y torrentes, llenándolo de blasfemias y de injurias.

—¡Vaya una mujer bien educada y sumisa! esclamó Botwell: no parece sino que te hayan destinado para quitar á la gente honrada las tentaciones de casarse. ¿Has oido, Andrés? ¿Vistes cómo se echa encima de los que pagan las contribuciones al rey?

—Y de los que dan un vaso de cervesa al pobre soldado, respondió Andrés.

—Ahora vereis si el negocio es tan negro como os dije, continuó Bothwell dirigiéndose á Milnwood y presentándole la bolsa.

Sir David, al parecer sin aliento con tantas desgracias, tendió maquinalmente el brazo segunda vez para tomarla.

—¿Estais loco? apuntóle en voz baja la Wilson; decidle que se la quede: así como así se ha de marchar con ella; con que mejor es pasar por garboso en tan crítico lance!

—Te juro, Alison, que me es del todo imposible decir que les doy un dinero que he contado y repasado tantas veces.

—Pues, lo diré yo para evitar mayores desgracias. Señor Bothwell, el amo me encarga deciros que no toma ya un bolson que se halla en tan buenas manos. Os ruego que lo guardeis en su nombre, que trateis bien á su sobrino, y nos pongais en buen lugar en la relacion que se estienda de esta visita para ser presentada al Consejo privado sin hacer alto en los negocios razonamientos de una miserable vieja que solo está en casa desde ayer, y que vá á ser arrojada de ella para siempre.

—¡Bueno! esclamó Cuddy; harto sabia yo que desde el instante en que soltáseis la lengua, habríamos de andar otra vez por selvas y despoblados.

—Calla, hijo mio, y no te pese de sufrir por la buena causa. ¿Parécete que hubiera permanecido en esta casa?... No por cierto. Solo se ocupan sus dueños de cosas perecederas y mundanas, haciendo sus dengues por un pariente, sin dárseles tres arditos de tanto piadoso varon como corre por valles y torrentes para escuchar la palabra divina, ó espira en fuerza de los tormentos con que se deleitan en martirizarles estos hijos del demonio.

—¿Pues qué, mi sargento, observó Andrés, no cargaremos tambien con la bruja?

—Eres necio si los hay, satisfizo Bothwell en voz baja; ¿no ves que la casa está provista, y que cuando se nos antoje podremos volvernos á ella como dejemos en pié cualquier pretesto? Sir David de Milnwood es hombre respetable, abundante de

medios con que cubrir las faltas de los demás. Y sobre todo, ¿qué quieres que hagamos de la vieja? ¡Lléveme el diablo si vale la cuerda con que la colgásemos!

Esto dicho, mandó montar á caballo y enjaezar el mejor que hallarse pudiera en la cuadra de sir David para el infeliz que se llevaban preso. La buena Alison dióle llorando un lio en que iban las cosas mas preciosas, y metióle suavemente en la mano una suma de dinero.

En cumplimiento de la promesa que habia hecho, mandó Bothwell que lo desatasen, y no tomó otra precaucion que hacerle marchar entre dos dragones.

Reinaba entre tanto en el castillo la mas triste confusion que imaginarse pueda. Apesadumbrado sir David de la desgracia de su sobrino, y desesperado de haber perdido inútilmente veinte libras esterlinas, hundióse en un gran sillon de baqueta, repitiendo á cada instante:

—¡Arruinado, destruido por todas partes! ¡en comestibles y en dinero! ¡en bienes y en personas!

La señora Wilson desahogó los primeros movimientos de su enojo, llenando de injurias á Mausa y á Cuddy, al mismo tiempo que los plantaba en la calle.

—Véte en hora mala, miserable bruja, fué lo último que le dijo; gracias á tu pícara lengua, se han llevado preso al mozo mas entendido y mas galan de toda la comarca.

—¿Y qué importa? decia Mausa; harto feliz es hallando ocasion de sufrir en nombre de aquel

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

que crió la luz. ¡Ojalá contemplase á mi propio hijo atado de pies y manos con un dogal en la garganta y un sayon á su lado para apresurar el momento!

—Segun andan las cosas, no tardarás mucho en ver cumplido tan caritativo deseo.

—En vano, continuó Mausa, me brindarán los enemigos con solapado perdon; yo perseguiré á los anabaptistas, á los episcopales, á los antinomianistas y á todos sus sectarios. Gritaré sin cesar contra los que toleran esas gentes; elevaré la voz hasta las nubes, á guisa de orador inspirado y elocuente, para...

—Vamos, vamos, madre, interrumpió Cuddy llevándosela á la fuerza; dejáos ya de fastidiar á la pobre señora; pensad, cuerpo de mí, en que hoy habeis predicado por un mes. ¿No estais todavía contenta del fruto de vuestros sermones? Con ellos lo liásteis de modo que se lleven preso á M. Enrique, que salgan veinte libras esterlinas de la caja del amo, y que nos echen de la casa en donde fuéramos tan favorablemente acogidos. Solo falta hayais determinado que me ahorquen, lo cual os será por ventura mas fácil que hallarnos otro acomodo.

Siguióle Mausa murmurando entre dientes las palabras anabaptistas, impíos, buena causa, hijos de las tinieblas, etc.; y con esto entrambos echaron á andar sin saber á donde dirigir los pasos para encontrar un albergue.

—¡Váyase con mil demonios! esclamó el ama viendo cómo se alejaba del castillo: ¿Puede darse mas locura que la de llamar sobre sí los tormen-

tos y la muerte, ni intencion mas perversa que la de meter la desgracia y el desórden en una casa tan pacífica? Con estas manos pecadoras arrancaríale los ojos, si la muy deslenguada fuese digna de mi cólera.

CAPÍTULO VIII.

—¡Animo, camarada! dijo Bothwell á Enrique por el camino; lo peor que puede sucederte es que te ahorquen, desgracia que en tiempos de guerra civil no deshonra á nadie. Eres mozo de resolucion y firmeza, y no te ha de amilanar por lo menos semejante contratiempo. No te ocultaré que la ley te condena; pero acaso puedas eludirla mediante un juramento formal de tu parte, y una multa de provecho que harán pagar á tu tio.

—Esto es lo que mas me aflige, respondió Morton: sé que ama mas al dinero que á sí mismo; y como la acogida que por una noche dí á Burley fué sin que él lo supiera y contra lo que tenia mandado, deseo que solo caiga sobre mi cabeza la pena de mi delito.

—Escucha: como eres un jayan vigoroso y de buena planta, juzgo que prestando juramento de fidelidad, te permitan pasar á cualquiera de los re-

gimientos escoceses que sirven el continente. Advierte que semejante partido no es de despreciar, pues dándote buena maña y sabiendo repartir cuatro porrazos á tiempo, en dos paletas te ves sargento, oficial, y si me apuras...

—Lejos de mirar como castigo tal providencia, la veria como el cumplimiento de un deseo que hace muchos dias formé.

—¿De veras?... ¿Por dicha no serias del gremio puritano?

—Siempre he vivido sosegado con el tio sin decidirme por ninguno de los partidos que tienen destrozado el reino, y hace ya mucho tiempo que pensaba sentar plaza en paises extranjeros.

—Te agradezco esa franqueza: yo mismo empecé sirviendo en la guardia escocesa del rey de Francia, y lléveme el diablo si en ninguna parte se aprende mejor la disciplina. Nadie se acuerda de uno cuando no está de servicio; pero así que le toca el turno, desgraciado de él como no acuda y esté pronto con rigurosa exactitud. Solo una vez no fui puntual al toque de llamada, y acuérdome que el viejo capitan Mongomeri me hizo montar la guardia seis horas seguidas, atado á una estaca en lo mas descubierto de una esplanada, con un sol capaz de derretir los sesos á un orate. Desde entonces juré no faltar en mi vida, aunque me hubiese de romper las piernas, para no llegar tarde. ¡Ah! ¡la disciplina, amigo mio, la disciplina! Hé aquí la base, el *tu autem* de la carrera.

—Y prescindiendo de esto, ¿teneis verdadera aficion á la milicia?

—Verdaderísima, respondió Bothwell: un vaso

de vino y un par de ojos negros me harian dar la vuelta al mundo.

—¿Y cuál era en Francia el objeto principal de vuestro servicio?

—Guardar la augusta persona de Luis el Grande: tambien por vía de distraccion y pasatiempo nos hicieron marchar varias veces contra los herejes calvinistas, lo cual me ha sido muy útil para ensayarme en el destino que ahora desempeño. Pero ya que estais en ánimo de ser un buen *camarada*, un buen *compadre*, como dicen en España, quiero prestarme á todo para daros muestras del deseo que tengo de serviros, y empiezo por ofreceros la mitad del dinero que hemos arrancado al tio: ¡tal es el carácter siempre desprendido y franco de un buen militar! Cuando carecemos de fondos, cualquier amigo nos saca de apuros; y cuando la bolsa suena, ejercemos con todos la misma prodigalidad. Vaya, pocos melindres y ceremonias, señor galan: harto me consta, por lo que he visto, que el viejo de Milnwood no te dejaba dos medallas siquiera para echar un brindis.

Tomó la bolsa de sir David al decir esto, y metiendo la mano en ella sacó un puñado de monedas y les ofreció á su prisionero sin contarlas. Rehusólas Morton; y no juzgando discreto hablarle del regalo de la señora Wilson, á pesar de la generosidad de que blasonaba, respondióle que no le hacian falta, por estar cierto que su tio le enviaria dinero siempre que se lo pidiese.

—Pues entonces, dijo Bothwell, métolas otra vez en el talego para que se me alegre el corazon oyéndolas sonar á todas horas. Has de saber, jóven, que cuando lo tengo repleto, no salgo de la ta-

berna, se entiende hasta que está vacío, como no me llamen el tambor ó el clarin; porque en este caso veria ahorcar á mi padre sin detenerme á dar un sablazo para romper el dogal. Cuando anda tan ligero que lo hace volar el mas leve cefirillo, á caballo sin perder momento, y á correr los campos y las casas sospechosas para hallar donde llenarlo. Pero ¿no sabriais decirme, Andrés, qué demonio de torre es aquella que se eleva como un gigante en medio de la arboleda?

—El castillo de Childeland, habitacion de lady Bellenden, una de las personas mas realistas de la comarca, y sobre todo amiga de los militares hasta el estremo. Cuando fuí herido por uno de esos perros puritanos que me apuntó al pasar colocado detrás de una encina, un mes entero me estuvieron curando en este castillo, y aun quisiera que no se hubiese cerrado la herida para seguir holgándome en semejante hospital.

—¡Calla! dijo Bothwell; pues eso hay, no quiero pasar de largo sin saludarle y pedir un trago para la tropa. Tan sediento estoy, ¡voto á los diablos! como si no hubiese bebido en Milnwood. Una de las cosas mas agradables de estos tiempos, añadió dirigiéndose á Enrique, consiste en que el soldado encuentra donde quiera un pedazo de pan y un traguito de lo caro. Un realista se lo ofrece por amistad, un presbiteriano por temor, y á los fanáticos se les arranca á viva fuerza.

—¿Y os proponeis segun eso hacer alto en Childeland?

—Por supuesto: sin probar el vino de España que envejece en sus bodegas, ¿cómo quereis que pudiese dar á mis jefes una idea algo aproximada

de los buenos principios de esa señora? No hago mencion del vino de España á tontas y á locas, que harto se me alcanza no falta en ese castillo, como el consuelo favorito de las viudas de alta clase.

—Pues eso hay, amigo mio, creo que no dejareis de hacerme el favor que os voy á pedir. Soy algo conocido de esa familia, y no quisiera que supiesen lo que acaba de pasar. Por consiguiente, desearia que no mentáseis mi nombre, y me dejáseis envolver en la capa de un dragon.

—Con toda mi alma, replicó el sargento: ea, Andrés, encájale tu capote en las espaldas, y nadie olvide que prohibo revelar quién es, bajo pena de cantar dos horas largas en el potro.

Llegaron en esto frente á unas verjas de bronce apoyadas contra dos torres, donde habitaban la familia del portero y otros dependientes del castillo. La puerta del centro habia sido derribada por los soldados de Monk en las guerras civiles anteriores, sin que los dueños del castillo hubiesen vuelto á colocarla.

Bothwell y su tropa entraron por una especie de calzada de anchas y cómodas losas que conducia, formando pendiente algo rápida, al antiguo castillo de lady Bellenden, cuyas galerías y ventanas, á medida que se adelantaban, ibanse descubriendo por entre el follaje de los árboles. El edificio era una fortaleza ó alcázar feudal del tiempo de los sajones, construido con tal robustez, que aun presentaba un aspecto bastante altivo, capaz de llamar la atencion á un ejército numeroso y bien pertrechado.

—¡Cuerpo de mí! esclamó Bothwell al mirarlo:

fortuna ha sido que el demonio de la fortaleza esté en buenas manos, pues como cayera en poder de los herejes, doce viejas iracundas y resueltas como la de Milnwood hacian frente desde sus muros á todo mi regimiento. ¿Y qué es lo que dice ese maldito letrero de la fachada? Vamos á ver si se me ha olvidado el deletrear: pues... eso... no hay duda... *Renovado en 1350 por sir Eduardo Bellenden.* ¡Vive Dios, que es antigüedad respetable, y que es preciso que me presente ante la dueña con toda urbanidad y cortesía!

Mientras esto hablaba, estaba el despensero reconociendo desde una tronera la casta de pájaros que se dirigian al castillo, y así que estuvo algo cierto, corrió á participar á su ama que acababa de llegar una partida de dragones con un preso.

—Estoy cierto, decíale, de que á uno de ellos me lo traen prisionero; pues marcha entre dos soldados, y el de la derecha conduce á su caballo de las riendas. Repito que no tengo duda, porque de la misma suerte llevábamos los presos que cogíamos en la llanura allá en tiempos de Montrose.

—¿Soldados del rey? esclamó lady Margarita. Será regular que los pobres quieran beber un trago. Salidles al encuentro y decid que siempre llegan en buen hora al castillo de Childeland. Aguardad, yo misma quiero salir á recibirles: por mucho que se les obsequie, nunca llega á compensárseles la molestia que se toman en estos tiempos de revueltas. ¡Hola!... el manto de terciopelo negro... que Edita venga conmigo... y Jenny y dos

doncellas mas detrás de nosotras á respetuosa distancia.

Todas estas órdenes fueron inmediatamente ejecutadas, y lady Margarita bajó con dignidad hasta el pátio grande del castillo para recibir á sus huéspedes.

Bothwell dió muestras al saludarla de cierta soltura y facilidad, que era el carácter distintivo de los cortesanos de Cárlos II, sin que se echase de ver en sus maneras nada de la aspereza ó rusticidad que podia esperarse de un sargento de dragones.

La verdad es que en el curso de una vida diversamente agitada se habia visto en reuniones mas análogas á la hidalguía de su origen, que al empleo que desempeñaba en el ejército. Dió por disculpa de la libertad que se tomaba las muchas millas que aun le quedaban por hacer antes de la noche, y la necesidad de proporcionar una hora de descanso á los caballos para concluir la jornada.

—Los criados, dijo lady Margarita, cuidarán de que nada les falte, mientras con la escolta tendreis á bien admitir un leve refrigerio.

—Nadie ignora, milady, respondió Bothwell, que siempre son bien recibidos y obsequiados en el castillo de Childeland los que campean bajo las banderas del rey Cárlos.

—Tengo mi vanidad en eso, dijo lady Bellenden, complacida de semejante cumplimiento: no hace mucho tiempo, señor militar, que el mismo rey que tan gloriosamente ocupa el trono, se dignó honrar con su presencia este humilde castillo, y recibir el

desayuno que le ofrecí en la mas espaciosa de sus estancias. Antes de que os marcheis, tendré especial gusto en mandárosla enseñar. Todavía conserva el nombre de Salon Real.

Entre tanto habia mandado Bothwell apear á sus dragones, encargando á dos de ellos que custodiasen rigurosamente al prisionero, de manera que pudiese continuar la conversacion.

—Puesto que el rey nuestro señor ha participado de vuestra hospitalidad, ya no me admiro, milady, de que honreis con ella á los bravos que le sirven. Agrégase á esto que mis conexiones en la casa real son algo mas aproximadas de lo que indica el distintivo de sargento.

—¿Servisteis tal vez en palacio?

—Algo mas que eso, milady; pues que tienen por orígen los vínculos de la sangre, y de ninguna manera el honor de haber pertenecido á su servidumbre. Tambien pudiera hacer alarde de estar emparentado con las primeras casas de Escocia, y no sé si diga con la misma familia de Bellenden.

—No os entiendo, respondió la baronesa alzando la cabeza con orgullo.

—Conozco que en la baja situacion en que me hallo es poco menos que locura sacar ningun género de vanagloria de la esfera á que pertenecieron mis ascendientes. No dudo habreis oido hablar de Francisco Estuardo, á quien Jacobo I, su primo hermano, honró con el fastuoso título de conde de Bothwell. Este baron desgraciado, víctima de un sin fin de contratiempos, era abuelo del pobre sargento que tiene el honor de hablaros.

—¡Si será cierto! esclamó con asombro lady Mar-

garita: bien es verdad habia oído decir que el nieto de aquel hombre célebre no ocupaba en el mundo un destino correspondiente á su gerarquía; pero nunca presumí, para hablaros con franqueza, que fuese tan poco ilustre como el vuestro.

—¡Lances y rabotadas de la suerte, madama! Y no creais por eso que alguna que otra vez no me haya favorecido la fortuna, pues tengo bebidas mas de cien botellas con Rochester, y jugadas muy buenas guineas con Buckingham, sin entrar en cuenta las varias ocasiones que he combatido, no sin algun suceso, al lado de Scheffield; pero esos señores que se honraban entonces en tomarme por compañero de sus pasatiempos, nunca se han acordado de mí para serme útiles. Quizás consiste, añadió con cierta amargura, en que no supe agradecer bastante la suma honra que me hacian aquellos hombres salidos de la nada, juntándose con un descendiente del linaje de los Estuardos.

—¿Pero nada mueven en vuestro obsequio los muchísimos parientes que teneis en el pais?

—Mas de lo que merezco, señora: es necesario ser justo. Unos me hubieran tomado de guardabosque, porque no soy mal tirador; así como por mi destreza en la esgrima encargáranme otros que saliese á pelear por ellos cuando riñen á derecho y á siniestro con sus vecinos. Tal hay tambien que me elegia camarada de botella, conociendo la testa férrea con que me dotó la naturaleza; pero pariente por pariente y destino por destino, preferí entrar al servicio de mi primo Cárlos II, aunque la paga es algo escasa y no muy brillante la librea.

—¿Y por qué no os dirigís al mismo rey? Estoy cierta de que como supiese que un vástago de su familia augusta...

—Escusad la franqueza algo brusca de un soldado, milady, interrumpió Bothwell, y permitid os diga que está el rey sobradamente metido en dar colocacion á ciertos vástagos que le tocan mas de cerca, para romperse la cabeza en encarrilar á los que hicieron sus abuelos.

—Pues siendo así, respondió la baronesa, quiero que no salgais de Childeland. Aguardo mañana á vuestro coronel el valiente Claverhouse, á quien tanto debe el gobierno por su discretísimo celo y oportuna severidad. Le pediré vuestro ascenso, y estoy casi segura de lograrlo, tanto porque respeta la sangre que os ennoblece, como por no desairar á quien ha recibido tan señalados favores del monarca.

—Digo, milady, que os doy gracias por tanta bondad: además, que mi permanencia en este castillo en nada perjudica á mis deberes, pues será un medio de presentar con mas presteza al coronel el prisionero que traigo conmigo.

—¿Y qué prisionero es ese, señor Estuardo?

—Un jóven de buena familia que facilitó la fuga de uno de los asesinos del arzobispo.

—¡Notable desacato, sobre todo en un hombre bien nacido! En el castillo hay un calabozo que me parece de molde para tener seguro á quien es capaz de proteccion semejante. Aunque metido debajo de tierra no deja de renovarse el aire por medio de una lumbrera colocada junto al techo. Allí encajonó mas de treinta prisioneros al pobre

sir Artur Bellenden, despues de la reñidísima batalla de Kilsythe.

—Perdonad si no admito vuestro ofrecimiento. No dudo que el calabozo de que se trata sea tan bueno como decís, pero he dado mi palabra de tratar bien al prisionero, y harto os es notorio que debe ser sagrada la promesa de un militar. Solo os pido que me proporcioneis un cuarto cualquiera donde colocarlo, y queda de mi cuenta el hacer que no se escape.

—Como gusteis. El mayordomo procurará que nada os falte: en cuanto á mí, disimulad que me retire.

—Sois dueña de hacerlo, milady, que no dejo de conocer que la humilde insignia de sargento destruye los privilegios á que pudiera aspirar por la sangre de Jacobo V.

—Me injuriais en ello: mañana mismo hablaré al coronel para que haga de modo que el empleo que desempeñeis en la milicia sea digno de la alcurnia que os ilustra.

—Por mas que temo que la buena intencion os engañe, no dejo de agradecer tanta bondad.

Hízole una reverencia lady Margarita, cual juzgaba convenir á la sangre real de Escocia, y retiróse asegurando á Bothwell que se hallaba á disposicion suya todo lo perteneciente al castillo de Childeland.

No dejó el sargento de tomarle la palabra, y como no era descontentadizo ni melindroso, hallóse mas á su placer con el mayordomo que con la señora del castillo.

Hizo colocar primero á Enrique Morton en

un aposento que registró con todo cuidado, para asegurarse de que no era fácil escaparse de él.

Colocó un dragon de guardia á la misma puerta, y retiróse asegurándole que le enviaria para cenar lo mejor que hubiese en la casa.

CAPÍTULO IX.

Mientras que lady Ballenden tenia con el sargento la conversacion de que acabamos de dar cuenta en el capítulo precedente, su nieta Edita, que solo habia visto en el descendiente de los Estuardos un hombre alegre de cascos ofreciendo un singular conjunto de insolencia, petulancia y bajeza, retiróse secretamente con Jenny Denison que le servia de camarera.

Ni un instante habia hecho alto en los dragones, pero sí en el prisionero, que envuelto en la capa, como se ha dicho, daba muestras de querer ocultarse á los ojos de las gentes.

—Bien sabe Dios si quisiera conocerle, dijo á la criada.

—Otro tanto me sucede, respondióle, y aun tuve mis barruntos de que fuese Cuddy; pero salí pronto del susto, porque este tiene mas talla. Y no os parezca, señorita, que me causara gran trabajo

averiguarlo: aquel soldado mozo y no mal parecido es persona de mi particular conocimiento.

—No lo dudo, respondió Edita; harto sé por esperiencia que lo son todos los que brincan en el condado.

—Si no es eso, señorita, sino que estuvo en el castillo convaleciendo mas de un mes de cierta herida que le dieron á media legua de aquí. A buen seguro que me niegue algo de cuanto le pida.

—Pues averigua el nombre del prisionero, y vuelve para decírmelo á mi cuarto. Paréceme que ha de ser algun vecino nuestro.

Despues de haber evacuado el encargo de su señora, presentóse Jenny, con aire consternado y espantoso.

—¿Qué es eso, muchacha? le dijo Edita: ¿hallaste efectivamente en el preso al desgraciado Cuddy?

—No por cierto, respondió Jenny: ¡pero quién lo creyera! nada menos es que el señorito de Milnwood.

—¡Enrique! esclamó Edita poniéndose pálida: imposible, dígote que es imposible: su carácter es el de hombre sensato, y no mantiene su tio ningun género de conexion con los rebeldes.

—No dudo que M. Enrique esté inocente; pero en tiempos como estos, aunque mas blanco sea que las nieves de aquel monte, no faltarán medios á sus enemigos de hacerle parecer mas negro que el plumaje de los cuervos. Andrés me ha confiado que su vida está en gran riesgo porque ocultó á uno de los que asesinaron al arzobispo.

—¡Cielos!... Es necesario que le vea y le hable,

esclamó Edita respirando apenas; es preciso sacarlo del riesgo en que se encuentra.

—¡Ah, señorita! Acordáos del carácter de vuestra abuela y de las muchas dificultades que encierra semejante tentativa. Guárdanlo con centinela de vista, y me ha asegurado Andrés que así que llegue el coronel será juego de pocas tablas.

—Pues bien: si se estrellan mis proyectos, no morirá solo, Jenny. No me hables de peligros ni de obstáculos: llévame á los pies de ese soldado á quien conoces, y deja que le abrace las rodillas, que le ruegue, que le conjure por su alma...

—¡Qué es lo que decís!... ¡Miss Edita Bellenden á los pies de Holliday, conjurándole por su alma, cuando apenas sabe que la tiene! No me parece eso bien, mi querida señorita, y no puede surtir buen efecto. Si de todos modos quereis ver al señor Enrique, dejadme dirigir el negocio; aunque no atino qué utilidad sacaremos de este paso. Yo sé cómo debo gobernarme con Holliday, y él es cabalmente el que está de centinela á la puerta del preso.

—Vé pues por un *plaid*, Jenny; no pierdas un momento: es preciso que le vea; no me faltarán medios para salvarle.

Jenny voló, y volvió al instante con un *plaid*, con el cual se embozó Edita de modo que le cubriese el rostro y le desfigurase en alguna manera el resto del cuerpo. Las damas de aquella época y del siglo siguiente tenian un modo particular de ponerse los *plaids*. Segun los venerables padres de la iglesia, este uso era escelente para facilitar los lances amorosos, y por esta razon espidieron un pío decreto contra esta capa femenina; pero la

moda, como en todos tiempos, prevaleció sobre la autoridad; y en tanto que las mujeres llevaban *plaids*, las hubo de todas condiciones que los emplearon á menudo como una especie de máscaras ó velo.

Edita, así disfrazada, se adelantó con paso trémulo hácia el aposento en que estaba encerrado Enrique.

Este aposento se hallaba en la torre principal, cuya puerta daba en una galería, donde á lo largo y á lo ancho se paseaba Holliday; pues Bothwell, fiel á su ofrecimiento de tratar al preso con atencion, no habia querido colocar el centinela en su su aposento. Holliday, con la carabina al hombro, se consolaba de su soledad, humedeciendo el gaznate de cuando en cuando con el vino de una botella puesta sobre una mesa, en reemplazo de un jarro de cerveza que ya habia apurado. Al llegar á la puerta de la galería, oyeron ellas cantar estos últimos versos de la primera copla de una cancion escocesa:

«Olvida hermosa tus planes,
Y monta en grupa conmigo.»

—Sobre todo, dejadme hacer á mi, dijo Jenny; yo sé cómo he de habérmelas con él; en cuanto á vos, no abrais los lábios.

Abrió la puerta, y al modo de presumida lugareña, prosiguió la cancion donde el otro la habia dejado:

«No quiero soldado amigo;
Un lord me ama con terneza,

Y así busca otra belleza
Que monte en grupa contigo.»

—¡Hola, con que se me desafía! dijo Holliday, ¡y dos contra uno!... pero un buen soldado no vé nunca la cara al miedo.

Oid, y continuó la cancion:

«Pasar el tiempo contigo
Quiere ese ilustre amador,
Y aun tendrás á sumo honor
Montar en grupa conmigo.»

—Ahora, dadme la paga de mi cancion, dijo á Jenny, corriendo hácia ella en ademan de abrazarla.

—Quedito, señor Holliday, quedito, le respondió Jenny repeliéndole. ¿Qué pensaria mi prima, si me estuviese quietecita como una muerta?... Yo os aseguro que no me vereis mas, si no sois mas cortés: ¿no os avergonzais de no tener mas respeto á las damas?... ¿creeis, señor Holliday, que para esto he venido yo aquí?...

—¿Pues á qué habeis venido, miss Jenny?

—Mi prima tiene que hablar con el señor Morton, á que estais guardando, y yo he venido para acompañarla.

—¿De veras?... ¡Diantre!... ¿Y cómo pensais entrar en ese cuarto?... Ni vos ni la prima me pareceis tan delgaditas, que podais pasar por el agujero de la llave; y en cuanto á abrir la puerta, eso ni por pienso.

—¿Ni por pienso decís? ya lo veremos, repuso Jenny, aferrándose en su intento.

—¡Escelente proyecto, miss Jenny, dijo Holliday; y se puso otra vez á pasear arriba y abajo por la galería con la carabina al hombro.

—¿Con que no quereis dejarme entrar, señor Holliday?... Y bien, peor para vos; esta será la última vez que me vereis, y guardaré lo que os tenie destinado.

Y diciendo esto, hacia saltar en su mano un dollar de plata.

—Dale oro, Jenny, dale oro, le dijo Edita en voz baja.

—No, no, respondió Jenny; la plata es muy bastante para él, á mas de que podria sospechar que sois mas de lo que pareceis. Y bien, señor Holliday, mi prima no puede pasar toda la noche aquí; nos dejais entrar ó nos vamos.

—Paciencia, dijo el soldado; entremos en pactos; si permito entrar á la prima, ¿estareis vos conmigo hasta que vuelva? Este es el único arbitrio para que todos quedemos contentos.

—¡Oiga! ¿y creeis que mi prima y yo somos capaces de comprometer nuestra reputacion, quedando mano á mano con un soldado y un jóven. No, no, señor Holliday, no somos tan necias. ¡Dios mio! y fiaos luego de lo que prometen ciertas gentes... ¡Prometer, mucho; pero cumplir, nada! ¿Cuántas veces me habeis dicho que pidiese de vos cuanto se me antojase? y con todo, la primera vez que os pido un favor, negado. No se portaba de ese modo el pobre Cuddy á quien menospreciais. Antes se hubiera dejado ahorcar, que reflexionar dos veces si dejaria de complacerme.

—Llévese el diablo á Cuddy, esclamó el dragon; espero que una de estas mañanas le ahorcaremos

de veras. Hoy le he visto en Milnwood con su vieja madre puritana, y si hubiese sabido que vos me habiais de hablar de él, le hubiera traido atado de pies y manos á la cola de mi caballo. ¡Ah! no nos faltaba motivo para prenderle.

—Bien está, si vos obligais á Cuddy á huir á los bosques ó á las montañas, cuidado el dia en que os encare su fusil; es tirador certero, como que ha sido el tercero en el papagayo; pero no se trata ahora de esto. Con que no quereis dejarnos entrar... prima mia, vámonos.

—Oid, Jenny, sois el mismo diablo. ¿Acaso juzgais que podré resistir por mucho tiempo habiendo empezado á entrar en pactos?... ¿dónde está mi sargento?

—Sentado á la mesa con Harrison y Guyil, comiendo y bebiendo.

—¿Y qué hacen mis camaradas?

—Están rodeando seis frascos de cerveza, y no piensan mas que en apurarlos.

—Entonces, queridita mia, solo vendrán al tiempo de relevarme de la guardia, y tardarán á lo menos una hora. ¿Pero me ofreceis venir á verme sola otra vez?

—Puede que si, puede que no; entre tanto tomad un dollar, cuya compañía os será mas grata que la mia.

—Lléveme Dios, si eso es verdad, dijo el soldado cogiendo el dollar; pero será en pago del riesgo que corro; pero si el coronel llegaba á saber lo que hago por vos, me mandaria montar un caballo de madera tan alto como la torre de Tilietudlem. Vamos, ya está abierta la puerta, entrad; pero no entretenerse mucho tiempo charlando, y cuando yo

llame salir inmediatamente, como si oyéseis el toque de generala.

Luego que hubieron entrado, volvió Holliday á cerrar la puerta, cogió otra vez su carabina, y continuó su paseo por la galería, silbando y cantando alternativamente.

Morton, sentado de codos sobre una mesa, y apoyada la cabeza en sus manos, parecia estar entregado á sérias reflexiones. Oyendo abrir la puerta, levantó la cabeza, y al ver entrar dos mujeres, hizo un gesto de sorpresa. Edita, cubierta con un velo, permanecia en el lindar de la puerta sin sentirse con fuerzas para dar un paso adelante ó para hablar. Su modestia anonadó el valor que la desesperacion le habia inspirado; ya no sabia encontrar medios como socorrer á Morton. Un agolpamiento confuso de ideas agobiaba su entendimiento, y aun temia haberse envilecido á los ojos de su amante, dando un paso tan poco conforme con el miramiento de su sexo, por mas que las circunstancias pareciesen justificarla. Continuaba inmóvil y casi sin conocimiento, apoyada en los brazos de su criada, que en vano procuraba sosegarla é infundirla valor, diciéndola en voz baja:

—Y bien, miss Edita, ya estamos dentro, aprovechemos los instantes: el sargento puede venir á hacer su ronda, y no es justo esponer al pobre Holliday á ser castigado por habernos complacido.

Morton empezaba á sospechar la verdad y se adelantaba tímidamente: ¿qué otra persona, fuera de Edita, podia interesarse por él en el castillo de lady Belienden? Sin embargo, como el traje que llevaba y el velo que la cubria, no dejaban conocerla, temia al manifestar sus sospechas, cometer

una equivocacion perjudicial al objeto de su cariño. Por fin, Jenny, cuyo carácter resuelto la hacia muy al caso para el papel que estaba desempeñando, tomó á su cargo abrir la brecha.

—Señor Morton, dijo á Enrique; miss Edita siente en estremo la situacion en que os hallais, y viene...

No tuvo necesidad de decir mas; Enrique estaba ya á los pies de miss Bellenden; habíase apoderado de una de sus manos que estrechaba con embeleso, y se desahogaba en espresiones de agradecimiento, que su propia agitacion hacia ininteligibles.

Edita permaneció algunos minutos tan inmóvil como la estátua de una divinidad que acaba de recibir el homenaje de sus adoradores. Por fin, volviendo en sí, desasió su mano de las de Enrique.

—¿Me perdonareis, le dijo con voz débilmente articulada, me perdonareis un paso que apenas yo misma puedo disculpar?... Pero la amistad que os profeso de mucho tiempo á esta parte es muy poderosa para que pueda abandonaros, cuando parece que todo el mundo os desampara: ¿cómo estais preso de esa manera? ¿qué se puede hacer por vos? ¿Mi tio que os aprecia y el señor Milnwood no pueden serviros en algo?... ¿qué gestiones deben hacerse para salvaros? ¿qué teneis que temer?

—Ya no temo nada, esclamó Enrique cogiendo de nuevo la mano que se le habia desasido y que Edita no pensó ya en retirar. Sucédame lo que quiera, este instante es el mas venturoso de mi vida: á vos, querida Edita, perdonad, hubiera debido decir miss Bellenden; pero la desdicha concede

tal vez algunos derechos; á vos debo el único instante de felicidad que haya amenizado mi existencia, y si tengo que perder la vida, este recuerdo suavizará mis postreros momentos.

—Pero es posible, señor Morton, que vos, que hasta ahora no habiais tomado parte en nuestras disensiones civiles, os halleis repentinamente complicado en ellas, de modo que para espiar esa falta sea preciso nada menos que...

Detúvose aquí, y no pudo pronunciar la idea que iba á espresar.

—Que mi vida, queriais decir, añadió Morton con serenidad; creo que ella depende enteramente de la voluntad de mis jueces. Con todo, los que me tienen preso me dicen que quizás se me permita entrar en el servicio de un regimiento escocés en pais estraño: juzgaba pocos momentos hace, poder abrazar con gusto esta alternativa; pero desde que he vuelto á veros, conozco que el destierro seria para mí mas cruel que la muerte.

—Luego es verdad que habeis sido harto desacordado para tener relaciones con alguno de los miserables que asesinaron al pobre arzobispo?

—Puedo aseguraros que hasta ignoraba que se hubiese cometido este delito, cuando dí asilo por una noche á uno de esos insensatos, que en otra ocasion habia salvado la vida de mi padre; pero esta disculpa no será admitida. A escepcion de vos, miss Bellenden, ¿quién querrá creerme? No tengo reparo en confesaros que aun cuando hubiese tenido noticia de aquella circunstancia, no pudiera resolverme á comprometer la vida de un hombre á quien habia debido mi padre conservacion de la suya.

—¿Y qué tribunal ha de fallar sobre vuestra suerte?

—¡Un tribunal, miss Bellenden! ¿olvidais que nuestro desgraciado pais no conoce otros tribunales que las comisiones militares? Se me ha indicado que mi juez habia de ser el coronel Graham de Claverohuse.

—¡Claverohuse! esclamó Edita; sereis condenado antes de ser oido: escribió á mi abuela que llegaria aquí mañana por la mañana á la cabeza de su regimiento. Viene á atacar á una cuadrilla de rebeldes que se han reunido en las montañas de este condado, provocados por dos ó tres asesinos del primado. Las espresiones de su carta y las amenazas que contiene, me hicieron estremecer aunque estaba lejos de pensar... que un amigo...

—No os entregueis á zozobras exageradas, querida Edita; por mas severo que sea Claverohuse, tiene fama de valiente, de noble y generoso: yo soy hijo de militar, defenderé mi causa como soldado: acaso oirá una defensa franca y sincera mas favorablemente que un juez civil, temeroso y esclavo de las circunstancias. Finalmente, cuando todos los móviles de la justicia están rotos de un modo tan deplorable, creo que preferiria perder la vida á manos del despotismo militar, que por la supuesta sentencia legal de un juez cohechado, que solo emplea el conocimiento que tiene de las leyes, destinadas á protegernos, para convertirlas en instrumentos de tiranía y destruccion.

—Estais perdido, prosiguió Edita, si vuestra suerte depende de Claverohuse; el infeliz primado era su íntimo amigo. Dice en su carta á mi abuela, que no habrá indulto para aquellos que dieren

asilo ó socorro á alguno de sus asesinos: que ninguna disculpa ni pretesto podrá salvarlos, y que vengará la muerte del prelado, derribando tantas cabezas como canas tenia aquel desgraciado.

Jenny habia guardado silencio hasta aquí; pero viendo que los dos amantes no sabian hallar ningun remedio para los males que les amenazaban, creyó poder arrojarse á darles su parecer.

—Perdonad, miss Edita; pero no hay tiempo que perder. Que el señor Morton se ponga mi vestido y mi *plaid*, y saldrá con vos, sin que lo note Holliday; como está tan bebido, no tiene á buen seguro muy clara la vista: os enseñaré el camino para salir del castillo, os volvereis á meter en vuestro aposento; yo me embozaré bien con la capa del señor Morton, desempeñaré el papel del preso, y al cabo de media hora llamaré á Holliday, y le diré que me permita salir.

—¡Que os deje salir! dijo Morton, ¿no sabeis que con vuestra vida responderiais de mi fuga?

—No temais, contestó Jenny; por su propio interés no querrá confesar que haya permitido entrar á nadie, y buscará algun pretesto para responder de vuestra fuga.

—¡Oiga! dijo Holliday abriendo la puerta. No es mala, voto á brios, la combinacion! pero si soy ciego, no soy sordo, y para no echar á perder tan hermoso plan, no debiais levantar tanto la voz. Vamos, vamos, miss Jenny, y vos tambien, señora prima, verdadera ó falsa; de frente, marchen; hay que tocar la retirada.

—Confío, amigo mio, díjole Morton con acento que denotaba inquietud, que no hablareis de este proyecto, y yo os doy mi palabra de honor que

por mi parte guardaré el secreto relativamente á la condescendencia que habeis tenido de permitir á estas señoras entrar aquí: si nos habeis escuchado, habreis advertido que no he aceptado la propuesta de esta buena muchacha.

—Sí, endiabladamente buena, sin duda, dijo Holliday; finalmente, á mi no me gusta bachillerear, y todos tenemos nuestro interés en no desplegar los lábios; pero en cuanto á esa picarilla, bien mereceria alguna correccion, por haber querido embarrancar á un pobre diablo, que solo tiene contra sí el haberse enamorado de unos lindos ojuelos.

Jenny apeló al recurso ordinario de su sexo; púsose el pañuelo en los ojos y lloró, ó fingió llorar; este ardid militar produjo su acostumbrado efecto.

—Vamos, dijo Holliday algo mas apaciguado; si todavía os falta algo que decir, desembucharlo en dos minutos; si al borrachon de mi sargento le pasase por la cabeza hacer la ronda media hora antes de lo acostumbrado, nos cogeria en el garlito.

—Adios, Edita, dijo Morton, aparentando una firmeza de que estaba muy ageno su corazon; no permanezcais aquí por mas tiempo; abandonadme al destino: ya puedo sufrirlo todo, pues tuve la dicha de veros y el interés que por mí tomais: adios, no os espongais á ser descubierta.

Diciendo esto, la acompañó hácia la puerta, y Edita salió apoyada en su fiel Jenny, sin sentirse con fuerzas para responderle.

—Cada cual tiene su modo de pensar, dijo Holliday, volviendo á cerrar la puerta: lléveme el dia-

blo si yo quisiera afligir á tan linda muchacha por todos los puritanos de Escocia.

Cuando Edita hubo entrado en su gabinete, se abandonó á toda su amargura, y Jenny procuró infundirle alguna esperanza de consuelo.

—No os aflijais así, le dijo; ¿quién sabe lo que puede suceder? El señor Morton es un jóven valiente, bien nacido, no es regular que se le trate como á esos pobres miserables que se pillan en las montañas y se ahorcan ó fusilan por quitame allá esas pajas: su tio es hombre rico y puede sacarle del apuro con el dinero; vuestro tio podria hablar tambien por él, pues es bien conocido de todas las casacas encarnadas.

—Tienes razon, Jenny, dijo Edita, saliendo del abatimiento en que estaba sumida; este es el trance de obrar y no de entregarse á la desesperacion: es preciso de todos modos que pongas esta noche misma una carta en manos de mi tio.

—¡Que yo vaya á Charnwood, miss Edita á estas horas!... ¿no sabeis que dista mas de seis millas? ¿que se encuentran casacas encarnadas apostadas por todo el camino? ¿que hay que atravesar un bosque? No sé si un hombre tuviera valor para encargarse de esta comision. Pobre Cuddy... si ahora se hallase aquí, no tendria mas que abrir la boca, y partiria al punto sin preguntar por qué ni para quién. Con el que le ha reemplazado no he tenido ocasion de entablar amistad todavía, á mas de que dicen que vá á casarse con Meg Murdiersoni sin embargo de ser tan fea.

—Con todo, es preciso, Jenny, que ó por ruegos ó por dinero, encuentres alguna que parta in-

mediatamente á casa de mi tio; mi vida depende de este paso.

—A la verdad, no sé de quién valerme, dijo Jenny, despues de haber meditado un momento; no dudo que Gibby aceptará este encargo; pero conoce tan poco el camino, puede estraviarse, puede ser conducido á las montañas por alguna partida de presbiterianos, ó á la cárcel por las casacas encarnadas, puede...

—No importa, continuó Edita; si no encuentras mejor mensajero, no hay que escoger otro. Búscale pues sin perder un instante, que se prepare á partir ocultamente: si halla por el camino alguno que le detenga, que diga que vá á Charnwood á llevar una carta al mayor Bellenden, sin añadir quién se la ha entregado.

—Entiendo, dijo Jenny, y para la vuelta le ofreceré un dollar.

—Dile que recibirá dos si desempeña bien su comision.

En tanto que Jenny iba á despertar á Gibby, que se acostaba á la misma hora que las gallinas de su corral, Edita escribió al mayor la siguiente carta:

«Mi querido tio:

»Deseo tener noticias de vuestra salud. Temo que os halleis incomodado de la gota. Madre y yo estuvimos con suma inquietud por no haberos visto en la revista. Si podeis salir de casa, celebraremos mucho tener el gusto de veros mañana por la mañana: como el coronel Graham de Claverohuse ha de venir á almorzar en el castillo, la compañía de un militar como vos le será sin duda mas grata que la de dos mujeres. Tened la bondad de decir

á mistress Callford que me mande un vestido de seda guarnecido de encaje, que dejé en el tercer cajon de la cómoda de la cámara verde, que os dignais llamar la mia; tambien agradeceré me envieis el tomo segundo del *Gran Cyro*, cuya lectura no pude concluir cuando estaba en esa casa. Sobre todo, no os olvideis de llegar á las ocho de la mañana, pues importa mucho. Ruego al cielo que os conserve en cabal salud, y soy, mi querido tio, vuestra afectuosa y humilde sobrina

»EDITA BELLENDEN »

P. D. «Una partida de soldados condujo ayer á este castillo á vuestro amiguito el señor Enrique Morton de Milnwood. Sin duda que la noticia de su prision os será dolorosa. Yo os la participo para el caso de que juzgueis conveniente hablar en su favor al coronel Claverohuse. Nada he dicho de esto á madre; ya sabeis cuán preocupada está contra su familia.»

Esta carta, cerrada, fué entregada á Jenny, y la fiel confidenta se apresuró á llevarla á Gibby, á quien halló dispuesto á partir. Dióle sus instrucciones relativamente al camino que debia tomar, temiendo siempre que no se estraviase, lo que era muy posible, porque el muchacho no habia ido de Tillietudlem á Charnwood mas que cinco ó seis veces, y su memoria era tan limitada como su entendimiento. Por fin le hizo salir ocultamente del castillo por una ventana, cerca de la cual habia un gran tejo, merced á cuyas flexibles ramas pudo llegar al suelo sin la menor desgracia.

Jenny volvió á donde estaba su ama; la persuadió á que se metiese en la cama, y la esperanzó de que Gibby saldria airoso del paso, sintiendo

sin embargo no haber podido emplear en esta comision al leal Cuddy, en quien hubiera tenido mayor confianza.

A pesar de esto, Gibby fué mas feliz como mensajero que lo fuera como ginete en la ocasion de la revista. La casualidad le sirvió en este caso mas que su inteligencia; solo se estravió nueve veces; y despues de haber empleado cerca de ocho horas para andar un trecho de seis millas, llegó á Charnwood á los primeros albores del siguiente dia.

CAPÍTULO X.

Gedeon Espada, el antiguo ayuda de cámara del mayor Bellenden, entró en el cuarto de su amo una hora antes de lo que acostumbraba, y le dijo que acababa de llegar un propio del castillo de Tillietudlem.

—¡Un propio! esclamó el mayor incorporándose en la cama; abre los postigos, Espada, descorre las cortinas. Confío que no será cosa de estar enferma mi cuñada... ¡Hum!... *¡la gota!*... ¿No sabe que hace mas de seis meses que no ha parecido por mi casa?... ¡su vestido de seda! como si no tuviese otro... *¡el Gran Cyro!*... ¡vaya con dos mil demonios! Es menester que se haya vuelto loca para enviarme un propio y despertarme á las cinco de la madrugada por todas esas zarandajas... ¿y qué dice aquí en su postdata?... ¡Ay Dios mio! Espada, mi caballo, pronto mi caballo y el tuyo... hay que partir al punto.

—Espero, señor, que no habrá malas nuevas de Tillietudlem, dijo Espada, pasmado con la repentina conmocion de su amo.

—Sí.., no... sí, es decir, debo ir allá al momento para hablar á Claverhouse. Así, pues, mi caballo inmediatamente. ¡Dios mio! ¡qué tiempos hemos alcanzado! ¡el hijo de mi antiguo camarada! ¡Y esa gitanilla con su vestido, su Cyro y su gota! ¡ir á poner en una posdata el solo punto interesante de su carta!

Espada no perdió tiempo. El viejo mayor montó á caballo, y púsose luego en marcha para Tillietudlem. Por el camino resolvió no hablar á su cuñada del principal negocio que le traia á su casa, porque conocia á fondo su ódio inveterado por todo lo que olia á presbiteriano, y la familia de Morton profesaba esta secta. Confió que bastaria su crédito para alcanzar de Claverhouse la libertad de su amiguito.

—Campechano como debe de ser, decia entre sí, es imposible que niegue esta gracia á un antiguo militar como yo, y debe celebrar la ocasion de poder complacer al hijo de otro antiguo militar: ningun buen soldado he conocido yo que no fuese franco y compasivo, y por mas que su deber les obligue algunas veces á la severidad, todavía prefiero que se les confie á ellos la ejecucion de las leyes, antes que á algun letrado de yerta imaginacion y de corazon fementido.

Tales eran las ideas que le embargaban, cuando Gudyil, medio borracho, cogió la brida de su caballo para ayudarle á apearse en el pátio del castillo de Tillietudlem.

—Y bien, Gudyil, le dijo el veterano; me parece

que ya habeis leido la biblia esta mañana: el buen vino fortalece el corazon del hombre.

—¿Qué quereis que haga, señor mayor? la vida es corta; vuestra merced y yo somos flores de los campos, azucenas del valle.

—¡Flores y azucenas, camarada! Bribones como vos y yo somos mas pronto cardos y ortigas; pero ya veo que pensais que merecen todavía la pena de ser regadas

—Yo soy un veterano, señor mayor, gracias al cielo, y vos. .

—Un antiguo pecador, Gudyil; pero id á dar parte de mi llegada á vuestra ama.

Gudyil lo introdujo á una sala en la que lady Margarita se hallaba ocupada en los preparativos convenientes para la recepcion del coronel Graham de Claverhouse, á quien uno de los partidos que traian dividida la Escocia honraba y respetaba como á un héroe, mientras que el otro le detestaba como á tirano sanguinario.

—¿Cuántas veces te he repetido, decia á una de sus criadas, que hoy lo quiero absolutamente dispuesto todo como el memorabilísimo dia en que S. M. se dignó almorzar en mi alcázar?

—No hay duda, milady, y así lo hago, segun la memoria...

—¿Te has olvidado ya que S. M. empujó hácia la derecha, junto á una botella de vino de Burdeos, un pastel de venado que se hallaba á su izquierda, diciendo que eran muy íntimos para separarlos?

—Muy presente lo tengo, milady, y V. S. me lo ha recordado infinitas veces; pero yo creí que debian colocarse las cosas en el estado en que se

hallaban cuando S. M. entró en la sala, y entonces el pastel estaba á la izquierda.

—Tú disparatas, Misia; debe colocarse todo conforme al gusto manifestado por S. M.: su satisfaccion ha de ser una ley para nosotros y para todos los que en lo sucesivo habiten en Tillietudlem.

—Eso es muy fácil, milady, dijo Misia haciendo la variacion indicada; pero si V. S. quiere poner todas las cosas en el estado en que las dejó S. M., será preciso empezar por abrir al pastel una buena brecha.

En este punto Gudyil introdujo al mayor.

—¿Qué me quereis, Gudyil? no estoy ahora para nadie.—¡Ah!... eres tú, hermano mio, dijo como admirada; ¡mucho has madrugado hoy!

—Espero que no por esto seré peor recibidos contestó el mayor; supe por una esquelilla que Edita escribió á Charnwood para recoger alguno, libros y efectos, que Claverhouse almorzaba esta mañana en tu casa, y he pensado que á este moderno mosqueton no le pesará hablar un rato con un antiguo mosquete como yo; dije á Espada que me ensillase Kilsyte, y aquí nos tienes.

—¡Que me place! hermano mio; ya te hubiera yo convidado á creer que tenia tiempo para hacerlo, ya ves cuánto me ocupan los preparativos. Quiero que se guarde en todo el mismo órden que el dia en que...

—Yo, ya, en que el rey almorzó en tu casa, interrumpióla el mayor, que temblaba, como todos los conocidos de lady Margarita, cuando la buena señora tomaba el hilo de este capítulo, y deseaba cortarle todo lo posible; me acuerdo muy bien de

todo: ya sabes que yo estaba detrás de la silla de S. M.

—Sí, hermano, y nadie mejor que tú podrá ayudarme á recordar la exacta posicion de cada cosa

—No, eso no, á fé mia; las infinitas comidas posteriores me han borrado la tuya de la memoria; pero, ¿á qué vienen ese dosel, esos almohadones y esa gran poltrona?...

—Llámale el trono, hermano, el trono.

—Pues bien, el trono, enhorabuena, ¿y Claverhouse deberá embestir el pastel desde el trono?

—No, hermano; ese trono que se ha visto honrado por S. M. no ha de ser profanado por nadie; le destino únicamente á la conmemoracion de aquel solemne dia.

—No debiais, pues, esponerle á la vista de un hombre que habrá corrido al llegar aquí diez millas á caballo, pues ofrece una comodidad envidiable; ¿pero dónde está Edita?

—De atalaya en la torre principal del castillo; yo le he encargado que me avise la llegada de nuestros huéspedes.

—Pues bien, voyme con ella, y déjote en libertad de terminar como gustes la disposicion de tu línea de batalla; ó si acaso la has terminado ya, segun creo, harás muy bien en venir allá conmigo: no sabes tú cuán agradable es ver á un regimiento de caballería en marcha.

Diciendo esto, ofreció su brazo, con la urbanidad de un antiguo cortesano, á lady Margarita, que le aceptó, agradeciéndoselo con una reverencia, tal como se hacia un siglo antes de la época de que hablamos.

Habiendo subido por una angosta escalera de

caracol, llegaron á la plataforma de la torre, donde encontraron á Edita, no en la actitud de quien aguarda con impaciencia y curiosidad la llegada de un regimiento de dragones, sino pálida, abatida, ofreciendo en todas sus acciones una prueba convincente de que el sueño no habia asomado por sus párpados en la noche anterior.

Al buen mayor le hizo mella aquel aire abatido que lady Bellenden no habia observado con la barahunda de sus preparativos.

—¿Qué tienes, hija mia? le dijo; te pareces á la mujer de un oficial que vá á abrir una carta al otro dia de una batalla, y que recela indagar si su marido forma parte de los muertos ó de los heridos; pero ya sé yo lo que te aflige: ¿por qué sigues leyendo dia y noche esas novelas, desazonándote por desgracias soñadas? ¿crees acaso que el gran Artámenes lidió solo contra un batallon? Uno contra tres es mucho ya, y solo he conocido á mi cabo Raddlebanes, á quien no acobardase tan desigual pelea; pero esos malditos libros amontonan las mas peregrinas hazañas, y tú crees que Raddlebanes solo era un pobre soldado en cotejo de Artámenes. Yo quisiera que á todos los que escriben esos disparates los enviasen en premio á la horca.

Lady Margarita, que era aficionada á las novelas, tomó su defensa.

El señor Scuderi, dijo ella, es tambien militar, y de graduacion segun se cuenta, lo propio que el señor de Urfe.

—Peor para ellos, pues debieran haber sabido lo que se decian. En cuanto á mí, veinte años hace que no leo mas que la *Biblia*, el *Deber del hombre*, y mas recientemente la *Pallas de Arnata*

de Turner, ó sea tratado del ejercicio de la lanza. Confieso que no me gusta su táctica; es de dictámen de colocar la caballería de frente, en lugar de ordenarla en los flancos: por cierto que si yo hubiese seguido esa máxima en Kilsthe, la primera descarga nos hubiera rechazado otra vez á las montañas; pero oigo ya los timbales.

Todos dirigieron la vista hácia el lugar por donde debia llegar la tropa. Antes de percibir los soldados, se veian de cuando en cuando, á los rayos del sol, relumbrar por entre los árboles sus armas. Apareció por fin el regimiento, y adelantóse, al son de una música militar, un cuerpo de trescientos hombres, poco mas ó menos.

Este espectáculo me quita treinta años de encima, dijo el viejo mayor, y sin embargo no me gusta el servicio que esos pobres diablos tienen que prestar. No he sido yo de los que han tomado menos parte en las guerras civiles; pero me hallaba mas á mis anchuras cuando peleaba en el continente cara á cara con figuras estrañas que no hablaban mi idioma.

Es cosa terrible oir á un desgraciado que os pide la vida en vuestra propia lengua, y veros obligados á acuchillarle, como si un francés os clamase *misericordia* Hélos aquí que bajan por la montaña. ¡Soberbia gente! ¡bien montada! .. ¡escelente equipo!... Sin duda aquel que galopa por el flanco será Claverhouse; se pone ahora al frente de la tropa para pasar el puente: dentro de cinco minutos están aquí.

Cuando hubieron pasado el puente, se dividieron en dos columnas: los soldados, guiados por los sargentos, tomaron el camino de la alquería, donde

lady Bellenden habia hecho preparar todo lo necesario para su recepcion; los oficiales con el estandarte y una escolta para custodiarle, subieron por la cuesta escarpada que conducia al castillo.

Lady Bellenden, Edita y el mayor bajaron entonces de la torre, y llegaron al pátio del castillo cuando los oficiales entraron en él: el porta-estandarte inclinó la insignia en honor de las damas al toque de los clarines, y el sonido de los marciales instrumentos y los relinchos de los caballos retumbaron por las antiguas murallas del castillo.

Claverhouse montaba un caballo enteramente negro, acaso el mas hermoso de toda Escocia, bien adiestrado, acostumbrado al fuego, y que le habia librado de muchos peligros. Todas estas circunstancias contribuian á que circulase la voz entre los puritanos ignorantes de que habia recibido este caballo del enemigo del género humano, para ayudar á perseguirlos, y que ni el acero ni el plomo podian nada con él. Claverhouse se apeó, se acercó á ofrecer sus respetos á las señoras con toda la cortesanía de un militar, y pidió mil perdones á lady Margarita por la molestia que le ocasionaba. Lady Bellenden le aseguró que no podia menos de celebrar la casualidad que le proporcionaba la honra de albergar en su casa á un oficial tan distinguido, á un servidor tan leal de S. M.: por fin, cuando se hubieron agotado todas las fórmulas de la cortesía, el coronel pidió permiso para oir la relacion que tenia que hacerle el sargento Bothwell, y se retiró á un lado para hablarle.

El mayor se aprovechó de esta ocasion para decir á Edita, sin que pudiese oirlo lady Bellenden:—¿No es preciso estar loca, sobrina mia, para

escribirme una carta llena de boberías, de vestidos y de Cyros, y poner en una postdata lo único que podia interesarme?

—Es que... tio mio... respondió Edita muy confusa, yo no sabia... si... si era conveniente que...

—Ya, ya, que cobrases aficion á un presbiteriano! pero yo era el amigo del padre de ese jóven, valiente militar: si una vez empuñó las armas por la mala causa, llevólas tambien por la buena. Por fin has hecho muy bien en no hablar á tu abuela de este negocio; yo seguiré tu ejemplo; ya sabes tú sus preocupaciones. Buscaré una ocasion para entenderme con Claverhouse... pero entran en el castillo: sigámoslos.

CAPÍTULO XI.

El almuerzo de lady Bellenden se parecia tan poco á nuestros modernos desayunos como la sala empedrada de mármol donde se sirvió, á los comedores de nuestros tiempos: no figuraban allí ni el té, ni el café, ni el chocolate; pero sí el fino lomo de ternera, el noble jamon, la jugosa lengua de vaca y el pastel de venado, cuyo olor halagaba el olfato: frascos de plata, llenos de los mejores vinos, circulaban en la mesa por todas partes.

El apetito de los convidados no desdecia de esta sólida magnificencia. No se pasaba el tiempo hablando; trabajaban las quijadas con aquella perseverancia conocida tan solo de los que se levantan antes del dia, y que se han entregado á ejercicios ó trabajos violentos.

Lady Margarita estaba contentísima de ver el modo como se honraba su convite, y raras veces tenia que tomarse el trabajo de escitar á sus hués-

pedes á que probasen de los diferentes platos que cuajaban la mesa, pues una dama de aquella época hubiera creido faltar á la cortesía si no acarreara una indigestion á todos los convidados.

Sin embargo, el coronel, colocado cerca de miss Bellenden, aparecia mas ocupado en obsequiarla que en satisfacer su apetito. Edita oyó los cumplimientos que le dirigia, sin corresponder á ellos. En vano probaba que su voz, que en los combates se asemejaba á un clarin guerrero, podia modular tambien los acentos de una halagüeña galanteria. La aprension de hallarse al lado del formidable caudillo, de cuya voluntad dependia la suerte de Enrique, la imágen del terror que infundia el solo nombre del coronel en todo el condado, dejaron á Edita por algun tiempo sin valor para hablarle, ni aun para mirarle. Alentada por fin por el apacible sonido de una voz, se atrevió á dirigirle la vista y la palabra, y nada encontró feroz en su trato, ni que justificase sus aprensiones.

Graham de Claverhouse se hallaba todavía en la flor de la juventud; era de mediana estatura, pero de elegante presencia; su conversacion, sus ademanes, sus modales, indicaban que se habia criado entre personas de alta gerarquía; sus facciones tenian toda la regularidad de las de una mujer: sus ojos negros y penetrantes, sus cejas bien arqueadas, una tez morena lo bastante para evitar la afeminacion, cabello hermoso, nariz griega, formaban un conjunto como lo suelen dibujar los pintores, y gustan contemplar las damas.

Parecia que un esterior semejante debia hacerle mas propio para brillar en un estrado que en un campo de batalla; por la espresion de blan

dura y jovialidad que se notaba en su rostro, se l tenia á primera vista por un hombre mas amant de los placeres que de la gloria. A pesar de esto, se habia dado á conocer por la rigidez de su carácter, y sus mismos enemigos no podian menos de hacer justicia á su valor. Era de génio emprendedor, sabia concebir y ejecutar los mas osados intentos, y atesoraba toda la prudencia de Maquiavelo: sereno en medio de los mayores peligros, ardiente en afianzar la victoria, tan poco temeroso de la muerte, como indiferente para mandarla dar á los demás, tenia una política profunda que preponderaba en él sobre los fueros de la nobleza y de la humanidad.

Tales son los caractéres que producen las discordias civiles. Las mas brillantes prendas, pervertidas por el espíritu de partido, y enconadas por una oposicion incesante, se encuentran muchas veces b[illegible]ajadas con vicios y escesos que empañan todo s[illegible]lustre.

Es[illegible] tan turbada Edita para corresponder á los ob[illegible]jios que el coronel no cesaba de tributarle, que su abuela creyó del caso acudir en su auxilio.

—En nuestra vida retirada, dijo esta á Claverhouse, miss Edita Bellenden ha visto tan poco el mundo, que no es estraño que se encuentre turbada en materia de cumplimientos. Rara vez, coronel, se nos proporciona recibir aquí á algun oficial, y el jóven lord Evandale es el único á quien tenemos la satisfaccion de ver con frecuencia. Pero ¿por qué no ha venido acompañando á V. S?

—Lord Evandale venia con nosotros, milady; pero he tenido que destacarle con su compañía,

para dispersar una cuadrilla de esos miserables puritanos que han tenido el atrevimiento de reunirse á cinco millas de mi cuartel general.

—A la verdad, nunca hubiera creido tanta pretuncion en esos rebeldes: ¡ay, coronel! ¡en qué siempos vivimos! Hay en Escocia un génio maléfico que escita á los vasallos á la insubordinacion y á la rebeldía: ¿querrá V. S. creer que hasta uno de los mios se resistió á ir á la última revista? ¿y no hay leyes que castiguen tamaña terquedad?

—Yo creo tener una: ¿cómo se llama el delincuente? ¿dónde vive?

—Su nombre es Cuthbert Heuddrigg: pero le llaman regularmente Cuddy. En punto á su domicilio, no puedo informar á V. S., porque ya se figurará V. S., coronel, que despues de tal temeridad, no ha permanecido mucho tiempo en Tillietudlem; le despedí al punto, é ignoro ahora dónde para. Yo no le deseo por cierto ningun daño; pero una detencion de algunos dias en la cárcel seria un buen ejemplo para el vecindario, donde empieza á estenderse el presbiterianismo. No debiera por cierto tener compasion alguna de esos miserables: ellos son los que me privaron de mi esposo y de mis hijos, y sin la proteccion de nuestro augusto monarca y de sus valientes soldados, me despojarian tambien de mis bienes y haciendas: ¿creerá V. S. que siete de mis colonos se han negado al pago de sus arriendos, y que han dicho á mi administrador que dejaban de reconocer por dueños á los que seguian las máximas de sus opresores?

—Yo iré á arreglar con ellos esa cuenta, si V. S. me lo permite, milady. Es deber mio hacer acatar la autoridad, particularmente cuando está depositada

en manos tan respetables como las de lady Bellenden. Pero es, por desgracia, harto cierto que los malos principios se van propagando mas y mas por este territorio; y voy á verme obligado á adoptar contra los rebeldes providencias severas que mas cuadran á mi obligacion que á mi carácter. Esto me recuerda, milady, que tengo que agradecer á V. S. la buena hospitalidad que se ha dignado prestar á una escuadra de mi gente que trae un preso acusado de haber dado acogida al malvado Balfour de Burley.

—El castillo de Tillietudlem ha estado siempre abierto, coronel, para los servidores de S. M., y solo dejará de estarlo cuando no quede en él piedra sobre piedra; pero ¿me permitirá V. S. una observacion, coronel? El jefe de esta escuadra parece que no está colocado en la clase que le compete, si se atiende á la nobleza de la sangre que circula por sus venas: si me atreviera á lisonjearme de que fuese bien acogida mi intercesion en su favor, suplicaria á V. S. se dignase concederle alguna promocion tan pronto como fuese posible.

—V. S. quiere hablar seguramente del sargento Bothwell, dijo Claverhouse sonriéndose: es un valiente soldado; pero tiene la corteza algo dura, y le cuesta trabajo doblegarse á las reglas de la disciplina, y particularmente á las de la subordinacion; pero el menor deseo que muestre lady Bellenden ha de ser una ley para mí. Bothwell entró cabalmente en este mismo instante.—Bothwell, le dijo el coronel, id á besar la mano á lady Margarita, y dadle las gracias. Merced al interés que ha tomado por vuestra promocion, el primer empleo vacante en este regimiento será para vos.

Bothwell cumplió este acto de humildad con cierto aire de altanería, y dijo en seguida en alta voz:—A buen seguro que nadie puede tener á menoscabo besar la mano de una dama; pero no besaria la de ningun hombre, escepto la del rey, aunque se tratase de alcanzar el grado de general.

—Ya lo oye V. S., dijo Claverhouse volviendo á sonreirse; siempre en sus trece, siempre dale que dale en su genealogía.

—Mi coronel, respondió Bothwell, me consta que no puede V. S. olvidar el ofrecimiento que acaba de hacer; acaso entonces permitirá V. S. al oficial que se acuerde de su abuelo, por mas que ahora mande V. S. al sargento que no haga mencion de él.

—Basta, basta, dijo Claverhouse con el tono imperioso que le era habitual; informadme de lo que veniais á decirme.

—Lord Evandale, mi coronel, acaba de hacer alto con su tropa en el camino, enfrente del castillo; trae algunos presos.

—¡Lord Evandale! esclamó lady Margarita; espero, coronel, que permitirá V. S. que entre, y que almuerce en esta sala: V. S. sabe que el mismo rey no ha pasado por delante de mi castillo sin que...

Esta era la tercera vez desde su llegada que Claverhouse oyó mencionar aquel memorable acontecimiento, y queriendo desviar la conversacion.—¡Oh! dijo sonriéndose, y echando una mirada á Edita, yo sé que lord Evandale padeceria mucho si se detuviese enfrente de este castillo sin permitirle la entrada. Bothwell, mandad decir á lord Evandale que lady Margarita le ruega que venga á almorzar, y que yo le aguardo.

—Que digan al mismo tiempo á Harrison que cuide bien de los soldados y caballos, gritó lady Bellenden.

El corazon de Edita latia vivamente durante esta conversacion. Confió que el influjo que estaba cierta de ejercer en lord Evandale podria proporcionarle el medio de salvar á Morton, si la intercesion de su tio con Claverhouse salia infructuosa. En cualquier otra circunstancia no hubiera querido dirigirse á lord Evandale para alcanzar un favor, porque, á pesar de su inesperiencia, su delicadeza natural le daba á conocer que cuando una muchacha contrae una obligacion con un jóven, le proporciona una superioridad de que aquel puede abusar; pero lo que mas la hubiera retraido de esta idea, era la certeza de que todas las chismosas de la vecindad hablaban de su enlace con lord Evandale como de una cosa hecha. Es verdad que la habia obsequiado muy asiduamente de un año á esta parte, que ella no podia ignorar que merecia su agrado, y estaba firmemente persuadida de que si el lord llegaba á hacer una declaracion formal de sus sentimientos, sus pretensiones hallarian apoyo en lady Margarita y en todos sus amigos. El jóven capitan gozaba del aprecio de Edita, y efectivamente era acreedor á él. Lo único que podia alegar para negarle su mano, era la preferencia que daba á otro, y bien echaba ella de ver que este jamás lograria el consentimiento de su abuela. Resolvió pues aguardar el resultado de la intercesion de su tio, que por el rostro franco y halagüeño del anciano, contaba saber muy pronto esperando que en el caso de que su influjo no produjese buen efecto, podria determinarse á ten-

tar su propio crédito con lord Evandale á favor de Morton.

No pasó largo tiempo en la incertidumbre, pues desde que Bothwell se retiró, se habian todos levantado de la mesa; y el mayor que hizo los honores de la misma, y despues de haber reido y hablado con los militares de que estaba rodeado, se acercó á su sobrina, y le rogó que le presentase á Claverhouse. Este no ignoraba el carácter y la reputacion del mayor, y le acogió con las mayores muestras de distincion. No tardaron mucho tiempo en retirarse á un lado; y miss Bellenden, cuyo corazon estaba vivamente agitado, no los perdió un instante de vista, procurando adivinar, por sus gestos y la espresion de sus facciones, el resultado de su conferencia.

Notó desde luego en Claverhouse el aire franco y cortés de quien parece dispuesto á conceder un favor, pero que sin embargo se reserva alguna cosa, y no quiere comprometerse antes de enterarse bien de lo que se le vá á pedir. Conforme se empeñaba la conversacion, la frente del coronel se iba poniendo mas sombría; juntábanse sus cejas, y cierta impaciencia, aunque siempre bañada de urbanidad, estaba pintada en todas sus facciones. Edita creyó leer en ellas la sentencia de Enrique. Los razonamientos del mayor parecian sosegados, sin dejar de ser solícitos, y daba muestras de apoyar su súplica en todos los méritos de su edad y reputacion. Por fin, el coronel, para desprenderse de una instancia que tenia por molesta, hizo un movimiento para reunirse con los demás, y hallándose entonces mas inmediato á Edita, le oyó esta pronunciar las siguientes palabras:

—Imposible, mayor, imposible; la indulgencia en este caso no está en mis facultades; para cualquiera otra cosa tendria un gusto especial en serviros... Pero aquí está Evandale, que nos trae noticias... Y bien Evandale, ¿qué hay de nuevo?

—Cosas desagradables, mi coronel, respondió lord Evandale, cuyas botas estaban cubiertas de lodo, y en cuyo uniforme se notaba el desórden propio de un oficial que llega de la pelea: un cuerpo crecido de presbiterianos está armado en las montañas y en completa revolucion. Han quemado públicamente el acta de supremacía, la del establecimiento del obispado, y el decreto que ordena una fiesta de expiacion por el martirio de Cárlos I, declarando que su intento es sostener la reforma á todo trance.

—¿Y á esto llamais noticias desagradables, capitan? Pues para mí es la mejor que he recibido de seis meses á esta parte. Mientras estos miserables estén reunidos, los tenemos seguros. Cuando la culebra levanta la cabeza, añadió dando un golpe de bota contra el suelo, como si aplastase un reptil, es muy fácil acabar con ella; solo es peligrosa cuando se oculta en la yerba: ¿y en dónde están estos infelices?

—A diez millas de aquí, en un valle llamado London-Hill, rodeado de montañas por todas partes. Yo he cumplido con vuestras órdenes, dispersando la reunion contra la cual me comisionasteis. He traido presa á una vieja, cabeza de motin, que predicaba abiertamente la revolucion, con dos ó tres de sus gentes, y he sabido por algunos aldeanos los pormenores de que acabo de dar cuenta.

—¿Sabeis cuál es su número?

—Probablemente de mil á mil doscientos hombres. Las noticias no están conformes sobre este punto.

—Esta es pues la ocasion de atacarlos. Bothwell, mandad tocar á botasilla inmediatamente.

Bothwell, que como el caballo de la Escritura, percibia de lejos el olor de los combates, se apresuró á trasmitir esta órden á seis negros ricamente engalanados; y al punto el sonido de los clarines retumbó en las murallas del castillo.

—¡Con que ya parten! esclamó lady Margarita, á quien esta señal recordó sus pasadas desgracias. ¡Ay! ¡á cuantos de los valientes servidores del rey que están actualmente reunidos en mi castillo, no tendré la dicha de volver á ver! ¿No seria mejor asegurarse antes del número de los rebeldes?

—Su fuerza no puede ser todavía muy considerable, dijo Claverhouse; pero yo no puedo malograr el tiempo; pronto serian diez tantos mas, si diese tiempo á los malcontentos de este territorio para reunirse con ellos.

—Agunos están ya en camino, añadió lord Evandale, y se me ha asegurado que aguardan un refuerzo de presbiterianos de los que se llaman sumisos á las leyes, capitaneados por el jóven Milnwood, hijo del famoso coronel Silas Morton.

Estas palabras no produjeron igual efecto en todos los circunstantes. Edita cayó en una silla, oprimida por el terror y la desesperacion; Claverdouse echó al mayor una mirada triunfante que parecia decirle: «¡Y bien! ¿veis cuáles son las máximas del mozo por quien os interesais?»

El mayor, con los ojos encendidos, esclamó con viveza:

—Eso es un engaño, una infame calumnia, inventada por esos miserables rebeldes, para aumentar sus parciales. Yo responderia de Enrique Morton como de mi propio hijo. Sus principios son tan acendrados como los de cualquier oficial de guardias. Edita Bellenden podrá certificar lo mismo que yo; muchas veces les he visto á los dos leer en un mismo libro de oraciones, y Enrique las sabia de memoria tan bien como el capellan; pero mandadle comparecer; que se esplique él mismo; oid sus descargos.

—Inocente ó culpado, dijo el coronel, no veo en esto inconveniente. Mayor Allan, tomad un guia y partid con el regimiento hácia London-Hill. Marchad al paso para no fatigar los caballos. Evandale y yo nos reuniremos con vos dentro de una hora. Bothwell quedará con una escolta para custodiar los presos.

Allan y todos los oficiales salieron de la sala, escepto lord Evandale y el coronel; el eco de los instrumentos marciales y las pisadas de los caballos indicaron que el regimiento partia del castillo.

Mientras que Claverhouse procuraba sosegar el sobresalto de lady Margarita, y atraer á su opinion al mayor Bellenden, relativamente al jóven Morton, Evandale, venciendo aquella desconfianza de sí mismo, que infunde siempre timidez á los jóvenes amantes, cuando se hallan cerca del objeto de su ternura, acercóse á miss Edita, y la dijo tierna y respetuosamente:

—Voy á separarme de vos, miss Bellenden; permitidme que os diga, querida Edita, por la primera, y acaso por la última vez: ¡Dios sabe si volveré á veros y cuándo! Mi profesion me espone á muchos

peligros; pero hasta el postrer aliento conservaré... todo... todo el respeto que os he profesado de mucho tiempo á esta parte.

Su acento, el fuego que brillaba en sus ojos, la agitacion que mostraba, todo indicaba en él un sentimiento mucho mas vivo que el que acababa de espresar. Era imposible que Edita se equivocase, y que permaneciese enteramente insensible á la espresion de una ternura tan modesta como profundamente sentida.

Aunque aterrada por el peligro que corria en este momento el amante que su corazon preferia, no pudo menos de moverse á compasion hácia un amable jóven que se despedia de ella para esponerse á todas las vicisitudes de la guerra.

—Espero... me lisonjeo, dijo Edita, que no correreis ningun peligro; que el temor, mas pronto que la fuerza de las armas, dispersará los insurgentes, y que pronto regresareis para recibir los parabienes y los testimonios de amistad de todos los habitantes de este castillo.

—¡De *todos!* repitió Evandale, apoyándose en esta palabra con un tono dudoso y melancólico; ¡que me sea imposible el creerlo! pero no cuento con una victoria tan repentina; nuestro cuerpo tiene muy poca fuerza para intimidar á los rebeldes y ahogar la revolucion sin derramamiento de sangre. Estos miserables son entusiastas y determinados, y tienen caudillos que no carecen de conocimientos militares. Estoy persuadido de que la impetuosidad de nuestro coronel precipita nuestra marcha contra ellos; hubiéramos debido asegurarnos de un refuerzo, y limitarnos por de pronto á vigilar los caminos, para impedir que se les reunan sus parti-

darios; pero mi obligacion es obedecer, y pocos hay aquí que tengan menos motivos que yo para temer el peligro.

Edita tenia entonces ocasion de hablar á lord Evandale en favor de Enrique: este era el único camino que le pareció abierto todavía para salvarle: vaciló sin embargo, como temerosa de abusar de la tierna confianza de su amante que acababa de declarar indirectamente que su corazon era suyo. ¿Podia sin faltar al honor empeñar á lord Evandale á que intercediese por su rival? ¿Era prudente serle deudora de una obligacion, sin darle esperanzas que nunca debia realizar? Pero el asunto era muy urgente para permanecer indecisa ó entablar su instancia con mayor delicadeza.

—Despacharemos á ese jóven á la otra parte del castillo, dijo Claverhouse: vamos, lord Evandale, siento interrumpiros; pero hay que montar á caballo; Bothwell, ¿por qué no traeis al preso? Mandad á la escuadra cargar las carabinas.

A miss Edita se le figuró oir en estas palabras la sentencia de muerte de su amante, y superó toda la repugnancia que sentia en dirigirse á lord Evandale.

—Milord, le dijo, ese jóven es un íntimo amigo de mi tio; vos teneis influjo con el coronel. ¿Me será lícito implorar vuestra intercesion?... Mi tio os quedará eternamente reconocido.

—Dais harto valor á mi influjo, miss Bellenden. No pocas veces han quedado desairadas semejantes súplicas que me habia inspirado la humanidad.

—Probadlo otra vez, por amor de mi tio.

—¿Y por qué no por amor vuestro? ¿no quereis permitirme creer que os complaceré personalmente

en esta ocasion? ¿tan poca confianza teneis en un antiguo amigo para no concederle la satisfaccion de pensar que dá algun paso que pueda seros agradable?

—Seguramente, respondió Edita, no hay duda; me complacereis infinito... yo me intereso mucho por el señor Morton... á causa de mi tio... ¡Buen Dios!... oigo los soldados... Por Dios, milord... no me lo negueis... no perdais un instante.

—Tranquilizáos, dijo lord Evandale; juro al cielo que no morirá, aunque supiese morir yo por él; pero, añadió cogiéndole una mano que no tuvo valor para retirar, ¿no me concedereis tambien una merced?

—Todo cuanto quepa conceder á la ternura de una hermana.

—¿Y eso es todo lo que podeis otorgar á mi afecto durante la vida, y á mi memoria despues de la muerte?

—No hableis así, milord; vos me desesperais; os haceis muy poco favor... no hay nadie en el mundo á quien profese yo mas respeto, mas estimacion, mas amistad...

Un suspiro que oyó le hizo volver la cabeza, mientras buscaba el modo como terminar su frase, sin herir demasiado los sentimientos de lord Evandale. Era Morton, cargado de cadenas, conducido por los soldados.

Las palabras que acababa de pronunciar habian llegado á sus oidos, y una mirada de reconvencion que la echó al pasar, la convenció de que habian sido mal interpretadas. Solo esto faltaba para rematar la confusion y apuro de Edita. Los matices

de que estaba animado su rostro la abandonaron al punto, y dieron lugar á una palidez mortal.

Evandale observó esta mudanza; su penetracion sospechó la clase de interés que el objeto de su amor tomaba por el preso; dirigió alternativamente sus miradas á Edita y á Enrique, y se confirmó en sus sospechas.

—Creo, dijo despues de un momento de silencio, que fué ese jóven el mas diestro tirador del dia de la revista.

—Yo... no sé... de cierto... tartamudeó Edita; no creo que...

—El [illegible] dijo Evandale... estoy seguro. No es de admirar [illegible]adió con alguna altivez, que un vencedor in[illegible]ese vivamente á una hermosa.

Separóse de Edita en este momento, dió algunos pasos hácia Claverhouse que estaba sentado junto á una mesa; colocóse á alguna distancia de él, y permaneció en silencio y atento á lo que sucederia.

CAPÍTULO XII.

Para esplicar el efecto que habian producido en Enrique las pocas palabras que por desgracia llegaron á sus oidos, hay que dar cuenta del estado en que se hallaba su ánimo en aquel trance y esplicar brevemente el orígen de sus relaciones con miss Bellenden.

Enrique Morton era uno de aquellos jóvenes dotados por naturaleza de un carácter feliz, y que atesoran mejores prendas que las que ellos mismos se atribuyen. Habia heredado de su padre un valor á toda prueba, y un ódio incontrastable á toda especie de opresion. Su familia habia abrazado los dogmas de los presbiterianos; pero él no seguia sus opiniones exageradas, y no albergaba la menor centella del fanatismo de los puritanos.

La sórdida avaricia de su tio, entorpeciendo su educacion, no le habia estorbado utilizar las prendas con que le dotara la naturaleza. Nunca

desperdició ninguna ocasion de instruirse, y aun supo sacar partido del mayor afan que debió costarle el conseguirlo. A pesar de esto, se hallaba su alma postrada por el sentimiento de verse pobre y dependiente lo que promovia en él una desconfianza de sí mismo, y un aire de reserva, que no dejaban salir á luz las buenas circunstancias y el teson que ya hemos dicho que atesoraba, y que solo eran conocidos de algunos de sus amigos particulares. No habiéndose declarado por ninguno de los bandos que dividian entonces la Escocia, pasaba por indeciso, por indiferente, por un hombre á quien ni la religion ni el patriotismo eran capaces de interesar, consecuencia harto injusta, pues la neutralidad que habia adoptado procedia de causas muy distintas y laudables. Tenia pocas relaciones con los presbiterianos, objetos de la persecucion, porque no le cuadraban su espíritu de partido, su carácter adusto, su fanatismo tétrico, su rencor implacable contra sus adversarios, y los delitos á que se arrojaban; pero no detestaba menos la conducta opresora y tiránica de los agentes del gobierno, que soltando la rienda á una soldadesca desenfrenada, confundiendo al inocente y al culpado en un mismo castigo, y alzando por todas partes horcas y cadalsos, reducian á un pueblo libre á la existencia de los esclavos de Asia. A causa de esto habria abandonado ya la Escocia mucho tiempo antes, á no mediar su amor por Edita.

El mayor Bellenden habia sido íntimo amigo del coronel Silas Morton. Enrique era muy bien recibido en Charnwood. Allí fué donde habia visto á Edita, y el mayor, tan distante de concebir una sospecha como lo está en semejante caso *mi tio*

Tobías, no llegaba ni aun siquiera á recelar que las frecuentes ocasiones que tenian esos jóvenes para verse pudiesen fomentar en ellos el amor. Este dios empero se introdujo en su corazon, segun costumbre, con el disfraz de la amistad; adoptó su habla y reclamó sus privilegios. Cuando miss Bellenden habitaba en Tillietudlem, el paseo la conducia á menudo á una pradera situada á dos millas del castillo, y queria la casualidad que nunca dejase Enrique de asistir al mismo punto. Estos encuentros, por frecuentes que fuesen, no sorprendian al parecer ni al uno ni al otro, y pararon en una especie de cita. Enviábanse libros y fruslerías, y cada remesa daba lugar á una nueva correspondencia. La palabra *amor* no habia sido pronunciada todavía; pero cada cual conocia perfectamente el estado de su corazon, y adivinaba los sentimientos del otro. Por fin, este trato, que tenia para ellos tanto atractivo, y que no les dejaba sin zozobra para lo sucesivo, habia continuado hasta la época á que hemos llegado.

No se le ocultaba á Morton la poca esperanza que tenia de alcanzar algun dia la mano de Edita; sus riquezas, su nacimiento, su hermosura, su instruccion, debian necesariamente granjearle los obsequios de otros jóvenes que serian mas favorablemente acogidos por la familia de Bellenden. La voz pública señalaba á lord Evandale como futuro esposo de Edita, y confirmábanlo al parecer, tanto sus frecuentes visitas á Tillietudlem, como el aprecio particular que le prodigaba lady Margarita.

Jenny Lennison habia contribuido tambien á aumentar los celos de Morton. Era una presumida aldeana; y cuando no podia atormentar á sus pro-

pios amantes, se complacia en inquietar el de su ama; y no era por gusto que tuviese de perjudicar á Enrique; al contrario, le agradaba mucho, porque era buen mozo, y porque sabia que era correspondido de miss Edita, á quien ella profesaba un verdadero cariño. Pero lord Evandale, que no era menos buen mozo, tenia medios para ser infinitamente mas liberal que Enrique, y en el corazon de Jenny la balanza se inclinaba á su favor. Por otra parte, preveia mas honra y provecho para ella, siendo camarera de lady Evandale, que no de mistress Morton, y este era el motivo por qué no dejaba de afligir á Enrique, ya con un aviso amistoso, ya con una pulla, ya con una confianza alarmante; pero que traian siempre por objeto hacerle concebir la idea de que miss Bellenden, á pesar de sus citas y sus cambios de libros, y sus cartas, y sus dibujos, acabaria por aceptar el título de lady Evandale.

Estas insinuaciones tenian tanta correlacion con los temores y sospechas que el mismo Morton habia concebido, que no estaba lejos de esperimentar los celos que conocen todos los que han amado de veras, y en particular aquellos á cuyo amor oponen obstáculos la fortuna, la nobleza, ó la voluntad de los padres. La misma Edita, por efecto de su natural franqueza, habia contribuido algunos dias antes á desarrollar todavía mas este sentimiento en el corazon de su amante. Rodó la conversacion sobre los escesos cometidos recientemente por una partida de soldados, que se suponia equivocadamente mandada por lord Evandale. A miss Edita, tan leal en amistad como en amor, le chocaron un tanto algunas severas observaciones que Morton se

habia atrevido á hacer en esta ocasion, y á las cuales los celos no dejaron de añadir alguna acrimonia; tomó pues la defensa de lord Evandale con una viveza que ofendió cruelmente á Enrique, no sin maliciosa fruicion de Jenny, compañera ordinaria de los paseos de su ama. Edita leyó en los ojos de Enrique los sospechas que concebia, y trató de destruirlas indirectamente; pero la impresion no era fácil de borrar, y este motivo no fué el que menos preponderó en Enrique para tomar la resolucion de servir en pais extranjero, resolucion que no tuvo efecto, segun quedan ya enterados los lectores.

La visita que le hizo Edita en el aposento que le servia de cárcel, y el vivo interés que le demostró, hubieran debido desvanecer enteramente toda sombra de duda; pero ingenioso en atormentarse, creyó que debia atribuirlo á una preferencia voladera que cederia luego á las circunstancias, á los ruegos de sus amigos, á la autoridad de lady Margarita, y á los continuos obsequios de lord Evandale.

—¿Por qué, decíase á sí mismo, no puedo yo presentarme decidido, y solicitar altamente su mano, antes que otro me borre de su corazon? Quien tiene la culpa de todo es la maldita tiranía que se ejerce á un tiempo mismo sobre nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestros bienes y nuestros afectos. ¿Y á uno de los satélites de este gobierno opresor deberé yo ceder miss Bellenden?... No; jamás. ¡Ah! ahora llevo el merecido castigo de mi indiferencia, viéndome oprimido en el punto que mas puede provocar mi indignacion...

Tales eran los pensamientos que le embriaga-

ban, cuando Bothwell entró en su cuarto, seguido de dos dragones, uno de los cuales traia unos grillos y esposas.

—Es menester que nos sigas, jóven, le dijo; pero antes debo engalanarte como corresponde.

—¡Engalanarme! esclamó Morton; ¿qué quereis decir?

—Que es menester que aceptes estos brazaletes; yo no me atreveria... ¡Oh! no, con dos mil demonios, no hay cosa á que no me atreva yo... pero no quisiera, ni por tres horas de saco de una ciudad tomada por asalto, presentar á mi coronel un preso sin echarle las manillas. Así, pues, hay que resignarse.

Bothwell se adelantó; pero Morton, cogiendo por su respaldo la silla en que estaba sentado, amenazó romper el cráneo al primero que quisiese someterle á esta indignidad.

—Vamos, vamos, fuera travesuras, dijo Bothwell; piensa que no te saldria bien la cuenta. No hay cosa mas fácil que sujetarte como nos diera la gana; pero yo preferiria que te sometieses de bien á bien.

Bothwell hablaba francamente, porque temia que la resistencia de Enrique no moviese algun alboroto, y llegase á saber su coronel, que contra sus órdenes espresas habia tenido un preso sin aherrojar.

—¡Prudencia!... ¡prudencia!... continuó, no eches á perder tu causa. Corre la voz en el castillo que la nieta de lady Margarita vá á casarse con nuestro jóven capitan lord Evandale, y yo acabo de oirla reclamar su intercesion con el coronel en favor tuyo;

pero ¿qué diablos tienes?... estás mas pálido que mi camisa: ¿quieres un vaso de aguardiente?

Entre tanto le iba poniendo las esposas sin que Morton hiciese ya resistencia alguna.

—¡Miss Bellenden pedir mi vida á lord Evandale! esclamó.

—Sí, sí, no hay proteccion mejor que las de las mujeres; ellas lo ganan todo por asalto, ya sea en campaña, ya en la córte.

—¡Yo deberia la vida á lord Evandale!...

—¿Qué tendria de estraño?... Ningun oficial en el regimiento tiene mas influjo con el coronel.

Diciendo esto, Bothwell iba conduciendo al preso á la sala donde le aguardaba Claverhouse Las palabras que oyó decir á Edita, confirmaron á Enrique en la idea de que amaba á Evandale, y de que empleaba su ascendiente con él para salvarle. Desde este momento se le hizo odiosa la vida, y decidido á morir, resolvió defender con vehemencia los derechos de su pátria, ultrajados en su persona. Acercóse pues con resolucion á la mesa junto á la cual estaba sentado el coronel, despues de haber echado á Edita una mirada de reconvencion y dolor, espresion de su adios postrero.

—¿Con qué derecho, caballero, dijo á Claverhouse, sin aguardar á que se le preguntase, con qué derecho esos soldados me han arrebatado del regazo de mi familia, cargado de grillos, y conducido á vuestra presencia?

—Por órden mia, dijo Claverhouse; y yo os intimo ahora la de callar y oir mis preguntas.

—Quiero saber, replicó Morton con aire donado, si estoy preso legalmente, si me hallo ante un ma-

gistrado civil, ó si los derechos de mi pátria son desconocidos ó ultrajados en mi persona.

—Hé aquí, á fé mia, un mozo determinado, dijo el coronel.

—¿Estás loco? esclamó el mayor; por amor de Dios, Enrique, mira que te hallas ante un oficial superior de S. M.

—Pues por esa misma razon, respondió Enrique, deseo saber con qué derecho me tiene preso sin auto de prision espedido contra mi. Si estuviese delante de un magistrado, sé que mi deber seria la sumision.

—Vuestro amiguito, dijo Claverhouse al mayor, es uno de esos caballeros quisquillosos, que como el figuron de la comedia no quisieran ponerse el corbatin sin una órden del juez de paz; pero yo le enseñaré antes que nos separemos, que mi charretera es una señal de autoridad que no cede á ninguna vara de justicia. Así, para terminarse esta discusion, ¿tendreis la bondad de decirme, oh jóven, cuándo, ó dónde visteis á Balfour de Burley?

—Como no reconozco derecho en vos para hacerme esa pregunta, no responderé á ella.

—Yo lo haré pues. Vos confesásteis á mi sargento que le disteis asilo en el castillo de vuestro tio; ¿por qué no guardais conmigo igual franqueza?

—Porque presumo que vuestro nacimiento y educacion deben haberos enseñado cuáles son los derechos de todo escocés, y porque quiero manifestaros que no falta quien debe defenderlos.

—¿Y estariais dispuesto á defenderlos con las armas en la mano?

—Si estuviésemos solos y me hallase armado como vos, no me hariais dos veces esa pregunta.

—Basta, replicó Claverhouse; vuestras contestaciones corroboran la idea que tenia formada de vos; pero sois hijo de un soldado; parece que sois valiente, y por mas que seais un rebelde, os libraré de la infamia de una muerte afrentosa.

—De cualquier modo que deba morir, moriré como hijo de un valiente militar, y el baldon de que me hablais, caerá sobre aquellos que derraman la sangre del inocente.

—Pues bien, cinco minutos teneis para reconciliaros; Bothwell, conducidle al pátio y preparad un peloton.

Las circunstancias de esta conversacion habian helado de horror, y reducido á silencio á cuantos se hallaban presentes; pero en aquel trance todos se pusieron á esclamar é interceder con el coronel á favor de Morton. La misma lady Margarita, que á pesar de sus máximas y preocupaciones no habia cerrado la puerta á aquella sensibilidad que es el mas precioso ornato de su sexo, era la que insistia con mayor ahinco.

—Coronel Graham, esclamó, perdone V. S. á ese jóven imprudente; no manche su sangre las paredes de una casa donde ha recibido V. S. la hospitalidad.

—Me eviteria V. S. el sentimiento de una negativa, señora, si trajese á la memoria la sangre que sus iguales han derramado.

—Yo dejo á Dios el cuidado de la venganza, coronel, dijo la buena señora, cuyo cuerpo estaba temblando de sobresalto; la muerte de ese jóven no restituirá la vida á los que lloramos; nunca se ha derramado la sangre dentro de los muros de Tillietudlem. Concédame V. S. su vida.

—Debo cumplir con mi deber, señora. Sabiendo

que los rebeldes están armados en estas inmediaciones, ¿puede V. S. solicitar el indulto de un jóven fanático, que seria capaz de encender él solo la rebelion por todo el reino? ¡Oh! es imposible.

—Coronel, esclamó el mayor Bellenden, no creais que á pesar de mi edad permitais asesinar impunemente á mi vista al hijo de mi amigo. Vos me dareis satisfaccion de este acto de violencia.

—Cuando gusteis, mayor, respondió friamente Claverhouse. Bothwell, lleváos el preso.

La que tomaba mayor interés en esta discusion se habia esforzado tres veces para hablar, y otras tantas su lengua habia repelido la palabra. Permanecia en su silla sumergida en profundo abatimiento. Levantóse en este momento, y queriendo abalanzarse hácia el coronel, faltándole las fuerzas, cayó desmayada en los brazos de Jenny, que por fortuna se hallaba detrás de ella.

—¡Socorro! esclamó Jenny, ¡buen Dios! ¡la señorita se muere!

A esta esclamacion, lord Evandale, que durante toda escena habia estado inmóvil, apoyado en su sable, con la cabeza inclinada sobre sus manos, levantóse á su vez, y dirigiéndose á Claverhouse:—Coronel, le dijo, antes que el preso salga de aquí, deseo hablaros á solas por un momento.

Claverhouse pareció estrañarle; pero levantóse inmediatamente, y habiendo seguido al capitan á un lado de la sala, tuvo con él la siguiente conversacion:

—No tengo necesidad de recordaros, coronel, dijo Evandale, que el año último, cuando alcanzásteis pruebas indudables del influjo de mi familia con el Consejo privado, me manifestásteis que solo á mi debiais agradecerlo.

—Ciertamente, mi querido Evandale, y tendria especial gusto en encontrar ocasion para pagar la deuda que contraje con vos.

—Pues la ocasion se presenta ahora, coronel, concededme la vida de ese jóven.

—¡Evandale!... ¡estais loco!... ¡loco de atar! ¿Por qué tomais tanto interés por la vida de ese jóven fanático? Su padre era el hombre mas peligroso de toda Escocia; frio, resuelto, querido del soldado, inflexible en sus principios. Su hijo parece atesorar las mismas prendas, y no os figurais todos los males que puede ocasionar. Si fuese un hombre adocenado, poco peligroso, algun miserable aldeano, un oscuro entusiasta, ¿os parece que hubiera negado su perdon á lady Margarita y al mayor? Pero se trata de un jóven bien nacido, ardoroso y valiente, cuyo nombre es conocido en toda Escocia. Solo les falta á los rebeldes un caudillo como él para dar á su partido la consistencia que le falta, y dirigir su ciego entusiasmo... Yo no os hago estas reflexiones para negaros lo que me pedís, y sí tan solo para escitaros á reflexionar sobre las consecuencias de esa demanda.

—Custodiad al preso; así no podrá perjudicaros; pero permitidme, coronel, que insista en alcanzar su vida; tengo poderosas razones para desearlo.

—Viva pues; no puedo negaros lo que me pedís con tanto ahinco; pero tened presente, milord, que si quereis llegar á un grado eminente en el servicio del rey y de la pátria, vuestro primer cuidado ha de ser trascordar todo, todo sentimiento, toda pasion; no debeis atender mas que á vuestros deberes y al interés público. No están los tiempos para sacrificar á la flaqueza de un anciano ó á las lá-

grimas de una mujer las indispensables medidas de severidad á que nos obligan los peligros que nos rodean. No olvideis tampoco que si cedo hoy á vuestros ruegos, esta complacencia debe evitarme semejantes súplicas en lo sucesivo.

Acercáronse entonces otra vez á la mesa, y el coronel clavó la vista en Morton, para observar qué efecto habia producido en él la sentencia de muerte que acababa de pronunciar, y que hacia estremecer á todos los circunstantes.

—Vedle, dijo en voz baja á Evandale; cuéntase próximo á la muerte, y con todo no ha temblado ni perdido el color; su vista está sosegada, su frente serena; tal vez su corazon es el único en esta sala que late pausadamente. Miradle bien, Evandale: si ese hombre se halla algun dia al frente de una partida de rebeldes, os arrepentireis de haberme forzado á la indulgencia.—Mozo, dijo entonces á Morton, merced á la intercesion de vuestros amigos, no moriréis; pero ahora... Bothwell, llevádos el preso, y vigilesele de cerca.

La aprension de deber la vida á su rival fué intolerable para Morton.—Sí, vivo por intercesion de lord Evandale, esclamó.

—Bothwell, interrumpióle el coronel, llevádos el preso; no me sobra tiempo para oir sus discursos.

Bothwell se llevó á Morton, y luego que estuvieron en el pátio:—Aunque tuviese cien vidas que perder, le dijo, seria una temeridad aventurarlas de ese modo; si así soltais esa lengua, no os doy cinco minutos de vida, y os quedareis en la primera zanja que encontremos; pero yo tendré buen cuidado de apartaros de la vista del coronel: vamos, venid á reuniros con los demás presos.

El sargento, sin embargo de la aspereza de sus modales, sentia un vivo interés por Enrique, cuyo valor y decision apreciaba, y con sumo pesar suyo hubiera dado la órden de fusilarle. Acompañóle hasta el frente del castillo, donde un piquete de dragones custodiaba una vieja y dos hombres que lord Evandale habia mandado prender.

Entre tanto, Claverhouse se despedia de lady Margarita, que no podia quitarse de la cabeza la poca consideracion que habian merecido sus ruegos.

—Hasta ahora habia creido, le dijo, que el castillo de Tillietudlem, que honró S. M. con su presencia, podia mirarse como un sagrado, aun para aquellos cuya conducta merecia alguna reprension; pero ya veo que la fruta harto madura es desabrida; los servicios de mi familia fechan de muy antiguo para que se traigan á la memoria.

—Nunca los trascordaré, respondió el coronel, yo se lo aseguro á V. S. Un deber, que miraba como sagrado, pudo únicamente hacerme vacilar para rendirme á sus deseos y á los del señor mayor; pero ahora, mi apreciable lady Bellenden, permítame V. S. lisonjearme de que todo quedará olvidado. Traeré esta tarde doscientos rebeldes prisioneros, y ofrezco á V. S. perdonar á cincuenta en méritos de su poderosa intercesion.

—Coronel, oiré con gusto las ventajas que alcanceis sobre el enemigo, dijo el mayor; pero seguid el consejo de un veterano: economizad la sangre despues del combate. Entre tanto permitidme pediros la libertad del jóven Morton, bajo mi garantía.

—De esto trataremos á mi vuelta, respondió

Claverhouse; por ahora no dudeis que su vida está segura.

Durante esta conversacion, los ojos de lord Evandale buscaban á Edita; pero Jenny habia hecho conducir á su ama á su gabinete. Evandale obedeció lentamente las órdenes del coronel, que le daba priesa para partir. Despidiéronse ambos de lady Margarita y del mayor, y montaron á caballo para incorporarse con el regimiento.

Bothwell habia ya partido con los presos y la escolta.

CAPÍTULO XIII.

Hemos dejado á Morton viajando con tres compañeros de esclavitud, custodiados por una escuadra á las órdenes del sargento Bothwell, que formaba la retaguardia del regimiento de Claverhouse. Dirigíanse á las montañas, donde se les habia dicho que los presbiterianos insurgentes armados estaban reunidos. No bien se habian separado de Tillietudlem como un cuarto de milla, cuando vieron pasar á Claverhouse y Evandale que corrian á galope para alcanzar la vanguardia del regimiento. Luego que les vió algo lejos, Bothwell mandó hacer alto, se acercó á Morton, y le quitó los grillos.

—La sangre real no se desmiente jamás, le dijo: ofrecí trataros con atencion en lo que dependiese de mí, y cumplo mi palabra. Cabo Inglis, reunid al señor Morton con el jóven preso, y dadles permiso para hablar si les acomoda; colocad dos sol-

dados á su lado con la carabina cargada, y al primero que intente escaparse, que le hagan saltar la tapa de los sesos: esto no es faltar á la cortesía, dijo á Enrique, ya sabeis lo que son las leyes de la guerra; Inglis, uncid el ministro con la vieja: estos harán buena pareja, y si hablan una palabra en su fanático dialecto, coged un varapalo y solfeadles bien las espaldas: no hay mejor arbitrio para acallar á una vieja habladora y á un ministro puritano.

Habiendo así dado sus disposiciones, Bothwell se puso á la cabeza de su tropa, que picó y espoleó los caballos para poder alcanzar el regimiento.

Morton, entregado á los diversos sentimientos que le agitaban, no se incomodó absolutamente de las precauciones tomadas por Bothwell para impedir su fuga, ni aun habia llegado á observar que le quitara los grillos. Esperimentaba aquel vacío que sucede por lo comun al tumulto de las pasiones; y como ni su conmocion, ni el sentimiento de su inocencia que le habian inspirado sus contestaciones con Claverhouse, le animaban ya, miraba con desaliento los campos por donde transitaban, y que á cada paso le traian á la memoria la pérdida de su felicidad y el malogro de sus esperanzas. Hallábanse entonces en una altura desde la cual se descubrian las torres de Tillietudlem. Aquí era donde él solia detenerse á la ida y á la vuelta para considerar con el arrobo de amante apasionado la vivienda de la hermosa que esperaba ver dentro de poco, ó que acababa de dejar. Hácia este lado, pues, dirigió la vista para dar el postrer adios á una morada tan grata á su corazon, y arrojó un

hondo suspiro, al cual correspondió su compañero de cautiverio en quien no habia reparado todavía, y cuyas miradas habian tomado el mismo rumbo. Al volverse sus ojos se encontraron; Morton reconoció á Cuddy Heudrigg, cuyas facciones espresaban la pesadumbre que sentia por sí mismo, y la compasion que le inspiraba la situacion de su compañero de infortunio.

—¡Ay, señor Enrique! dijo el ex-vasallo del castillo de Tillietudlem, ¿no es triste cosa que nos paseen así por el pais, como si fuésemos una de las maravillas del mundo?

—Siento mucho verte aquí, Cuddy, respondió Morton, en quien la propia amargura no ahogaba la sensibilidad que despertaba en su corazon el ageno sufrimiento.

—Yo lo siento tambien, señor Enrique, y lo siento por vos y por mí; pero toda esta afliccion no nos acarreará gran provecho, segun lo entiendo. Por lo que á mí toca, es cierto que no merezco estar aquí, pues en mi vida he proferido una palabra contra rey y obispo; pero como mi madre, ¡pobre mujer! no sabe sujetar su lengua, ya veis como estiendan hasta mí la penitencia.

—¿Con que tu madre está presa tambien? preguntó Morton sumamente distraido.

—Sin duda; aquí viene detrás de nosotros de pareja con el viejo ministro Gabriel Kettledrumle, que ojalá se hubiese ido á predicar á los infiernos esta mañana. Habeis de saber que cuando vuestro señor tio Milnwood y el ama de llaves nos hubieron echado de casa, como si estuviésemos apestados y cerrado en seguida todas las puertas, por temor seguramente de que volviésemos á introducir-

nos:—¡Y bien! dije á mi madre, ¿qué será ahora de nosotros? Nadie nos querrá admitir despues de haber logrado que nuestra antigua señora nos despidiese, y sido causa de que llevasen preso al señor Enrique: ¿nos darán pan vuestros sermones? —El hombre no se alimenta solamente de pan, hijo mio, me respondió; Dios no abandona á los que permanecen fieles á su palabra: por fin, me predicó durante media hora y me condujo á casa de una vieja hechicera, conocida suya, que no tenia que darnos mas que pan negro y leche. Disponiame sin embargo á comer, pues los quebrantos suelen darme apetito; pero me lo impidieron, y tuve que echarme al coleto por de pronto una docena de salmos. Mi madre se acostó con la vieja, y yo me tendí por el suelo en la cocina, donde contaba dormir á pierna suelta; pero no señor, á media noche me despertaron, y quieras que no, tuve que andar dos millas para oir un sermon que Kettledrumle debia predicar, al alba, detrás de una montaña. Gritaba tanto que se le hubiera oido á la distancia de una milla; pero ¿qué decia? ¿lo sabeis vos?... pues yo tampoco. Hablaba de batallas, de la ciudad de Jericó, que no creo se halle por estas cercanías, porque yo no la he visto en mi vida. Lo cierto es, continuó Cuddy, que parecia deleitarse en contar sus infortunios sin observar si aquellos á quienes dirigia la palabra, le oian con atencion; lo cierto es que repentinamente corrió la voz de que llegaban los dragones. Unos huyeron, otros se quedaron gritando: «¡Mueran los filisteos!» Yo procuraba arrastrar á mi madre antes de que llegasen las casacas encarnadas: pero como se le habia puesto en la cabeza que les tenia que pre-

dicar, mas pronto hubiera hecho andar la torre de Tillietudlem. La niebla era densa; nos hallábamos en un camino angosto; tenia por consiguiente alguna esperanza de que los dragones no nos verian; pero el diablo condujo cerca de nosotros al viejo Kettledrumle, que se puso á bramar un salmo. Mi madre y otros muchos pusiéronse tambien á aullar, y movian un ruido capaz de resucitar á un muerto. Lord Evandale llegó con una veintena de casacas encarnadas: dos ó tres revoltosos quisieron hacer resistencia con la bibila en la mano y la pistola en la otra, pero pronto los tendieron por el suelo. A pesar de esto, no hubo mortandad, porque lord Evandale gritaba: «Dispersarlos, pero no matar á nadie.»

—¿Y tú, Cuddy, hiciste resistencia? preguntó Morton, que pensaba que en semejante caso no habria atacado á lord Evandale.

—No por cierto; tenia ya bastante que hacer con mi madre: le ponia la mano á la boca para obligarla á callar; pero tiempo perdido; á cada instante levantaba mas el grito. Por fin, un dragon quiso darle un palo con su sable; yo paré el golpe con mi garrote: entonces me embistió con la punta pero viendo á lord Evandale, le grité que serviamos en Tillietudlem; contentáronse con hacernos prisioneros. Acaso hubiéramos podido librarnos; pero prendieron tambien á ese mal aventurado Kettledrumle, le colocaron cerca de nosotros, y movió con mi madre tal jarana con sus acciones de gracias por la persecucion que padecian, y con sus imprecaciones contra los soldados que llamaban filisteos y bastardos de Babilonia, que se nos mandó vigilar con gran cuidado, y dícese que nos guar-

dan para hacer de nosotros lo que se llama un ejemplar.

—¡Qué infame persecucion! dijo Morton para sí; hé aquí un pobre diablo, á quien únicamente el amor filial condujo á aquella reunion, y que no ha hecho mal á nadie, aherrojado como un salteador ó asesino, y que sufrirá la pena señalada á los malvados, sin que le condene á ella un juicio legal que conceden las leyes al mas despreciable malhechor. Tolerar semejante tirania, ó ser solamente testigo ocular de ella, basta para hacer hervir la sangre en las venas del mas tímido esclavo.

—Ciertamente, dijo Cuddy, no conviene hablar mal de los que son de clase superior á la nuestra. Lady Bellenden nos lo ha dicho muchas veces para que se me haya borrado de la memoria, y ella tenia derecho de decirlo, porque pertenece á una clase encumbrada. Así, pues, la oia con paciencia; y cuando nos habia espetado un discurso sobre nuestras obligaciones, acababa siempre por darnos alguna cosa. ¿Pero qué nos dan los lores del Consejo privado de Edimburgo, tras sus famosas proclamas? Nada, ni un vaso de agua. Envian contra nosotros las casacas encarnadas, que nos roban cuanto les dá la gana; nos persiguen á fuer de lobos, nos apalean, nos ahorcan. No puedo absolutamente decir que esté en el órden.

—Por cierto seria ridículo decirlo, contestó Morton con una agitacion que le costaba trabajo reprimir.

—Y lo peor de todo es, que esas malditas casacas encarnadas vienen á soplarnos nuestras queridas. ¡Qué reventon de corazon no he tenido yo esta mañana, hallándome en el pátio del castillo

de Tillietudlem, tan engalanado como me veis ahora! ¿querreis creer que he visto á uno de esos pícaros dragones que vienen detrás de nosotros, á Holliday, dar un beso á Jenny Dennison delante de mí?... Parece imposible que una mujer sea tan desvergonzada para permitir semejante desman; pero ellas enloquecen por las casacas encarnadas. Algunas veces me han venido deseos de sentar plaza, con la esperanza de que así agradaria mas á Jenny. Sin embargo, no puedo vituperarla mucho, porque al fin y al cabo tan solo por mi causa habia permitido esta libertad al infernal dragon.

—¿Por tu causa?... esclamó Morton, que no podia dejar de tomar algun interés en un caso tan parecido al suyo.

—Sin duda, dijo Cuddy; la pobre muchacha queria que se le permitiese acercarse á mí para escurrir en mi mano algunas monedas de plata, que eran seguramente el resto de sus ahorros, porque sé que ha gastado una buena parte de ellos para engalanarse el dia que vino á vernos tirar al papagayo.

—¿Y tú las aceptaste, Cuddy?

—Yo, no, señor; fuí bastante necio para volvérselas á poner en la mano; no podia resolverme á deberle esta fineza despues que se habia dejado besar por otro; pero hice un disparate: este dinero nos hubiera sido muy útil á mi madre y á mí, al paso que ella lo gastará en boberías.

La conversacion se interrumpió aquí por largo rato. Cuddy se ocupaba sin duda en reflexionar cuán desacertado habia ido despreciando el regalo de su querida, y Enrique discurria acerca de las causas que habian podido determinar á lord Evan-

BIBLIOTECA

dale á interceder por él, á consecuencia de la súplica de miss Bellenden.

—¿No cabe, decíase á sí mismo, que tú hayas mal interpretado el influjo que ella tiene en lord Evandale? ¿has de vituperarla con tanta severidad, si recurrió para salvarte á algun disimulo? Sin dar esperanzas á lord Evandale, ¿no podia haberse aprovechado de la generosidad que se le supone, é inclinarle por pundonor á proteger á un rival favorecido?

Con todo, las palabras que habia pronunciado, y de que solo oyó una parte, retumbaban en sus oidos, y lastimaban su pecho como la picadura de un escorpion.

Cuddy, volviendo repentinamente de su profunda meditacion, dijo á Morton en voz baja:

—¿Haríamos mal en escaparnos de estos pícaros, si se presentaba la ocasion?

—Ninguno, contestó Morton; y si se presenta, cuenta que no la desperdiciaré.

—Mucho me place que me hableis así, señor Enrique: yo no soy mas que un pobre aldeano; pero pienso del mismo modo, y juzgo que, si fuese posible, no podrian acriminarnos de haber recobrado la libertad, ya sea por maña, ó á la fuerza. Aquí donde me veis, no soy hombre para volver atrás, si llegamos á ese punto; pero la buena señora de Tillietudlem llamaria á esto resistencia á la autoridad real.

Nadie respeta mas que yo, Cuddy, la autoridad legal, y siempre estaré dispuesto á someterme á ella; pero acá somos víctimas del despotismo militar, y no estamos obligados á dejarnos conducir mansa-

mente al cadalso, si la astucia ó la fuerza pueden librarnos de esta desgracia.

—Eso es cabalmente lo que yo pensaba. Solo pues nos falta la ocasion: es preciso aguardarla; puede que llegue; pero despues, ¿qué será de mí? Vedme aquí á dos pasos de la horca por haber creido á dos viejas chochas. ¿Deberé esponerme á lo mismo en lo sucesivo? No, á fé mia; quisiera encontrar á alguien que tuviese necesidad de criado, y por cierto que no le daria motivo para estar quejoso de mí. Espero que os acordeis de esto, señor Enrique, si recobramos la libertad, y que me admitireis en vuestra servidumbre.

—¡En mi servidumbre, Cuddy! ¡Ah! esto seria muy poca ventaja para tí, aun cuando nos viésemos libres.

—¡Oh! ya sé lo que quereis decir: temeis que un criado aldeano como yo no sabrá desempeñar su oficio con lucimiento; pero voy á decir lo que procuro ocultar á todo el mundo. No soy tan bestia como parezco: sé leer, escribir, contar; manejo el sable tambien como cualquiera de esos pícaros que nos guardan, y en punto á tirar no temo mas que á lord Evandale y á vos; pero acaso no permanecereis en este pais.

—Cabe que lo aciertes.

—No le hace. Llevaré á mi madre cerca de Glascow, á casa de mi anciana tia Meg, y allá no correrá peligro ni de morirse de hambre, ni de ser quemada á fuer de bruja, ni ahorcada como puritana. Iremos en busca de lances, haremos nuestro negocio, y luego volveremos á Escocia para ver si hallamos á nuestras queridas.

—Hé aquí dos proyectos peregrinos, Cuddy; pero temo que no se realizarán.

—No importa, señor Enrique; siempre es del caso tener el corazon alegre... pero ¿qué estoy oyendo? ¡Ay! ¡Dios mio de mi alma!... ¡mi madre que predica todavía!... ¡Bueno!... ¡Y Kettledrumle que toma parte en el sermon! Si los soldados están de mal humor, me los despachan al otro mundo, y á nosotros con ellos.

Su conversacion quedó interrumpida en efecto por el ruido que movian el predicador y la vieja Mausa, cuyas voces se asemejaban á los sonidos de un bajon y un mal violin discordes. Hábianse por de pronto contentado con quejarse mútuamente; dieron despues rienda suelta á su indignacion contra sus perseguidores, y por fin, acalorándose por grados, su furor no pudo ya contenerse.

—¡Ay! ¡ay! ¡tres veces ay de vosotros! que estais sedientos de nuestra sangre, esclamó el reverendo Gabriel Kettledrumle con voz atronadora.

—¡Ojalá la trompeta del juicio toque muy pronto para ellos!... dijo la vieja Mausa con un falsete áspero.

—Ya tienen la rienda floja, dijo Cuddy; el diablo me lleve si les obligan á callar.

—¡Ay!... continuaba Kettledrumle; pero le sobrevino por desgracia una tos que le impidió proseguir, y Mausa se apresuró á tomar la palabra.

—Yo no soy mas que una débil mujer, dijo ella, pero que cobra vigor cuando Dios la inspira. Seré una Judit contra los Holofernes, una Sísara contra...

—Baste, buena mujer, basta, continuó el predicador, libre ya de su tos; no os toca á vos quitar la palabra de la boca de un servidor del Altísimo.

Levantó pues la voz y dijo: ¡Miserables enemigos del pueblo del Señor! desde ahora os intimo que antes de ponerse el sol sabreis que ni un Herodes sanguinario como Claverhouse, ni un impío Holofernes como Evandale, podrán resistir á los que se alzan por la verdad.

—Sí, gritó Mausa, aprovechando el instante en que el ministro tomaba aliento, vosotros sois instrumentos de destruccion, propios para echar á las llamas cuando se ha limpiado el átrio del templo, azotes preparados para castigo de los que prefieren la senda del mundo á la del Todopoderoso, y que se hacen mil pedazos despues de haber servido al efecto.

—El diablo me lleve, dijo Cuddy, si la madre no predica mejor que el ministro.

El ruido que hacian los caballos marchando sobre las piedras, habian impedido á los soldados hasta entonces oir las esclamaciones puritanas de sus presos; pero entrando ahora en una pradera oyeron á Kettledrumle vocear: «Sí, yo leventaré el habla como el pelícano en el desierto;» y á Mausa responderle: «Y yo como el gorrion en los tejados de las casas.»

—¡Hola! ¡hola! gritó el cabo que cerraba la marcha, sujetad esas lenguas, ó de lo contrario voy á valerme del cerrojo.

—No callaré, contestó Kettledrumle; jamás obedeceré á un profano.

—Ni yo haré caso de las órdenes de un filisteo, dijo Mausa, aunque sus vestidos teñidos en nuestra sangre fuesen mas rojos que los ladrillos de la torre de Babilonia.

—¡Holliday! gritó el cabo, tienes mordazas, ca-

marada?... hay que cerrarles la boca, ó van á rompernos los tímpanos.

Pero antes de realizarse esta amenaza, un dragon, corriendo á todo escape, vino á hablar con Bothwell, que habia tomado la delantera á alguna distancia de los suyos. Luego que este hubo recibido las órdenes que se le comunicaban, reunióse con sus soldados, y mandóles marchar á paso redoblado con precaucion y silencio, por cuanto iban á hallarse muy luego en presencia del enemigo.

CAPÍTULO XIV.

Los soldados redoblaron luego el paso, y los cautivos entusiastas echaron tanto los bofes, que no pudieron continuar sus esclamaciones.

Habian dejado tras sí, á una hora de distancia, las florestas cortadas que se hallan pasados los bosques de Tillietudlem; crecian todavía algunos fresnos desparramados en los estrechos barrancos; pero muy pronto apareció una dilatada llanura desierta, donde se veian algunos oteros vestidos de helechos, separados por profundas escavaciones y torrenteras que durante el verano servian de madre á escasos arroyuelos.

Esta árida comarca tenia mayor estension de la que podia alcanzar la vista: sin el encumbramiento, y aun sin la majestad bravía de las montañas estériles, formaba singular contraste con otras llanuras mas apacibles cultivadas por la mano del hombre. Era como un ejemplo de la omnipotencia

de la naturaleza, y de la lucha vana de los mortales contra las desventajas del suelo y del clima.

Efecto notable de estas dilatadas llanuras es la idea de la soledad que inspira aun á aquellos que las atraviesan en numerosa compañía; hasta tal punto absorbe al entendimiento la desproporcion entre el desierto y los hombres que lo transitan; así es como una caravana de mil viandantes esperimenta en los arenales de Africa ó Arabia este sentimiento de la soledad, desconocido al hombre que se halla en una comarca cultivada.

Morton, pues, no sin zozobra, vió á cerca de media milla de distancia el regimiento de Claverhouse que se dirigia por un camino tortuoso á la cumbre de una de las principales alturas.

Nada estorbaba entonces la vista, y el número de los soldados, que parecia crecido cuando ocupaban mucho espacio en estrechos senderos, ahora que se hallaban reunidos, solo presentaba una fuerza poco imponente y casi despreciable.

—No hay que dudar, pensó Morton, que un puñado de hombres determinados podria fácilmente defender cualquier desfiladero de estas montañas contra una tropa tan poco numerosa.

Mientras hacia estas reflexiones, la escuadra de Bothwell alcanzaba al regimiento. El camino por donde pasaba era tan áspero, que muchas veces tenia que dejarle y marchar por los lados del mejor modo que podia.

El apuro del reverendo Gabriel y de su vieja compañera iba á mas, pues los soldados que los custodiaban, sin hacer caso de los peligros á que les esponia su inesperiencia, les obligaban á seguirlos por entre los charcos, las zanjas, los bar-

rancos y las malezas que cortaban á cada paso el camino.

—Con la ayuda de Dios, he saltado por encima de una muralla, dijo Mausa, cuyo caballo acababa de traspasar una pared de tierra que formaba en otro tiempo una cerca, abandonada en el dia; con la sacudida habia perdido su cofia, y su canoso cabello ondeaba á merced del viento.

Kettledrumle se hallaba en medio de un espeso cenagal. Su caballo se hundia á cada paso hasta los estribos, y con los esfuerzos que hacia para salir de allí, cubria de fango negro y fétido los vestidos y el rostro de su ginete.

Estos pequeños accidentes servian de diversion á la escolta; pero no tardaron unos y otros en ocuparse de negocios mas sérios.

El cuerpo del regimiento no estaba muy distante de la cumbre de la eminencia por donde subia, cuando vieron volver en desórden algunos soldados que habian sido destacados para hacer un reconocimiento. Perseguíanlos diez ó doce hombres á caballo armados con carabinas. Dos de ellos tuvieron la osadía de avanzar hasta lo alto de la montaña; dispararon, hirieron á dos dragones, y se retiraron en seguida con cierta serenidad que indicaba lo poco que les imponia la fuerza desplegada contra ellos, y cuánto confiaban en el número de sus partidarios.

Claverhouse mandó hacer alto un instante; dispuso que lord Evandale con una vanguardia se encaramase á la cumbre de la montaña, é hizo entonces avanzar al regimiento en dos líneas, de las cuales la segunda debia sostener la primera. Cuando los presos, que iban siempre á retaguardia, lle-

garon á la cumbre, Morton pudo formar juicio de las dificultades que iba á esperimentar el coronel.

Lo alto de la montaña, donde el regimiento se desplegaba entonces, formaba una gran plaza, y por el lado opuesto conducia por un recuesto bastante suave á un pequeño lago distante un cuarto de milla. Este local no era desventajoso á las maniobras de la caballería; pero el lago estaba cortado por una zanja bastante ancha llena de agua corrompida, en cuya longitud se hallaban de cuando en cuando algunos espesos zarzales que podian servir de parapetos á los tiradores del enemigo: por último, el lago terminaba en otra montaña muy parecida á la que ocupaba Claverhouse, á cuyo pié se echaba de ver la mole de los insurgentes, que parecian estar dispuestos á disputar el paso de la zanja.

Su infantería se desplegaba en tres líneas. La primera estaba provista de armas de fuego de todas clases, y se habia adelantado bastante cerca de la zanja, para poder hacer fuego al regimiento luego que hubiese bajado de la montaña donde se hallaba.

A su espalda habia un cuerpo de lanceros destinados á embestir á los dragones si acaso intentaban forzar el paso de la zanja.

La tercera línea se componia de aldeanos armados con hoces, palas de hierro y toda clase de aperos de labranza, trasformados en un instante en instrumentos de guerra.

En cada flanco habia un pequeño cuerpo de caballería que ocupaba un terreno seco y sólido, para poder cargar al enemigo, si atacaba de frente.

Los soldados parecian estar mal armados y peor montados; pero rebosaban ardor por la defensa de su causa, y se hallaban animados de aquel ciego fanatismo que atropella obstáculos y peligros. Los que habian obligado á retirar la guardia avanzada del regimiento, se reunian en este instante con su cuerpo: todos los demás estaban firmes en su puesto, inmóviles como los picachos de las rocas que atravesaban la tierra por todas partes.

El número de los insurgentes no escedia mucho de mil hombres; pero no habia la mitad bien armados, y los de á caballo apenas llegaban á un centenar.

Sin embargo, sus caudillos tenian mucha confianza, y no ponian la menor duda en que la ventaja de su posicion, la superioridad del número, la certeza de que tras este paso no habia que esperar cuartel, y sobre todo el entusiasmo que los animaba, suplirian la escasez de armas y municiones, y la falta de disciplina militar.

En la altura de la montaña que se hallaba detrás de los insurgentes, se veian mujeres, y hasta niños, á quienes un celo feroz, semejante al de la vieja Mausa, habia conducido á estos yermos. Parecian estar dispuestos á ser espectadores de la lid que iba á decidir de su suerte y de la de sus padres, hijos y maridos; semejantes á las mujeres de los antiguos germanos, dieron agudos alaridos así que vieron relumbrar las armas del regimiento de Claverhouse en la cumbre de la montaña opuesta; y estos gritos, alentando aun mas á los presbiterianos, les inspiraban la resolucion de combatir á todo trance por cuanto mas amaban en el mundo.

Cuando el regimiento hubo acabado de desplegarse en la plaza de la cumbre de la montaña, empezaron las trompetas los toques precursores del combate, que parecian la señal del ángel esterminador.

Los insurgentes respondieron á ellos juntando sus voces en coro, para cantar solemnemente los dos primeros versículos del salmo LXXV.

«Conocido es Dios en Judea; en Israel es grande su nombre.

»Y está hecho su asiento en la paz, y su morada en Sion.

»Allí quebró las fuerzas de los arcos, el escudo, la espada y la guerra.

»A tu amenaza, Dios de Jacob, adormeciéronse los que montaron en caballos.»

Una aclamacion general terminó el primer versículo, y despues de un momento de silencio, continuóse el segundo por los presbiterianos, que aplicaban la destruccion de los asirios á la batalla que iba á trabarse.

«Los que tenian el corazon soberbio han sido despojados. Dormídose han los hombres poderosos, y despertádose han sin fuerzas.

»Tu voz amenazadora, ¡oh Dios de Jacob! ha pronunciado contra ellos una maldicion que ha hecho dormir en sueño funesto á los caballos y los carros.

»Tú eres terrible, ¡gran Dios! ¿quién resistirá tu ira?»

Oyóse una nueva aclamacion seguida de profundo silencio.

Mientras todos los ecos de los campos repetian esta sainodia, Claverhouse examinaba con atencion las posiciones y el órden de batalla de los presbiterianos, que parecian estar decididos á no variarlo.

—Esos pícaros han de tener consigo soldados veteranos; no es necio el que ha escogido esta posicion.

—Parece no caber duda que Burley está con ellos, dijo lord Evandale; cítase tambien á Haxton Rathillet, Pathon, Celand, y algunos otros que han sido militares.

—Así lo creo, continuó Claverhouse; sus disposiciones me inclinan á creer que hay entre ellos gentes amaestradas y aguerridas en nuestras antiguas disensiones civiles. Aquí se requiere no menos serenidad que valor, Evandale.

Diciendo esto se adelantó á una pequeña eminencia cubierta de musgo, que acaso era la sepultura de un antiguo caudillo de los celtas. Convocó á todos sus oficiales; y cuando estuvieron reunidos:

—Señores, les dijo, yo no os he llamado para formar un consejo de guerra: jamás procuraré que recaiga en otros la responsabilidad que me impone mi graduacion: deseo ilustrarme con la opinion de mis compañeros, reservándome empero el derecho de seguir la mia, como hacen la mayor parte de los que piden consejo: ¿qué decis á esto, Graham? ¿atacaremos á esos chantres miserables? A tí te corresponde hablar primero, pues eres el mas mozo.

—Mientras tenga el honor de tremolar el estan-

darle del regimiento de guardias, dijo Graham, nunca retrocederá por mi voto delante de los rebeldes; mi opinion es pues: á ellos marchen... en nombre del rey.

—¿Y vos, Allan, qué opinais? dijo el coronel al mayor; hablad pues: Evandale es muy modesto para dar su parecer antes de haberos oido.

El mayor era un antiguo oficial de caballería de mucho juicio y esperiencia.

—Los insurgentes, dijo, nos son tres ó cuatro veces superiores en número: esta circunstancia me desazonaria poco en campo abierto; pero tienen la ventaja de los puntos; su posicion es fuerte, y parece que están resueltos á no variarla: opino pues, con todo el respeto debido al parecer de Graham, que el partido mas cuerdo seria establecer nuestro cuartel general en Tillietudlem, interceptar toda comunicacion entre las montañas y el llano, y pedir refuerzo á lord Ross, que se halla en Glascow con un regimiento de infantería. Por este medio les obligaremos á abandonar sus posiciones, pudiendo entonces pelear con ventaja; ó bien, si persisten en conservarlas, los desalojaremos mas fácilmente cuando tengamos un refuerzo de infantería para penetrar en ese terreno cenagoso.

—¡Toma! ¿y de qué sirve, dijo Graham, la ventaja de una posicion, cuando está guardada por tropas que se divierten cantando con las viejas?

—Los pícaros no pelearán menos por esto, contestó Allan; los hallareis firmes como una muralla de acero; ya hace tiempo que los conozco.

—Su salmodia gangosa, añadió Graham, recuerda al mayor los antiguos rebeldes de Dumbar.

—Si vos los hubiéseis visto de cerca, ¡oh jóven! respondió el mayor, tambien os acordariais de ellos todo el largo tiempo que os queda de vida.

—¡Silencio, señores! todas esas contestaciones no vienen al caso. Yo, mayor, seria de vuestro parecer, si nuestras guardias avanzadas, que queda á mi cargo castigar severamente, nos hubiesen avisado á tiempo del número y la posicion de los enemigos; pero habiéndonos presentado delante de ellos en órden de batalla, la retirada del regimiento de guardias se atribuyera á cobardía, aumentaria la presuncion de los rebeldes, y seria la señal de una insurreccion completa en todo el pais. En este caso, lejos de obtener refuerzos de lord Ross, podríamos temer ver interceptada toda comunicacion con él; nuestra retirada seria tan fatal para la causa del rey como la pérdida de una batalla: por lo que hace á la diferencia que puede de esto resultar á nuestra seguridad individual, estoy cierto que tal consideracion no llega á ocupar un solo instante á ninguno de los que me escuchan. No dejará de haber en el lago algun punto practicable por donde podremos forzar el paso: y luego que nos hallemos en terreno firme, me prometo de que no hay un solo soldado en mi regimiento que no esté convencido de que destruiremos á esos miserables sin armas y sin disciplina, aunque fuesen dos veces mas numerosos: ¿qué opina lord Evandale?

—Yo pienso, respondió este, que sea cual fuere el éxito de esta jornada, se derramará mucha sangre: que tendremos que llorar la pérdida de un crecido número de nuestros valientes camaradas, y

que nos veremos obligados á degollar rebaños enteros de esos entusiastas, que al cabo son escoceses como nosotros y vasallos de S. M.

—Decid rebeldes, esclamó Claverhouse con acaloramiento; malvados que no merecen el nombre de escoceses ni de vasallos del rey; pero á ver, milord, ¿cuál es vuestra opinion?

—Proponer una composicion con esos hombres ignorantes y estraviados.

—¡Composicion con rebeldes que tienen las armas en la mano!... ¡Nunca, nunca, mientras yo existo!

—No entiendo decir que vayamos nosotros á pedirles una merced, sino que nosotros se la concedamos. Enviadles un parlamentario; ofrecedles el indulto, con el pacto de que rindan las armas y se dispersen inmediatamente. He oido decir muchas veces que si hubiese seguido este sistema en la batalla de Pentland, se hubiera ahorrado mucha sangre.

—Vuestra opinion no es mala; ¿pero quién diablos querrá encargarse de ir á hablar á esos rabiosos fanáticos? Ellos no acatan las leyes de la guerra; degollarán al parlamentario: ¿no son sus caudillos los que han asesinado al desgraciado arzobispo de San Andrés? Pues tambien degollarian al parlamentario, aunque no sea mas que para teñir en sangre las manos de sus parciales, y desahuciarles del perdon.

—Yo iré á encontrarlos, si me lo permitis, dijo lord Evandale. Espondré de buena gana mi vida para precaver el derramamiento de sangre que se prepara.

—No ireis, dijo el coronel despues de haber meditado un rato: vuestra clase y graduacion hacen necesaria á la pátria la conservacion de vuestra vida en un tiempo en que tanto escasean los buenos principios... Sin embargo, determino seguir vuestro consejo. Aquí está mi sobrino Graham que no teme ni el hierro ni la llama, y que cree poseer el talisman de la invulnerabilidad con que pretenden esos frenéticos que el diablo ha favorecido á mi caballo: tomará una bandera blanca, se hará preceder por un trompeta, y se adelantará hasta la orilla de la zanja que corta el lago, para intimarles que rindan las armas y se dispersen.

—Con mucho gusto, coronel, respondió Graham; ataré mi corbatin á la punta de una lanza para que me sirva de bandera blanca Ninguno de esos pícaros ha visto en su vida un encaje de Bruselas.

—Coronel, dijo lord Evandale mientras el oficial habia ido á buscar su caballo para partir, ese mozo es sobrino vuestro, y el pariente mas cercano que teneis; por Dios, permitidme encargarme de esta comision; yo he sido el que he dado esta idea; á mí me toca correr todo el riesgo á que puede esponer.

—Aunque fuese mi hijo, contestó el coronel, no lo consentiria; mis afectos particulares no me alejarán nunca el cumplimiento de mis deberes como hombre público: si Graham perece, yo seré el que mas tendré que llorar su pérdida; la vuestra, milord, seria muy grave para el rey y la pátria.

Vamos, señores, vuélvanse cada uno á su puesto;

y si nuestro parlamentario no sale airoso de su mision, vamos á atacar al momento al enemigo, repitiendo la divisa de Escocia:

«*Dios defiende el derecho.*»

CAPÍTULO XV.

El jóven Graham bajó de la montaña llevando en la mano aquella bandera cuyo color respetan los mas encarnizados enemigos; seguíale un trompeta. Vió que se destacaron de los flancos del pequeño ejército presbiteriano cinco hombres montados que se reunieron hácia el centro, y luego se adelantaron juntos hácia la zanja. Dirigióse entonces al mismo punto, y arrimóse al borde opuesto. Entrambos partidos tenian clavada en él la vista, deseándose sin duda en ambas partes que la conferencia que iba á entablarse evitase la lid sangrienta que se preveia.

Cuando Graham hubo llegado al frente de los que á caballo salieron á su encuentro, mandó tocar la trompeta para pedir parlamento. Como los insurgentes carecian de todo instrumento de música militar para contestarle, uno de ellos dió algunos pasos mas, y con voz bronca le preguntó á qué efecto se acercaba á sus filas.

—Para requeriros, dijo Graham, en nombre del rey, del consejo privado de Escocia y del coronel Graham de Claverhouse, al efecto de que rindais las armas y se retire inmediatamente cada cual á su casa.

—Vuelve á los que te mandan; diles que así como Cárlos Estuardo, á quien llamais rey, ha quebrantado los juramentos que le ligaban con nosotros, nosotros nos hemos separado tambien de los que nos enlazaban con él; que hemos dejado de reconocer su autoridad; que hemos tomado las armas para vengar los males causados á la pátria y á la iglesia; que nuestra fuerza procede del cielo; que nuestros predicadores y hermanos que habeis martirizado...

—Están por demás todos esos razonamientos; respondedme positivamente: ¿quereis rendir las armas y dispersaros bajo la garantía del indulto que se os ofrece, y de que solo se esceptuarán los asesinos del arzobispo de San Andrés?

—Pues bien, en una palabra, no. Nos hemos armado en defensa de la buena causa, y no las soltaremos hasta que haya triunfado con el auxilio del Todopoderoso.

—¿Os llamais acaso Balfour de Burley? dijo Graham que empezaba á aplicar á sus facciones la filiacion que se habia circulado por todas partes.

—Y aun cuando fuese así, ¿qué tendrias que decirle?

—Que como está escluido del indulto que tengo el encargo de ofreceros, no he venido aquí para tratar con él.

—Tú eres jóven todavía, amigo, y estás poco enterado de tu oficio. Deberias saber que no cabe

tratar con un ejército, sino por medio de sus jefes, y que el parlamentario que obra de otro modo, pierde el derecho á su conducto.

Diciendo esto, cogió su carabina, y se la apuntó á Graham.

—Las amenazas de un asesino no me impedirán cumplir con mi deber: buena gente, gritó al ejército presbiteriano, perdon general si rendís las armas.

—Ya te he prevenido, dijo Burley encarándole el arma.

—Excepto, continuó Graham, aquellos que...

—Dios te haya perdonado, dijo Burley, y disparó.

La herida fué mortal. Graham cayó de su caballo, y esclamó: «¡Pobre madre mia!»... y cerró los ojos para no volverlos á abrir. El trompeta que le acompañaba huyó hácia donde estaba el regimiento, seguido del caballo del difunto.

—¿Qué habeis hecho? dijo uno de los que acompañaban á Burley.

—Mi deber, respondió este con tono feroz. ¿Acaso Samuel perdonó á Agag? Venga otro ahora á hablarnos de perdon.

Claverhouse, viendo caer á su sobrino, echó á Evandale una mirada que indicaba una agitacion imposible de describir; díjole: «¿lo veis?» y su fisonomía recobró inmediatamente su serenidad acostumbrada.

—Yo le vengaré, ó pereceré, esclamó lord Evandale; y picando su caballo, bajó á escape por la montaña, seguido de toda su compañía y de muchos amigos de Graham, cada uno de los cuales queria ser el primero en atacar al enemigo.

—¡Alto! gritó Claverhouse, ¡alto! esa precipitacion nos vá á perder; pero toda la primera línea habia partido ya. Echándose entonces, sable en mano, al frente del segundo cuerpo, pudo lograr, no sin dificultad, á fuerza de ruegos y amenazas, que no siguiesen tan pernicioso ejemplo.

Luego que los vió subordinados: «Allan, dijo al mayor, guiad la segunda línea al paso hácia el pié de la montaña, para sostener á lord Evandale, que pronto necesitará socorro. Bothwell, tú eres un perillan valiente y emprendedor.

—¡Oigal dijo Bothwell entre dientes, ¿ahora se acuerda de esto, mi coronel?

—Toma á tus órdenes veinte hombres, procura dar vuelta al lago, y ataca al enemigo por el flanco, mientras nosotros le embestimos de frente.

Bothwell partió al instante para ejecutar la órden.

La tropa de lord Evandale, que habia bajado con impetuosidad al lago, no tardó en verse paralizada por las dificultades del terreno. Hallándose en una especie de cenagal espeso donde los caballos no podian dar un paso, unos procuraban empujar hácia la zanja, otros se separaban por los lados, todos con la esperanza de llegar á un terreno mas sólido. Por fin, luego que estuvieron á tiro de fusil, el fuego de los insurgentes derribó una veintena de ginetes, lo que contribuyó aun mas á aumentar el desórden.

Entre tanto lord Evandale, á la cabeza de un corto número de solados bien montados, habia logrado pasar la zanja; pero luego que la hubo atravesado, sufrió una carga del cuerpo de caballería que se hallaba en el flanco izquierdo de la infan-

tería de los insurgentes, quienes animados por la poca fuerza del destacamento que acompañaba á Evandale, se le echaron encima furiosamente gritando: «¡Mueran los filisteos! ¡perezcan Dagon y sus adoradores!»

El jóven capitan peleaba como un leon; pero la mayor parte de los que le siguieron habian muerto, y á él le hubiera cabido la misma suerte si Claverhouse, que acababa de llegar al borde de la zanja con el resto del regimiento, no mandara hacer un fuego bien sostenido contra el enemigo, que empezó á retirarse. Lord Evandale, aprovechándose de este momento para ponerse en salvo, incorporóse con el coronel con los soldados que le quedaban.

A pesar de la pérdida que el fuego del regimiento acababa de causar á los insurgentes, sus jefes conocian bien toda la ventaja que les daba su número, y sobre todo su posicion, y estaban convencidos de que con valor y constancia quedarian infaliblemente victoriosos. Así pues, corrian las filas de sus soldados exhortándoles á sostenerse, y dirigian un fuego vivo contra el regimiento.

Claverhouse hizo muchas tentativas para pasar la zanja, á fin de poder empeñar el combate en terreno menos desventajoso; pero no pudo conseguirlo.

—Será preciso tocar retirada, dijo al lord Evandale, á menos que la llamada de Bothwell no nos favorezca. Entre tanto mandad retroceder el regimiento fuera de tiro, y colocad tiradores detrás de estos espinares para incomodar al enemigo y mantenerle ocupado.

Ejecutadas estas órdenes, aguardaba con impa-

ciencia el momento del ataque de Bothwell, para volver á emprender el suyo al mismo tiempo; pero Bothwell habia tambien hallado dificultades que vencer: su movimiento no se habia ocultado á la penetracion de Burley, quien mandó hacer otro igual á su cuerpo de caballería del ala derecha; de modo que cuando el sargento hubo dado la vuelta al lago y pasado el arroyo, observó que tenia demasiada fuerza para contrarestarle. Sin embargo, este obstáculo inesperado no le detuvo un momento.

—¡Adelante, camaradas! dijo á su tropa; no se diga que hemos retrocedido al aspecto de esa gavilla de miserables; y como inspirado del espíritu de sus antepasados, empezó á gritar: «¡Bothwell, Bothwell!» cargando con tal ímpetu á la caballería enemiga, que la obligó á cejar, y mató tres hombres con su propia mano.

Burley, previendo las funestas consecuencias que tendria para su partido un descalabro en este punto, arrojóse á las primeras filas, buscó á Bothwell, y le atacó cuerpo á cuerpo. Cada uno de los combatientes era tenido por los suyos por el primer campeon, y resultó de esto un acontecimiento mas raro en las historias que en las novelas. Los soldados permanecieron espectadores en ambos lados, como si el éxito de este singular combate hubiese de decidir del de la batalla; Bothwell y Burley pensaban al parecer del mismo modo, pues despues de algunos instantes de combate hicieron alto de comun acuerdo, para cobrar aliento y prepararse á un desafío, en que cada uno reconocia haber hallado un adversario digno de él.

—Tú eres el malvado asesino Burley, dijo Both-

well blandiendo el sable y rechinando los dientes; tú me escapaste una vez, pero hoy, añadió arrojando un voto que no me atrevo á escribir, colgaré del arzon de mi silla tu cabeza, que vale lo que pesa de oro, ó mi caballo perderá su ginete.

—Sí, dijo Burley echándole una mirada feroz; yo soy ese John Balfour, que te ofreció que cuando te habria derribado no volverias á levantarte. ¿Te acuerdas del dia de la revista?

—Pues bien: la muerte ó mil marcos de plata, dijo Bothwell descargándole un sablazo.

—La espada de Jedeon está conmigo, contestó Burley parándole el golpe, y embistiéndole á su vez.

Puede que nunca se hubiese visto lucha tan igual: notábase en los dos combatientes el mismo valor, el mismo encono; manejaban las armas y gobernaban sus caballos con igual destreza. Hiriéronse recíprocamente muchas veces, pero ninguna herida era peligrosa. Por fin, habiéndosele á Bothwell desgraciadamente roto el sable, echóse furiosamente sobre su enemigo, cogióle por el tahalí, y le derribó de su caballo; pero fué arrastrado con él en la caida. Los compañeros de Burley corrieron á su socorro; pero los dragones los rechazaron, y la lucha se hizo general. Los caballos pasaron repetidas veces sobre los cuerpos de ambos combatientes, mas que nunca encarnizados uno contra otro. Por fin, la mano de un caballo rompió el brazo derecho de Bothwell, y Burley, levantándose con gozo feroz le pasó de parte á parte con su sable; Bothwell, así herido, tuvo todavía fuerza para levantarse.

—¡Regocíjate, malvado! le dijo; tú has vertido sangre real.

—¡Muere! dijo Balfour atravesándole segunda vez; ¡muere, perro sediento de sangre! ¡mueres como has vivido, sin creer nada, sin esperar nada!...

—¡Y sin temer nada!... añadió Botwell; estas palabras fueron su último esfuerzo; cayó al proferirlas, y espiró al punto.

El bárbaro Burley pisó á su enemigo muerto, y montando en el mismo caballo de Bothwell, que habia permanecido cerca de los combatientes, corrió á socorrer á sus partidarios. La muerte de Bothwell habia aumentado su valor y disminuido á la par la confianza de los dragones; ya no se disputó mas la victoria; parte de los soldados fueron muertos; los restantes huyeron poniéndose en salvo por diferentes puntos del lago. Burley vedó que los persiguiesen; y reuniendo todos los suyos, pasó á su vez la zanja para ejecutar contra Claverhouse la misma maniobra que este habia dispuesto contra él. Envió un soldado de caballería á notificar á los insurgentes la ventaja que acababa de conseguir, y les mandó que pasasen tambien la zanja y empezasen el ataque general. Marchó entonces á todo escape con su tropa para cargar el ala derecha de los realistas.

En el intérvalo, Claverhouse habia reparado la confusion, consecuencia del primer ataque, que fué tan irregular como desgraciado. Los tiradores que habia colocado detrás de los zarzales fatigaban al enemigo con un fuego continuo y bien dirigido, y aguardaba su caudillo el éxito de la llamada de Bothwell para mandar adelantar todo el regimiento contra los rebeldes.

En este instante, un dragon cubierto de sudor y de sangre, y cuyo caballo jadeando indicaba que no habia venido al paso, se presentó á Claverhouse.

—¿Qué hay de nuevo, Holliday? dijo el coronel, que conocia por su nombre á todos los soldados de su regimiento, ¿dónde está Bothwell?

—Muerto, respondió Holliday, y mas de un valiente con él.

—Buen soldado ha perdido el rey, dijo Claverhouse con su acostumbrada serenidad; ¿el enemigo dará sin duda la vuelta al lago?

—Con una fuerte partida de caballería, contestó Holliday, y mandada por Burley, ese diablo en figura de hombre, que ha sido el matador de Bothwell.

—¡Chito! dijo Claverhouse, ¡chito! te prohibo hablar de esto á nadie absolutamente... ¡Mayor Allan! hay que tocar retirada; la necesidad lo manda. Lord Evandale, recoged los tiradores, formad el regimiento en tres cuerpos; Allan mandará el primero, vos os quedareis en el centro, y yo con la retaguardia entretendré á esos pícaros hasta que hayamos vuelto á ocupar la plaza de la cumbre de la montaña. No hay que perder tiempo; veo en movimiento toda la línea del enemigo, que se prepara seguramente á pasar la zanja.

—¿Pero qué será de Bothwell y de su destacamento? preguntó lord Evandale.

—¡Silencio! dijo el coronel; é inclinándose al oido de lord Evandale:—Bothwell, añadió, ha pasado al servicio de otro dueño. Vamos, señores, pronto, formar el regimiento; una retirada es cosa

nueva para nosotros; pero otro dia nos desquitaremos.

Cuando Allan y Evandale se disponian á cumplir sus órdenes, una partida de insurgentes pasaba la zanja y avanzaba dando furiosos aullidos. Claverhouse reunió cerca de sí los soldados que conocia mas esforzados, púsose á su frente, y embistió á los enemigos; algunos fueron muertos, otros rechazados hácia el lago, pero entre tanto toda la infantería habia pasado la zanja: Burley amagaba su ataque sobre la derecha, y Haston de Rathillet á la cabeza de un peloton de caballería, hacia otro tanto sobre la izquierda.

El mayor y lord Evandale, viendo que el coronel y los pocos que mandaba iban á ser envueltos, no pensaron en retirarse; antes al contrario, dieron órden de avanzar para libertarlos, pero esta disposicion no fué generalmente ejecutada: los soldados habian visto los preparativos de la retirada; algunos de ellos no quisieron ser los últimos en efectuarla, y la pendiente de la montaña estaba ya cuajada de fugitivos que no pensaban mas que en ponerse en salvo.

Solo pudieron pues alcanzar á su coronel con un corto número de gente decidida, é hicieron con él todos los esfuerzos para proteger la retirada de los fugitivos. Jamás se habia visto en Claverhouse mas serenidad ni intrepidez: siempre se hallaba al frente de todos los ataques que mandaba dar; y como su caballo negro y su plumero blanco le distinguian de los demás, y era el principal objeto del ódio de los rebeldes, todos los esfuerzos iban dirigidos contra él, y oia silbar las balas en torno de su cabeza sin mostrar turbacion ni inquietud.

No habia recibido ninguna herida, y los puritanos, que creian que el espíritu maligno le habia dotado de invulnerabilidad como á su caballo, decian haber visto saltar las balas que le tocaban, como cuando graniza las piedras que caen sobre una roca de granito.

Algunos llegaban hasta romper piezas de plata para cargar con ellas sus fusiles, convencidos de que el hierro ni el plomo nada podian con él.

Lo cierto es que Claverhouse peleaba con toda la desventaja que ofrece una retirada desordenada: habia sido imposible formar una línea de batalla; en medio de la refriega, cada uno combatia segun lo habia dispuesto la casualidad; y como entre los dragones unos caian y otros huian, sus filas se aclaraban á cada paso.

En medio de esta escena de tumulto y confusion, entre los ayes de los heridos, los bárbaros alaridos de los presbiterianos, y el estrépito de un fuego graneado de fusilería, Evandale no pudo menos de admirar la serenidad del coronel. No estaba mas sosegado por la mañana cuando almorzaba en casa de lady Margarita. Observaba el desórden que reinaba entre sus soldados, y dijo á Evandale:

—Si dura esto algunos minutos mas, perdemos todo el regimiento. Retirádos con Allan; que cada uno por su lado recoja los fugitivos; reunidlos al pié de la montaña; yo voy á ocupar algunos instantes al enemigo, y luego si puedo vendré á incorporarme con vos. No penseis en socorrerme; sálvese el regimiento; y si muero, decid al rey y al consejo privado que he sucumbido cumpliendo con mi deber.

Mientras que estos dos oficiales realizaban su órden, Claverhouse se puso al frente de unos veinte valientes que no le habian abandonado, y dió una carga tan viva y tan inesperada, que desordenó las filas de los enemigos y los hizo retroceder. Aquí fué donde conoció á Burley; y dirigiéndose á él le descargó sobre el casco tan vigoroso sablazo, que le derribó de su caballo; pero el coronel con este ataque se habia adelantado demasiado, de modo que vino á hallarse completamente circuido.

El mayor habia corrido á toda rienda hácia la cumbre llana de la montaña para que se detuviesen los dragones que ya habian llegado allá; Evandale permanecia al pié de ella para reunir á los que divagaban por el lago y se esforzaban para ganar la altura; pero vió el peligro del coronel, y no pensó mas que en salvarle: mandó dar una nueva carga á la tropa que tenia ya reunida: unos obedecieron, otros huyeron hácia la montaña; pero puesto al frente de los que quisieron seguirle, libertó á Claverhouse. Era ya urgente este socorro, porque un aldeano acababa de herir con una hoz el caballo del coronel, y se disponia á repetir el golpe, cuando Evandale le derribó de un sablazo.

Luego que hubieron salido de la refriega, miraron en torno suyo. La division de Allan habia abandonado la montaña; la autoridad de este oficial no fué bastante á detener á los fugitivos: la de Evandale estaba dispersa en diferentes puntos de los charcos, y procuraba tambien alcanzar la cumbre llana de la colina; no habian quedado con ellos mas que unos veinte entre oficiales y soldados. Algunos pelotones peleaban todavía á derecha é iz-

quierda; pero mas pronto para poder huir que con esperanzas de vencer.

—¿Qué vamos á hacer, coronel? dijo lord Evandale.

—¿Qué pueden veinte hombres contra mil? respondio el coronel; hemos permanecido de los últimos en el campo de batalla; no hay baldon en la fuga, cuando se ha peleado bien y no queda medio de resistencia; salváos, amigos mios, y reunios detrás de la plaza de la cumbre de la montaña; vamos, milord, partamos.

Diciendo esto, dió un espolazo á su caballo, y este generoso corcel, olvidando su herida, pareció redoblar su esfuerzo, á pesar de la sangre que perdia, como si hubiese sabido que la salvacion de su amo dependia de su velocidad.

Los insurgentes quedaron pues dueños del campo de batalla, y al ver huir á Claverhouse, todas las filas cantaron victoria.

CAPÍTULO XVI.

Durante la accion que acabamos de describir, Morton, Cuddy y su madre y el reverendo Gabriel Kettledrumle, habian permanecido en la cumbre llana de la montaña, cerca de la eminencia cubierta de musgo en que Claverhouse, antes del encuentro, habia oido el parecer de sus oficiales, y desde allí podia ver perfectamente todo lo que pasaba en el campo. Custodiábalos el cabo Inglis con cuatro soldados, y estos no eran espectadores menos atentos que los presos.

—¡Ah, si fuesen valientes! dijo Cuddy á Morton á media voz, todavía tendríamos alguna esperanza de librar nuestro cuello del dogal; pero á la verdad, no confío mucho en ellos, porque les falta esperiencia, y no son prácticos en el manejo de las armas.

—No lo necesitan, Cuddy, respondió Morton: su posicion es escelente; están armados; su número

es cuatro tantos mayor que el de sus enemigos. Si no saben pelear en este momento por la libertad, merecen perderla para siempre.

—¡Qué espectáculo! esclamó Mausa en tono de inspirada. Mi espíritu es como el del profeta Elías; el fuego de la verdad me consume; este es el dia del juicio y de la redencion. ¡Y bien! ¿qué es lo que teneis, digno Kettledrumle? Estais amarillo como el azafran. Hé aquí la ocasion de orar y entonar himnos para obtener del cielo la confusion de los enemigos de Israel.

Estas palabras equivalian á reconvencion; y Kettledrumle, que atronaba en el púlpito cuando el enemigo estaba lejos, y que segun hemos visto, no callaba siempre cuando se hallaba en su poder, habia enmudecido al oir el fuego graneado que se hacia en el lago, y tenia mucho miedo para predicar entonces el presbiterianismo como se prometia de él la intrépida Mausa. No perdió con todo su serenidad en perjuicio de la reputacion que habia adquirido.

—¡Chito, mujer! esclamó, ¡silencio! no estorbeis mis meditaciones y la lucha interior del espíritu. Sin embargo, dijo para sí, alguna bala podria llegar hasta aquí; y será mejor que te retires detrás de esta eminencia, por ser lugar mas seguro.

—¡Es un cobarde, dijo Cuddy, un cobarde rematado!

—¡Qué terrible espectáculo! esclamó Morton; y sin embargo, á pesar mio, no puedo apartar de él la vista.

«Aparezca el Señor, y disperse á sus enemigos, cantó la vieja Mausa, cuyo entusiasmo le hacia olvidar el peligro.»

Quedaron pues los tres espectadores del combate: pero la distancia á que se hallaban era mucha para poder juzgar qué partido saldria vencedor, y un humo denso que el viento impelia á ráfagas hácia ellos, les imposibilitaba ver la pelea. Por fin pudieron observar, vagando por distintos puntos del lago, caballos sin ginete, que desde luego se conocia haber pertenecido al regimiento de guardias: soldados desmontados huyeron por su parte de la montaña, y gran número de montados no tardaron en seguirles; de modo que no les quedó duda alguna en que la suerte de las armas habia favorecido á los presbiterianos. Los fugitivos no se detuvieron mas que un instante en la plaza de la cumbre, y el mayor Allan tuvo que ir tras ellos con la esperanza de reunirlos algo mas lejos.

Habiendo entonces menguado considerablemente el fuego, pudieron los presos ver con mayor facilidad los acontecimientos. Vieron la última carga desesperada de lord Evandale, y los fugitivos de su division pasaban consecutivamente por la montaña sin detenerse en ella.

—¡Huyen! ¡huyen! esclamó Mausa como fuera de sí: Israel ha vencido á los Moabitas; la espada del Señor ha descargado sobre ellos; esta columna de fuego y la de humo que la sigue, son las mismas que salvaron al pueblo de Dios de la persecucion de los impíos egipcios; y entonó un himno en accion de gracias.

—Por amor de Dios, madre mia, cerrad esa boca, dijo Cuddy; id con Kettledrumle, con ese valiente que ya no piensa en cantar. Esas malditas balas no respetan á nadie, y del mismo modo ma-

tarán á una vieja que está rezando que á un dragon que echa ternos.

—Nada temas por mí, respondió la vieja fanática; quiero, como Débora, subir á esta eminencia y alzar mi voz contra los perseguidores de los verdaderos fieles.

Y sin duda ejecutara su intento, si Cuddy, temiendo que incomodase á sus guardas de vista, no la hubiese asido fuertemente del brazo, y obligádola á permanecer á su lado.

—Señor Enrique, dijo entonces, creo que no tardaremos en vernos libres; el cabo y los soldados están atisbando lo que pasa á sus espaldas, y se me figura que tienen grandes deseos de seguir á sus camaradas.

En efecto, no se engañaba; luego que observaron que Claverhouse venia á todo escape hácia la montaña, y que un cuerpo de caballería de los insurgentes se ponia á perseguirlos, no juzgaron de cuerdos permanecer mas tiempo allí, y huyeron con algunos soldados que acababan de llegar á la plaza de la cumbre.

Morton, que estaba libre de manos, quitó inmediatamente los grillos á sus camaradas, y al terminar esta tarea, que no dejó de ofrecer algunas dificultades, llegó el resto del regimiento.

Notábase en él el desórden y confusion inseparables de semejante retirada; no dejaba sin embargo de formar un cuerpo de cuarenta hombres. Claverhouse venia á su cabeza con el sable en la mano, todo cubierto de sangre y sudor; lord Evandale iba detrás, alentando á los soldados y exhortándoles á no separarse.

Pasaban á corta distancia del lugar en que se hallaba Morton y sus compañeros.

Mausa, rebosando sus ojos de alegría y entusiasmo, agitadas por el viento sus canosas greñas, y estendiendo un brazo descarnado, parecia una vieja bacante ó una hechicera de Tesalia.

No pudo reprimirse lo bastante para dejarles de dirigir insultos y escarnios barajados con algunos trozos de salmos; pero Claverhouse y sus soldados tenian por delante cosas mas sérias que los denuestos de una vieja, y continuaron su camino para ver de reunir el regimiento algo mas lejos.

La caballería presbiteriana, como peor montada, no habia podido alcanzarlos; pero los seguia muy de cerca, haciéndoles un fuego incesante, que no producia mas efecto que apresurar su huida.

Una bala, sin embargo, mató el caballo de lord Evandale, al llegar á la cumbre llana de la montaña.

Dos insurgentes corrieron inmediatamente á él para quitarle la vida, pues no daban cuartel á nadie; pero Morton, aunque sin armas, se opuso, cubrióle con su cuerpo, y habiéndole dado tiempo para levantarse, reconoció á Burley en el que tenia el brazo alzado para herirle.

—Concededme su vida, esclamó entonces; ¿la negareis al que ha salvado la vuestra?

—¡Enrique Morton! dijo Burley enjugándose la frente con una mano teñida en sangre; ¿no tenia yo razon en asegurar que pronto veríamos al hijo del valiente Silas bajo las tiendas de Jacob? Tú

eres una tabla librada del naufragio, una caña que no consumirá el incendio de la llanada: en cuanto al otro, ha de morir; la espada de Israel no perdonará á un amalecita.

Diciendo esto, levantó el sable segunda vez para matar á Evandale.

—No morirá, gritó Morton deteniéndole el brazo, ó yo moriré antes que él. Esta mañana me ha salvado la vida, esta misma vida que debia perder por haber salvado la vuestra: ¿querreis que se os acuse de tan negra ingratitud?

Burley bajó su sable.

—Tienes todavía un pié, le dijo, en los escollos del mundo; compadezco tu flaqueza y ceguedad: el pan de los fuertes no se asomó para los débiles; pero es preferible conquistar un alma para la verdad que sumergir á otra en las tinieblas eternas. Conserve pues la vida, si tal es la voluntad del cielo que acaba de concedernos tan señalado favor. Tú no dejes de aguardarme aquí; que yo vendré á buscarte despues de haber acabado de destruir á los enemigos de los justos.

Al acabar de decir estas palabras, dió la espuela á su caballo tras los fugitivos.

—¡Vivo, Cuddy, pronto! esclamó Morton, por amor de Dios, coge uno de esos caballos que andan dispersos, y tráele á lord Evandale; su vida no estaria segura si permaneciese por mas tiempo aquí: ¿estais herido, milord? ¿conoceis si podreis montar á caballo?

—Confío que sí, dijo lord Evandale; ¿pero es posible que os deba la vida á vos, señor Enrique Morton?...

—En cualquiera otra circunstancia, milord, la humanidad me hubiera movido á salvárosla; pero en esta, la gratitud me lo impone como deber incontrastable.

—Montad, milord, dijo Cuddy presentándole un caballo; montad y huid sin tardanza; esos rabiosos matan á cuantos encuentran.

Cuando lord Evandale se disponia á montar á caballo, Cuddy quiso tenerle el estribo.

—Retírate, buen jóven, le dijo: la atencion que quieres usar conmigo podria costarte la vida: señor Morton, ya me habeis pagado mas de lo que debiais; estad seguro de que no echaré en olvido vuestra generosidad. Adios.

No bien hubo partido, vieron llegar un peloton de infantería presbiteriana que andaba tambien en seguimiento de los fugitivos, y degollaba á los dispersos y los heridos.

—¡Muerte á los traidores! gritaron algunos de ellos indicando á Morton y á Cuddy; estos han protegido la fuga de un filisteo.

—¿Y qué queriais que hiciésemos? dijo Cuddy: nos tenian presos, estábamos sin armas; ¿podíamos acaso detener á un hombre que lleva consigo un sable y dos pistolas?

No les hubiera valido esta escusa, si Kettledrumle, que habia ya perdido el miedo, y era conocido y respetado de la mayor parte de los presbiterianos, no hubiese gritado con voz de trueno:

—Deteneos: no le hagais daño, no le toqueis; es el hijo del famoso Silas Morton, por cuyo medio obró el Señor en otro tiempo tantos prodigios. Es una flor selecta del jardin de Edeu. Ha sido

perseguido por vuestros perseguidores, y acude á trabajar en la obra de la justicia.

—Hé aquí, dijo Mausa, cuyas máximas eran bien conocidas de toda la partida, hé aquí el hijo de su padre, Judden Heudrigg, y de su madre, Mausa Middlemas, indigna servidora del puro Evangelio, y una de las vuestras. Todos somos de la tribu de Leví.

Esta partida prosiguió su camino; pero fué seguida de otras muchas, á las que hubo que hacer la misma esplicacion.

La intervencion de Kettledrumle fué todavía necesaria y siempre útil, y animándose mas á proporcion de lo ventajosa que veia ser su proteccion á sus antiguos compañeros de cautiverio, se atribuyó gran parte de la victoria, llamándolos por testigos de haber estado orando con las manos levantadas al cielo, como Moisés en la montaña, para que Israel triunfase de Amalec, concediéndoles al propio tiempo la gloria de haberle sostenido los brazos como lo hicieran Aaron y Hur con el profeta hebreo.

Probablemente les atribuia esta parte en el triunfo, para empeñarles á guardar silencio relativamente al achaque de temor que le habia obligado á esconderse durante el combate, y ellos juzgaron que la prudencia les imponia el deber de no desplegar los labios en esta parte.

Repitióse de boca en boca todo lo que habia dicho Kettledrumle, con las variaciones y añaduras que hacia cada cual, segun estilo: y pronto hubo corrido la voz en todas las filas de que el jóven Morton de Milnwood, hijo del coronel Silas

Morton, que habia sido otro de los mas firmes apoyos de la buena causa, y el digno predicador, Gabriel Kettledrumle, acababan de llegar con un refuerzo de cien hombres bien armados para juntarse con los presbiterianos.

CAPÍTULO XVII.

La caballería de los insurgentes regresaba entre tanto de su persecucion, cansada de los inútiles esfuerzos que habia hecho para alcanzar los restos dispersos del regimiento de guardias. La infantería estaba reunida en el campo de batalla de que habian quedado dueños los presbiterianos. Todos estaban postrados de hambre y cansancio; pero el gozo de la victoria los sostenia sirviéndoles de descanso y alimento. Habian por cierto alcanzado mas de lo que hubieran osado prometerse, pues sin tener por su parte una gran pérdida, derrotaron completamente un regimiento compuesto de hombres escogidos, y mandado por el primer oficial de Escocia, cuyo solo nombre bastaba mucho tiempo hacia para aterrarlos. Habian tomado las armas mas pronto por desesperacion que con la esperanza de buen éxito, y su mismo triunfo pareció pasmarles. Su reunion podia llamarse casi hija de la casuali-

dad; ninguno de los jefes habia sido nombrado ni reconocido legalmente: resultando de tal estado de desorganizacion, que todo el ejército se formó en consejo de guerrra para deliberar acerca de las operaciones sucesivas. No habia opinion, por ridícula que fuese, que no hallase partidarios. Pretendiase marchar á un mismo tiempo sobre Glascow, sobre Edimburgo, y aun sobre Lóndres: unos eran de dictámen de enviar una diputacion á Cárlos II para dictarle condiciones de paz; otros, menos condescendientes, exigian que se aclamase otro rey; y no faltaba quien proponia erigir la Escocia en república. La mayoría gritaba por víveres, sin que nadie se ocupase de providenciar lo necesario para proporcionárselos. En una palabra, el campo de los presbiterianos, por falta de union entre los diversos elementos que le componian, estaba próximo á disolverse en el mismo momento de su victoria, bien así como una línea trazada en la arena se borra al primer soplo de viento.

Tal era el estado en que Burley encontró su tropa al regreso de la espedicion. Con la maña de un hombre acostumbrado á salir de mayores apuros, hizo decretar que cien hombres escogidos y de los menos fatigados se encargarian de dar una guardia en el circuito del campo; que los que habian obrado como caudillos durante la batalla, formarian una junta directiva, hasta tanto que los que debian realmente componerla fuesen nombrados en debida forma; y en fin, que, para coronar la victoria, el reverendo Kettledrumle pronunciase inmediatamente un discurso de accion de gracias al Todopoderoso. Burley contaba mucho, y no sin fundamento, con este último recurso, porque sabia

que de este modo ocuparia la atencion de la mole de los insurgentes, siempre deseosos de oir á sus predicadores, y se proponia entre tanto celebrar un consejo de guerra con dos ó tres caudillos, sin verse distraido por gritos ó pareceres ridículos.

Kettledrumle correspondió perfectamente á los deseos de Burley, y predicó sin descansar por espacio de dos horas mortales; acaso era el único capaz de llamar la atencion de sus oyentes por tan largo tiempo y en semejante ocasion, pues poseia en alto grado aquel género de elocuencia que está al alcance del populacho y afamaba á los predicadores de aquella época, y aunque el pasto espiritual que distribuia hubiera provocado á náusea á gente de mas delicado gusto, era muy adecuado para halagar el paladar de aquellos á quienes le destinaba.

Sacó su testo del capítulo XLIX de Isaias: «Hasta los cautivos de los poderosos serán puestos en libertad; yo pelearé contra aquellos que pelearán contra ti, y salvaré á tus hijos.» El sermon que predicó sobre este tema estaba dividido en quince puntos, cada uno de los cuales tenia muchas subdivisiones. Dedicó el primero á hablar de su libertad y de la de sus compañeros, é indicó al jóven Milnwood como un campeon enviado por el mismo Dios para hacer triunfar la buena causa. En los demás, clasificó los diversos castigos que el cielo haria llover sobre un gobierno perseguidor. Su estilo era alternativamente enérgico y trivial: tan pronto se encumbraba en lo sublime, como descendia mas allá de lo burlesco.

Luego que hubo concluido su sermon, y descendido de la punta de una roca, que hacia las

veces de púlpito, encaramóse á ella otro predicador.

Este no se parecia mucho al que le habia precedido. El reverendo Kettledrumle era ya de edad avanzada, de corpulencia enorme, y sus facciones estúpidas y atontadas parecian indicar que en la composicion de su sér entraba menos espíritu que materia. El que le sucedia era un jóven todo lo mas de veinticinco años. Su estenuacion y lo hueco de sus mejillas eran testimonio de sus vigilias, de sus ayunos y afanes apostólicos, que le habian espuesto muchas veces á la venganza de los realistas, y á lo que los presbiterianos llamaban el martirio. Era uno de los mas exaltados puritanos de Escocia, y su estilo fantástico y figurado le habia granjeado la mayor reputacion entre estos fanáticos. Recorrió un rato con la vista toda la asamblea y el campo de batalla; cierto aire de triunfo se vió pintado en sus ojos, y su rostro pálido y descolorido pareció animarse con el fuego de la alegría y del entusiasmo. Juntó las manos, levantó los ojos al cielo, y permaneció algunos momentos como absorto en la contemplacion mental. Cuando empezó á hablar, una voz flaca, un órgano defectuoso parecian permitirle apenas darse á entender, y sin embargo reinaba el mas profundo silencio; sus oyentes recogian sus palabras con tanto afan como los israelitas el maná en el desierto. Al paso que se iba acalorando, pronunciaba mas distintamente las palabras, gesticulaba con mayor energía; pudiera decirse que el celoso cura triunfaba de la debilidad de la naturaleza. Pintó con los mas vivos colores la desolacion de la iglesia presbiteriana; la comparó á Agar cuando procuraba realentar la vida

de su hijo en un árido desierto; felicitó á los combatientes por la victoria que acababan de conseguir; exhortóles á acordarse de las muestras de proteccion con que el cielo les habia favorecido, y á marchar con paso firme y seguro por la senda que tenian abierta.

Mientras que los dos predicadores tenian así ocupado el ejército, Burley, que no habia perdido su tiempo, mandó encender hogueras, colocar centinelas en todos los puntos, practicar reconocimientos, y se proporcionó víveres de los lugares mas inmediatos; envió emisarios por todas partes para propagar la noticia de la victoria que habian alcanzado y empeñar por este medio á todos sus partidarios á declararse: despachó por fin destacamentos para hacerse entregar en las cercanías, de grado ó por fuerza, cuanto pudiesen necesitar las tropas; y fué mas feliz en esta parte de lo que se prometia, porque en un lugar vecino se apoderó de un almacen de víveres, forrajes y municiones que pertenecian á los realistas. Esto contribuyó de nuevo á entusiasmar al ejército; y así como pocas horas antes muchos sentian amortiguarse el ardor de su celo, ahora todos los combatientes juraban no deponer las armas de la mano hasta haber conseguido un triunfo completo.

Enrique Morton, sentado junto á una de las hogueras que se habian encendido, comia su racion de los víveres distribuidos al ejército y estaba pensando en el partido que habia de tomar, cuando se acercó Burley, que acababa de llegar, acompañado del jóven ministro que habia predicado el segundo sermon.

—Enrique Morton, díjole Burley en tono resuelto,

convencido el consejo de guerra de que el hijo de Silas Morton no puede ser tibio ni indiferente por la buena causa, acaba de nombraros otro de los capitanes del ejército, con facultad de asistir al consejo, y toda la autoridad que corresponde á un oficial de cristianos.

—Señor Burley, contestó Morton, agradezco como debo esta prueba de confianza. Nadie deberia maravillarse de que las injusticias que está padeciendo este desgraciado pais, y las que he esperimentado yo mismo, me decidiesen á empuñar las armas por el sosten de la libertad civil y religiosa; pero antes de aceptar el mando que se me ofrece, necesito conocer mas á fondo los principios que dirigen vuestras operaciones.

—¿Podeis dudar de ellos? ¿Ignorais que queremos edificar el templo, dar un asilo á los santos, destruir á los esclavos del pecado?

—He de confesar francamente, señor Burley, que ese lenguaje que tanto efecto produce en muchas gentes, es ocioso para mí: bueno es que lo sepais antes que formemos mas estrecha intimidad.

Aquí el jóven ministro exhaló un suspiro, que mas pudiera llamarse gemido.

—Veo, caballero, que no merezco vuestra aprobacion, le dijo Morton; pero acaso es porque no me comprendeis: respeto como el que mas las sagradas letras: y de tanto que las venero, así como procuro arreglar á ellas mi conducta, no juzgo conveniente citar sus testos á cada instante, á peligro de desnaturalizar su espíritu.

El ministro, que se llamaba Ephraim Macbriar, apareció muy escandalizado con esta declaracion, y se preparaba á responder con voz destemplada.

—¡Silencio, Ephraim! dijo Burley; tened presente que es un niño envuelto todavía en mantillas. Oye, Morton, voy á hablarte el idioma de la sabiduría humana, pues no tienes aun bastante fortaleza para oir otro. Dime: ¿por qué objeto consentirias tú en desenvainar la espada? ¿No seria para alcanzar la libertad de los ciudadanos y de la Iglesia, y para que sábias leyes atajasen á un gobierno arbitrario el confiscar los bienes, y encarcelar á los individuos sin prévia formacion de causa?

—Sin duda alguna, contestó Morton; tales objetos á mi entender legitimarian mi conducta.

—No es eso, esclamó Macbriar; hay que marchar directamente al fin; mi conciencia no me permite transigir con el mundo, ni...

—¡Silencio digo, Ephraim! repitió Burley; y llamándole aparte le dijo: Yo pienso como vos; pero esta noche, ¿no habeis visto ya dividido el consejo? ¿juzgais que no necesitamos del auxilio de los presbiterianos moderados? ¿quereis que se separen de nosotros, cuando podemos reunirlos bajo el mando de un jefe de su partido?

—Digote que no me gustan todas esas consideraciones. Del mismo modo puede obrar Dios la libertad de su pueblo, valiéndose de pocos escogidos, como de una muchedumbre.

—Vete pues á representarlo al consejo; ya sabes que ha acordado hacer una eleccion que pueda satisfacer á todas las clases de los presbiterianos; no me impidas ahora la conquista de un jóven cuyo solo nombre arrancará legiones del seno de la tierra en defensa de la buena causa.

—Haz lo que quieras; yo sé que te devora el celo de la casa del Señor; pero no olvides que está

escrito que el que no vá conmigo contra mí está. Adios; no quiero presenciar por mas tiempo una conferencia donde se adoptan máximas mundanas.

Libre del ardiente predicador, el artificioso Burley se adelantó otra vez hácia su prosélito; pero antes de pasar mas adelante, es del caso dar á conocer á nuestros lectores el personaje de que le estamos hablando.

John Balfour Burley pertenecia á una buena familia del condado de Fife, y su patrimonio era bastante pingüe. Habia seguido la carrera de las armas desde sus mas tiernos años, y pasado su juventud en escesos de toda clase. Entrado mas en edad, pasó á ser por ambicion uno de los mas ardientes puritanos de Escocia, y todo su conato se dirigia á ocupar el primer puesto entre los presbiterianos.

Para conseguirlo, nunca dejó de alistarse en las asambleas de partido: todo el reino le conocia; y allí donde fermentaba alguna insurreccion, se estaba seguro de encontrarle. Osado en emprender, pronto en ejecutar, partidario de las medidas mas violentas, promovia el entusiasmo de los demás, y acabó por participar de él, aunque siempre supo subordinarlo á su política.

Todos confesaban que á él se debia en gran parte la victoria que acababan de alcanzar, y con todo se hallaba todavía distante del lugar que codiciaba su ambicion, á causa de la divergencia de opiniones de sus partidarios. Los puritanos mas exaltados aprobaban el asesinato del primado de Escocia, de que Burley habia sido el principal autor; pero los presbiterianos moderados, conviniendo en que el arzobispo era el caudillo de sus perse-

guidores, vituperaban altamente á los que le habian asesinado, y calificaban esta accion de crimen imperdonable. Los primeros tenian por reos de prevaricacion á los presbiterianos, y á los ministros que se allanaban á someterse á las leyes y reglamentos del gobierno; daban á Cárlos II los apodos de Saul y de Ococias, y querian sustraerse á su autoridad: los otros, sin desconocer la autoridad legítima del rey, solo pedian la libertad de conciencia y el término de un sistema militar que oprimia á su pátria. No faltaban pues semillas de division en el partido, y esto hacia desear vivamente á Burley que Enrique Morton entrase en las filas de los insurgentes, para retener en ellas á los presbiterianos moderados, entre los cuales la memoria del coronel Silas Morton se granjeaba todavía el amor y el respeto, y que admitirian muy contentos por su jefe al hijo del difunto caudillo. Prometíase por otra parte ejercer algun influjo en el ánimo del jóven, y conservar por este medio tanta preponderancia con los moderados, como la tenia ya con los fanáticos.

Con estas miras habia elogiado en el consejo de guerra, de que era el móvil principal, las luces y felices disposiciones de Morton, y logrado su nombramiento de uno de los capitanes del ejército.

Los argumentos de que se sirvió para determinar á Enrique á aceptar este peligroso empleo, eran tan solísticos como perentorios; confesó con franqueza que opinaba en todo como el fogoso predicador que acababa de separarse; pero le hizo presente que en la crísis en que se hallaban los negocios de Escocia, una leve diferencia no debia impedir á los que anhelaban el bien de su pátria

empuñar las armas para defenderla; que lo que importaba era sacudir el yugo militar; que era fuerza aprovechar la ventaja decisiva que acababa de lograrse; que esta victoria iba á levantar en masa en favor suyo todos los condados de Poniente; y en fin, que seria culpable quien por temor ó indiferencia se resistiese á cooperar al triunfo de la causa de la justicia.

Morton, dotado de índole denodada é independiente, se sentia muy propenso á juntarse con los insurgentes, cuyo objeto parecia dirigirse á restituir á su pátria los derechos y los fueros de que se le habia injustamente despojado.

Temia á la verdad que les faltarian fuerzas para sostener esta grandiosa empresa, y que los que estaban á su cabeza no tuviesen bastante magnanimidad para dirigirla por el rumbo oportuno; pero por otra parte, habia ya dado motivos para que el gobierno sospechase de él; no se consideraba bastante seguro para volver á casa de su tio; carecia absolutamente de medios para pasar á pais estraño: todo se reunia pues para escitarle á admitir la propuesta de Burley. Sin embargo, al manifestarle que admitia el grado que el consejo de guerra le habia conferido, puso en ello cierta restriccion.

—Yo estoy pronto, dijo, á juntar mis débiles esfuerzos con los vuestros para libertar mi desgraciada pátria de la tiranía militar que la oprime; pero no interpreteis mal mis intentos; repruebo absolutamente la accion que parece haber determinado este levantamiento; y si han de consentirse todavia tales atrocidades, no conteis con mi cooperacion.

Subiósele la sangre al rostro á Burley.

—¿Hablais tal vez de la muerte del arzobispo? le dijo procurando ocultar su agitacion.

—De eso mismo.

—¡Eh! ¿qué importa que un perseguidor de la Iglesia, que ha merecido mil veces la muerte, caiga bajo la cuchilla de la justicia legal, ó al golpe de un instrumento suscitado por la justicia divina, para purgar la tierra de semejante mónstruo? ¿le corresponde acaso al hombre juzgar una accion hija de una inspiracion del eterno?

—Yo no me constituyo juez; pero quiero que conozcais á fondo mis principios. Digoos pues que esos raciocinios no me convencen; un delito para mí siempre es delito, y no creeré jamás que el cielo pueda inspirarle. Deseo que comprendais que yo entiendo juntarme con hombres que guerreen franca y lealmente, conformándose con las leyes corrientes en semejantes casos entre todas las naciones civilizadas, sin tolerar atropellamientos ni asesinatos.

Mordióse Burley los lábios, y apenas pudo contener su resentimiento. Resuelto con todo á arrastrar á Morton á su partido, ocultó su descontento, y respondió con cierto aire de serenidad:—Ni á la vista de Dios ni á la de los hombres he ocultado yo mi conducta; mi boca no ha negado la obra de mi brazo, y sostendré mi inocencia con las armas en la mano, ante cualquiera tribunal, en el cadalso y en el dia del juicio supremo; pero no me empeñaré en convencer á un hombre cuyos ojos están todavía cerrados á la luz. Decid pues, sin prolongar por mas tiempo esta discusion, si os determinais á ser ó no otro de nuestros hermanos de armas, y en caso afirmativo, seguidme al con-

sejo de guerra, que vá á deliberar acerca de lo medios de utilizar la victoria.

Siguióle Morton en silencio, poco satisfecho de su nuevo sócio, dudando mucho de la pureza de las intenciones de los que estaban al frente de semejante empresa, y temiendo que quisiesen sostenerla con medidas que bajo ningun concepto podian merecer su aprobacion.

CAPÍTULO XVIII.

Preciso es que volvamos ahora al castillo de Tillietudlem, á cuyos habitantes habia dejado sumidos en el silencio y la zozobra la marcha del regimiento de guardias.

Las seguridades de lord Evandale no habian sosegado enteramente los temores de Edita: teníale en concepto de generoso, y considerábale incapaz de faltar á su palabra; pero era óbvio que sospechaba á Enrique de rival feliz. ¿No era de esperar de Evandale un esfuerzo superior á la naturaleza humana, suponer que se ocuparia en velar por la seguridad de Morton, y que le guardaria de los peligros á que debian esponerle su prision y las preocupaciones que Claverhouse habia concebido contra él? Se abandonaba pues á vivas agitaciones y cerraba los oidos á las palabras consoladoras que Jenny Denison le iba sugiriendo sin cesar, al mo-

do que un esperto general envia sucesivamente refuerzos á una division empeñada con el enemigo.

Jenny aseguraba desde luego que tenia una certeza moral de que no sucederia desgracia alguna á Enrique: en seguida indicaba que en caso contrario quedaba lord Evandale, y que no era un partido de despreciar: á mas de que, ¿quién podia responder del éxito de una batalla? Si los presbiterianos salian victoriosos, Enrique y Cuddy se juntarian con ellos, vendrian al castillo, y se las llevarian á entrambas á viva fuerza. Pues me olvidé deciros, miss Edita, continuó llorando, que ese pobre Cuddy se halla tambien en las garras de los soldados. Esta mañana le han traido aquí preso, y ¡qué sé yo cuántos arrumacos he tenido que hacer á Holliday para alcanzar el permiso de hablarle!... y Cuddy no me lo agradeció como debiera... pero ¡bah! continuó variando repentinamente de tono y metiéndose el pañuelo en la faltriquera, ¿qué necesidad tengo yo de enrojecer mis ojos con el lloro? Aunque se llevasen la mitad de los mozos, quedarian todavía sobrados para mí.

Los demás habitantes del castillo no estaban mas alegres ni menos inquietos. Lady Margarita creia que el coronel, negándole el perdon de un hombre que habia sentenciado á muerte, faltara á la consideracion debida á su clase, y hasta usurpara sus derechos de señorío, queriendo hacer ejecutar á un reo en sus dominios.

—Claverhouse hubiera debido acordarse, hermano mio, dijo ella al mayor, que la baronía de Tillietudlem ha gozado siempre del derecho de alta y mediana justicia; y por consiguiente, si el reo debia ser ejecutado en mi territorio, lo que con-

sidero poco decénte, porque el castillo solo es habitado por mujeres, para quienes son muy poco gratas estas tragedias, era de su deber ponerle en manos de mi baile, para que presidiese la ejecucion, y estoy persuadida de que el mismo rey, cuando vino á almor..

—La ley marcial hace enmudecer á todas las demás, hermana mia, dijo el mayor interrumpiéndola. Convengo, sin embargo, en que el coronel no ha tenido toda la atencion conveniente á tu demanda, y no estoy yo mismo muy satisfecho de que haya negado á un antiguo servidor del rey como yo una gracia que concedió despues al jóven Evandale, sin duda porque es un lord, y porque tiene influjo con el consejo privado; pero mientras se haya salvado la vida de ese pobre diablo, echo un velo á todo lo restante. Pero ahora que me acuerdo, ¿sabes que hoy me quedo en el castillo en tu compañía? Quiero tener noticias de ese empeño de London-Hill; no puedo persuadirme de que un agavillamiento de aldeanos haya podido resistir á un regimiento como el que hemos visto esta mañana. ¡Ah! voló el tiempo en que no me hubiera sido dable permanecer tranquilo, sentado en una poltrona, sabiendo que se batian á diez millas de mí; pero ¡la vejez!... ¡la vejez!

—Celebro mucho, hermano mio, que quieras quedarte aquí; pero aunque no sea gran cortesía dejarte solo, espero que me permitirás disponer que se restablezca el órden en el castillo; ya ves que la numerosa visita que hemos tenido no habrá causado poco trastorno.

—¡Oh! yo aborrezco tanto los cumplimientos como un caballo tropezon; pero ¿dónde está mi sobrinita?

—En su aposento: se halla indispuesta; creo que se ha metido en la cama: luego que despierte le daré algunas gotas de...

—¡Qué gotas ni qué embelecos! dijo el mayor; ya sé yo lo que tiene. Esto es, que no está acostumbrada á ver llevar un jóven conocido suyo para ser fusilado, y partir otro repentinamente sin saber si le volverá á ver; pero si se enciende la guerra civil, tendrá por fuerza que acostumbrarse á tales incidentes.

—No lo permita Dios, hermano mio.

—Sí, tienes razon, no lo permita Dios; pero que llamen á Harrison; voy á jugar con él una partida al chaquete.

Buscósele por todas partes, y Gudyil vino á dar parte de que habia salido á caballo para adquirir alguna noticia de la batalla.

—¡Maldita sea la batalla! esclamó el mayor; ha sembrado la confusion por todo el castillo. Parece que nunca han oido hablar de batallas en este pais; sin embargo, todo el mundo se acuerda de la de Kilsythe, Gudyil.

—Y de la de Tippermuir, señor mayor. Yo combatia en ella al lado de mi amo.

—Y de la de Alford, Gudyil, en que yo mandaba la caballeria, y de la de Inverlochy, en que era edecan del gran marqués.

Una vez cogido el hilo de sus batallas, el mayor y Gudyil tuvieron largo rato entretenido ese formidable enemigo llamado el tiempo, con el cual los veteranos, en los pocos dias sosegados de que disfrutan al fin de su carrera, tienen rotas casi siempre las hostilidades.

Háse notado muy á menudo que las noticias de acontecimientos importantes vuelan con una celeridad increible, y que á su comunicacion de oficio, como si los pájaros las hubiesen traido por los aires, preceden ciertas relaciones, correctas en el fondo, aunque inexactas en los pormenores.

No estaba todavía Harrison á cuatro ó cinco leguas del castillo, cuando llegó á una aldea donde se habia esparcido ya la nueva de la victoria de los presbiterianos.

Dióse prisa á enterarse de las circunstancias que pudieron comunicarle, y dando media vuelta á la izquierda, volvió á todo escape al castillo.

Lo primero que hizo al llegar fué buscar al mayor. Estaba todavía en conversacion con Gudyil, y le decia en aquel momento:

—Acordaos que fué en el sitio de Dundée, cuando yo...

—¡Permita el cielo, señor mayor, esclamó Harrison, que no se realice mañana el de Tillietudlem!

—¿Qué quieres decir, Harrison? dijo el mayor entre admirado y perplejo; ¿qué diablo significa eso?

—A fé mia, señor mayor, la voz general, que por desgracia parece harto cierta, es que el coronel Claverhouse ha sido derrotado: algunos dicen que ha muerto: añádese que el regimiento está derrotado, y que los rebeldes avanzan hácia esta parte, pasando á sangre y fuego todo lo que no es de su bando.

—No puedo creerlo, dijo el mayor levantándose disparadamente; nunca se me persuadirá que el regimiento de guardias haya tenido que ceder á los rebeldes... pero ¿qué digo?... ¿no he presenciado

yo mismo cosas semejantes?... ¡Espada! vamos, pronto; ¡Espada! monta á caballo y adelántate hácia London-Hill, hasta adquirir noticias ciertas de cuanto ha pasado; pero pensando siempre lo peor, creo, Gudyil, que si este castillo tuviese víveres, municiones y una buena guarnicion, estaria en estado de resistir largo tiempo á los rebeldes: su posicion es importante, pues domina el paso de las montañas y del llano. ¡Qué feliz casualidad la de hallarme yo aquí! Harrison, mandad tomar las armas á todos los hombres disponibles del castillo; Gudyil, id á examinar las provisiones que hay y las que pueden buscarse; introducid en las caballerizas del castillo todo el ganado de la alquería. El pozo no se agota nunca; hay en las torres algunos cañones viejos... ¡Ah! si tuviéramos municiones!...

—Los soldados, dijo Harrison, han dejado esta mañana en la alquería algunos cajones que se debian llevar á su vuelta.

—¡Bravo! esclamó el mayor, no perdais tiempo en entrarlos en el castillo, y reunid cuantas armas podais haber; fusiles, pistolas, espadas, sables, lanzas; no dejeis ni un punzon. ¡Qué feliz impulso el de quedarme aquí! Pero es preciso que hable al punto con mi hermano.

Lady Margarita quedó como fuera de sí al oir una noticia tan alarmante é inesperada. Pareciale á ella que la fuerza imponente que habia salido del castillo por la mañana bastaba para desbaratar á todos los descontentos de Escocia; y lo primero que se ofreció á su imaginacion fué la idea de que le seria imposible resistir á un enemigo que habia podido malparar al regimiento de Claverhouse.

—¡Qué desgracia, hermano mio! esclamó, ¡qué desgracia! ¿de qué servirá cuanto podamos hacer? Destruirán mi castillo, matarán á Edita, pues en cuanto á mí, sabe Dios que el cuidado de mi vida no es lo que mas me ocupa. ¿No seria lo mejor rendirnos?...

—No te asustes, hermana, respondió el mayor; la plaza es fuerte, el enemigo poco esperto y mal armado. La casa de mi hermana no parará en cueva de salteadores y rebeldes, mientras exista el viejo Miles Bellenden. Mi brazo no es tan robusto como otras veces; pero merced á mis canas, tengo algun conocimiento del arte militar, y... ¡Ah! hé aquí á Espada que nos trae noticias... Y bien, Espada, ¿qué hay de nuevo?

—Señor mayor, contestó Espada con gran cachaza, derrota completa.

—¿A quién has visto? preguntó el mayor, ¿quién te ha informado?

—Media docena de dragones que huyen por la parte de Hamilton, y que parecen haber apostado á quien llegaria primero; ellos corren perfectamente, gane quien quiera la batalla.

—Continuad los preparativos, Harrison: Gudyil, mandad matar cuantos bueyes permita la sal que tengamos para salarlos; enviad á la ciudad, y que traigan harina y cuantas provisiones sea posible. Hermana mia, acaso seria prudente que te retirases á Charnwood con mi sobrina, mientras están libres los caminos.

—No, hermano mio, ya que tú crees que mi antiguo castillo puede defenderse contra los rebeldes, no quiero abandonarle. Dos veces me separé de él en mi juventud por igual causa, y al regre-

sar no pude tener el logro de volver á ver á sus mas valientes defensores; permaneceré pues por mas que me aguarde aquí el fin de mi cansada senectud.

—Por otra parte, acaso es este el partido mas seguro para Edita y para tí. Este descalabro vá á ser la señal de una insurreccion general de los presbiterianos desde aquí á Glascow, y podriais estar mas espuesta aun en Charnwood que aquí.

—Hermano, dijo gravemente lady Margarita, como tú eres el mas próximo pariente de mi difunto esposo, te confiero con esta insigne (y le entregó el venerable baston de puño de oro que habia pertenecido á su padre el conde de Tornwood) el mando del castillo de Tillietudlem, con el derecho de ejercer en él alta y mediana justicia, de mandar á mis vasallos, de castigarlos como pudiera hacerlo yo propia, y me prometo que sabrás defender como corresponde una plaza en que S. M. el rey Cárlos II se dignó...

—Bien, hermana mia, bien; no tenemos ahora tiempo para hablar del almuerzo de S. M.

Separóse al momento de su hermana, y corrió con la viveza de un mozo de veinticinco años á pasar revista á la guarnicion, y examinar los medios de defensa de la plaza.

El castillo de Tillietudlem estaba situado en lo alto de una montaña; precipicios y rocas escarpadas le hacian inaccesible por tres lados, y el único que permitia el acceso estaba rodeado de murallas de grande espesor, y precedido de un pátio cerrado con paredes de la misma clase, flanqueadas con torreones y almenas. Del centro del castillo se alzaba una torre que dominaba todas las inmediacio-

nes, y en cuya plataforma habia algunas piezas de artillería que todavia se acordaban de las últimas guerras civiles. Se estaba pues perfectamente al abrigo de una sorpresa; pero habia que temer el hambre y el asalto.

El mayor, habiendo mandado cargar los cañones dirigió su puntería de modo que dominasen el camino por donde debian avanzar los rebeldes. Mandó cortar algunos árboles que hubieran perjudicado el efecto de su artillería, y con sus troncos y otros materiales dispuso construir con precipitacion varias estacas en la avenida del castillo. Tapió la gran puerta del pátio, y solo dejó abierto un estrecho postigo.

Lo que mas habia que temer era la flaqueza de la guarnicion. A pesar de todos sus esfuerzos, Harrison solo pudo llegar á reunir nueve hombres, inclusos él y Gudyil. El mayor y su leal Espada completaban el número de once, de los cuales gran parte eran viejos. Hubiérase podido llegar á la docena; pero lady Margarita, que no habia olvidado la vergüenza que le causara la poca habilidad de Gibby el dia de la revista, se opuso á que se le diesen armas, y dijo que mas quisiera ver á los enemigos apoderarse del castillo, que deber su libertad á semejante defensor. Con solo pues la guarnicion de once hombres, incluso el comandante, resolvió el mayor defender la plaza hasta el postrer trance.

Los preparativos de defensa no podian hacerse sin el estruendo acostumbrado en tales lances: las mujeres gritaban, los perros ladraban, los hombres echaban pestes; todo el pátio resonaba con el ruido de los mensajeros que llegaban ó partian á cada

instante; un carro de harina que trajeron de la ciudad, y todo el ganado de la alquería que entraba en el castillo, aumentaban el alboroto y confusion; de suerte que la torre de Tilietudlem se habia convertido en la de Babilonia.

Todo este alboroto, que hubiera podido despertar á un muerto, no tardó en llegar á los oidos de Edita, y á interrumpir las reflexiones á que se entregaba. Edita envió á Jenny para informarse de la causa del tumulto estraordinario que se notaba en el castillo; pero Jenny, semejante al cuervo del arca de Noé, halló tanto que preguntar y que saber, que se olvidó de dar la respuesta á su ama, cuyas zozobras iban á mas por puntos, y que como no tenia una paloma para despachar en seguida, tomó el partido de bajar la escalera para informarse en persona. A la primera pregunta que hizo cinco ó seis voces le respondieron á un tiempo que Claverhouse y todo el regimiento habian perecido, y que diez mil insurgentes, mandados por Burley, Morton y Cuddy, venian sobre el castillo para apoderarse de él. La estraña asociacion de estos tres nombres parecióle una prueba de la falsedad de la noticia: sin embargo, el movimiento que notaba era un indicio claro de que se habian concebido vivos temores

—¿Dónde está lady Margarita? preguntó Edita.

—En su oratorio, le contestaron.

Llamábase oratorio á una sala que servia de tribuna en la capilla del castillo, donde lady Bellenden se retiraba en los lances estraordinarios, cuando queria entregarse de un modo particular á algunos ejercicios de devocion, como sucedia regularmente en los aniversarios de los dias en que

habia perdido á su marido y á sus hijos, y siempre que tenia motivos para temer alguna desgracia pública ó particular. Habia severamente prohibido que se la interrumpiese en tales ocasiones; y Edita, acostumbrada á respetar escrupulosamente las órdenes de su abuela, aun en este trance no se atrevió á quebrantarlas.

—¿Dónde está mi tio? preguntó entonces.

Informáronla que se hallaba en la plataforma del castillo, ocupado en ordenar la artillería. Púsose de un salto allá, y le encontró en medio de su elemento, mandando, instruyendo, alentando, regañando, y cumpliendo por fin todos los deberes de un buen gobernador.

—En nombre de Dios, tio, esclamó Edita, ¿de qué se trata aquí?

—¿De qué se trata, queridita mia? Gudyil, la puntería de este cañon algo mas á la derecha; ¿de qué se trata?... Claverhouse ha sido derrotado, y los presbiterianos se dirigen al castillo; de esto se trata, nada mas.

—¡Dios mio! gritó Edita, mirando por la parte del camino; ¡ya están aquí!... ¡ya los diviso!...

—¿Por dónde? dijo el mayor poniéndose las gafas: amigos mios, cada cual á su cañon con la mecha encendida; es preciso que esos pícaros nos paguen un tributo luego que se pongan á tiro... Pero aguardad, aguardad... esos son los soldados del regimiento de guardias.

—¡Oh, no, tio! dijo Edita: es imposible; ¿no veis cómo marchan desordenados, sin guardar las filas? No puede ser esta la hermosa tropa que hemos visto por la mañana.

—¡Ay, hija mia! tú no sabes la diferencia que

hay entre un regimiento que parte al combate, y el que huye derrotado... pero no, no me engaño.., hasta diviso su estandarte... ¿Cuánto me alegro que hayan podido salvarle!

Cuanto mas se acercaban los soldados, mas claramente se echaba de ver que efectivamente pertenecian al regimiento de guardias. Hicieron alto delante del castillo, y el oficial que los mandaba entró en la avenida que guiaba á él.

—Este es Claverhouse, esclamó el mayor; no hay duda, él es: mucho celebro que no le hayan muerto; pero parece que ha perdido su famoso caballo negro. Gudyil, id á participarlo á lady Margarita.

—Está en su oratorio, señor mayor.

—No importa: decidle que es órden mia. Mandad preparar provisiones y forrajes: vamos, sobrina, bajemos sin demora; ahora sí que vamos á tener noticias ciertas.

CAPÍTULO XIX.

Presentóse el coronel á la familia de lady Margarita, reunida en el salon para recibirle, con la misma serenidad y desembarazo que se notara en él en la mañana del mismo dia. Habia tenido bastante diligencia para reparar parte del desórden que acarreara el combate á todo su esterior, borrando igualmente de sus manos las manchas de la sangre de sus enemigos; de suerte que parecia venir de dar un paseo por las cercanías.

—Estoy desconsoladísima, coronel, dijo la buena señora con las lágrimas en los ojos, desconsoladísima.

—Temo, mi apreciada lady Bellenden, dijo Claverhouse, que tras la derrota que acabamos de sufrir, no se halle V. S. muy segura en su castillo. La lealtad de V. S. bien conocida, y la hospitalidad que ha prodigado esta mañana á las tropas de S. M., pueden tener para V. S. consecuen-

cias fatales. Si la proteccion de un pobre fugitivo no le parece á V. S. despreciable, ofrezco escoltar á V. S. y á miss Edita hasta Glascow, desde donde mandaré acompañarlas á Edimburgo ó al castillo de Dumbarton, como le parezca á V. S. mas conveniente.

—Se lo agradezco á V. S. infinito, coronel, respondió lady Margarita; pero mi hermano se ha empeñado en sostener el castillo contra los rebeldes, y nunca lady Bellenden abandonará Tillietudlem mientras haya un valiente militar que tome á su cargo el protegerla en él.

—¡El mayor Bellenden ha formado ese proyecto! esclamó Claverhouse volviendo hácia él sus ojos centellantes; ¿y por qué he de dudarlo?... Esto es digno del resto de su vida; pero, mayor, teneis lo necesario para resistir en caso de ataque?

—Todo lo tenemos, contestó el mayor, menos gente y provisiones.

—Yo puedo, dijo el coronel, dejaros doce ó veinte hombres que aguantarán en la brecha, aunque el diablo se hallare en el asalto. Hariais un señalado servicio al estado deteniendo aquí al enemigo, aunque no fuese mas que una semana, y de aquí á entonces no os faltarán socorros.

—Con veinte hombres valerosos, dijo el mayor, respondo del castillo. Ya he mandado entrar en él los cajones que teniais en la alquería, y por lo que respecta á las provisiones, confio que mis comisionados, que han ido á los lugares vecinos, no dejarán de traer lo necesario; á mas de que antes de rendirnos nos comeremos hasta las suelas de los zapatos.

—¿Me atreveré á pedir á V. S. un favor, coro-

nel? dijo lady Margarita; desearia que el destacamento que quiere V. S. añadir á mi guarnicion fuese mandado por el sargento Estuardo Bothwell; este seria un escelente medio para promoverle á un grado superior; á mas de que la nobleza de su cuna me inspira confianza.

—Las campañas del sargento han dado fin, milady, respondió Claverhouse, y ya no es en este mundo donde debe esperar promociones.

—Perdonad, dijo el mayor asiendo del brazo al coronel y apartándole de las señoras; estoy muy ansioso de saber de mis amigos: temo que no hayais tenido otra pérdida mas importante; he observado que ya no es vuestro sobrino quien lleva el estandarte.

—Teneis razon, mayor, respondió Claverhouse sin inmutarse; mi sobrino no existe; ha muerto de un modo digno de él, cumpliendo con su deber.

—¡Qué desgracia! esclamó el mayor, ¡un mozo tan arrogante, tan intrépido, que daba tantas esperanzas!...

—Todo eso es verdad, dijo Claverhouse; yo miraba al pobre Ricardo como á mi propio hijo; era la niña de mis ojos, mi heredero; pero vivo, mayor, añadió apretándole fuertemente la mano, y vivo para vengarle.

—Coronel, dijo el buen veterano enjugándose una lágrima que saltaba de sus ojos, mucho celebro que sufrais esa desgracia con tanta serenidad.

—Digan lo que quieran, mayor, creed que no soy egoista, ni en mis esperanzas, ni en mis temores, ni en mis gustos, ni en mis pesares; nunca

he tenido mas objeto que el bien público. Acaso he llevado muy lejos la severidad; pero he obrado con recta intencion, y no debo demostrar mas flaqueza por mis quebrantos que por los agenos.

Mis enemigos me echaran en rostro en el consejo este descalabro; pero desprecio sus acusaciones; me calumniarán ante mi soberano; yo sabré responderles. Los rebeldes celebrarán mi derrota; dia vendrá en que les probaré que han cantado victoria harto pronto. El mozo que acaba de perecer era la única valla que existia entre mi y un codicioso pariente, pues ya sabeis que el cielo no me ha dado sucesion; pero este desgraciado accidente solo tiene que ver conmigo, y la pátria ha de sentir menos su pérdida que la de lord Evandale, que despues de haber peleado valerosamente, creo que tambien ha perecido.

—¡Qué dia tan fatal, coronell aquí se ha dicho que la impetuosidad de ese desgraciado y valiente jóven fué una de las causas de la pérdida de la batalla.

—No digais tal, mayor. Si en este dia se ha cometido alguna falta, atribúyase á los vivos, y no se marchiten los laureles de los que sucumbieron con gloria Sin embargo, no puedo aseguraros que lord Evandale haya muerto. Juntos dejamos el campo de batalla con cerca de cuarenta hombres, tristes reliquias del regimiento: los enemigos nos perseguian muy de cerca: detrás de la plaza de la cumbre de London Hill encontré unos treinta soldados que andaban dispersos, y logré reunir; pero lord Evandale ya no nos seguia: uno de mis soldados lo vió caer del caballo, y no me queda duda de que es muerto ó prisionero.

—Vuestra tropa se ha acrecentado desde que llegásteis, coronel, dijo el mayor mirando por una ventana que dominaba el zaguan del castillo donde habian entrado los soldados.

—Sí, respondió Claverhouse, mis bribones no tienen gana de desertar ni de ir mas lejos de donde les ha conducido el primer miedo. No reina mucha amistad entre ellos y los aldeanos de este pais; cada aldea por donde pasarian aisladamente se levantaria contra ellos, y las hoces, los arrejaques y guadañas les infunden un temor saludable que les reune á sus banderas.

Trataron entonces de los medios de defensa del mayor, y convinieron en el modo de seguir una correspondencia, en el caso de que tomase cuerpo la insurreccion. Claverhouse repitió su ofrecimiento de acompañar á Glascow á lady Bellenden y á miss Edita; pero el mayor creyó que estarian mas seguras en Tillietudlem.

Despidióse el coronel de las señoras con su acostumbrada urbanidad. Asegurólas que tenia el mayor sentimiento de verse obligado á dejarlas en una ocasion tan crítica; Díjolas que su primer cuidado seria socorrer el castillo, y que así podian estar seguras de volverle á ver ó de recibir muy luego noticias suyas.

Lady Margarita estaba muy inquieta y agitada para responderle, como habria hecho en cualquiera otra ocasion; limitóse pues al despedirse á darle las gracias por el refuerzo que habia ofrecido dejarle. Edita tenia vivísimos deseos de informarse de la suerte que habia cabido á Enrique Morton; pero no pudo resolverse á pronunciar su nombre; lisonjeábase de que su tio no habria dejado de ha-

blar de él en la conversacion particular que tuvo con Claverhouse; pero se engañó. Estaba tan embebecido el mayor con sus preparativos de defensa, que nada habia dicho al coronel que tuviese relacion con Morton; y si su propio hijo se hallara en la situacion de Enrique, es probable que le hubiera tambien olvidado.

Separóse el coronel para irse á poner á la cabeza de los residuos de su regimiento, y el mayor le acompañó para recibir el destacamento que debia dejarle.

—No puedo dejaros ningun oficial, dijo Claverhouse; me han quedado muy pocos, y sus esfuerzos unidos á los mios bastarán apenas para mantener el órden y la disciplina entre mis soldados. Os dejaré á Inglis para mandar bajo vuestras órdenes;pero si algun oficial del regimiento llega al castillo despues de mi partida, os autorizo á retenerle, y no estará por demás su presencia para afianzar la subordinacion.

Cuando los soldados estaban dispuestos á partir mandó salir de las filas diez y seis hombres, púsolos á las órdenes del cabo Inglis, á quien confirió el grado de sargento, y le dijo en seguida:

—Yo os confio la defensa de este castillo bajo las órdenes del mayor Bellenden, fiel servidor del rey: si os portais con cordura, valor y sumision, quedareis premiados á mi vuelta; si alguno echa en olvido sus deberes ó se entrega al menor esceso, castigado con el preboste y el dogal; conoceisme, y sabeis que nunca falto á mi palabra. Adios, mayor, dijo apretándole la mano; os habeis hoy granjeado mi eterna amistad; ¡permita el cielo

que vuestro intento os salga bien, y alcancemos tiempos mas venturosos!

La tropa púsose entonces en marcha. No se notaba en ella aquella arrogancia y brillante porte que lucia al dejar el castillo por la mañana; pero merced á los esfuerzos del mayor Allan, se habia restablecido el órden en las filas, y echábase todavia de ver que pertenecian al regimiento de guardias.

Cuando hubieron partido, despachó el mayor una escucha para reconocer los movimientos del enemigo, y todo lo que pudo indagar fué que parecia estar dispuesto á pasar la noche en el campo de batalla, y que sus jefes habian enviado á todos los pueblos vecinos en busca de provisiones. Resultó de aquí que en los mismos pueblos recibian órden en nombre del rey de conducir víveres al castillo de Tillietudlem, y aviso de los presbiterianos para hacerlos pasar á London-Hill. Cada demanda de esta clase iba acompañada de amenazas para el caso de falta de cumplimiento, pues los que las hacian sabian que sin este requisito no seria fácil que los aldeanos soltasen lo suyo. La pobre gente, que recibia estas órdenes contrapuestas, no sabia qué partido tomar, ni á quién obedecer.

En tal conflicto se hallaba Niel, de quien hablamos al principio de esta obra; pero su génio socorrido le sugirió los medios de salir del apuro.

—Estos malditos tiempos son capaces de enloquecer al hombre mas sesudo, dijo: sin embargo, fuerza es tomar un partido. A ver, Jenny, ¿qué provisiones tenemos en casa?

—Cuatro sacos de avena, padre mio, dos de cebada y dos de guisantes.

—Pues bien, hija mia, continuó dando un suspiro, dí á Bauldy que lleve la cebada y los guisantes á London-Hill; esto será bueno para los estómagos de los presbiterianos. Que tengan gran cuidado en decir que no nos queda otra cosa, y que no tema el mentir, porque es en bien de la casa; á mas de que si le quedare algun escrúpulo, aguarde un momento, y me verá partir á Tillietudlem con los cuatro costales de avena: en el castillo hay dragones, y estoy seguro de que no me tratarán mal.

—Pero, padre mio, ¿qué quedará para nosotros cuando hayamos dado todo lo que tenemos?

—Has olvidado, hija mia, que nos queda un costal de harina de trigo; será forzoso que nos resolvamos á comerle, dijo con tono resignado; esto no es mal alimento, y los ingleses le prefieren, por mas que los escoceses quieran sostener que la harina de cebada es mejor para hacer el *pudding*.

En tanto que el prudente Niel procuraba de este modo bienquistarse con entrambos partidos, todos los pueblos inmediatos corrian á las armas. Los realistas no contaban gran número; la mayor parte eran señores que vivian en sus castillos: estos no pensaron en reunirse; pero cada uno de ellos se ocupaba aisladamente en los medios de defenderse en caso de ataque. Ninguno de ellos ignoraba los preparativos que se hacian en el castillo de Tillietudlem, y le miraban como una plaza donde podrian refugiarse en último trance, en caso de ser inútil la resistencia.

Todos los pueblos, por lo contrario, enviaban numerosos refuerzos al ejército presbiteriano. La tropa habia cometido muchos atropellamientos; los

aldeanos estaban exasperados; supieron con satisfaccion la pérdida que habian tenido sus perseguidores, y miraban la victoria de los rebeldes como una puerta que tenian abierta para sacudir el yugo del despotismo militar. Veíanse pues llegar á cada paso al campo de London-Hill destacamentos considerables de hombres, decididos á sostener una causa que juzgaban debia traerles la libertad civil y religiosa.

CAPÍTULO XX.

Al pié de un monte, á cerca de una milla del campo de batalla, habia la miserable choza de un pastor, único albergue que pudo hallarse á una distancia regular. Tal era el local escogido por los caudillos presbiterianos para celebrar su consejo de guerra, y aquí fué donde Burley acompañó á Morton.

Este, al acercarse, no se sorprendió poco al oir un gran tumulto y gritería. La calma y la gravedad que juzgaba deberse guardar en un consejo destinado á deliberar sobre negocios tan importantes y en ocasion tan crítica, parecian haber cedido su lugar á la discordia y á la confusion; y mirólo como agüero poco favorable al feliz éxito de su empresa. La puerta estaba abierta y atestada de un crecido número de curiosos, que sin tomar parte en la deliberacion, creian tener á lo menos el derecho de asistir á ella. Solo á fuerza

de ruegos, de amenazas, y aun empleando alguna violencia, logró Burley, en quien se reconocia cierta superioridad en el ejército, entrar en la sala de la junta é introducir á su compañero. Al tratarse de un negocio menos trascendental, Morton se hubiera divertido con el espectáculo que se ofreció entonces á su vista, y con los discursos incoherentes y ridículos que oyó.

Esta choza oscura y medio arruinada estaba iluminada en parte por un fuego de brezos verdes cortados allí cerca, y cuyo humo, no hallando suficiente salida por la chimenea, se derramaba por todo el cuarto, y elevándose formaba una especie de cúpula tenebrosa sobre la cabeza de los jefes reunidos Algunas velas, pegadas con arcillas á lo largo de las paredes, parecian estrellas que se divisaban por entre la niebla.

A la luz de este crepúsculo leíase en sus rostros que los unos, hinchados de orgullo con el triunfo que acababan de alcanzar, nada creian imposible á á sus armas, y que otros, animados por un feroz entusiasmo, paladeaban de antemano las sangrientas escenas que preveian. Algunos inquietos é indecisos hubieran querido no hallarse comprometidos en una causa que consideraban no poder defender por falta de medios, y solo se sostenian por no atreverse á cejar. Este cuerpo se componia por fin de elementos contrapuestos y de imposible combinacion. Los mas violentos eran los que como Burley habian tomado parte en el asesinato del arzobispo de San Andrés, y que sabiendo que su cabeza estaba puesta á talla, solo podian salvarse á favor de una combustion general; pero su celo no superaba al de los predicadores puritanos, que

negándose á someterse al gobierno, preferian predicar á sus secuaces en los bosques y en las montañas, antes que reunirlos en templos y reconocer la autoridad real.

La clase de los moderados se componia de nobles descontentos, de propietarios cansados de las vejaciones anejas al régimen militar, y estaban sostenidos por predicadores, que habiéndose sometido al gobierno, podian ejercer libremente sus funciones; pero que adictos de corazon á la causa del presbiterianismo, habian corrido á alistarse en sus banderas luego que concibieron alguna esperanza de verla triunfar. Entre estos últimos se contaba Pedro Poundtext, ministro autorizado de la parroquia de Milnwood.

Tratábase en este momento de redactar un manifiesto para esplicar los motivos de la insurreccion. Macbriar, Kettledrumle y otros muchos querian insertar en él un anatema contra los que habian tenido la flaqueza de capitular con el gobierno, y de ejercer su ministerio con las restricciones que habia tenido por conveniente imponer. Poundtext y sus adherentes sostenian con teson la legitimidad de sus opiniones, y escitaban en su apoyo muchos testos de la Escritura, á que sus adversarios contestaban con otras citas. El consejo de guerra se habia convertido en un teatro de discusion teológica, y este alboroto era el que habia sorprendido á Morton al entrar en la sala, pues cabalmente el vigor de los pulmones allá se iba en entrambos partidos.

Escandalizado Burley con esta discordia, empleó todo el ascendiente de que disfrutaba para obtener silencio. Representóles con energía los inconve-

nientes que iban á resultar de su desunion, en un momento en que se trataba de reunir todos los esfuerzos contra el enemigo comun, y logró por fin que cesase toda discusion sobre el punto indicado. Pero por mas que Kettledrumle y Poundtext, que fueron los que mas se acaloraron en la contienda, se hallasen reducidos al silencio, echábanse uno á otro miradas de ira, como dos perros que, separados mientras riñen, se retiran gruñendo cada uno bajo la silla de su amo, y demuestran con el movimiento de su cola y de sus orejas y con sus ojos encendidos, que solo aguardan el momento para recomenzar la lid y saciar su saña.

Borley se aprovechó del momento de silencio que habia alcanzado, para presentar al consejo al señor Enrique Morton de Milnwood. Pintóle como un hombre que sentia vivamente las desgracias actuales, y que estaba pronto á sacrificar sus haberes y su vida por una causa á que su padre, el coronel Silas Morton, habia hecho tan señalados servicios.

Enrique fué acogido con distincion por su antiguo cura Pedro Poundtext, que le apretó amistosamente la mano, y por todos aquellos que profesaban algunos principios de moderacion. Los otros murmuraban las palabras tibieza, indiferencia, tolerancia, y algunos hicieron memoria y circularon en voz baja que Silas Morton habia al fin reconocido la autoridad del tirano Cárlos, y abierta de este modo la puerta á la opresion, bajo la cual gemia la iglesia presbiteriana. Sin embargo, como el interés general exigia que no se despreciasen los servicios de ninguno de los que querian poner

manos á la obra, Morton fué reconocido por uno de los jefes del ejército, si no con aprobacion universal, al menos sin que nadie se atreviese á hablar en contra.

Burley persuadió entonces á los demás jefes que se dividiesen en compañías cuantos componian el ejército, cuyo número aumentaba por instantes.

En esta reparticion, los insurgentes de la parroquia y de la congregacion de Poundtext se colocaron de suyo á las órdenes de Enrique, que habia nacido entre ellos; de suerte que se vió á la cabeza de una de las mas gallardas y numerosas compañías del ejército.

Terminada esta operacion, hubo que fijar el rumbo de las operaciones militares. Latióle á Morton vivamente el corazon al oir proponer apoderarse desde luego del castillo de Tillietudlem, como una de las posiciones mas importantes. Poundtext insistia mas que todos en la urgencia de esta medida, y los habitantes de las cercanías apoyaban su dictámen, porque decian que este castillo podia ofrecer una retirada á las tropas realistas, que incendiarian sus casas, y perseguirian á sus familias, cuando el ejército no estaria allí para defenderlos.

—Opino, dijo Poundtext (pues los teólogos de aquella época no dudaban dar su opinion en punto á operaciones militares, á pesar de su profunda ignorancia en la materia) que nos apoderemos de la fortaleza de esa mujer nombrada lady Bellenden: su raza es impía; siempre ha tenido sus manos teñidas en la sangre de los verdaderos hijos de la iglesia.

—La plaza es fuerte, añadió Burley; pero, ¿cuáles son sus medios de defensa? ¿dos mujeres podrán atreverse á resistirnos?

—Se halla tambien allí, dijo Poundtext, John Gudyil, despensero de la vieja, que se precia de haber sido soldado desde su infancia, y de haber servido á las órdenes de Jacobo Graham de Montrose, ese hijo de Belial.

—¡Bah! respondió Burley con aire de desprecio, ¿qué vale un despensero?...

—Hay tambien, añadió Poundtext, ese viejo realista Miles Bellenden de Charnwood, que ya en las antiguas guerras sirvió siempre contra nuestros hermanos.

—Si ese Miles Bellenden es hermano de sir Arturo, dijo Burley, no soltará tan presto la espada, si llega á desenvainarla.

—Ahora mismo corria la voz, dijo otro que acababa de llegar, que luego que han sabido en el castillo la noticia de la derrota del regimiento, se han agenciado víveres y soldados, y han tapiado la puerta.

—Jamás seré de opinion, dijo Burley, que perdamos el tiempo en el sitio del castillo. Es fuerza seguir adelante y aprovecharnos de nuestra victoria para apoderarnos de Glascow. No creo que los residuos del regimiento que hemos derrotado esta mañana, ni aun el del lord Ross, se atrevan aguardarnos allá.

—A lo menos, insistió Poundtext, podríamos desplegar nuestra bandera delante de Tillietudlem, é intimar la rendicion al castillo: aunque sean de raza impía, puede que se rindan. Haremos prisioneros á los hombres, y daremos un salvoconducto

á las mujeres para que se vayan en paz á Edimburgo.

—¿Quién habla de paz y de salvoconductos? esclamó una voz áspera y chillona, que salió del centro de la multitud.

—¡Silencio, hermano Habacuc, silencio! dijo Macbriar en tono casi de ruego.

—No callaré continuó la misma voz: ¿es hora acaso de hablar de paz y de salvoconductos, cuando están conmovidas las entrañas de la tierra, cuando los rios se convierten en raudales de sangre, cuando se ha desenvainado ya la cuchilla de dos cortes?

Diciendo esto, el nuevo orador logró avanzar hasta el interior del círculo, y presentó á la vista atónita de Morton una figura que correspondia á la voz y á las palabras que acababa de oir. Cubríale un vestido andrajoso, que en otro tiempo habia sido negro, y llevaba encima los trozos de un plaid de los serranos escoceses. Este ropaje era sin duda alguna insuficiente para guardarle del frio, y apenas satisfacia á la decencia. Una larga barba blanca, como la nieve le caia sobre el pecho, y unas canas, á modo de greñas, caian sueltas por todos los lados de su cabeza: su rostro, estenuado por el hambre, apenas ofrecia las facciones de un hombre; su mirar era feroz; sus ojos vagos y penetrantes indicaban una imaginacion confusa; llevaba en la mano un sable enmohecido con las manchas de sangre, y sus uñas parecian á las garras del águila.

—¡Dios mio!... ¿quién es ese hombre? dijo en voz baja á Poundtext Enrique, á quien habia chocado sobremanera la vista de semejante espantajo,

que parecia un sacerdote antropófago en el acto de sacrificar víctimas humanas.

—Ese es Habacuc Mucklewrath, respondió tambien en voz baja Poundtext. Ha padecido mucho en las últimas guerras; ha estado mucho tiempo encarcelado: cuando salió no tenia sano el juicio, y temo verdaderamente que no esté endemoniado. Con todo, su entusiasmo le ha granjeado muchos partidarios, y creo que...

Su voz fué ahogada aquí por la de Habacuc, que repitió con tono capaz de hacer temblar las bóvedas de la choza.

—¿Quién habla aquí de paz y de salvoconductos? ¿quién se atreve á tratar de indulto para la raza de los malvados? ¿no está escrito: aplastareis contra las peñas las cabezas de sus hijos? ¡Precipitad de lo alto de su torre á la madre y á la hija, y engorden los perros con su sangre como la de Jezabel!

—Tiene razon, gritaron muchos, que estaban detrás; poco nos desvivimos por la buena causa, si perdonamos á sus enemigos.

—Eso es una abominacion, una impiedad intolerable, esclamó Enrique, no pudiendo ya contener su indignacion. ¿Creeis acaso merecer la proteccion del cielo prestándoos á las horribles propuestas de la demencia y la atrocidad?

—¡Silencio, jóven, silencio! dijo Kettledrumle, tú censuras lo que no conoces. ¿Acaso te toca á tí juzgar del vaso en que vierte el cielo sus inspiraciones?

—Nosotros juzgamos del árbol por su fruto, dijo Poundtext, y no creemos que una contraven-

cion á las leyes divinas pueda ser una inspiracion celestial.

Kettledrumle se preparaba á responder, pero resonó de nuevo la voz áspera de Habacuc.

—¿Por qué os he hablado yo?... ¿por qué he venido yo entre vosotros?... Porque he visto mucho, porque he oido mucho. ¿Qué es lo que he visto yo?... Al ángel esterminador con una espada flamígera en la mano... ¿qué es lo que he oido yo?... Una voz que grita: herid, herid; ciérrense vuestros ojos; desapiadada sea vuestra diestra; que el hombre y el niño, la tierna doncella y la anciana, prueben el filo de vuestros aceros; conviértanse los arroyos en rios de sangre.

—Esa es la órden del Altísimo, esclamaron muchas voces: seis dias hace que no ha comido ni hablado: obedeceremos á la inspiracion.

Horrorizado de cuanto acababa de ver y oir, retiróse Morton del círculo, y salió de la choza.

Burley, que no le perdia de vista, fué tras él, y asiéndole del brazo:

—¿A dónde vais? le dijo.

—No lo sé... poco me importa; pero es imposible que permanezca por mas tiempo aquí.

—¡Tan pronto te has cansado, oh jóven! Apenas has cogido el arado, y ya quieres abandonarle. ¿Es esa tu adhesion á la causa que habia abrazado tu padre?

—La causa mas justa, respondió Morton con entereza, no puede triunfar bajo tales auspicios; uno de vuestros parciales quiere realizar los sueños de un loco sediento de sangre; uno de vuestros jefes es un necio plagado de ignorancia y orgullo; otro...

Y se paró un instante.

—Acaba, dijo Burley, te oiré con serenidad; otro quieres decir, es un asesino, un Balfour de Burley; pero tú no reflexionas, oh jóven, que en estos dias de venganza, no son los hombres, egoistas y pacatos los que se alzan para ejecutar los juicios del cielo y librar al pueblo del cautiverio.

Si hubieses visto los ejércitos de Inglaterra durante su parlamento de 1642, cuando sus filas estaban cuajadas de sectarios y entusiastas mas feroces que los anabaptistas de Munster, de otra suerte te maravillaras; y con todo, aquellos hombres eran invencibles, y obraron prodigios por la libertad de su pátria.

—Pero sus juntas se celebraban con moderacion, y á pesar de la violencia de su celo y la estravagancia de sus opiniones, ejecutaban las órdenes de sus caudillos, y no ejercian actos de crueldad inútiles; muchas veces oí referirlo á mi padre: vuestro consejo, al contrario, se me antoja un verdadero caos.

—Paciencia, Enrique Morton, no has de abandonar la causa de la religion y de la pátria por un discurso ridículo ó una accion vituperable. Oye: ya he dado á entender á nuestros amigos mas prudentes que el consejo era harto numeroso; parecen estar de acuerdo en reducirle á seis de los principales jefes; tú serás otro de ellos; tendrás voz y voto, y podrás así favorecer al partido de la moderacion cuando lo juzgues conveniente. ¿Estás satisfecho?

—Mucho celebraria seguramente poder contribuir á mitigar los horrores de la guerra civil, y no haré dimision del empleo que he admitido, sino cuando vea adoptar providencias á que no pueda avenirse

mi conciencia: jamás miraré con indiferencia degollar á un enemigo que pide cuartel despues de la batalla, ni consentiré en una ejecucion sin que preceda juicio y fallo; á esto me opondré constantemente con todos mis brios.

—Tú eres mozo todavía, dijo Burley; ignoras que algunas gotas de sangre nada valen cuando se trata de apagar un incendio; pero no te asustes; podrás hablar en el consejo cuanto te parezca, y puede que alguna vez seamos del mismo dictámen.

Morton no quedaba mas que medio satisfecho; pero no juzgó del caso empeñar mas la conversacion.

Burley se separó de él, aconsejándole que se fuese á descansar, atendido que el ejército se pondria probablemente en marcha al dia siguiente muy de mañana.

—¿No vais á hacer lo propio? le dijo Enrique.

—No, respondió Burley, mis ojos no pueden cerrarse todavía. Es preciso que la eleccion del nuevo consejo se haga esta noche; y mañana os llamaré para tomar parte en sus deliberaciones.

Cuando hubo partido Burley, Morton, examinando el lugar en que se hallaba, creyó no poder encontrar otro mas conveniente para pasar la noche.

El suelo estaba cuajado de musgo, y el picacho de una peña le guarecia del viento. Embozóse pues con la capa de dragon que habia conservado, y antes que tuviese tiempo para meditar sobre el deplorable estado de su pátria, y la delicada situacion en que se hallaba él mismo, un profundo sueño le alivió de las fatigas del cuerpo que habia padecido durante el dia.

El ejército permaneció á la inclemencia del tiempo, vivaqueando en el campo de batalla. Los principales jefes tuvieron una larga conferencia con Burley sobre el estado de sus negocios, y colocaron en rededor del campo centinelas que no cerraron los ojos, entonando himnos.

CAPÍTULO XXI.

Despertó Enrique á los primeros rayos de la aurora, y vió cerca de sí al leal Cuddy con una maleta bajo del brazo.

—He arreglado vuestro equipaje, señor Enrique, mientras aguardaba que os despertáseis; esta es mi obligacion, ya que os habeis dignado admitirme en vuestro servicio.

—¡Yo, Cuddy! lo habrás soñado esta noche.

—No, señor, no lo he soñado. Ayer, cuando tenia las manos atadas á un caballo, os dije que queria ser criado vuestro si recobrábamos la libertad. Vos no contestásteis; y me parece que quien calla otorga. Es verdad que no me disteis nada por adelantado, pero otro tanto hicisteis en Milnwood.

—Pues bien, Cuddy, si no temes partir conmigo mi adversa suerte...

—No digais tal, señor Enrique, no digais tal. Nuestra suerte cobrará un semblante mas risueño, mientras mi madre no se nos atraviese; mi campaña no ha principiado mal, y voy viendo que la guerra no es un mal oficio.

—¿Has estado en algun saqueo, Cuddy?... ¿de dónde ha salido esa maleta?

—No se trata aquí de saqueo ni de pillaje. La adquirí legítimamente por medio de lícito comercio. Vi que nuestra gente despojaba á los dragones muertos, dejándoles en cueros como un niño que sale del vientre de su madre: ¿qué hice yo? Cuando todo el mundo habia acudido á oir los sermones de Kettledrumle y de ese otro hablador, que no me acuerdo como se llama, me puse en marcha, y llegué á un punto que no habia sido registrado todavía. ¿A quién direis que hallé tendido en el suelo? A nuestro antiguo camarada, el sargento Bothwell.

—¡Muerto!

—Y muy muerto; nada menos que atravesado dos veces de parte á parte con un sable; y eso sin contar no sé cuantas heridas menos descomunales. Su vestido, de tan acribillado, no valia la pena de quitárselo; pero no me olvidé de hacer con él lo que él hizo con tantos otros que valian algo mas que aquel tunante, es decir, que le registré las faltriqueras, y encontré el bolsillo del tio, ó por mejor decir, el vuestro: aquí está.

—Creo, Cuddy, que sabiendo la procedencia de este dinero, podemos servirnos de él sin escrúpulo; pero yo quiero partirle contigo.

—Poco á poco, señor Enrique; hé aquí una sortija que llevaba pendiente del cuello, atada con

una cinta negra... ¡pobre diablo!... será sin duda alguna prenda de amor; por duro que se tenga el corazon, no deja de ablandarse por una buena moza; he hallado tambien su maleta, que contenia un lio de papeles, y un surtido de ropa blanca que servirá para nuestra campaña.

—Por ser principiante, Cuddy, le dijo su nuevo amo, no andas descuidado.

—¿Qué tal, eh?... respondió Cuddy en tono de hombre satisfecho de sí propio; ¿no os lo decia yo que no era tan bestia como parecia? He encontrado tambien dos escelentes caballos de dragones que habian perdido su ginete, y vedlos aquí atados á aquel árbol... Por fin, cuando regresaba, hallé á uno de nuestros soldados cargado con tres maletas, pero tan pesadas, que apenas podia con ellas. Como yo sabia que careciais de lienzo, le propuse venderme una y me cedió esta por una pieza de oro que echareis de menos en el bolsillo de Bothwell.

—Muy buena adquisicion has hecho, Cuddy; pero yo no aceptaré todo eso sin recompensarte el trabajo.

—No, no, señor Enrique; en otra ocasion hablaremos de esto: por ahora, ¿no tengo todo cuanto necesito en la balija del sargento Bothwell? Ya lo veis, no hay perro á quien no llegue un hueso, como dice mi madre... ¡pobre mujer!... Pero á propósito, si teneis algo que mandarme, quisiera ir á indagar qué pito toca en esta baraunda.

—Anda, Cuddy, no me haces falta por ahora.

Ató Cuddy la maleta y la balija sobre uno de los dos caballos, y se retiró.

—Las leyes de la guerra, pensó Morton, y sobre todo la necesidad, me autorizan á servirme de los efectos contenidos en esta maleta; sin embargo, si supiera á quién ha pertenecido, la devolveria á su dueño si estuviese vivo, ó indemnizaria á sus herederos, si hubiese muerto.

Echando en ella la vista en este momento, reparó en el nombre de lord Evandale, escrito en letras de oro, y conjeturó que habria sido desatada sin duda del caballo que le mataron al llegar á la cumbre de la montaña, despues de perdida la batalla.

Esta circunstancia no contribuyó pues á infundirle nuevas zozobras por su seguridad, y se lisonjeó de que habria podido escaparse. Examinó en seguida los papeles de Bothwell, que estaban dentro de una cartera, y halló la lista de su escuadra, la nota de los que estaban ausentes con licencia, otra de los mal intencionados para aplicar multas, la copia de una órden del consejo privado para prender á varias personas, diferentes certificados de los jefes á cuyas órdenes habia servido, que elogiaban todos su valor, y unas apuntaciones de gastos hechos en mesones.

El documento mas notable era su árbol genealógico, hecho con sumo primor, que iba acompañado de las pruebas necesarias para mostrar su autenticidad.

Contenian tambien una lista exacta de todos los bienes que habian pertenecido á los condes de Bothwell, y fueron confiscados, con el nombre de las personas á quienes Jacobo VI los habia concedido, y el de los actuales propietarios.

Bothwell habia escrito debajo: *haud immemor.*

En un secreto de la cartera habia algunas cartas de letra de mujer, un rizo de cabellos, y versos escritos por Botwell, cuyas correcciones daban á entender que él mismo los habia compuesto.

Cuando acababa de leer estos versos, que no le parecieron absolutamente despreciables, presentósele Burley.

—¡Tan de mañana levantado! díjole: ¡bueno! esto prueba celo por la buena causa; ¿pero qué papeles son esos?

Morton le refirió circunstanciadamente la espedicion de Cuddy, y le entregó los papeles de Bothwell.

Burley examinó atentamente todos los que tenian alguna relacion con los negocios públicos; pero luego que vió los versos, tirándoles con desprecio:

—Cuando, gracias á la proteccion del cielo, dijo, libré la tierra de ese instrumento de persecucion, no creia á la verdad que un hombre que no carecia de valor se hubiese degradado en términos de dedicarse á cosas tan baladíes como profanas. Pero veo que Satanás distribuye á sus favoritos todo género de habilidades, y que la misma mano á quien fia el poder de degollar á los predestinados en este valle de perdicion, puede tambien puntear un laud ó una guitarra para consumar la deshonra de las hijas de la vanidad.

—Segun eso, respondió Morton, las ideas que os habeis formado del deber, escluyen el amor á las bellas artes, que se reputan sin embargo muy propias para acrisolar y encumbrar el alma.

—Sea cual fuere el título bajo el cual los encumbrais, los placeres del mundo para mí no son mas que vanidad, y no ofrecen mas que peligros; nosotros solo traemos un objeto por delante en la tierra, y es reedificar el templo del Señor.

—Mi padre me decia varias veces que muchas gentes que se apoderaban de la autoridad en nombre de Dios, la ejercian con tanta severidad y tenian tanta repugnancia en desprenderse de ella, como si la ambicion hubiese sido su única mira; pero no es esto lo que conviene tratar en este momento. ¿Habeis conseguido el nombramiento del nuevo consejo?

—Si; se compondrá de seis individuos; vos sois de este número, y vengo ahora á buscaros para que tomeis parte en los acuerdos.

Siguióle Morton á la misma cabaña donde habia estado la noche anterior, y en donde le aguardaban sus colegas.

Las dos principales facciones que dividian este ejército reunido de sopeton, habian convenido, por fin, en que cada una de ellas nombraria tres miembros del consejo. Los puritanos fanáticos habian elegido á Burley, Macbriar y Kettledrumle; los moderados á Poundtext, Enrique Morton y lord Langfern, un señor de aquella vecindad, que despues de haber consumido su patrimonio, anhelaba repararle á la sombra de las sediciones.

Ambos partidos se hallaban de este modo perfectamente equilibrados en el consejo; pero parecia probable que prevalecieran siempre las opiniones de los fanáticos; y Burley, que contaba con el auxilio de los moderados, cuando seria de con-

traria opinion á sus dos colegas, se lisonjeaba tambien de que cuando concordaria con ellos, el influjo que esperaba conservar sobre Enrique, y la debilidad de carácter de lord Langfern, atraerian uno de los dos á su dictámen, afianzando así la mayoría en ambos casos.

La deliberacion de este dia fué tan cuerda como sosegada. Despues de haber examinado sus actuales recursos y su probable aumento, resolvieron guardar la misma posicion todo el dia, para dar tiempo á que llegasen los refuerzos que aguardaban; y acordaron que el dia siguiente marcharian sobre Tillietudlem, é intimarian la rendicion al castillo; que si los habitantes hacian resistencia, se tentaria un asalto; y que si no surtia efecto, se dejaria delante de la plaza una fuerza suficiente para bloquearla y reducirla por hambre, mientras el cuerpo principal del ejército se dirigia á Glascow, para desalojar á lord Ross y al resto del regimiento de Claverhouse.

Tal fué el resultado de la deliberacion. La primera espedicion de Enrique, en su nueva carrera, iba pues á ser el ataque de un castillo que pertenecia á la madre del objeto de su amor, y defendido por el mayor Bellenden, á quien profesaba tanta estimacion, como amistad y reconocimiento.

Conocia toda la dificultad de su posicion; consolóse sin embargo, creyendo que la autoridad que acababa de adquirir en el ejército, le proporcionaria dispensar á los habitantes de Tillietudlem una proteccion, con la cual no hubieran podido contar á no estar él de por medio.

Lisonjeóse tambien de que acaso podria conciliar que se estableciesen entre el castillo y el ejército presbiteriano ciertas condiciones de neutralidad que guarecerian á aquel de los peligros de la guerra que iba á encenderse.

CAPÍTULO XXII.

Volvamos entre tanto á los habitantes del castillo de Tillietudlem.

El mayor, durante la noche que siguió á la batalla, colocó centinelas en la plataforma de la torre, con órden de dar la señal de alarma al menor indicio de la llegada del enemigo; pero reinó un profundo silencio hasta la mañana, y los defensores pudieron gozar de algun descanso Desde los primeros rayos del sol se continuaron las obras de defensa de la plaza, y algunos instantes despues, un centinela dió aviso de que un hombre á caballo se encaminaba al castillo. Cuando estuvo algo mas cerca, pudo distinguirse que vestia el uniforme del regimiento de guardias. La lentitud del paso del caballo, y el modo con que el ginete se sostenia en la silla, indicaban que estaba enfermo ó herido. Corrieron á abrirle el portillo para darle entrada,

y reconocieron con júbilo á lord Evandale. Le habia debilitado tanto la pérdida de la sangre, ocasionada por sus heridas, que fué preciso ayudarle á apearse; y cuando entró en el salon, apoyado en un criado, las dos damas prorrumpieron en un grito de sorpresa y horror. Pálido como la muerte, cubierto de sangre, roto el uniforme, desordenado el cabello, asemejábase menos á un hombre que á un espectro.

—¡Gracias á Dios! esclamó lady Margarita, gracias á Dios, que habeis podido escapar de las manos de los malvados, sedientos de sangre, que han degollado á tantos fieles servidores del rey.

—Gracias á Dios, dijo Edita, que estais aquí, y salvo; ¡cuántos sustos no hemos pasado por vos! Pero estais herido, milord, y temo que os faltarán aquí los socorros necesarios.

—Mis heridas no son peligrosas, dijo lord Evandale, á quien habian hecho sentar en un sofá; solo la pérdida de la sangre me ha quitado las fuerzas; pero yo no vengo á aumentar los apuros de este alcázar; mi único objeto, al entrar en el castillo, era saber de vuestra salud, y si os hallabais todavía aquí; ver si podia seros de alguna utilidad y adquirir noticias del regimiento, cuyo uniforme he conocido de lejos en la plataforma de la torre. Permitidme, lady Margarita, obrar en esta ocasion como hijo vuestro, como hermano vuestro, miss Bellenden.

Y esforzó estas palabras *hermano vuestro*, como si temiese que Edita pudiese creer que les hacia tales ofrecimientos en calidad de amante. Ella notó esta delicadeza, y no dejó de hacerle impresion; pero no era esta la ocasion propicia de hacer gala de bellos sentimientos.

—Estamos resueltos á defendernos, milord, dijo lady Margarita con dignidad; mi hermano ha tomado el mando de la guarnicion, y espero que con el favor de Dios los rebeldes hallarán aquí el recibimiento que merecen.

—¡Cuánto celebraria, dijo lord Evandale, poder contribuir á la defensa del castillo! Pero en el estado de flaqueza á que me veo reducido, mas pronto serviria de estorbo que de provecho, y aun mi presencia podria ser peligrosa; pues si los rebeldes llegaban á saber que un oficial del regimiento de guardias se hallaba aquí, pondrian mucho mas conato en apoderarse de la plaza.

—¿Y cabe, milord, esclamó Edita con aquel rasgo de sensibilidad que suele caracterizar á las mujeres, y que las hace tan interesantes, cabe que nos creais capaces de tanta bajeza y egoismo, que consintamos en que os marcheis? ¿podrian tales consideraciones impedir á vuestros amigos el ofreceros salvaguardia y asilo, cuando toda la comarca está cubierta de enemigos, y no os hallais en estado de defenderos? En la cabaña mas miserable de Escocia no os permitirian partir en tal ocasion; ¿y juzgais que nosotros consentiremos que os separeis de un castillo que consideramos bastante fuerte para defendernos?

Edita pronunció estas palabras con una voz agitada por su conmocion, y los colores que esmaltaban sus mejillas indicaban que su corazon sentia vivamente lo que espresaban sus lábios.

—Lord Evandale no puede pensar en dejarnos, dijo lady Margarita; Espada, el antiguo criado de mi hermano, que le ha seguido en todas sus campañas, adquirió en ellas algun conocimiento de

cirujía, y curará sus heridas. Yo no daria permiso para salir del castillo de Tillietudlem al mas ínfimo de los soldados que tienen la honra de vestir el uniforme de S. M. ¡Con cuánta mayor razon no me opondré á la salida de lord Evandale! Esto seria para mi casa un baldon cuya sola idea me desespera. Desde que el castillo de Tillietudlem ha sido honrado por la visita de S. M...

Interrumpióla la llegada del mayor.

—Hemos hecho un prisionero, tio, dijo Edita, un prisionero herido, y que quiere escapársenos. Cuento que nos ayudareis para detenerle á la fuerza.

—¡Lord Evandale!... esclamó admirado el mayor, tanta satisfaccion esperimento ahora, como el dia en que fuí promovido al grado de teniente. Claverhouse nos habia hecho temer que hubiéseis caido prisionero, ó quizás perdido la vida.

—Débola á uno de vuestros amigos, dijo lord Evandale con alguna agitacion, y bajando los ojos, como si temiese ver la impresion que causaria á miss Bellenden lo que iba á decir. Hallándome derribado de mi caballo, sin defensa, el sable del enemigo levantado sobre mi cabeza, cuando Enri que Morton, el preso por quien os interesásteis ayer, se interpuso generosamente en favor mio, salvó mi vida con riesgo de la suya, y me proporcionó los medios de escaparme.

Al terminar estas palabras, una curiosidad penosa para su corazon triunfó de su resolucion primera: levantó los ojos, miró á Edita, y figurósele leer el gozo que ella esperimentaba, al saber que su amante vivia, que estaba libre, y que no se habia dejado esceder en generosidad. Tales eran en

efecto sus sentimientos; pero se barajaba con ellos un pasmo indecible al ver la franqueza con que lord Evandale acababa de hacer justicia á su rival, y de confesar que habia recibido de él un favor que probablemente prefiriera deber á otro.

El mayor, que no hubiera advertido la confusion de su sobrina y de lord Evandale, aunque fueran mil veces mas evidentes, contentóse con decir:

—Ya que Enrique Morton tiene algun influjo con esos miserables, celebro que haya hecho tan buen uso de él; pero espero que se escapará de sus garras tan pronto como le sea dable. Estoy cierto de que lo desea: me constan sus sentimientos, y sé que detesta su gerigonza mística y su hipocresía. Varias veces le he oido burlarse de la pedantería de ese viejo bribon, el ministro presbiteriano Poundtext, que despues de haber disfrutado por espacio de tantos años de la indulgencia del gobierno, se ha quitado la máscara á la primera ocasion que ha tenido, y acaba de reunirse con los insurgentes á la cabeza de las tres cuartas partes de sus feligreses, que ha seducido con sus pláticas. ¿Pero cómo habeis podido escaparos, milord?

—¡Ah! dijo lord Evandale sonriéndose, como un ginete que no cree en prodigios; aprovechándome de toda la celeridad de mi caballo. Cogí el camino que me pareció mas libre de enemigos. ¿Y á que no adivinais dónde he encontrado albergue esta noche?

—En el castillo de Braklan, sin duda, contestó lady Margarita, ó en casa de algun caballero leal.

—No, milady; me he presentado en algunos castillos, y han rehusado admitirme, bajo diferentes

pretestos; pero era en realidad porque temian que mi presencia no llamase allí al enemigo. En una miserable choza he hallado hospitalidad, en casa de una pobre viuda, cuyo marido fué fusilado tres meses hace por un destacamento de mi cuerpo, y cuyos dos hijos se hallan ahora mismo en el ejército de los insurgentes.

—¡Es posible!... ¡una mujer así usar de tal generosidad!... ¿Pero sin duda no piensa como su familia?

—Perdonad, milady, opina como su familia; pero ella sola ha visto en mí un hombre herido y desgraciado, y ha olvidado que era un oficial realista enemigo suyo. Ha vendado mis heridas, me ha proporcionado una cama, me ha ocultado de un destacamento de insurgentes que perseguia á los fugitivos, y no me ha dejado partir hasta esta mañana despues de haberse asegurado que podria trasladarme aquí sin temor de ser sorprendido.

—Hé aquí la verdadera nobleza de alma, dijo miss Bellenden, y estoy segura, milord, de que sabreis encontrar ocasion para recompensar tanta generosidad.

—Miss Edita, en esta feliz jornada he contraido obligaciones por todas partes; pero me prometo que no se me acusará de faltar á la gratitud, cuando se presente ocasion de acreditarla.

Todos entonces renovaron sus instancias para empeñar á lord Evandale á permanecer en el castillo; pero el mayor se valió de un argumento que desde luego le decidió á quedarse.

—No me negareis, milord, le dijo, que no esteis obligado á obedecer las órdenes de vuestro coronel. Pues yo os participo que me ha autorizado

á retener en el castillo un oficial de su regimiento si acaso se presentaba alguno, para mantener el órden y la disciplina entre los soldados que me ha dejado, y á fé que ya iba haciéndose necesario.

—Ya no tengo mas objecion que haceros, dijo lord Evandale; y por muy poderosos que sean los motivos que me impelian á alejarme de aquí, han de ceder á la subordinacion, y sobre todo al deseo que tengo de seros de alguna utilidad. ¿Puedo atreverme á preguntaros, señor mayor, los medios y el plan de defensa que habeis adoptado? ¿Quereis que os siga para dar una vista á los trabajos?

—Yo creo, tio, dijo Edita, que notaba el estado de fatiga y debilidad de lord Evandale, que puesto que milord condesciende en formar parte de nuestra guarnicion, debeis empezar por someterle á vuestra autoridad, poniéndole en arresto en su cuarto, hasta que descanse y cobre fuerzas para entrar en su nuevo servicio.

—Edita tiene razon, dijo lady Margarita; es preciso que os metais en cama. Espada examinará el estado de vuestras heridas; luego os enviaré una medicina preparada por mi misma mano...

—Mil gracias, milady, me someto enteramente á vuestras órdenes, y espero que, gracias á tantas finezas, me hallaré pronto en estado de defender el castillo. Mi brazo estará siempre á vuestra disposicion; en cuanto á mi cabeza, no es será necesaria, puesto que ya está aquí el señor mayor.

—¡Escelente mozo! dijo el mayor; ¡qué modestia!

Y se retiró tambien para ir á inspeccionar las obras de fortificacion que se iban adelantando.

—Y que no tiene, continuó lady Margarita, aquel amor propio de tantos otros jóvenes, que les hace presumir que saben mas que la gente madura y de esperiencia.

Y se fué á preparar la pócima que le habia prometido.

—Y que es tan lindo como generoso, añadió Jenny Denison, que habia entrado cuando salia lord Evandale.

Edita, á todos estos elogios, solo respondió con un suspiro; y aunque guardase silencio, no por eso sentia con menor viveza cuánto le merecia la persona á quien iban dirigidos.

—A mas de que, dijo Jenny, milady tiene razon asegurando que no hay que fiar de ningun presbiteriano, porque no hay uno siquiera que guarde ley ni fidelidad. ¿Quién hubiera creido que el señor Enrique y Cuddy hubiesen tomado partido con los rebeldes?

—¿Qué es eso, Jenny? díjole su ama con tono de impaciencia, ¿qué desatinos vienes á contarme ahora?

—Bien sé que tampoco os cuadra oir esto como á mí el decirlo; pero al fin y al cabo es fuerza que lo sepais, pues no se habla de otra cosa en el castillo.

—¿De qué se habla? Tú me quieres enloquecer.

—No es nada; aseguran que el señor Morton se ha juntado con los rebeldes, y que ha sido nombrado otro de sus caudillos.

—Es un engaño, una infame calumnia, y tú eres una atrevida en venir á referírmelo. Enrique es incapaz de olvidar lo que debe á su rey y á su pátria. Eso es ser cruel conmigo y con... con ino-

centes perseguidos que no se hallan aquí para disculparse. Repito que Enrique es incapaz de semejante accion.

—¡Dios mio! Miss Edita, seria preciso tener mas cabal conocimiento de los jóvenes del que yo tengo, y del que deseo tener para poder decir aquello de que son ó no capaces; pero Holliday y otros soldados se han disfrazado esta mañana de aldeanos escoceses para hacer un re... reco... nocimiento, como dice el señor Gudyil; han ido hasta el campo de los rebeldes, y acaba de decirnos que han visto allí al señor Enrique Morton montado en uno de los caballos del regimiento, armado de sable y pistolas, que iba al lado de los demás jefes, que daba órdenes á las tropas, y que Cuddy estaba detrás de él, llevando un chaleco del sargento Bothwell, una escarapela de cintas azules en su sombrero, porque el azul es el color de los rebeldes, y una camisa con guirindolas como un lord... ¡Decidme ahora si le corresponde á él!

—Es imposible, Jenny; esa noticia es falsa. Mi tio no ha oido hablar de semejante cosa.

—Harto lo creo yo: Holliday ha entrado en el castillo cinco minutos despues de lord Evandale, y desde que lo supo, juró por sus dioses que ahora que habia un oficial del regimiento, no daria su par... parte, me parece que ha dicho, al mayor Bellenden... y creo que si á mí me ha hablado de este asunto, ha sido por darme vaya respecto de Cuddy.

—¡Qué necia eres!... pues por esta misma razon ha querido atormentárte con esa falsa noticia.

—No, no, no es posible, miss Edita, porque Joho Gudyil ha mandado entrar en la repostería al tron

dragon; y este, que es un soldado viejo, que no sé cómo se llama, le ha contado lo mismo de la cruz á la fecha, bebiendo un vaso de aguardiente; y el señor Gudyil se ha airado mucho, y nos ha dicho que quien tenia la culpa era milady y el mayor, y que si hubiesen fusilado esta mañana al señor Enrique y á Cuddy, no se hallarian ahora con los rebeldes con las armas en la mano; y me parece que no iba fuera de camino el señor Gudyil.

No bien hubo acabado Jenny estas palabras, cuando quedó asombrada al ver el efecto que habia producido en su ama, efecto cuya violencia sintió esta doblemente, á causa de las máximas realistas en que habia sido educada. Perdió el color, faltóle el aliento, y cayó desmayada en una poltrona.

Jenny cortó sus cordones, echóle agua fria en el rostro, dióle á oler el humo de varias plumas, é hizo todos los remedios que se acostumbran en semejantes casos, pero todo en vano.

—Perdóneme Dios, dijo entonces, ¡qué es lo que he hecho!.. ¡cuán desgraciada soy!... quisiera que me hubiesen cortado la lengua... pero ¡quién hubiera creido que lo tomase tan á pecho! ¡y todo por quién! por un mozo... como si fuese solo en el mundo... Miss Edita, mi querida señorita... alentáos, puede que no sea verdad... Ya me lo han dicho siempre, que mi lengua me ocasionaria alguna desgracia. ¡Dios mio! si llegara ahora milady... Miss Edita se halla cabalmente en la silla en que no se ha sentado nadie desde que sirvió para el rey... ¡Qué haré, pobre de mí!...

Mientras que Jenny se lamentaba de esta suerte por su ama y por ella misma, Edita volvió un poco

en sí, y salia del estado de pasmo en que le habia precipitado la inesperada nueva.

—Si hubiese sido desgraciado, dijo, nunca le hubiera abandonado; si hubiese muerto, le habria llorado toda mi vida; si hubiese faltado á la fidelidad, le habria perdonado; pero ¡rebelde á su rey, traidor á su pátria, sócio de malvados y asesinos!... le arrancaré de mi corazon, aun cuando este esfuerzo me haya de costar la vida.

Enjugóse las lágrimas y levantóse de la silla, cuyo almohadon sacudió Jenny para borrar las huellas, de lo que lady Bellenden hubiera llamado probablemente una profanacion.

—Tomad mi brazo, miss Edita, hay que desahogaros, despues que...

—No, Jenny, dijo Edita con firmeza y resolucion; tú has visto mi flaqueza, tú verás ahora mi valor. Mi deber me sostendrá. Sin embargo, no obraré con precipitacion; quiero enterarme de los motivos que le han obligado á portarse de esta suerte; y sabré olvidarle despues.

Diciendo esto, se retiró del salon y entró en su cuarto para escudriñar su corazon, y reflexionar acerca de los medios de que podia valerse para borrar á Morton de su memoria.

—Es cosa particular, dijo Jenny cuando estuvo sola; tras el primer ímpetu, miss Edita tomó su partido tan fielmente como yo, y aun con mayor facilidad, porque yo nunca he estado tan comprometida con Cuddy como ella con el señor Enrique; pero todo bien reflexionado, acaso es bueno tener amigos en ambos partidos: si los rebeldes se apoderan del castillo, como es muy posible, pues no tenemos víveres, y los dragones tragan en un dia

o que nos bastaria á nosotros para todo un mes, entonces será muy preciosa la proteccion del señor Morton y de Cuddy que están con ellos. Este ha sido mi primer pensamiento cuando he sabido la noticia.

Despues de esta reflexion consoladora, fuése la camarera á atender á sus ordinarios quehaceres.

CAPÍTULO XXIII.

Todas las noticias que pudieron adquirirse en la tarde de este dia, indicaban que el ejército de los insurgentes marcharia sobre Tillietudlem el dia siguiente al apuntar el dia.

Espada habia examinado las heridas de lord Evandale: eran muchas, pero ninguna peligrosa. La gran copia de sangre que habia perdido atajó la calentura, de modo que á pesar de su debilidad y de lo mucho que padecia, quiso levantarse muy temprano la mañana siguiente. No pudo persuadírsele á que guardara cama, y apoyado en un baston, salió á alentar á los soldados con su presencia, á examinar las obras de defensa, que sospechaba haber sido ordenadas por el mayor con arreglo á los antiguos conocimientos del arte militar, y á indicar tal vez algunas variaciones. Nadie mas á propósito que lord Evandale para dar escelentes

consejos en esta parte. Habia abrazado la carrera militar desde los primeros años de su juventud, habia servido con distincion en Francia y en los Paises-Bajos, y la táctica era el principal estudio á que se habia dedicado. Sin embargo, poco halló que añadir á los preparativos de defensa que se hicieran, y escepto el artículo de las provisiones, vió que habia poco que temer del ataque de unos enemigos como los que se aguardaban.

A los primeros albores del dia estaba ya en la torre con el mayor, y habiendo dado la última ojeada á las obras de fortificacion, aguardaban que se presentase el enemigo.

Los dos espías de que Jenny habló á su ama, habian dado su parte á lord Evandale, quien participó su contenido al mayor; pero este se negaba obstinadamente á creer que Morton hubiese tomado partido con los insurgentes.

—Yo le conozco mejor que vos, le dijo: esos dos bribones no se atrevieron á pasar mas adelante: alguna semejanza con otro sugeto les habrá alucinado, y luego han dado asenso al primer cuento que se les ha referido.

—Yo no soy de esa opinion, mayor; creo que le veremos llegar á la cabeza de los rebeldes, y lo sentiré mas de lo que me sorprenderá.

—Vamos, estais cortado por la misma tijera que Claverhouse, dijo sonriéndose el mayor: ayer queria sostenerme que á ese jóven, que tiene tanto valor y arrogancia y tan buenos principios como el que mas, solo le faltaba una ocasion para declararse caudillo de los revoltosos.

—Tras el modo con que se le trató, y las sospechas de que fué objeto, no sé á la verdad que

otro partido le queda que tomar. Nosotros mismos lo hemos echado atado de pies y manos en medio de los rebeldes, y en cuanto á mí, dudo si debemos mas bien compadecerle que vituperarle.

—¡Compadecerle, milord, vituperarle!... Si es cierto lo que dicen, merece la horca, y lo sostendré, aunque se tratase de mi hijo... ¡compadecerle! no, milord, no pensais vos de ese modo.

—Yo os aseguro, bajo mi palabra de honor, que no empiezo hoy á pensar que se emplean providencias harto violentas contra este pais.

Háuse adoptado estremos intempestivos, y se ha exasperado, no solo á la ínfima clase del pueblo, sino tambien á todos aquellos á quienes el espíritu de partido ó una entera adhesion al gobierno no mueven á servir en el ejército realista.

—Yo no soy político, milord, y esas clasificaciones son muy sutiles para mí: mi espada es del rey, y estoy pronto á desenvainarla cuando lo mande.

—Ya vereis, mayor, que la mia no estará ociosa; pero desearia vivamente emplearla contra enemigos estraños. Por fin, no es esta la ocasion de discutir este punto, pues veo que se adelanta el enemigo.

Efectivamente, el ejército de los insurgentes empezaba á despuntar sobre una colina poco distante del castillo.

Emprendió luego el camino que dirigia á él, pero hizo alto antes de llegar á tiro de cañon, como si no quisiese esponerse al fuego de las baterías de la torre.

Parecia mucho mas numeroso de lo que se presumia, y, segun el espesor de sus columnas,

habia de haber recibido refuerzos considerables. Tres ó cuatro hombres á caballo que parecian los jefes, pasaron á la cabeza del ejército, y se avanzaron á una alturita mas inmediata al castillo.

Gudyil, que era algo práctico en artillería, apuntó un cañon contra este grupo aislado, y volviéndose al mayor:

—Mi comandante, ¿disparo? dijo; os prometo que alguno de ellos no se meneará del lugar donde se halle.

El mayor dió una mirada á lord Evandale.

—Poco á poco, dijo este, veo que despliegan una bandera blanca.

En efecto, uno de los ginetes se apeó, y encaminóse solo hácia el castillo con una bandera blanca á la punta de una lanza. El mayor y lord Evandale bajaron de la torre, y se adelantaron hasta la última palizada, para recibirle, no juzgando del caso dejarle entrar en una plaza que se proponian defender.

Luego que partió el enviado, sus compañeros fueron á reunirse con el ejército, como si hubiesen previsto los favorables intentos que concibiera Gudyil respecto á ellos.

El enviado de los presbiterianos, segun su aire y talante, parecia estar rebosando aquel orgullo espiritual que es el carácter distintivo de su secta. Notábase en sus lábios una especie de sonrisa desdeñosa, y sus ojos, medio cerrados, levantados al cielo, parecian menospreciar todo lo mundano para embeberse únicamente en lo celestial.

Lord Evandale no pudo menos de reirse al ver dicha figura grotesca, á quien examinaba por entre las estacadas.

—¿Habeis visto, señor mayor, mentecato semejante? parece que ha de moverse por resortes; ¿creeis que eso pueda hablar?...

—¡Oh! ¡sí!... dijo el mayor; ese hombre me recuerda mis antiguos amigos... es un verdadero puritano del mas puro fermento farisáico. ¿Ois cómo tose?... ahora vá á insinuar la rendicion del castillo con un pedazo de sermon en lugar de trompeta.

El mayor, que en las anteriores guerras civiles habia tenido muchas ocasiones para enterarse de las gerigonzas y los usos de estos fanáticos, no se engañó, con solo la diferencia de que, en lugar de un fragmento de sermon en prosa, el enviado que era lord Langfern, entonó con voz áspera y chillona esta paráfrasis en verso de un salmo:

«¡Príncipes de este lugar!...
Abridnos de par en par
Vuestras puertas orgullosas,
Y de Dios dejad entrar
Las falanjes victoriosas.»

—¿Qué tal?... ¿me he equivocado yo?... dijo el mayor á lord Evandale.

Entonces se presentaron ambos á la puerta de la estacada, y el mayor le preguntó por qué venia á aullar delante del castillo como un perro que ladra contra la luna.

—Vengo, respondió el embajador, sin saludarlos y sin variar de tono; vengo en nombre del ejército religioso y patriótico de los presbiterianos para hablar con el jóven hijo de Belial, Williams Maxwell, llamado lord Evandale, y con el viejo

pecador endurecido, Miles Bellenden de Charnwood.

—¿Y qué teneis que decirles? dijo el mayor.

—¿Estoy hablando con ellos? dijo lord Langlern.

—Sí, respondió el mayor, ¿cuál es el objeto de vuestra embajada?

—Hé aquí la rendicion que os intiman los jefes del ejército, replicó el enviado entregando un papel á lord Evandale; y hé aquí para Miles Bellenden una carta de un jóven que tiene la honra de mandar una de las divisiones. Leed prontamente, y quiera el cielo hacer fructificar en vuestros corazones las palabras de que os vais á enterar, aunque lo dudo mucho.

La intimacion estaba concebida en estos términos:

«Nos, jefes del ejército presbiteriano, reunido por la causa de la libertad y de la verdadera religion, intimamos á Williams Maxwell, lord Evandale, á Miles Bellenden de Charnwood, y á cuantos se hallen actualmente armados en el castillo de Tillietudlem, que rindan inmediatamente el referido castillo: si así lo hacen, se les concede la vida, y la facultad de dirigirse á donde quieran con armas y bagajes; pero si se resisten, les obligaremos á ello con el hierro y con las llamas, y serán todos pasados á cuchillo.»

Este escrito estaba firmado así: «John Balfour de Burley, Cuartel-maestre general del ejército presbiteriano, por sí y los demás jefes por órden del consejo.»

La carta dirigida al mayor era de Enrique Morton, y decia así:

«Acabo de dar un paso, mi respetable amigo,

que entre las sensibles consecuencias que arrastra consigo, temo que vá á esponerme á vuestra desaprobacion. Pero me hallo empeñado en él sin pensarlo, sin haberlo deseado ni previsto, y de resultas de la opresion de que fuisteis testigo, y yo la víctima. No debo sin embargo arrepentirme, y mi conciencia está tranquila en punto á los resultados que pueda tener mi conducta. ¿Podia acaso presenciar por mas tiempo atropellados nuestros derechos, hollada nuestra libertad, y ultajadas nuestras personas, y derramada nuestra sangre sin motivo ni juicio legal? Los escesos de nuestros perseguidores habrán dado fin á su tiranía.

Dios que lee en lo íntimo de mi corazon, sabe que no albergo las pasiones violentas y rencorosas de un gran número de los que se hallan en nuestras filas. Mis deseos mas ardientes se cifran en ver esta guerra encarnizada prontamente concluida por la mediacion de hombres cuerdos y moderados de entrambos partidos, y en alcanzar el restablecimiento de una paz, que sin menoscabar los derechos constitucionales del rey, sustituya la justicia de la magistratura civil al despotismo militar, permita á cada uno servir á Dios con arreglo á su conciencia, y encadene el fanático entusiasmo con la razon y la suavidad, en vez de llevarle al frenesí con la intolerancia y la persecucion.

Poseido de tales sentimientos, ya podeis figuraros cuán doloroso me será hallarme armado delante del castillo de vuestra respetable hermana, mayormente cuando se asegura que pensais defender la plaza contra nosotros. Permitidme con todo haceros presente que con semejante resolucion, solo lograreis derramar sangre inútilmente. Vos no ha-

beis tenido el tiempo necesario para los preparativos que requiere la defensa, y si nuestras tropas no logran apoderarse del castillo por medio de un asalto, la falta de víveres os obligará luego á rendiros. En ambos casos, mi corazon se aflige al considerar las desgracias y privaciones á que se hallarán espuestos sus habitantes.

A pesar de esto, no creais, mi respetable amigo, que yo quisiera veros aceptar condiciones que pudieran deslustrar la reputacion sin mancha que os habeis granjeado y dignamente merecida. Mandad salir del castillo los soldados que tiene actualmente; yo respondo de su seguridad, y lograré que solo se exija de vos una promesa de neutralidad mientras dure esta desgraciada guerra. No recibireis guarnicion, y los dominios de lady Margarita y los vuestros serán respetados.

Otras muchas razones pudiera alegaros en apoyo de mi propuesta; pero temiendo como temo, que no me tengais por reo en la ocasion presente, me hallo tambien persuadido de que los mejores argumentos que acertara yo á presentaros no podrian convenceros. Concluyo, pues, asegurándoos que sea cual fuere vuestro modo de pensar respecto á mí, nunca se apartará de mi corazon la gratitud que os debo, y que miraré como el instante mas venturoso de mi vida aquel en que pueda convenceros de ello con hechos mas que con palabras. Así, pues, aunque sea posible que en los primeros momentos de ira, desecheis estas proposiciones, si los acontecimientos os moviesen á aceptarlas en lo sucesivo, no titubeeis en ponerlo en mi noticia, y creed que siempre se tendrá por dichoso en poder seros de alguna utilidad—Enrique Morton.»

El mayor leyó esta carta con una indignacion que no trató de ocultar.

—¡Ingrato!... ¡traidor! esclamó entregándola á lord Evandale; ¡rebelde á sangre fria sin tener siquiera el pretesto del entusiasmo que escita á esos miserables fanáticos!... No hubiera yo debido olvidar que era presbiteriano; debia pensar que halagaba á un lobezno que acabaria por quererme despedazar. Si San Pablo volviese al mundo y fuese presbiteriano, se sublevaria antes de tres meses; el gérmen de la rebelion está en su sangre.

—Yo seré el último, dijo lord Evandale, que proponga la rendicion del castillo; pero si llegan á faltarnos los víveres, y no recibimos socorro, creo que podremos utilizar ese principio de tratado para lograr la salida y seguridad de las señoras.

—Ellas tendrán que sufrirlo todo, respondió el mayor, antes que deber nada á la proteccion de un hipócrita de lengua azucarada; pero despachemos al embajador. Volved á vuestros jefes, dijo á Langlern, y prevenidles que á menos que no tengan una confianza muy particular en la dureza de sus cráneos, no les aconsejo que vengan á estrellarse contra estas antiguas murallas. Decidles tambien que no tienen que enviarnos otro parlamento, porque le mandaremos ahorcar en desquite del asesinato del teniente Graham.

El diputado volvió con esta respuesta á sus comitentes. No bien hubo llegado al ejército, se oyeron alaridos tumultuosos, desplegóse un estandarte encarnado bordado de azul, y púsose en marcha la tropa con direccion al castillo.

Al mismo tiempo se enarboló en la torre del

castillo la antigua bandera de la familia de lady Bellenden y el estandarte real, y una descarga general de artillería del castillo causó alguna pérdida en las primeras filas de los insurgentes, promoviendo un instante de desórden.

—Yo creo, dijo Gudyil, mandando que volviesen á cargar los cañones, que encuentran el nido del balcon muy alto para poderle echar las garras.

Sin embargo, el ejército siguió avanzando, y ya una de sus divisiones entraba en la avenida del castillo.

Cuando juzgó que estaba á tiro de fusil, dirigió contra la torre una descarga general, que no produjo efecto alguno, y otra columna de lanceros, mandada por Burley, se adelantó determinadamente hasta la primera estacada, la forzó, hirió á algunos de los que la defendian, y les obligó á refugiarse en la segunda; pero esta fué la única ventaja que alcanzaron, porque se hallaban en esta posicion espuestos sin abrigo al fuego abrasador de la torre, sin poder causar ningun daño á los enemigos, defendidos por fortificaciones, y guarecidos de palizadas. Viéronse pues obligados á retirarse con pérdida; pero no lo ejecutaron hasta haber destruido la primera estacada, y de modo que fuese imposible restablecerla.

Burley fué el último en dejar el puesto; y aun permaneció en él un rato con un hacha en la mano, rompiendo el último pilar de la estacada, sereno en medio de las balas que silbaban en torno suyo.

El mal éxito de este ataque redobló el ánimo de los defensores del castillo, al paso que dió á conocer á los insurgentes la fuerza de la plaza de

que pretendia apoderarse. Bajo este supuesto dirigieron el segundo con mayor precaucion. Una fuerte partida de escelentes tiradores, á las órdenes de Enrique Morton, dando la vuelta por el bosque, logró apoderarse de una posicion, desde donde podia incomodar á los defensores de la segunda estacada, mientras que Burley, á la cabeza de otra columna, los atacaba de frente.

Los sitiados vieron el peligro de este movimiento, y trataron de impedir la aproximacion de Morton, haciendo fuego á su division siempre que se hallaba á descubierto. Los sitiadores por su parte desplegaban tanta serenidad como intrepidez, debiéndose atribuir en gran parte á la prudencia de su jóven comandante, que mostraba tanta inteligencia para guarecer á sus soldados del fuego del enemigo, como para incomodar á este.

Invitó varias veces á los suyos á dirigir su fuego mas bien contra los soldados que contra los demás defensores del castillo, y á que conservasen la vida al viejo mayor, cuyo acaloramiento le llevaba á los puntos de mayor riesgo. Continuó su marcha de mata en mata, de roca en roca, hasta llegar á la posicion que queria ocupar. En esta situacion pudo incomodar fácilmente á los defensores de la estacada, y Burley, aprovechándose de la confusion que sembró en ellos este ataque, los embistió de frente con furor, forzó la segunda estacada, los rechazó hasta la tercera, y entró tambien con ellos gritando: «¡Matad, matad! ¡no deis cuartel á nadie! ¡el castillo es nuestro!» Los mas intrépidos de sus soldados, animados por sus gritos, se abalanzaron al enemigo, mientras que los otros se afanaban en destruir la segunda y tercera estacada.

Lord Evandale no pudo contener por mas tiempo su impaciencia. Con el brazo en el cabestrillo, púsose al frente de la poca fuerza que quedaba en el alcázar, y animándola con su voz y su ejemplo, hizo una salida para socorrer á los que se hallaban en aquel momento muy apretados por Burley, y este refuerzo restableció la igualdad del combate. Los insurgentes tenian sin duda gran superioridad en el número; pero esta ventaja quedaba equilibrada en el lugar donde peleaban, por no poder desplegarse mas de ocho ó diez hombres de frente. El choque se mantuvo pues algunos instantes, sin que ninguno de los dos partidos pudiese atribuirse una ventaja efectiva; pero en medio de esta escena de confusion, faltó poco para que un singular accidente pusiese á los sitiadores en posesion de la plaza.

Cuddy se hallaba con los tiradores que habian acompañado á Enrique Morton. No habia en aquellos alrededores ni una maleza ni una peña que no conociese perfectamente. Mil veces habia estado en los bosques que rodeaban el castillo á coger avellanas con Jenny. No carecia de valor; pero tampoco era muy aficionado á buscar el peligro por el placer de esponerse ó por la gloria que debia resultarle. Cuando vió que de la fortaleza hacian fuego á la tropa á que pertenecia, hallándose en la retaguardia, habia dado media vuelta á la izquierda, seguido de tres ó cuatro compañeros suyos, y penetrando por un espeso bosque que conocia muy bien, se halló bajo los muros del castillo en el lado opuesto á aquel donde se verificaba el ataque.

No habian hecho alto en fortificar esta parte

de la plaza, porque parecia bastante defendida por la naturaleza, situada como estaba en lo alto de una montaña escarpada, rodeada de precipicios por todas partes. No hay duda que un ejército no hubiera podido atacarla por este lado, porque bastaran pocos hombres para precipitar á cuantos lograsen trepar hasta la cumbre; pero no se habia previsto que un corto número se espondria á este riesgo cabalmente para evitar otro.

Habia por allí cierta ventana por la cual, gracias á las ramas de un alto tejo, habia salido Gibby furtivamente del castillo para llevar al mayor la carta de miss Edita.

—Hé aquí un punto que yo conozco bien, dijo Cuddy apoyándose en su fusil para cobrar aliento. ¡Cuántas veces no he ayudado yo á Jenny Denison á salir del castillo por esta ventana para irnos á pasear por los bosques!

—¿Y quién nos impide ahora subir por aquí? dijo uno de sus camaradas, que era un mozo emprendedor.

—No creo que hallemos ningun obstáculo, respondió Cuddy; pero ¿qué provecho nos resultará?

—¡Toma! ¡qué provecho! nosotros somos cinco; no hay nadie dentro del castillo: nos apoderaremos de él mientras que allá se los hayan en las estacadas.

—Sea enhorabuena, dijo Cuddy; pero cuidado que ninguno de vosotros toque un hilo de la ropa de Jenny, ni de miss Edita, ni de la señora, ni del mayor, ni de nadie del castillo: dad de firme á los soldados; yo no me opongo: haced de ellos o que querais; pero...

—Vamos, vamos: ahora entremos, añadió otro, y despues veremos lo que se habrá de hacer.

Cuddy, impelido por sus compañeros, parecia avanzar de mala gana. Su conciencia le acusaba de que iba á pagar mal las consideraciones que lady Margarita habia tenido tanto tiempo para con él y su familia, y por otra parte ignoraba de qué modo podria ser recibido en el cuarto donde se trataba de entrar. Subió sin embargo al tejo: dos de sus compañeros subieron tras él, y los dos restantes se preparaban á seguirles. La ventana era muy angosta, y en otro tiempo habia sido enrejada con barras de hierro, que el tiempo habia hecho caer, ó los subalternos las habian quitado para salir de incógnito del castillo. Era pues fácil introducirse por ella, mientras no hubiese en el interior persona que se opusiese, de lo que Cuddy, siempre prudente, queria asegurarse antes de dar un paso tan peligroso. A este efecto, no hacia caso ni de los ruegos ni de las amenazas de los que le seguian, y alargaba el cuello para examinarlo, cuando Jenny Denison, que se habia metido en este cuarto como el lugar mas retirado del castillo, repara su cabeza, dá un grito espantoso, y corriendo á la chimenea, coge una gran marmita llena de sopa hirviendo que se acababa de preparar para el almuerzo de los soldados, y descarga su contenido sobre la cabeza de Cuddy y sus compañeros.

Al primer chillido de Jenny, Cuddy no habia pensado mas que en retirarse; tenia pues por fortuna la cabeza baja; y como estaba cubierta con el casco de Bothwell, y llevaba puesto tambien el chaleco de piel de búfalo, salió bien librado á costa de algunas ampollas; pero sus camaradas, que te-

nian la nariz al aire para empeñarle á avanzar é impedirle retroceder, tuvieron todos mas ó menos chamusquina por el líquido hirviente, y no pensaron mas en estorbar la retirada. Escurrióse pues Cuddy hácia abajo con mayor presteza que no habia subido, y cogió el camino mas seguro y menos peligroso para juntarse con la retaguardia del ejército, siguiéndole tambien sus cuatro compañeros escaldados.

Jenny, sin embargo, á quien el esceso del terror habia dado fuerzas para semejante hazaña, no dejaba por esto de alborotar y chillar, y corria por todo el castillo gritando:

—¡Al ladron, al asesino, fuego, fuego, el castillo está tomado!

Todas las criadas gritaben del mismo modo sin saber por qué, y movieron tal algazara, que llegó hasta los oidos del mayor, á pesar de hallarse tan ocupado en el combate de las estacadas. Temiendo alguna sorpresa por otro punto, lord Evandale y él juzgaron del caso limitarse á la defensa del interior del castillo, y volvieron á entrar con sus soldados, abandonando á los insurgentes todas las obras esteriores.

Su retirada fué un triunfo para los presbiterianos, pero un triunfo de amor propio. Habian esperimentado una pérdida bastante considerable, y la toma de las estacadas de nada les servia para apoderarse del castillo, cuyas murallas sólidas y espesas les oponian una resistencia imposible de superar sin artillería. El ejército pues, despues de haber destruido completamente todos los trabajos, se retiró fuera de tiro de cañon de la torre, para deliberar acerca del partido que habia de tomar,

Por otra parte, la situacion de los sitiados no era muy halagüeña. Habian perdido tres hombres en el combate, y otros habian sido heridos. Es verdad que tuvo el enemigo una pérdida sin comparacion mas considerable, pero mucho menos sensible para un ejército que iba diariamente en aumento, que la sufrida por una guarnicion y escasa y que no podia recibir socorros.

La tenacidad que habian manifestado los presbiterianos en este ataque, probaba tambien hasta la evidencia que sus jefes estaban resueltos á apoderarse á todo trance de la plaza, y que se hallaban bien auxiliados por el celo de sus soldados. Pero lo que mas tenian que temer en el castillo era el hambre, en caso que el enemigo se decidiese á bloquearlo para rendirlo. El mayor no habia logrado introducir en la plaza tantas provisiones como hubiera deseado, y la mas activa vigilancia no podia impedir que los dragones robasen parte de ellas todos los dias. Entregado á estas reflexiones poco satisfactorias, mandó el mayor tapiar la ventana por donde Cuddy por poco sorprendiera el castillo, practicando lo propio con cuantas pudieran ofrecer la menor facilidad para semejantes tentativas.

CAPÍTULO XXIV.

Los jefes del ejército presbiteriano celebrarou consejo en la tarde del dia en que atacaron el castillo de Tillietudlem.

Desalentábales la pérdida que habian sufrido, pues como sucede regularmente, les faltaban los mas valientes soldados.

Era de temer que si se resfriaba el entusiasmo de sus partidarios con infructuosos esfuerzos para apoderarse de un castillo de importancia secundaria, disminuyese progresivamente su número y malograsen la ocasion de aprovecharse del momento en que una insurreccion imprevista y repentina hallaba al gobierno desapercibido para atajarla.

Atendidas estas razones, acordóse que el cuerpo de ejército adelantaria hácia Glascow para desalojar al regimiento de lord Ross y las reliquias del de Claverhouse, que se habian retirado allá; que Enrique Morton y algunos otros jefes tomarian el

mando, y que Burley permaneceria delante de Tillietudlem, con quinientos hombres para bloquear el castillo, y recibir los refuerzos que no dejaban de llegar continuamente.

A Enrique no le gustó absolutamente esta disposicion. Dijo á Burley que tenia los mas poderosos motivos para desear permanecer delante de Tillietudlem, y que si querian confiarle el bloqueo, no dudaba realizar un tratado, que sin ser riguroso para los sitiados, dejaria completamente satisfecho el ejército.

Burley adivinó fácilmente los motivos que movian á su jóven colega. Estaba interesado en conocer á fondo el carácter y las disposiciones de sus compañeros de armas, y habia sabido por la vieja Mausa cuáles eran las relaciones de Enrique con algunos de los habitantes del castillo.

—Eres poco discreto, oh jóven, le dijo, en querer sacrificar la santa causa á tu amistad para con un filisteo, y á tu pasion por una moabita.

—No comprendo lo que quereis decir con eso, señor Burley, y esas alusiones me disgustan... No sé qué motivos podeis tener para acriminarme de ese modo.

—Confiesa la verdad; concédeme que quisieras velar por la seguridad de los habitantes del castillo con la solicitud de una madre para con sus hijos, mas pronto que hacer triunfar en el campo de batalla la bandera de la iglesia presbiteriana de Escocia.

—Si quereis decir que antepusiera yo terminar esta guerra sin derramamiento de sangre á adquirir gloria y autoridad á costa de la vida de mis conciudadanos, lo habeis acertado.

—Y no me equivoco en pensar que no escluirias de esta pacificacion general á tus amigos de Tillietudlem.

—A la verdad, es mucho lo que debo al mayor Bellenden, para no desear serle útil en cuanto me lo permita el interés de la causa que he abrazado; jamás he ocultado mis sentimientos en esta parte.

—Lo sé; pero aun cuando hubieses querido ocultármelos, no lo consiguieras. Oyeme ahora; Miles Bellenden tiene víveres para un mes.

—Os engañais. Sabemos que sus provisiones no pueden durar mas allá de una semana.

—Así se dice; pero yo tengo una prueba de que él mismo ha esparcido esta voz para persuadir á los soldados que hay que reducir la racion, todo con la mira de hacer durar el sitio hasta que haya recibido los socorros que aguarda.

—¿Y por qué no disteis esa noticia al consejo de guerra?

—¿Y á qué fin?... ¿No sabes que Kettledrumle y Poundtext son incapaces de guardar sigilo sobre ningun asunto de los que allí se tratan? El ejército está desalentado, solo con pensar que tendrá que pasar ocho dias delante de este castillo: ¿qué seria si llegaba á saber que los ocho se han de alargar hasta treinta?

—¿Pero por qué me lo habeis ocultado á mí? ¿ó por qué me lo decis ahora? Pero ante todo ¿qué pruebas teneis?

—Aquí están, dijo friamente Burley; y puso en sus manos un gran número de requisiciones enviadas por el mayor para suministrar al castillo granos, ganado y forrajes.

La cantidad era tal, que Morton no pudo menos

de persuadirse que efectivamente el castillo se hallaba provisto para mas de un mes; pero Burley se guardó muy bien de añadir aquello de que estaba perfectamente informado, y era que la mayor parte de dichas requisiciones no habian tenido cumplimiento, y que los dragones encargados de acarrearlas habian vendido muchas veces en un pueblo lo que acababan de obtener en otro.

—Solo me queda que decirte una circunstancia, añadió Burley viendo que habia ya logrado causar en el ánimo de Morton la impresion que deseaba, y es que poco mas ha tardado en saberlo que yo, pues hasta esta mañana no han llegado á mis manos estos papeles. Ya ves pues que muy bien puedes marchar sobre Glascow para contribuir á la grande obra de la redencion del pueblo; ya estás seguro de que ningun desastre puede acontecer á tus protegidos durante tu ausencia, supuesto que el castillo está provisto, y á mi no me quedará fuerza suficiente para tentar un asalto, y á mas de que el consejo me ordena ceñirme á un bloqueo.

—Pero, dijo Morton, que esperimentaba invencible repugnancia en alejarse de Tillietudlem, ¿por qué no me encargais á mí este bloqueo? ¿por qué no marchais vos sobre Glascow? Esta comision es sin disputa la mas importante y honorífica.

—Por esto mismo he procurado que recayese en el hijo de Silas Morton. Yo soy viejo, no temo los peligros; pero no ambiciono ni timbres ni gloria: mi lugar está ya señalado entre aquellos que todo lo abandonan para obedecer las inspiraciones del Altísimo; pero tu carrera principia apenas; no has probado todavía que eres digno de la confianza que en tí han depositado los jefes del ejército; no

tomaste parte en la batalla de London Hill, porque estabas preso; confióseme á mí el ataque del castillo, y tú solo representaste un papel secundario. Si ahora permanecieses ocioso delante de estas antiguas murallas, cuando te llama á otra parte un servicio mas activo, todo el ejército diria que el hijo de Silas Morton ha desmerecido de su padre.

Resintióse el amor propio de Morton con esta reflexion, y accedió á la distribucion propuesta sin hacer nuevas objeciones. No podia sin embargo desentenderse de cierto impulso de desconfianza, y era muy franco para disimularlo.

—Señor Burley, le dijo, entendámonos bien: vos no os habeis desdeñado de parar vuestra atencion en mis afectos particulares; permitidme pues noticiaros que estoy tan identificado con ellos como con mis principios políticos. Cabe que durante mi ausencia halleis ocasion de halagar ú ofender mis sentimientos. Tened por cierto que sean cuales fueren las consecuencias de nuestra empresa, vuestra conducta en esta ocasion os merecerá mi eterna gratitud ó mi implacable resentimiento; sea cual fuere el estado de mi juventud y de mi esperiencia, sabré encontrar amigos que me ayudarán á acreditaros uno y otro estremo.

—¿Es eso una amenaza? dijo Burley en tono frio y altanero: hubieras podido escusarla, porque nunca me han intimidado; pero no quiero darme por ofendido. Vete á desempeñar la comision que se te ha confiado; y suceda aquí lo que quiera durante tu ausencia, tendré á tus protegidos cuanta consideracion sea compatible con la obediencia debida á las órdenes de un dueño que no reconoce superior.

Morton tuvo que contentarse con este ofrecimiento harto ambiguo.

—Si quedamos vencidos, discurrió, el castillo será socorrido antes de tener que rendirse á discrecion; si vencemos, confío, segun el número de los que componen el partido moderado, que tendré tanto valimiento como Burley para hacer preponderar mi dictámen.

La mañana siguiente púsose el ejército en marcha hácia Glascow. No pretendemos dilatarnos mucho refiriendo todos los incidentes de esta guerra, que pueden hallarse por estenso en la historia de esta desgraciada época. Bastará decir que habiendo sabido lord Ross y Claverhouse que iban á ser atacados por una fuerza superior, se atrincheraron en el centro de la ciudad, resueltos á aguardar á los insurgentes, y no abandonarles la capital de la Escocia occidental.

Los presbiterianos se dividieron en dos grupos para realizar el ataque; pero fué imposible que su ciego valor resistiese á las ventajas reunidas de la disciplina y de una escelente posicion. Ross y Claverhouse habian colocado soldados en todas las casas de la calle por donde habian de pasar los insurgentes, para llegar al centro de la ciudad, construyendo varias trincheras con carros y cadenas de hierro; de modo que conforme iban avanzando los presbiterianos, iban disminuyendo sus filas con el fuego de enemigos invisibles contra los cuales no podian defenderse. En vano Morton y los demás jefes hicieron mil esfuerzos para empeñarlos á allanar estos obstáculos; el terror se habia apoderado de ellos, y huyeron casi sin haber combatido.

Morton fué de los últimos en dejar el campo;

mantuvo el órden en la retirada, logró reunir algunos fugitivos con los cuales contuvo destacamentos enemigos que empezaban á perseguirlos, y sin embargo, cúpole el sentimiento de oir decir á algunos de los soldados que primero echaron á correr, que la causa de este descalabro era haber puesto á su cabeza un jóven que no estaba iluminado con inspiraciones celestiales, y que solo albergaba conceptos mundanos, y á que á haberlos mandado Burley, habrian vencido como en el ataque de las estacadas de Tillietudlem.

Herviale la sangre á Enrique al oir tan injustas reconvenciones; pero esto le convenció mas de que hallándose empeñado en esta peligrosa empresa, no le quedaba mas recurso que vencer ó morir.

—No puedo cejar, dijo para sí; pero obliguemos á todo el mundo, hasta á Edita, hasta al mayor Bellenden, á confesar cuando menos que el valor de Morton, á quien tratan de rebelde, no desmerece del de su padre.

Reinaba tan poca disciplina en el ejército, y hallábase tras esta retirada, en tal estado de desorganizacion, que los jefes miraron por prudente alejarse algunas millas de Glascow, para tener tiempo de restablecer en las filas todo el órden que en ellas cabia.

Esta desgracia no fué un estorbo para que dejasen de llegarles continuamente numerosos refuerzos, porque la noticia de la victoria de London-Hill, electrizaba todos los ánimos, y no habia mediado aun el tiempo necesario para que la voz de la derrota que acababan de sufrir circulase entre los nuevos reclutas: los que profesaban principios mo-

derados se agregaban á la division de Enrique; pero este notaba con desagrado que todos los dias iba perdiendo mas la opinion con los que se entregaban á la exageracion fanática de los puritanos. Sus sentimientos de tolerancia eran calificados de indiferencia á la causa del Altísimo; las prudentes precauciones que tomaban por la seguridad del ejército, se tildaban de confianza impía en los recursos humanos; disfrutaba por fin menos reputacion que los jefes en quienes un celo ciego y reprensible suplia los conocimientos y que dispensaban á los soldados de la disciplina y de la subordinacion, como albergasen sentimientos exagerados y un bárbaro entusiasmo.

A pesar de esto, todo el peso principal del mando recaia en Morton; pues sus colegas, sabedores de que el encargo de restablecer el órden y la disciplina no es lo que mas hace apreciar á un jefe por sus soldados, se lo abandonan de buena gana. Tuvo pues que vencer muchos obstáculos, y sin embargo hizo tales esfuerzos, que en el espacio de tres dias logró reponer las tropas en un pié bastante respetable, y creyó poder hacer una nueva tentativa sobre Glascow. Deseaba ardientemente llegar á las manos con Claverhouse, porque le consideraba como la persona cuya persecucion le habia obligado á tomar partido, sin que tal fuese su objeto, con una gente cuya conducta no podia aprobar, sin embargo de coincidir en parte con sus sentimientos; pero no pudo conseguirlo. El ejército de los insurgentes entró en la ciudad sin obstáculo; lord Roes y Claverhouse la habian desocupado, y los presbiterianos tomaron posesion de ella sin disparar un tiro.

Esta retirada contribuyó á aumentar considerablemente el ejército insurgente. Hubo que nombrar otros oficiales, organizar nuevos regimientos, acostumbrarlos á la disciplina militar; y todo este trabajo cargó tambien sobre las espaldas de Morton. Desempeñólo perfectamente, porque su padre le habia enseñado en su tierna edad la teoría del arte militar; y veia por otra parte que si no tomaba sobre sí tan importante comision, ninguno de los otros jefes tenia voluntad para hacerlo, ni los conocimientos necesarios para llevarlo á cabo.

Nuestros lectores habrán seguramente estrañado que lord Ross y Claverhouse, despues de haber logrado defender á Glascow contra los insurgentes, abandonasen tan ligeramente la empresa; pero su retirada no fué efecto de su propia deliberacion; verificáronla por órdenes superiores que recibieron: pues habiendo llegado á noticia del consejo privado el carácter imponente que empezaba á tomar la insurreccion, resolvió reunir en Edimburgo las pocas tropas que se hallaban en Escocia, para proteger la capital, debiendo formar parte de ellas el regimiento de guardias y el de lord Ross.

Entre tanto la noticia de la revolucion habia llegado á la córte de Inglaterra. Todos se admiraron de que el gobierno establecido en Escocia no hubiese sabido ahogarla en su orígen: dudóse de su capacidad, empezóse á creer que el sistema de severidad que se habia adoptado no era el mas adecuado para conciliar los ánimos, y resolvióse, por fin, confiar la comandancia general del ejército de Escocia, al duque de Monmouth, que, por su matrimonio, habia adquirido mucho influjo en el Mediodía de este país. Juzgáronse necesarios, para

sujetar á los rebeldes, los conocimientos militares de que habia dado repetidas pruebas en el continente, el paso que la blandura y bondad de su carácter podia contribuir á sosegar los ánimos y á inspirarles sentimientos mas favorables al gobierno. El duque aceptó pues una comision que le daba plena facultad de arreglar los asuntos de Escocia, y partió de Lóndres con numerosas fuerzas para tomar el mando del ejército.

CAPÍTULO XXV.

Hubo por ambas partes, por espacio de muchos dias, una suspension de operaciones militares. Los insurgentes querian reforzar y disciplinar el ejército antes de acometer empresas mas importantes; y el consejo privado, esperando la llegada del nuevo comandante, se ceñia á las providencias necesarias para impedir á los presbiterianos marchar sobre la capital. Con este objeto habian estos establecido un campo en Hamilton, punto céntrico, favorable para recibir refuerzos, defendido por el Clyda, rio rápido y profundo, que solo se puede atravesar por un puente muy largo y angosto que se halla cerca del castillo y villa de Bothwell.

Mientras Morton se ocupaba en desempeñar sus encargos, habia recibido muchas veces noticias de Burley. Decíale siempre, en términos generales, que el castillo de Tillietudlem se sostenia aun; pero

no queriendo permanecer por mas tiempo en la incertidumbre sobre un negocio tan interesante para él, resolvió participar á sus colegas el deseo que tenia de ir á Milnwood por un par de dias, á fin de arreglar sus negocios domésticos, ó por mejor decir, tomó el partido de desembarazarles su determinacion en esta parte, no viendo razon alguna que le impidiese tomarse una libertad que se permitian otros muchos en este mal disciplinado ejército.

Su proyecto fué desaprobado; sobrado conocian todos la utilidad de los servicios de Morton, para no temer verse privados de ellos, aunque fuese por pocos dias; pues cada uno reconocia en su interior su incapacidad para reemplazarle. Sus colegas no pudieron sin embargo imponerle leyes mas severas de las que guardaban ellos mismos: y por lo tanto púsose en camino sin hallar oposicion notable.

El reverendo Poundtext se aprovechó de esta ocasion para ir á visitar su curato de Milnwood, y fué compañero de viaje de Morton. Como todo el pais que tenia que atravesar se habia declarado en su favor, escepto algunos señores que estaban bien encerrados en sus castillos, no les ocurrió accidente alguno, siendo así que no llevaba Morton mas que al leal Cuddy en su compañía.

Era casi de noche cuando llegaron á Milnwood; Poundtext se despidió de sus compañeros, y se encaminó á su curato, que se hallaba á cosa de media milla del castillo de sir David.

Enrique llamó á la puerta de su tio, pero ya no con la timidez de un jóven receloso y lleno de ideas aflictivas de dependencia; resonaron en la casa los repetidos aldabazos, y Alison, corriendo

desde luego y entreabriendo la puerta con precaucion, retrocedió atónita algunos pasos viendo el uniforme de Enrique y la pluma que tremolaba en su sombrero.

—¿Dónde está mi tio, Alison? dijo Morton sonriéndose al verla tan medrosa.

—¡Oh, Dios!... ¡señor Enrique!... ¡sois vos! no es posible: me parece que habeis crecido en estos quince dias. Ahora, ahora si que pareceis todo un hombre.

—Sin embargo, soy el mismo, Alison; sin duda mi vestido me hace aparecer mas alto á vuestros ojos, y vivimos en unos tiempos que cambian prontamente los niños en hombres.

—¡Ay! ¡qué desgraciados tiempos, señor Enrique! ¿Por qué habian de alcanzaros tambien á vos sus efectos? Pero, ¿quién podia impedirlo? Por otra parte, no se os daba aquí muy buen trato; ya se lo decia yo mil veces al tio: aunque manso tu sabueso, no le muerdas en el beso.

—Vos érais siempre mi defensora, Alison, porque queriais tener sola el derecho de regañarme. ¿Pero por dónde anda mi tio?

—En Edimburgo. Se fué allá con todo lo que se pudo llevar, creyendo que lo tendria mas seguro que por acá; ya le conoceis tan bien como yo.

—Cuento que disfrutará de cabal salud.

—Ni en su salud ni en su hacienda ha habido quebranto; pero ¡ha tenido un miedo!... Llevóse consigo tres carros cargados, y caso que, á ser posible, hubiera demolido el castillo para llevárselo tambien. Partió al otro dia de la batalla de London-Hill, é hizo muy bien. ¡Qué sentimiento no hubiera

sido el suyo, á permanecer dos horas mas aquí, viendo que dos dragones de la guarnicion de Tillietudlem se llevaban sus dos vacas! Es verdad que el mismo dia hice una escelente compra de otras cuatro casi por nada.

—¡Una escelente compra!... ¡no os entiendo!

—¿No sabeis eso? Los dragones iban por todas partes á recoger provisiones para el castillo; pero vendian con una mano lo que cogian con la otra, y de este modo pude adquirir las cuatro vacas por seis piezas de oro. ¡Ah! estoy bien segura de que el mayor Bellenden solo ha recibido una pequeña parte de todo lo que tomaron en su nombre.

—Si eso es cierto, ¿habrán de escasear las provisiones en el castillo?

—¿Quién lo duda?... Dicen que están muriendo de hambre.

—Burley me ha engañado, esclamó vivamente Enrique; me ha engañado á sabiendas. Yo no puedo permanecer mas tiempo aquí; mistress Wilson, tengo que partir ahora mismo.

—¡Cómo, señor Enrique!... dijo la buena ama de llaves, ¿no entrareis para comer un bocado?... Ya sabeis que siempre tengo alguna cosa reservada para los amigos.

—Es imposible; Cuddy, ensilla los caballos.

—Empiezan á comer la avena, señor.

—¡Cuddy!... esclamó Alison. ¡Cómo! ¿habeis tomado por criado á esa ave de mal agüero? El y la bruja de su madre son la causa de lo que os ha sucedido.

—Vamos, señora, vamos, dijo Cuddy, fuerza es saber olvidar y perdonar. Mi madre canta salmos

en Glascow; por lo tanto ya no os incomoda mas; yo estoy sirviendo al capitan, y me lisonjeo que desde que le cuido no tiene menos carnes que cuando lo teniais á vuestro cargo. O si no decidme: ¿le habeis visto nunca mas gallardo que ahora?

—A fé mia, hablando en plata, respondió la vieja echando una mirada complacida á su jóven señor, es buen mozo. Pero nunca llevásteis una corbata tan hermosa como esa... no... no he sido yo quien la bordó.

—Bien lo creo, dijo Cuddy; es de mi hechura y se acuerda de lord Evandale.

—¡De lord Evandale! ¿de aquel á quien los presbiterianos van á ahorcar mañana por la mañana?

—¡Cómo! ¡ahorcar á lord Evandale!... esclamó Morton vivamente agitado.

—Pues, dijo Alison, anoche hizo una... una... ¡vágame Dios! ¿cómo se llama? una salida con sus dragones para agenciarse víveres; pero los soldados tuvieron que retirarse, y él fué hecho prisionero. Pues señor, Burley mandó levantar una horca tan alta como aquella en que colgaron á Aman; y ha dicho que si el castillo no se rendia mañana por la mañana... á discrecion...

—A discrecion, dijo Cuddy.

—Pues bien, á discrecion, como se quiera, lord Evandale seria ahorcado: pero vamos, entrad, señor Enrique; esto no ha de ser causa para que no comais.

—¡Los caballos, Cuddy, los caballos! no hay que perder un instante.

Y desoyendo todas las instancias de Alison, púsose en marcha inmediatamente.

Morton no dejó de detenerse en casa de Poundtext, y le empeñó á seguirle al campo.

El venerable ministro habia vuelto á tomar por aquel dia sus hábitos pacíficos. Con una pipa en la boca y una azumbre de cerveza delante, estaba apoyado en una mesa, hojeando un tratado antiguo de teología.

Le venia algo cuesta arriba dejar lo que llamaba sus estudios para ponerse en camino al anochecer, cansado como estaba del trecho que habia andado; pero cuando supo de qué se trataba, orilló, aunque suspirando, el proyecto que habia formado de pasar en su casa una velada tranquila, y pensó como Morton, que por mas que pudiese convenir á las miras particulares de Burley imposibilitar una reconciliacion entre los presbiterianos y el gobierno, dando la muerte á Evandale, el interés del partido moderado estaba diametralmente opuesto á esta medida.

Por otra parte, Poundtext, haciéndole la justicia que merece, nunca se habia mostrado parcial de los medios estremados, ni de acto alguno de violencia que no pareciese autorizar la necesidad.

Oyó pues con mucha complacencia los raciocinios con los que procuró demostrarle Morton la posibilidad de que lord Evandale fuese el mediador de la paz, bajo las condiciones muy razonables, y entró en todos sus planes.

Eran las once de la noche cuando llegaron á un lugarejo situado cerca del castillo de Tillietudlem, donde Burley habia establecido su cuartel ge-

neral. Detúvoles un centinela al entrar; pero habiéndose nombrado y dádose á conocer á un oficial, hiciéronse acompañar á la habitacion de Burley. Pasaron por delante de una casa, cuya puerta custodiaba una guardia bastante numerosa, y enfrente de ella se habia alzado una horca de altura desmedida que se podia ver desde el castillo. Este aspecto confirmó la relacion de mistress Wilson, y les dió á entender que Evandale se hallaba allí preso.

Burley estaba sentado con sus armas colocadas sobre una mesa inmediata para poder cogerlas á la primera alarma. Luego que vió entrar á sus dos colegas, levantóse precipitadamente como sorprendido.

—¿Qué es lo que os trae aquí? esclamó; ¿teneis que darme malas nuevas del ejército?

—No, respondió Morton; pero se nos dice que por aquí están pasando cosas que podrian comprometer su seguridad. ¿Lord Evandale está preso?

—El cielo le ha puesto en nuestras manos.

—Y traeis intento de valeros de la ventaja que el cielo os ha concedido, para tiznar nuestra causa á vista de toda la nacion dando muerte á un prisionero?

—Si el castillo de Tillietudlem no se ha rendido á discrecion mañana al rayar el alba, respondió Burley, ó yo pereceré, ó morirá en el suplicio á que su jefe, el infame Claverhouse, condenó á tantos mártires.

—Nosotros hemos tomado las armas, dijo Morton, para poner fin á estas crueldades, no para remediarlas, y aun menos para vengar en el ino-

cente los delitos del culpado: ¿qué ley puede justificar la atrocidad que intentais cometer?

—¿Tú lo ignoras? respondió Burley; pregúntalo á tu compañero: la misma que entregó al filo del acero de Josué los habitantes de Jericó.

—Nosotros vivimos bajo mejor ley, dijo el ministro; ella nos manda hacer bien por mal, y rogar por los que nos persiguen.

—Es decir, ¿tu chochez, añadió Burley, mirándole de reojo, se ha aunado con la fogosidad de ese mozo para atajar mis proyectos en esta ocasion?

—Ambos tenemos en el ejército, replicó Poundtext, la propia autoridad que tú, y no permitiremos que se toque al prisionero un hilo de la ropa. ¡Quién sabe si Dios le convertirá en instrumento para cicatrizar las llagas de Israel!

—Siempre juzgué que así sucederia, esclamó Burley, cuando vi elegir para el consejo hombres como tú.

—¡Hombres como yo!... repitió el ministro: ¿y quién soy yo para que tú te atrevas á hablarme así? ¿no he guardado mi rebaño del furor de los lobos por espacio de treinta años, mientras que Burley peleaba con los filisteos? ¿quién soy yo?... habla...

—Voy á decírtelo, ya que te empeñas en saberlo. Tú eres uno de aquellos hombres que quieren coger donde no han sembrado, disfrutar del botin sin haber tomado parte en la batalla, que posponen á su provecho particular el bien general de la Iglesia, y que prefieran recibir salario de los paganos, antes que imitar la noble conducta de

aquellos que todo lo han abandonado para sacrificarse por la buena causa.

—Yo te diré tambien quién eres tú, gritó Poundtext vivamente irritado; tú eres uno de aquellos entes cuyas disposiciones sanguinarias y desapiadadas son el baldon de la Iglesia afligida de este desgraciado reino, y cuyo desenfreno y crueldad serán causa de que la divina Providencia niegue su proteccion á nuestra santa y gloriosa empresa.

—¡Señores, señores, por Dios! dijo Morton, orillad esa conversacion; y vos, señor Burley, tened la bondad de decirnos si verdaderamente habeis pensado disponer la muerte de lord Evandale, cuando á nosotros nos parece que su libertad podria ser provechosa al bien general del pais.

—Aquí sois dos contra uno, respondió Burley, pero presumo que no os negareis á aguardar que esté reunido el consejo en su mayoría para tomar una determinacion sobre este punto.

—No nos negaríamos á ello, dijo Morton, si pudiésemos tener confianza en el actual depositario del poder; pero á vos os consta, añadió clavándole la vista, que ya me habeis engañado relativamente á la situacion del castillo.

—¡Bah! dijo Burley en tono de desprecio, tú no eres mas que un jóven insensato, que por los ojos negros de una linda moza venderias tu fidelidad y tu honor, y olvidarias lo que debes á tu pátria y al mismo Dios.

—¡Burley! esclamó Morton echando mano á su sable, tales proposiciones exigen una satisfaccion.

—Te la daré siempre que sea de tu gusto, respondió Burley corriendo á apoderarse de sus armas.

Poundtext se interpuso á su vez, y habiéndoles hecho presente los fatales resultados que semejante enemistad podria acarrear á la buena causa; logró realizar una especie de reconciliacion.

—Pues bien, dijo Burley, haced de Evandale lo que gusteis: yo me lavo las manos; no entiendo salir responsable de las resultas. Yo soy quien le hizo prisionero con las armas, mientras que vos, Morton, pasábais revista y mandábais paradas en Glascow; y vos, señor Poundtext, predicábais en vuestros sermones una tolerancia contraria á las sagradas letras: no importa, lo repito: haced de él lo que gusteis. Dingwall, continuó llamando á un oficial que le servia de edecan y que dormia en un aposento inmediato al suyo, mandad á la guardia encargada del prisionero que se deje relevar por la que el capitan Morton envie al efecto. El prisionero queda á vuestra disposicion; pero no olvideis que vendrá dia en que tendreis que dar terrible cuenta á Dios y á los hombres de lo que estais practicando.

Al decir estas palabras volvióles la espalda y entró disparadamente en otro cuarto sin darles las buenas noches.

Sus dos colegas, despues de un instante de meditacion, juzgaron que la prudencia exigia afianzar la vida del prisionero, confiando su custodia á una guardia con cuya fidelidad pudiesen contar. Habian quedado con Burley algunos feligreses de Poundtext para retardar todo el tiempo posible el ausentarse de sus familias; eran mozos activos, diestros, partidarios de los principios moderados de los presbiterianos, y que todos conocian y eran adictos á Enrique Morton.

De estos escogió seis, puso á su frente á Cuddy, colocóles á la puerta de la casa donde lord Evandale estaba preso, y habiendo hallado un aposento en una choza inmediata, encargóles que le informasen de cuanto aconteciera, y retiróse allá con Poundtext.

No pensaron sin embargo en descansar hasta haber redactado de comun acuerdo un escrito con las pretensiones de los presbiterianos moderados. La principal era la tolerancia de su religion, el permiso de tener ministros de su creencia y de oir sus pláticas é instrucciones en los templos; finalmente, una amnistía general para todos los que habian tomado las armas por esta causa.

Esto, á su modo de pensar, no era mas que pedir el libre ejercicio de los derechos naturales de los escoceses, y se prometian hallar, aun entre los realistas mas exaltados, intercesores por una concesion que haria deponer las armas á muchísimos insurgentes, y no dejaria á los demás ningun fundado motivo para conservarlas.

El carácter blando, humano y conciliador del duque de Monmouth, á quien Cárlos II acababa de confiar la comandancia de Escocia, era lo que mas esperanzaba á Morton de que estos preliminares de paz serian benignamente acogidos. Constábales á todos que el duque no traia á este pais ningun anhelo de venganza, ni aun disposiciones desventajosas á los presbiterianos, pues hacia gala de decir que mas aspiraba á la gloria de pacificar la Escocia que á la de subyugarla.

Parecíale pues á Morton que lo único que necesitaba para interesarle en su favor y alcanzar justas condiciones de paz, era poder hacerle pre-

sentar las propuestas por un hombre respetable en quien no se sospechasen miras de proteger á los presbiterianos; y no hallaba otro mas adecuado que lord Evandale para desempeñar esta comision pacífica.

Resolvió pues hablarle la mañana siguiente, y asegurarse de él si querria aceptar el honorífico encargo de reconciliador; pero un accidente imprevisto le obligó á acelerar la ejecucion de su proyecto.

CAPÍTULO XXVI.

Poundtext se habia retirado á un cuarto inmediato, y dormia ya á pierna suelta. Morton acababa de poner en limpio el proyecto de condiciones de paz que habian acordado entrambos, é iban tambien á tomar algun descanso, cuando oyó llamar á la puerta.

—Adelante, dijo Morton; ¿qué me quereis?... ¿hay novedad?...

—No, señor Enrique; pero tengo la honra de presentaros cierta persona que desea hablaros, una amistad antigua; y abriendo enteramente la puerta introdujo á una mujer que tenia cubierto el rostro con su plaid. Vamos, adelante; ¿á qué ese rubor?... Parece que no conoceis al señor Enrique; y al mismo tiempo, tirando el plaid, descubrió las facciones de Jenny Denison á su amo, que la reconoció al punto. Y bien, muchacha, hablad, decid

al señor Enrique lo que queriais decir á lord Evandale.

—¿Qué queria yo decir al señor Morton, respondió Jenny, cuando fuí á visitarle en el cuarto donde le tenian preso? No cabe desear ver á los amigos cuando padecen, sin tener cosa particular que decirles, cabeza destornillada.

Jenny dió esta respuesta con su acostumbrada volubilidad; pero la voz le faltaba; notábase la palidez de sus mejillas; caian lágrimas de sus ojos; temblaban sus manos, y toda ella daba muestras de una agitacion estraordinaria.

—¿Qué teneis, Jenny? .. ¿En qué puedo serviros? No he borrado todavía de mi memoria que os debo mas de un favor; y si puedo seros útil, no temais de mí un desaire.

—Muchas gracias, señor Enrique; me consta que siempre habeis tenido buen corazon, por mas que se diga que ahora habeis variado mucho.

—¿Y qué es lo que se dice de mí, Jenny?

—Se dice que vos y los presbiterianos habeis jurado derribar al rey Cárlos de su trono, y que ni él ni sus descendientes, de generacion en generacion, nunca, nunca podrán sentarse en él; que abrasareis todas las iglesias que no son presbiterianas, y que...

—¿Seria posible que mis amigos formasen tan mal concepto de mí? Yo no pido mas que la libertad de conciencia para nosotros, sin quererla arrebatar á los demás. En cuanto á los habitantes del castillo, todo mi ahuelo se cifra en hallar ocasion para convencerles de que todavía conservo por ellos los mismos sentimientos, la misma amistad.

—Dios os pague tan buen modo de pensar, dijo Jenny deshaciéndose en lágrimas; pero muy pronto no tendrán necesidad de la amistad de nadie, porque ya no hay en el castillo ni un solo pedazo de pan ni otro bocado.

—¡Será posible! esclamó Morton. Ya pensaba yo que no nadaban en la abundancia; ¡pero el hambre!... ¿Y el mayor?... ¿y esas señoras?...

—Han sufrido como nosotros, respondió Jenny; han partido con su familia hasta el último bocado. Ocho dias hace que no se come mas que una vez al dia; ¡y sabe Dios qué comida!

La languidez del rostro de la pobre muchacha era prueba de que no exageraba.

—Sentáos, dijo Morton obligándola á aceptar la única silla que se hallaba en el aposento; y paseándose á grandes pasos como fuera de sí: ¿quién habia de creerlo? esclamó; ¡pérfido! ¡mentiroso! ¡aborto de inhumanidad! ¡detestable fanático!... Cuddy, anda, trae al momento comida, vino, cuanto puedas encontrar.

—¿Vino? dijo Cuddy entre dientes; un vaso de whisky seria bastante para ella; nadie, nadie creeria que habia tal escasez de provisiones en el castillo, el verla arojar por las ventanas marmitas llenas de sopa.

Tan débil y afligida como estaba Jenny, no pudo menos de reirse con esta alusion; pero su momentánea jovialidad fué seguida de un diluvio de lágrimas.

Morton reiteró sus órdenes á Cuddy con un tono que no admitia réplica; y cuando hubo partido:

—Supongo, dijo á Jenny, que habeis venido por

órden de miss Edita para ver á lord Evandale. ¿Qué es lo que ella desea? Sus insinuaciones serán órdenes para mí.

Jenny pareció discurrir un instante.

—Vos sois un amigo tan íntimo, díjole entonces, que no puedo menos de tener confianza en vos y de deciros la verdad.

—Estad segura, Jenny, añadió Morton viendo que titubeaba todavía, de que el mejor medio de complacer á la señorita es hablarme con franqueza.

—Pues bien: ya sabeis que de ocho dias á esta parte nos morimos de hambre. El mayor asegura todas las mañanas que está esperando socorro en aquel dia, y jura que no entregará el castillo hasta despues de haberse comido sus botas viejas, y ya os acordareis que las suelas son muy recias. A los dragones, tras la vida regalada á que han estado acostumbrados por espacio de tanto tiempo, les viene muy cuesta arriba el ayunar, y aun mas el morirse de hambre. Desde que han hecho prisionero á lord Evandale, ya no quieren escuchar á nadie, y me consta que Inglis tiene formado el proyecto de entregar á Burley el castillo, y á nosotros y todo, como se comprometa á salvar la vida á él y á sus camaradas.

—¡Miserable! esclamó Morton; ¿y por qué no pedia igual gracia para todos los que se hallan en el castillo?...

—Es que teme, pidiendo mucho, no alcanzar nada. Burley mandó ya ahorcar á dos dragones que pilló el otro dia, y ha jurado no dar cuartel á nadie; de modo que Inglis quisiera librarse del dogal, y allá se las hayan los demás.

—Y vos veniais á participar á lord Evandale esta funesta noticia?

—Sí, señor Enrique; Holliday me lo ha contado todo, y me ha ayudado á salir del castillo, para que viniese á ponerlo en noticia de lord Evandale, si acaso se me proporcionaba poderle ver.

—¿Pero qué puede hacer estando preso?

—Es verdad; pero puede tratar por nosotros; puede darnos algunos buenos consejos; puede enviar órdenes á sus dragones; puede...

—Escaparse de la prision, dijo Morton sonriéndose, si acaso os es posible facilitarle los medios.

—Aun cuando fuese así, respondió Jenny con resolucion, no seria esta la primera vez en que hubiera procurado ser útil á un infeliz preso.

—No lo ignoro, Jenny, y mucho sentiria haberlo olvidado. Pero aquí está Cuddy que llega con provisiones: tomad algun alimento, y yo me encargo de vuestra comision para lord Evandale

—Habeis de saber, señor Enrique, dijo Cuddy al llegar, que esa buena pieza, esa Jenny Denison, procuraba cohechar á Tom Rand, que está de centinela á la puerta de lord Evandale, para obtener el permiso de verle; pero no sabia que yo le iba á la zaga.

—Sí, valiente miedo me has dado cuando me has cogido, dijo Jenny dándole un papirote en una oreja; ¡á no ser uno de mis antiguos amigos, picaron!

Dejemos á Jenny mientras toma algun alimento, de que tenia verdadera necesidad, y se reconcilia con su antiguo amante, y sigamos á Enrique, que embozado en su capa, bajo la cual llevaba su sable

y dos pistolas, se encaminó hácia la casa donde estaba preso lord Evandale.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó al llegar á los centinelas.

—Nada ha ocurrido de particular, dijo uno de los dos, á no ser la muchacha que ha arrestado Cuddy, y dos mensajeros que Burley acaba de enviar á Macbriar y Kettledrumle, y que andan recorriendo estas comarcas para reclutar gente.

—Sin duda, dijo Morton aparentando un aire de indiferencia, para empeñarlos á volver al campamento.

—Así dicen, respondió el centinela con quien habian hablado los mensajeros.

—¡Oigal pensó Morton, quiere afianzarse una mayoría en el consejo, para hacer sancionar todos los actos de barbárie y atrocidad que le dará la gana de cometer. No hay remedio; es fuerza que me dé prisa, ó se malogra la ocasion.

Entró en el cuarto donde habian encerrado á lord Evandale, y le encontró aherrojado y tendido sobre un jergon de paja. Levantóse luego que oyó entrar á Morton, y ofreció á su vista facciones tan desfiguradas por la pérdida de sangre que le ocasionaron sus heridas, y por la falta de descanso y alimento, que hubiera sido difícil reconocer en él al jóven oficial rebosando vigor y sanidad que tan valerosamente combatiera en la accion de London-Hill. La escasa luz de una lámpara iluminaba el aposento. Conoció á Morton, y manifestó alguna sorpresa al verle.

—¡Cuánto siento hallaros en este sitio, milord! le dijo Enrique.

—Tengo entendido, señor Morton, respondió el

prisionero, que sois aficionado á la poesía; en este caso, es regular que os acordeis de estos versos.

No hacen temer las prisiones
Cerrojos y oscuridad,
Pues en ciertas ocasiones
Son pacíficas mansiones
De descanso en libertad.
Si en ellas el delincuente
No halla reposo ni calma,
El perseguido inocente
Suele hallar frecuentemente
La paz dichosa del alma.

A mas de esto, aunque fuese tratado con mayor barbárie, seria un mal muy corto, porque ha de terminar mañana por la mañana.

—¿Con la muerte? esclamó Enrique.

—Sin duda; no tengo otra esperanza; vuestro compañero Burley me lo ha mandado intimar así: y como ya ha teñido sus manos en la sangre de muchos de mis soldados que por su clase merecian indulto, yo que no tengo los mismos derechos á su clemencia, no debo esperar que quiera hacerme gracia de la vida.

—Pero el mayor Bellenden puede entregar el castillo para salvárosla.

—No lo hará mientras le quede un hombre para defender la plaza, y pueda suministrarle algun alimento para que no perezca de hambre. Conozco su resolucion en esta parte: es digna de él, y sentiria que la variase por causa mia.

Morton se apresuró entonces á informarle de las

noticias que acababa de darle Jenny. Lord Evandale apenas podia creerlo.

—Ya sabia que las provisiones se agotaban, dijo; pero que mis soldados hayan podido concebir la idea de agenciarse su salvacion, poniendo en manos del enemigo el castillo y todos los que le habitan, esto no me lo hubiera figurado nunca... Pero ¿qué hay que hacer?... ¿cómo se evitará esta desgracia?

—Oid, milord, dijo Morton; yo creo que os encargareis sin repugnancia de ser portador del ramo de olivo, negociando la reconciliacion entre nuestro augusto amo, S. M. el rey Cárlos II, y esta porcion de sus vasallos, á quienes la necesidad, y no el amor á la rebeldía, ha puesto las armas en la mano.

—Vos haceis justicia á mis sentimientos; pero ¿á qué se encamina ese discurso?

—Permitidme que continúe, milord. Voy á disponer que se os ponga en libertad inmediatamente y se os acompañe al castillo, con el pacto de que se me entregue sin demora. Obrando así, no hareis mas que ceder á la necesidad; ¿cómo podriais defenderle por mas tiempo, careciendo de víveres y con una guarnicion insubordinada? Se os dará un salvoconducto para vos y cuantos quieran seguiros, ya sea para pasar á Edimburgo ó á donde se encuentre el duque de Monmouth. Los que se aferren en quedarse, cúlpense á sí mismos de la suerte que pueda caberles. Lo único que exijo de vos es vuestra palabra de presentar al duque esta humilde súplica que contiene nuestras justas observaciones; y si se nos concede lo que pedimos, respondo con

mi cabeza de que casi la totalidad de los insurgentes depondrán las armas al punto.

—Señor Morton, dijo lord Evandale despues de haber leido con atencion el escrito que acababa de recibir, no veo que puedan hacerse fundadas objeciones contra tales demandas, y aun me persuado que son conformes á los sentimientos particulares del duque de Monmouth; pero debo hablaros con franqueza: no creo que os sean concedidas á menos que no empeceis por deponer las armas.

—Esto seria confesar que no teniamos derecho para tomarlas, esclamó Morton: no, no confieis que tal hagamos.

—Pues bien, dijo Evándale; yo preveo que contra este escollo se estrellará la negociacion. Sin embargo, habiéndoos manifestado francamente mi modo de pensar, no por eso estoy menos dispuesto á presentar vuestras demandas y á hacer por mi parte todos los esfuerzos imaginables para lograr la reconciliacion que apetecemos.

—Eso es cuanto deseo, dijo Morton; ¿con que aceptais pues el salvoconducto?

—Sí, respondió Evandale; y si no me detengo en manifestar la gratitud que os debo por salvarme por segunda vez la vida, creed que no por eso dejo de sentirla menos vivamente.

—No olvideis que el castillo ha de rendirse al momento.

—Veo la necesidad de hacerlo. El mayor no lograria reducir á la obediencia á los insubordinados, y me estremezco al pensar lo que podria suceder á ese valiente anciano, á su hermana y á su sobrino, si cayesen en manos de Burley, de ese mónstruo sediento de sangre.

—Ya estais libre, dijo Morton; preparaos á montar á caballo; voy á daros una escolta para acompañaros con seguridad al castillo por entre nuestras avanzadas.

Morton, dejando á lord Evandale tan pasmado como gozoso al verse tan impensadamente libre, se apresuró á mandar tomar las armas y montar á algunos soldados con quienes podia contar: Jenny, perfectamente reconciliada con Cuddy, montó en grupa con él. Pronto se oyó el ruido de los caballos debajo de las ventanas de la casa de Evandale. Dos hombres que no conocia entraron en su aposento, quitáronle los grillos, presentáronle su caballo, colocáronle en el centro del destacamento, y todos partieron á trote largo por el camino de Tillietudlem.

Empezaba á rayar la aurora cuando llegaron al castillo: los primeros crepúsculos del dia daban ya en la parte superior de la antigua torre. Detúvose la escolta á alguna distancia, por no esponerse al fuego de la plaza, y lord Evandale se adelantó solo, seguido de Jenny. Conforme se iban acercando, oian en el pátio un ruido que no se avenia con la quietud que reina por lo comun á tal hora de la madrugada: gritaban, echaban pestes, disparábanse pistoletazos; todo indicaba por fin que los revoltosos se disponian á poner en obra su maquinacion.

Lord Evandale se dió á conocer al llegar al portillo. Quiso la casualidad que su guardia estuviese en aquel momento á cargo de Holliday; este hombre, que tenia presente la buena acogida que le dieron en el castillo cuando una herida le obligó á detenerse en él todo un mes, habia mirado con horror la trama de sus camaradas, y ya sa-

bemos que él fué quien aconsejó á Jenny que procurase informar á su capitan, y que le facilitó la salida del castillo.

Luego que oyó la voz de su jefe, dióse prisa en introducirle, y lord Evandale se ofreció á los ojos de sus soldados atónitos como una fantasma del otro mundo.

Los amotinados habian resuelto apoderarse del castillo aquella mañana, para poder en seguida tratar con Burley. Alineáronse todos á un lado del pátio; y del otro el mayor, Harrison, Gudyil y los demás habitantes del castillo de Tillietudlem que se preparaban á hacerles resistencia.

La llegada de lord Evandale cambió la escena. Fuése en derechura á sus soldados, cogió á Inglis por el cuello, y echándole en cara su perfidia, mandó á dos de sus camaradas prenderle y atarle, asegurándoles que su obediencia era el único arbitrio que les quedaba para lograr el perdon. Los soldados obedecieron.

Dispuso en seguida que rindiesen las armas: vacilaron un instante; pero el hábito de la disciplina, y mas aun el concepto en que se hallaban, de que lord Evandale habia sido libertado por los realistas y llegaba con un refuerzo, les determinó á cumplir sus órdenes.

—Recoged esas armas, dijo lord Evandale á Gudyil; no son dignas de empuñarlas gentes que no entiendan mejor el uso que de ellas deben hacer. Reservad la vuestra, Holliday; vuestra conducta os hace acreedor á tal distincion; no dejaré de ponerlo en noticia del coronel, y contad con reemplazar en el grado de sargento á Inglis, que quedará castigado como corresponde. Ahora, dijo á los revol-

tosos, romped filas al punto, utilizad las tres horas de tregua que se nos conceden, y tomad el camino de Edimburgo. Aguardadme todos en Muir. No os recomiendo que huyais de cometer tropelías por el camino, porque estais desarmados, y vuestro propio interés es el mejor garante de vuestra conducta.

Los soldados, desarmados y confusos, partieron del castillo sin chistar, dirigiéndose al punto de reunion que se les habia indicado, y se dieron tanta prisa en llegar, cuanto era el miedo que tenian de encontrar alguna partida de insurgentes ó de paisanos, que hubieran podido desagraviarse á su placer de los malos tratos que de ellos recibieran.

Todo esto se verificó en un instante, y lord Evandale se acercó entonces al mayor, á quien esta escena habia parecido un sueño.

—Y bien, mi querido mayor, es preciso rendir el castillo.

—¿Qué decis, milord? Yo creia, al veros, que nos habian llegado víveres y refuerzos.

—Ni un hombre, ni un bocado de pan.

—Sin embargo, no por eso celebro menos vuestra venida. Informado ayer de que esos miserables tenian resuelto quitaros la vida esta mañana, habia determinado hacer una salida al rayar el dia con toda la guarnicion del castillo, sin que faltara un solo individuo, para libertaros ó perecer juntos; pero al momento de realizar mi proyecto, ese bribon de Inglis tuvo el atrevimiento de decirme á mis barbas que nadie saldria del castillo, y que no habia mas comandante que él. ¿Pero qué haremos ahora?

—No tengo ni siquiera facultad de elegir, mayor; soy prisionero libertado sobre mi palabra, y mi

promesa fué la de pasar á Edimburgo. Es fuerza para vos y las señoras tomar la misma direccion. Gracias al favor de un amigo que conoceis, del señor Morton, tenemos salvoconducto y caballos; no perdamos pues un instante. No cabe que penseis en defender el castillo con solo siete ú ocho hombres y sin provisiones. Ya habeis satisfecho á cuantos exigian de vos el honor y la lealtad; habeis hecho un servicio importante al gobierno, ocupando aquí una porcion considerable de la fuerza de los rebeldes; querer hacer mas seria un acto de desesperacion y de temeridad sin provecho. Vamos á incorporarnos con el ejército inglés que se reune en Edimburgo, que no tardará en marchar sobre Hamilton, y dejemos á los rebeldes tomar por un instante posesion de Tillietudlem.

—Si tal es vuestra opinion, milord, dijo el veterano con un profundo suspiro, me conformaré; sé que sois incapaz de darme un consejo contrario al honor. Gudyil, llevad esta triste noticia á mi hermana y sobrina, y prepárese todo el mundo á partir al momento. Pero si yo creyese, milord, poder ser útil á la causa del rey sosteniéndome mas tiempo en estas antiguas murallas, creed que Miles Bellenden no saldria de ellas mientras corriese por sus venas una sola gota de sangre.

Las señoras se habian ya enterado por Jenny de la conspiracion de los dragones y de la llegada inesperada de lord Evandale. No les costó trabajo decidirse á dejar el castillo; hiciéronse á toda prisa los preparativos de marcha; montaron todos á caballo, hasta la buena lady Margarita, que de veinte años á esta parte no se habia visto en igual apuro, y púsose en marcha la cabalgadura para el Norte

de Escocia, cuando aun la luz del dia no permitia divisar claramente los objetos.

Lord Evandale halló nuevamente la escolta que le habia acompañado al castillo y que aguardaba á que saliese. Una parte de los individuos que la componian le dijeron que tenian órden de no dejarle hasta que estuviese fuera de la línea del campo de los insurgentes, para hacer respetar el salvoconducto de que era portador: los restantes entraron en la fortaleza para tomar posesion de ella, y á los primeros rayos del dia vióse ondear la bandera presbiteriana en la torre de Tillietudlem.

CAPÍTULO XXVII.

La comitiva que salió de los muros de Tillietudlem acababa de trasponer las últimas avanzadas del ejército presbiteriano, dirigiéndose á Edimburgo. Algunos habrán creido que durante este viaje lord Evandale permaneció constantemente al lado de miss Edita. Nada de esto. Despues de haberla saludado, ayudado á montar á caballo, y asegurándose de que nada le faltaba, fuése á reunir con el mayor Bellenden, y formaba con él la retaguardia de la pequeña division. Un hombre á caballo, que parecia mandar la escolta de los rebeldes, muy embozado con una capa que le cubria enteramente, y ocultaba la cabeza con un sombrero de anchas alas coronado por un gran plumero, se colocara junto á miss Edita, y anduvo así por espacio de dos millas, sin hablarla ni una sola palabra.

En una aldea que se encuentra en el camino, á

poca distancia de la última guardia avanzada de los presbiterianos, los criados agenciaron alguna cosa que comer, de que toda la comitiva tenia suma necesidad, y como no quisieron detenerse en un lugar tan inmediato á los enemigos, determinaron hacer alto en un bosquecillo que se descubria á corta distancia.

El forastero, dirigiéndose entonces á miss Bellenden, procurando disfrazar la voz, le dijo temblando y en ademan suplicante:

—Miss Bellenden debe hallar amigos en todas partes donde se dé á conocer, aun entre aquellos cuya conducta desaprueba. ¿Qué pueden hacer todavía para darle una prueba de su respeto, y del sentimiento que tienen de las congojas que padece?

El acento de esta voz fué reconocido al momento por el corazon de Edita. Una involuntaria conmocion se apoderó de todos sus sentidos; pero logró superarla, y no queriendo que el que la hablaba pudiese presumir que le conocia:

—Encargadles, respondió, que respeten las leyes, que no derramen la sangre del inocente, que vuelvan á entrar en su deber, y yo les perdono todo lo que me queda todavía por sufrir.

—¿Acaso teneis por imposible que se hallen en nuestras filas sugetos que aprecian sinceramente el bien de su pátria, y que están convencidos de que cumplen el deber de un buen ciudadano?

—Estoy acostumbrada á la franqueza desde mi infancia: así pues, no os disimularé mis sentimientos. Solo Dios puede leer en lo íntimo de los corazones; los hombres solo por las obras pueden formar juicio de las intenciones de sus semejantes.

La rebeldía contra la autoridad legal, la opresion misma de una sola familia, que, como la mia, corrió únicamente á las armas para defender sus propiedades, son actos que honran muy poco á cuantos toman parte en ellos, sean cuales fueren los especiosos pretestos con que procuran hermosear su conducta.

Los horrores de la guerra civil y las calamidades consecuentes á ella han de pesar tan solo sobre la conciencia de los perseguidores. Estos habian reducido á la desesperacion á cuantos se han armado con el único objeto de defender la libertad civil y religiosa que les concedian las leyes.

—Esto es juzgar la cuestion y no probarla.

—Estoy viendo, dijo el forastero suspirando, que está por demás defender en el tribunal de miss Bellenden una causa contra la cual ha fallado de antemano, acaso porque los individuos que la defienden le son tan odiosos como los sentimientos que profesan.

—Por lo que hace á sus principios, ya os he manifestado mi modo de pensar; en cuanto á los individuos... no los conozco personalmente, á escepcion de uno solo.

—Y acaso este haya influido en el juicio que habeis formado respecto de los demás.

—Muy al contrario; está... ó por lo menos creia en otro tiempo que estaba... ó parecia estar... sin duda dotado de talento y sensibilidad. ¿Puedo yo aprobar una rebelion por cuya causa, un hombre nacido para ser el timbre de su pátria, defenderla é ilustrarla, se halla en el dia asociado con ignorantes fanáticos, hipócritas sediciosos, y compañero de armas de bandidos y asesinos? Si encontrais en

vuestro campamento un hombre que se parezca á este retrato, tened la bondad de decirle que miss Bellenden ha derramado mas lágrimas por el baldon con que ha tiznado su nombre, por el sacrificio que ha hecho de sus esperanzas y de su reputacion, que por las desgracias de su propia familia; y que ha tolerado con mas valor el hambre que ha desfigurado su rostro, que las angustias del corazon, por la conducta del sugeto de que se trata.

Al terminar estas palabras, Edita echóle al embozado una mirada; tenia el rostro encendido con el calor con que acababa de espresarse; pero harto probaba su estenuacion la realidad de su sufrimiento. El forastero aplicó con viveza una mano á su frente con un gesto que parecia indicar honda desesperacion, y encasquetóse mas el sombrero, como para encubrirse mejor. Su agitacion, que no se ocultó á Edita, no dejó de conmoverla.

—Y sin embargo... añadió entonces tartamudeando, si al sugeto de que os hablo... le trastornase demasiado... la opinion... acaso severa... de una que fué amiga suya... decidle que un sincero arrepentimiento equivale casi á la inocencia; que sea cual fuere su caida, cabe todavía que se levante, y que quizá no carece de medios para reparar los males que ha ocasionado.

—¿Y de qué modo? preguntó el forastero.

—Haciendo todos sus esfuerzos para restablecer la paz en este desgraciado pais; detestando su traicion, escitando á los rebeldes seducidos á deponer las armas, implorando la clemencia de un soberano ofendido, pero generoso, y abandonando por fin á sus compañeros, si no puede conseguir sus intentos.

—Miss Bellenden, respondió Morton irguiendo la cabeza y tirando á un lado la capa que le embozaba, el que ha perdido el lugar que ocupaba en vuestro aprecio, y de que estaba tan ufano, conserva todavía sobrada altivez para defender su causa como delincuente; y viendo que debo ya desistir de escitar en ese corazon el interés de la amistad, no contestara á sus reconvenciones si no tuviese que invocar el honroso testimonio de lord Evandale. El puede justificar que antes de haberos visto, todos mis anhelos, todos mis esfuerzos no se dirigian á otra cosa que á alcanzar condiciones de paz, tales como puede desearlas el vasallo adicto á la real persona.

Diciendo esto saludó con señorío á miss Bellenden, que no esperaba que Enrique pusiese tanto calor en su justificacion. Volvióle ella el saludo sin desplegar los lábios, pero algo turbada. Morton dió la rienda á su caballo, y fué á reunirse con los suyos, que precedian de algunos pasos al mayor Bellenden y á lord Evandale.

—¡Enrique Morton! esclamó el mayor al verle.

—El mismo, respondió Enrique, desesperado de ver reprobada su conducta por el mayor Bellenden y su familia. Por lo tanto confia á lord Evandale, añadió saludándole, el cuidado de desengañar á sus amigos, y de probarles la pureza de sus intenciones. Ya están Vds. en seguridad, mayor; mi escolta está ya por demás: adios; mis votos por la felicidad de Vds. les seguirán por todas partes: ¡ojalá podamos volvernos á ver en tiempos mas tranquilos y venturosos.

—Creedme, Morton, dijo lord Evandale, no habeis depositado la confianza en malas manos. Me

esforzaré en corresponder á los servicios importantes que me habeis dispensado, presentando vuestro carácter bajo su verdadero aspecto, tanto al señor mayor como á las demás personas cuya estimacion os es preciosa.

—No esperaba menos de vuestra generosidad, milord, respondió Morton.

Llamó entonces á sus soldados, y tomó con ellos el camino de Hamilton.

Cuddy se quedó atrás un momento para acabar de despedirse de Jenny Denison, que durante los dos viajes que habia hecho en una misma mañana en compañía de su antiguo amante, logró recobrar sobre él todo su imperio.

—Adios, pues, Jenny, la dijo resollando con fuerza, para ver si podria echar un suspiro; piensa alguna vez en el pobre Cuddy, este buen muchacho que te aprecia tanto... ¿Pensarás en él de cuando en cuando, Jenny?

—Ciertamente que sí; cuantas veces comiere sopas, respondió la astuta criaduela incapaz de malograr la burla, ni de reprimir la maliciosa sonrisa que la acompañaba.

Vengóse Cuddy, á fuer de buen amante aldeano, y conforme ella se prometiera, esto es, aplicó sobre sus dos mejillas un tosco beso bien apretado: entonces, dando la espuela al caballo, corrió á reunirse con su amo.

—¡Qué atrevidote! dijo Jenny acomodándose el sombrero que se hallaba algo descompuesto. Holliday no aprieta ni la mitad tanto. Voy, milady, voy; ¡ay, Dios mio! ¡si nos habrá visto la señora!...

—Jenny, preguntó lady Margarita, ¿el jóven que mandaba el destacamento que acaba de dejarnos, no es el mismo que fué capitan del papagayo, y que trajeron preso á nuestro castillo?

Jenny, muy contenta de ver que la pregunta no tenia miras directas con ella, echó prontamente una mirada á la señorita para leer en sus ojos lo que tenia que responder; pero no distinguiendo en ellos ninguna señal que pudiese servirla de guia, siguió el natural instinto de las criadas, y mintió.

—No creo que sea él, milady, respondió con mucha calma, porque oste era de baja estatura y moreno.

—Jenny tiene telarañas en los ojos, dijo el mayor. Enrique Morton es de buena talla, muy blanco, y es el mismo que acaba de dejarnos.

—Puede ser, respondió Jenny sin perturbarse, ¿acaso no tengo yo mas que hacer que escudriñar á los mozos?

—¡Qué felicidad! dijo lady Margarita, de vernos ya fuera de las garras de ese furioso fanático.

—Os engais, milady, respondió Evandale; nadie debe dar este título al señor Morton, y nosotros mucho menos. Si yo respiro en este instante, si ustedes hallan libres y seguros, en lugar de gemir bajo el poder de un verdadero fanático sanguinario, á él, á él únicamente, á su humanidad activa y enérgica lo debemos.

Hizo entonces una reseña de los acontecimientos de que ya está enterado el lector, insistiendo en la generosidad de Morton, y en el peligro á que se habia espuesto para libertarle, incurriendo en el resentimiento de un malvado como Burley.

—Tendriame por reo de la mas negra ingratitud,

prosiguió, si no elogiase toda mi vida el carácter de un hombre á quien debo dos veces la conservacion de mi vida.

—Mucho celebraria poder formar buen concepto de Enrique, milord, dijo el mayor, y confieso que la conducta que ha guardado con vos y con nosotros, es digna de elogio; pero no me cabe perdonarle el haber abrazado el partido de los rebeldes.

—Considerad, continuó lord Evandale, que la necesidad le arrojó á sus filas; y aun debo añadir que sus máximas, aunque á la verdad distintas de las mias, no me parecen sin embargo destituidas de fundamento. Claverhouse, á quien nadie negará un tino estraordinario en conocer á los hombres, notó en él desde luego disposiciones aventajadas; desgraciadamente formó mal concepto de sus principios é impulsos, y sin quererlo él, y sin que el mismo señor Morton llegase á imaginarlo, le puso en medio de la rebelion.

—Muy pronto os enterásteis de todas sus prendas, milord; yo le conozco de niño; antes de este acontecimiento; hubiera elogiado su buen corazon, sus conocimientos literarios, su amabilidad; pero en cuanto á sus disposiciones...

—Estaban ocultas, mayor, hasta que una circunstancia imprevista las puso patentes. Si yo las he conocido, es porque hemos conferenciado los dos sobre negocios importantes. El se está ocupando en este momento en ahogar el incendio de la rebelion: las condiciones que propone, y que yo me he encargado de presentar al duque de Monmouth, son tan razonables, que las apoyaré con todo cuanto puedo y valgo.

—¿Y abrigais alguna confianza de que sea bien recibida tan espinosa negociacion? dijo lady Margarita.

—Tendria muchas, milady, si todos los presbiterianos fuesen tan moderados como el señor Morton, y tan desinteresados todos los realistas como el mayor Bellenden; pero es tal la deplorable porfía de entrambos partidos, que temo que la espada tendrá que resolver la cuestion.

Déjase imaginar si Edita escucharia con interés esta conversacion. Pesábale haber hablado á su amante con demasiada dureza; pero sintióse aliviado su corazon, al ver que aun á juicio de su generoso rival, el carácter de Enrique era tal como ella siempre se lo habia figurado.

El azote de las guerras civiles, la desgracia de las preocupaciones domésticas, discurria Edita, pueden obligarme á arrancarle de mi corazon; pero es un consuelo para mí el saber que es digno del lugar que en él ha ocupado por tanto tiempo.

Entre tanto, Enrique habia llegado al campo de los insurgentes cerca de Hamilton. Hallólo todo revuelto y desordenado.

Habíase recibido la noticia positiva de que el ejército real, reforzado con la tropa que aguardaba de Inglaterra, estaba próximo á salir á campaña. La voz pública exageraba sus fuerzas, la gallardía de las tropas, su valor, su disciplina, y el ánimo de los insurgentes se hallaba con tales noticias muy decaido.

Otras circunstancias se reunian contra ellos: el carácter conocido del duque de Monmouth habia hecho concebir esperanzas al partido moderado

pero quedaron desvanecidas al saber el nombre de los generales subalternos.

El segundo general era el célebre Tomás Dalzell, que habiendo servido en Rusia, pais sumido entonces en la barbárie, adquiriera tanta fama por sus crueldades y por el menosprecio con que miraba la vida de los hombres, como por su valor y fidelidad. La caballería estaba bajo las órdenes de Claverhouse, que ansiaba vengar la muerte de su sobrino y el borron de la derrota de London-Hill.

La artillería del ejército real era, segun se aseguraba, la mas formidable que se hubiese visto en Escocia; la caballería numerosa y superiormente montada; por fin la venganza del rey solo habia sido tardía para estallar de un modo mas terrible y certero.

Morton procuró sosegar los ánimos, demostrándoles que probablemente estas voces eran exageradas, y haciéndoles ver la ventaja de su posicion, defendida por un rio que solo se podia trasponer por un puente muy largo y estrecho.

Recordóles la victoria conseguida sobre Claverhouse en un tiempo en que contaban fuerzas muy inferiores, compuestas la mayor parte de gente sin armas, no acortumbrada todavía á la disciplina militar; y esforzóse por fin, en persuadirles que su salvacion estaba en sus manos y dependia de su valor.

Pero mientras se desvelaba en realentar el ardor de los soldados, apoyaba con los jefes estas voces alarmantes, para darles á conocer la necesidad de hacer al gobierno proposiciones de acomo-

damiento que pudiese aceptar, y que serian probablemente admitidas mientras se hallaban á la cabeza de un numeroso ejército, y no habian sufrido todavía ningun desman.

Convencióles de que en el estado de desaliento en que se hallaba el ejército, era difícil esperar que pelease ventajosamente con las fuerzas superiores del duque de Monmouth, y de que si por desgracia llegasen á ser derrotados, la insurreccion, lejos de haber sido útil á la pátria, serviria de nuevo pretesto para ahincar mas la persecucion.

La evidencia de estos raciocinios convenció á algunos caudillos, que consideraron tan peligroso para ellos el licenciar sus tropas, como el permanecer á su cabeza.

Enteráronse de las proposiciones que habian de presentarse al duque de Monmouth por lord Evandale, y las autorizaron con su aprobacion.

Pero habia otros que calificaban estas proposiciones de impías, de sacrílegas, de contrarias á la creencia presbiteriana.

Estos eran los que gozaban mayor concepto entre la multitud, los que nada preveian, los que nada tenian que perder, y los que solo se aconsejaban con un fanatismo ciego y feroz.

Andaban pues voceando por todas partes que los que hablaban de paz sin poner por base la destitucion del rey y la supremacía de la iglesia presbiteriana, eran gentes que trabajaban sin celo en la viña del Señor, que solo pensaban en retirar su mano del arado, y que no buscaban mas que un pretesto para abandonar á sus hermanos, ó una ocasion para venderlos.

En todas las filas no se oian mas que disputas y contiendas sobre este punto; de las quejas pasaban muchas veces á los golpes, de suerte que la division que reinaba en el ejército era de malísimo agüero para los acontecimientos que se estaban preparando.

CAPÍTULO XXVIII.

Ocupábase Morton todavía en calmar la exasperacion que reinaba en el ejército, de resultas de los partidos, cuando dos dias despues de su llegada á Hamilton, vió llegar á su colega el reverendo Poundtext, huyendo de las iras de Burley, que estaba desesperado contra él á causa de la parte que tuviera en la libertad de lord Evandale. Luego que hubo descansado de la fatiga que le ocasionara este nuevo viaje, dió cuenta á Morton de lo que habia acaecido en los alrededores de Tillietudlem despues de su partida.

Tan bien concertada habia sido la marcha nocturna de Morton, y tan discretos los hombres que intervinieron en ella, que Burley no llegó á concebir la menor sospecha. Las primeras palabras que pronunció al levantarse, se dirigieron á preguntar si Kettledrumle y Macbriar habian llegado. Este úl-

timo se hallaba ya en el campo, y se aguardaba al otro por momentos. Burley despachó inmediatamente un propio para dar aviso á Morton y á Poundtext, que en la ausencia de su jóven colega, procuraba soslayar la saña del feroz Burley; se encaminó tambien á su curato, donde descansó veinte y cuatro horas cabales antes de ponerse en marcha para Hamilton.

Dióse prisa Burley á preguntar por el prisionero, y su rábia llegó á su colmo cuando supo que durante la noche habia sido estraido del campo por una escolta que mandaba el mismo Morton.

—¡El malvado!... esclamó dirigiéndose á Macbriar, ¡el traidor!... Para adular al gobierno ha puesto en libertad á un prisionero por cuya vida se nos hubiera entregado esta plaza, que tanto tiempo hace nos tiene aquí detenidos.

—¡Cómo! ¿no es nuestra ya? dijo Macbriar; yo veo ondear en su torre la bandera presbiteriana.

—Es una estratajema, respondió Burley, un insulto con que quieren aumentar todavía nuestro resentimiento.

Aquí fué interrumpido por la llegada de uno de los hombres que habian seguido á Morton al castillo, y que venia á darle parte de estar ya en poder de las tropas presbiterianas. Esta favorable noticia, lejos de apaciguar á Burley, redobló su furor.

—¡Cómo! esclamó; ¡me habia yo desentendido de mas gloriosas empresas, consumido mi tiempo delante de un miserable castillo, introducido en él el hambre y la desolacion para que al punto de apoderarme de él y disponer de la suerte de todos sus habitantes, un jóven lampiño viniese á privarme

de esta gloria y arrebatarme los que miraba yo como mis cautivos! ¿no será el salario del trabajador?... ¿no debe?. .

—Burley, dijo Macbriar, no te enardezcas así contra un niño que no es digno de tu cólera; Dios escoge los instrumentos á su voluntad, ¿y quién sabe si ese jóven no ha sido inspirado por él, para que mas pronto fuésemos dueños del castillo de Tillietudlem.

—Basta, contestó Burley, no hagas tan poco favor á tu prevision. ¿No eres tú el que primero me advirtió que desconfiase de ese sepulcro blanqueado por fuera, de esa pieza de cobre que yo habia tomado por oro del mejor quilate? Siendo así que ni aun de los elegidos deben negar la sumision á los consejos de los pastores como tú, ¿has visto nunca que se mostrase dócil á ellos? Hay que tomarte por modelo, Efraim, cuando queremos desprendernos de los vergonzosos lazos de la humanidad.

Este cumplimiento tocó en lo mas vivo el corazon del predicador, cuyos sentimientos por otra parte eran conformes á los de Burley, y los dos se dirigieron inmediatamente al castillo. Burley se apoderó de la vajilla de plata y de cuanto podia ser de alguna utilidad al ejército que mandaba, é hizo muy larga visita al archivo sin comunicar á nadie su objeto.

Kettledrumle y lord Langfern llegaron tambien al castillo el mismo dia, y entonces enviaron un espreso á la parroquia de Milnwood para invitar al reverendo Poundtext á presentarse, á fin de asistir al consejo; pero el venerable pastor se acordó que en Tillietudlem habia un calabozo y una puerta de

hierro, y no tuvo por conveniente poner su persona á la disposicion de sus compañeros irritados. Dió muy buena acogida al mensajero, sonsacóle los pormenores de que acabamos de enterar al lector, y púsose en camino durante la noche para Hamilton, con la noticia de que los otros jefes pensaban trasladarse allá luego que hubiesen reunido un cuerpo de puritanos suficiente para imponer respeto á la otra parte del ejército de que desconfiaban.

—Ya veis, dijo Poundtext al concluir su relacion, que en la actualidad están seguros de la mayoría en el consejo, pues lord Langfern, que no era carne ni pescado, se ha dejado subyugar por Kettledrumle, y nos ha abandonado. Estamos pues rodeados de enemigos por todas partes: allá el ejército realista, aquí nuestros hermanos insensatos que se declararán contra nosotros.

Exhortóle Morton á la confianza y paciencia, informóle de la esperanza que tenia de lograr razonables condiciones de paz por la mediacion de lord Evandale, y lisonjeóle con la probabilidad de que dentro de poco podria recobrar su pipa, su cerveza y su Calvino con cubiertas de pergamino, mientras continuase cooperando con todos sus esfuerzos para alcanzar una pacificacion general. Logró de esta manera infundirle algunos brios y hacerle aguardar la llegada de sus colegas.

Estos habian reunido un cuerpo de sus partidarios, compuesto de cien hombres de caballería y mil quinientos infantes, todos fanáticos descerrajados por la exaltacion de sus principios, que desfiguraban á cada instante textos de la Escritura para apoyar el asesinato y todos los delitos, y cuyo celo óbrego y feroz estaba pronto á obedecer cuantas

órdenes tendrian á bien comunicarles sus jefes no menos sanguinarios

Llegaron al campo de Hamilton mas pronto como enemigos que como aliados. Burley no fué á visitar á sus dos colegas, ni les dió noticia alguna de lo que intentaba practicar; ciñóse á mandarles pasar aviso para que asistiesen al consejo la mañana siguiente al dia de su llegada.

Morton y Poundtext, al entrar en la sala donde se celebraba la junta, hallaron ya reunidos sus cuatro colegas: no recibieron muestra alguna de agrado ni de urbanidad, lo que les hizo presumir que la discusion seria borrascosa.

—¿Quién os autorizó, preguntó Macbriar, cuya impetuosidad tomaba siempre la iniciativa, para libertar al réprobo lord Evandale de la muerte que el juicio del Todopoderoso habia fallado contra él?

Poundtext se dió prisa á responder, con la mira de dar á Morton una prueba de su valor, fuera de que nunca solia quedarse corto cuando solo se trataba de hacer frente á gente de sotana como él.

—Yo, respondió á Macbriar, y el señor Enrique Morton.

—¿Y quién os ha conferido, hermano mio, dijo Kettledrumle, el derecho de intervenir en materia tan importante?

—La misma autoridad que os ha dado el de preguntarme, contestó Poundtext; si uno solo de nosotros pudo condenarle á muerte, con mayor razon pudieron dos revocar la sentencia.

—Vamos, vamos, dijo Burley, que no se ignoran las intenciones; fué para enviar ese gusano de seda,

ese lord dorado, á presentar al tirano propuestas de paz.

—Es verdad, dijo Morton, advirtiendo que el feroz mirar de Burley apocaba á su compañero; no os engañeis. ¿Y qué tenemos con esto? ¿hemos de empeñar á la nacion en una guerra eterna para ejecutar proyectos tan injustos como irrealizables?

—Oidle, dijo Burley; ya está blasfemando.

—No, añadió Morton; el que blasfema es quien aguarda portentos del cielo, y no se sirve de los medios que la Providencia ha concedido á los hombres para el buen éxito de sus intentos. Sí, lo confieso, nuestro objeto es lograr el restablecimiento de la paz bajo condiciones honrosas y justas, y que afiancen nuestra libertad civil y religiosa. No deseamos tiranizar la conciencia agena.

La contienda se hubiera enconado mucho mas, á no llegar en este momento un correo con la noticia de que el duque de Monmouth habia salido de Edimburgo, que su ejército estaba en marcha, y que se hallaba ya á la mitad del camino de Hamilton.

Cesaron desde luego todos los altercados, y acordóse olvidar todo lo pasado, para tratar únicamente de los medios de rechazar al enemigo comun. Quedó resuelto que los reverendos Poundtext y Kettledrumle, el dia siguiente, pronunciarian cada uno un discurso delante del ejército, el primero por la mañana y el segundo por la tarde; y que ambos pondrian gran cuidado en no tocar ningun punto que pudiese pasar á ser objeto de cisma ó divergencia de opiniones.

Arreglado todo de esta manera, los dos jefes moderados se atrevieron á hacer una proposicion

prometiéndose que seria apoyada por lord Langlera á quien habian visto perder el color al oir que se acercaba el ejército realista, y que sabian estaba siempre dispuesto á seguir el dictámen del mas fuerte. Observaron que, supuesto que el rey en esta ocasion no habia confiado el mando del ejército á ninguno de sus antiguos perseguidores, y que, antes al contrario, habia elegido un hombre de carácter pacífico, cuyas disposiciones favorables á su causa no podian desconocerse, era probable que querian adoptarse respecto á ellos intenciones menos hostiles que antes; y que por consiguiente, no tan solo era prudente, sino tambien necesario, indagar si el duque de Monmouth tenia en favor suyo algunas instrucciones reservadas; y por fin, que el único medio de informarse de esto era enviarle un diputado.

—¿Y quién querrá encargarse de ir á su campo? dijo Burley, procurando eludir una proposicion harto atinada para atreverse á combatirla abiertamente. ¿No ha jurado Claverhouse mandar ahorcar al primer parlamentario que le enviemos, en represalia de la muerte de su sobrino?

—Esta razon no ha de ser un obstáculo, respondió Morton; yo me encargo de esta comision, si el consejo quiere confiármela.

—Dejémosle partir, dijo á media voz Burley á Macbriar, así no nos incomodará mas en las juntas.

Esta propuesta, pues, no fué impugnada por ninguno de aquellos que era de temer opondrian mayor resistencia, y quedó resuelto que Enrique Morton se presentaria al duque de Monmouth, para saber bajo qué condiciones queria tratar con los

insurgentes. Luego que el ejército se enteró de esta resolucion, todo el partido moderado, que no tenia la ciega presuncion de los puritanos, se alegró muchísimo, al paso que estos estaban persuadidos de que un celo feroz y un bárbaro fanatismo bastaba para afianzarles la victoria.

Provisto de las instrucciones del consejo, y seguido únicamente de su leal Cuddy, partió pues Enrique para el campo de los realistas, esponiéndose á todos los peligros que suelen amenazar á los que, en las discordias civiles toman á su cargo el desempeño del delicado papel de reconciliador.

Aun no distaba tres ó cuatro millas del campo de los insurgentes, cuando notó que iba ya á dar con la vanguardia del ejército real. Habiendo llegado á una altura, vió todos los caminos cubiertos de tropas que avanzaban ordenadamente hácia Bothwell-Moir, llanura en que el ejército se proponia trasnochar. Distaban de Clyda no mas que dos millas, y á la parte opuesta de este rio estaban acampados los presbiterianos.

Desplegó entonces una bandera blanca, y dirigióse al primer destacamento de caballería que encontró, manifestando al sargento que lo mandaba sus deseos de hablar al duque de Monmouth. El sargento le dijo que habia de participarlo á su capitan, y no tardó este en llegar con el mayor.

—Estais perdiendo el tiempo, amigo, le dijo el mayor, y arriesgais la vida inútilmente. El duque de Monmouth no escuchará proposicion alguna que le hagan rebeldes armados, y vuestros partidarios han cometido tantas crueldades, que habeis de temer las represalias.

—Aun cuando el duque de Monmouth nos cre-

yese delincuentes, respondió Morton, no puedo presumir que quisiese condenar á tantos vasallos del rey sin haber oido lo que pueden alegar en su defensa. No me remuerde la conciencia (pues en cuanto á mí, nada temo) de haber autorizado ni tolerado ningun acto de crueldad: el temor de ser inocente víctima de los delitos agenos no me atajará el desempeño de mi comision.

Los dos oficiales se miraron uno á otro.

—Se me figura, dijo el capitan, que ese ha de ser el mozo de quien nos ha hablado lord Evandale.

—¿Está lord Evandale en el campo? preguntó Morton.

—Está en Edimburgo, respondió el mayor. En atencion al mal estado de su salud, el duque no ha querido permitirle que siguiese el ejército. ¿Vos, caballero, os llamais Enrique Morton?

—Sí, señor.

—No nos opondremos pues á que veais al duque; pero os repito que este paso es absolutamente inútil; y aun cuando su alteza se sintiese algo dispuesto á dispensar alguna consideracion á los de vuestro partido, el consejo de guerra con quien ha de consultar se lo estorbará.

—Si es así, dijo Morton, lo sentiré en estremo; pero no por esto debo dejar de insistir en suplicaros que os digneis proporcionarme una entrevista con el señor duque.

—Lumley, dijo el mayor al capitan, id á participar á su alteza la llegada del señor Morton; recordadle que es el oficial de quien ha hecho lord Evandale tantos elogios.

El capitan no tardó en volver. Dijo á Morton que el duque no podia absolutamente verle aquella tarde; pero que le daria audiencia el dia siguiente por la mañana.

Detúvosele en clase de prisionero durante la noche en una choza inmediata; pero se le trató con la mayor consideracion.

La mañana siguiente, muy temprano, fué á buscarle Lumley para presentarle al duque.

El ejército se estaba formando ya en columnas para ponerse en marcha. El duque se hallaba en el centro, á una milla del lugar en que Morton habia pasado la noche. Los jefes del ejército real tenian tal confianza en sus fuerzas, que no tomaron precaucion alguna para impedir á Enrique el formar juicio de ellas.

Habia cuatro regimientos ingleses, lo mas selecto de las tropas de Cárlos II, el regimiento de guardias, que ardia en deseos de vengarse de su derrota de London-Hill, muchos regimientos escoceses, un cuerpo crecido de voluntarios, y algunas compañías de montañeses de Escocia, acérrimos enemigos de los puritanos, cuyos principios detestaban tanto como despreciaban sus personas. Un considerable tren de artillería acompañaba el ejército, que se presentaba tan imponente, que Morton consideró que solo un prodigio podria salvar de una completa destruccion el conjunto de hombres mal equipados, sin subordinacion, que se titulaba ejército presbiteriano.

El oficial que acompañaba á Morton procuraba leer en sus ojos la impresion que debia hacerle el aparato de la fuerza militar que se desplegaba á su presencia; pero fiel á la causa que habia abra-

zado, Morton logró no dar muestra alguna ni de agitacion ni de inquietud, y miraba con aire indiferente los cuerpos militares que iban pasando.

—Ya veis la fiesta que se os prepara, dijo Lumley.

—Si hubiese debido disgustarme, no me hallaria en este momento á vuestro lado. Confieso sin embargo que por el interés de ambos partidos, preferiria ver los preparativos de una fiesta para celebrar el restablecimiento de la paz.

Llegaron por fin á una altura que dominaba todas las inmediaciones, y donde se hallaba el general en jefe, rodeado de sus oficiales de mayor graduacion. Distinguianse desde allí todos los serpenteos del Clyda, y descubríase tambien el campo de los insurgentes.

Los oficiales parecian hallarse muy ocupados en reconocer el terreno para formar un plan de ataque.

Lumley se acercó al duque para decirle que Morton aguardaba sus órdenes.

El duque hizo inmediatamente una seña á los oficiales que le rodeaban para que se retirasen, y solo conservó á dos cerca de su persona.

Habló les un rato en voz baja antes de mandar avanzar á Morton, quien por lo mismo tuvo tiempo para examinar á los jefes con quienes tenia que tratar.

No cabia ver al duque sin quedar prendado de las gracias de que le dotara la naturaleza: su esterior era afable, y sin embargo, un observador perspicaz notaba en él una especie de perplejidad é incertidumbre, que parecia tenerle indeciso aun en los trances en que mas urgia tomar un partido.

A sus espaldas estaba Claverhouse, harto conocido de Morton, y otro oficial general cuyo esterior llamaba muy particularmente la atencion. Vestia el traje antiguo de los primeros años del reinado de Cárlos II.

Una larga y canosa barba le bajaba hasta el pecho; hizo solemne voto de no cortársela en el dia que aquel desgraciado monarca espiró en un cadalso, en testimonio del luto que embargaba siempre su corazon.

Traia descubierta la cabeza, la que era casi absolutamente calva. Su frente arrugada, su color moreno, sus ojos vivos, presentaban un anciano á quien no postraran las enfermedades, y todas sus facciones denotaban un valor ageno de compasion. Tal era el general Tomás Dalzell, mas temido y detestado de los puritanos que el mismo Claverhouse, porque este cometia atropellamientos y vejaciones por un principio de política, y porque los consideraba como el medio mas oportuno para cometer y estirpar el presbiterianismo; pero Dalzell solo obraba por efecto de su carácter naturalmente sanguinario y feroz.

—Vos venis, caballero, dijo el duque á Enrique, de parte de esa gente estraviada, y vuestro nombre es, si no me engaño, Morton. ¿Cuál es el objeto de vuestra venida?

—Está contenido, milord, respondió Morton, en un escrito que lord Evandale habrá puesto en manos de V. A.

—Lo he leido, dijo el duque, y he sabido tambien por lord Evandale que el Sr. Morton se ha conducido en estas desgraciadas circunstancias con

moderacion y generosidad. Yo os ruego que aceptéis las gracias que con este motivo os tributo.

Morton notó aquí que Dalzell meneó la cabeza y los hombros con cierta indignacion, dirigiendo á medias algunas palabras á Claverhouse, que solo respondió á ellas con una leve sonrisa y un movimiento de cejas casi imperceptible.

Sin embargo, el duque parecia estar combatido de una parte por la bondad que le era natural, y por la conviccion en que se hallaba de que la demanda que se le habia dirigido no era descabellada, y de otra por el deseo de sostener la autoridad real, y de conformarse con las opiniones mas rígidas de los consejeros que se le habian dado, y que venian á ser en algun modo sus vigilantes.

—Señor Morton, dijo el duque sacando de su faltriquera el papel que le habia entregado lord Evandale, este escrito contiene demandas relativamente á las cuales me abstengo por ahora de manifestaros mi opinion: algunas hay que me parecen justas y razonables, y aunque no haya recibido del rey instrucciones formales en esta parte, os empeño mi palabra de honor de que intercederé con su real persona en favor de sus vasallos estraviados, empleando todo mi valimiento para que queden satisfechos; pero habeis de haceros cargo de que yo solo puedo ceder á súplicas, y que no me cabe tratar con rebeldes. Es fuerza pues ante todo que vuestros compañeros, reunidos, depongan las armas y se dispersen al momento.

—A obrar de ese modo, milord, respondió Morton con entereza, justificaríamos la acusacion que nos hacen nuestros enemigos, confesando que so-

mos rebeldes. Nosotros no hemos desenvainado el acero contra nuestro soberano, á quien respetamos, y sí únicamente para recobrar unos derechos legítimos de que nos despojó la violencia. V. A. se ha dignado reconocer la justicia de alguna de las demandas: ¿hubieran en ningun tiempo podido llegar á la autoridad sin ir acompañados del clarin guerrero? No podemos pues deponer las armas, á pesar del interés que V. A. ha tenido la bondad de manifestarnos, sin alguna seguridad de que nos será devuelta la libertad civil y religiosa, segun el derecho que nos asiste para pedirla.

—Señor Morton, dijo el duque, sois muy mozo, pero no careceis de esperiencia para dejar de conocer que ciertas demandas, aunque inocentes en su fondo, paran en criminales, segun el modo como se presentan.

—Podemos asegurar á V. A., milord, replicó Morton, que si nos valemos de este medio, es porque hemos apurado en balde todos los demás.

—Me es fuerza cortar esta conversacion, dijo el duque. Todo está dispuesto para el ataque; sin embargo, voy á suspenderle por dos horas para daros tiempo de comunicar mi respuesta á los insurgentes. Si quieren dispersarse, deponer las armas, y enviarme diputados para asegurarme de su sumision, juzgaré comprometido mi honor para alcanzarles una amnistía general, y la reparacion de los agravios de que se quejan. Si se niegan á ello, cúlpense á sí mismos de los resultados que pueda tener su conducta. Creo, señores, dijo volviéndose á sus dos oficiales, que con arreglo á mis instrucciones no puedo comprometerme á mas.

—No á fé mia, esclamó Dalzell, y nunca me hu-

biera yo atrevido á ser tan indulgente; si me hallase responsable de mis acciones al rey y á mi conciencia; pero V. A. está mas enterado de las secretas intenciones de S. M.; nosotros solo debemos atenernos á lo literal de las instrucciones.

Monmouth se sonroseó.

—Ya veis, dijo á Morton, que el general Dalzell me regaña porque demuestro disposiciones harto favorables á los de vuestro bando.

—Los sentimientos del general Dalzell, milord, y aquellos con que V. A. se digna favorecernos, son los que esperábamos de cada uno de los dos; pero no puedo menos de añadir que en el caso de que el ejército presbiteriano se determinase á la sumision absoluta en que insiste V. A., con tales consejeros en rededor del trono, dijo echando una mirada á Dalzell y á Claverhouse, temeriamos con sobrado fundamento que nos fuese inútil la intercesion de V. A. Finalmente, daré parte á mis jefes de la respuesta que V. A. se ha dignado hacer á nuestras demandas, y ya que no podemos alcanzar la paz, será fuerza fiar nuestro destino á la suerte de las armas.

—Adios, señor Morton, dijo el duque: tened presente que suspendo el ataque por dos horas, y no mas. Si antes de este tiempo teneis que darme alguna respuesta, la recibiré aquí mismo, y deseo que sea tal, que evite el derramamiento de sangre.

Dalzell y Claverhouse volvieron á enviarse una sonrisa irónica. Notólo el duque, y continuó con señorío:

—Sí, señores, he dicho y repito que deseo que la contestacion evite el derramamiento de sangre

de los vasallos de S. M. Juzgo que este sentimiento no merece ni reconvencion ni menosprecio.

Dalzell tomó un aire sério é indiferente, y nada contestó.

Claverhouse, inclinándose profundamente, dijo que no era inspeccion suya juzgar los sentimientos de S. A

El duque hizo seña á Morton para que se retirase; Enrique obedeció, y la misma escolta que le habia acompañado le condujo de nuevo por el campo.

Al pasar por delante del regimiento de guardias, halló ya á Claverhouse á su cabeza, y luego que el coronel divisó á Morton, se avanzó hácia él saludándole con urbanidad.

—Creo que no es la primera vez, le dijo, que tengo el honor de ver al señor Morton de Milnwood.

—Si mi presencia es actualmente molesta á alguien, contestó Morton con amarga sonrisa, no es por culpa seguramente del coronel Claverhouse.

—Permitidme deciros á lo menos que la situacion en que hallo al señor Morton en este momento, justifica el concepto que de él habia yo formado, y que mi conducta en la época á que alude era conforme á mi deber.

—Vos solo, coronel, me habeis arrojado, sin que tal fuese mi intencion, á las filas de una gente cuyos principios sigo sin aprobar su conducta. En cuanto á la concordancia de vuestras acciones con vuestro deber, no me incumbe absolutamente el fallo. No creo que exijais que yo mismo apruebe la sentencia injusta que disteis contra mi.

Dichas estas palabras, Morton quiso continuar su camino.

—Un momento, yo os lo suplico, dijo Claverhouse: Evandale pretende que yo tengo en efecto que reparar con vos alguna sinrazon. Confieso que miraré siempre muy distintamente á un hombre de talento cultivado, que á pesar de su estravío, obra por principios generosos, y á esos miserables fanáticos, sometidos á jefes sedientos de sangre, y manchados con el horroroso crimen del asesinato. Si no lograis pues determinarlos á deponer las armas, permitidme empeñaros á volver á nuestro ejército, y á someteros particularmente, porque, no lo dudeis, esa despreciable reunion de gentes no nos resistirá media hora. Si adoptais este partido, preguntad por mí al llegar. Monmouth, por mas estraño que os parezca, no podria protegeros; Dalzell no lo quisiera hacer; pero yo puedo y quiero, y lo he prometido á lord Evandale.

—Yo deberia agradecerlo á lord Evandale, respondió friamente Morton, si no pareciese haberme creido capaz de ábandonar la causa que prometí sostener. En cuanto á vos, coronel, si gustais concederme otra especie de satisfaccion, es probable que dentro de dos horas me encontreis con la espada en la mano á la punta del puente de Bothwell sobre el Clyda.

—Mucho celebraré encontraros allá; pero mas todavía, si reflexionáseis maduramente acerca de mi primera proposicion, y si quedase aceptada.

Saludáronse y se separaron.

Morton continuó su camino hácia el campo de los presbiterianos, y Claverhouse dió las disposiciones necesarias para el ataque.

—Ese jóven es ardoroso y valiente, Lumley, dijo el coronel al oficial que habia acompañado á Morton hasta las avanzadas; pero está rematado. Por fin, no dé la culpa á nadie sino á su propia terquedad.

CAPÍTULO XXIX.

A Morton, luego que hubo dejado las avanzadas del ejército real, y llegado á las de los presbiterianos, hízole viva impresion la diferencia de disciplina que en ellas se notaba, y túvolo por de fatal agüero para el combate que iba á darse. Estendíase hasta el soldado la discordia que reinaba en el consejo, y no habia siquiera una patrulla, una avanzada, donde no se ocupasen mas que en discutir con teson algun punto de controversia, que en vigilar los movimientos del enemigo, por mas que se descubriese la posicion de sus tropas y se oyese el sonido de sus cajas y clarines.

Habíase colocado una fuerte guardia á la entrada del puente de Bothwell, por donde forzosamente debia pasar el enemigo; pero los soldados que guardaban este punto, divididos en opiniones y desalentados, juzgábanse como enviados á una

muerte cierta y pensaban ya en retirarse hácia el cuerpo principal del ejército. Esta imprudencia hubiera precipitado su ruina, pues el éxito del combate parecia depender enteramente de la defensa de este paso: siendo forzado, se hallaba el enemigo en una estensa llanura, cortada únicamente por algunos bosquecillos, donde una tropa regular tendria seguramente gran ventaja contra soldados indisciplinados, con escasa caballería, y sin una sola pieza de artillería.

Morton, pues, examinó este punto con atencion, y le encontró capaz de defensa, ocupando algunas casas que se hallaban á la orilla izquierda del rio, y algunas malezas que guarecian sus orillas. Dió varias órdenes al efecto, mandó cortar el puente por la parte del enemigo, y dispuso cerrar una puerta que habia sobre el arco de en medio, segun costumbre antigua de Escocia. Encargó á los jefes de este destacamento que se mantuviesen firmes en este punto importante, de que dependia la salvacion del ejército, y ofreció enviarles desde luego un crecido refuerzo.

La serenidad, la inteligencia y la actividad de Morton devolvieron la confianza á todos los que formaban parte del destacamento: cobraron ánimo, ejecutaron puntualmente sus órdenes, y honráronle al separarse con reiteradas aclamaciones.

Morton dirigióse entonces á todo escape hácia el cuerpo del ejército; pero ¡cuál fué su sorpresa, cuál su consternacion, al hallarle en el desórden y la anarquía mas completa! En lugar de obedecer las órdenes de sus oficiales, y de formarse en columas, todos los soldados amontonados, parecian una mole agitada como las olas de un piélago

borrascoso. Todos hablaban, ó por mejor decir gritaban á un tiempo, sin haber quien escuchase. Mientres que Morton se ocupaba en indagar la causa de este desórden, y en buscar medios para remediarle, es del caso que enteremos á nuestros lectores de lo que pasó en el campo durante su ausencia.

Acordáranse sin duda que se habia acordado que Poundtext y Kettledrumle predicarian aquel dia al ejército un sermon cada uno. No se presumia que el enemigo pudiese atacar antes del dia siguiente, y Poundtext, como de mayor edad que el otro predicador, habia alcanzado el honor de ser el primero. Habianse colocado al efecto en medio del campo algunas tablas sobre caballetes, y el reverendo Poundtext se avanzaba á lentos pasos para ocupar el puesto, cuando le ganó por la mano Habacuc Mucklewrath que se encajó allá de sopeton, dando con esto motivo á que se armase la pendencia: unos querian que cediese el lugar á Poundtext; otros, que eran los mas descerrajados, gritaban que Habacuc solo hablaba cuando se sentia inspirado, y que así era fuerza escucharle. Este partido salió victorioso, y Habacuc quedó en pacífica posesion de las tablas que debian servir de púlpito.

No se habrán olvidado nuestros lectores de que Habacuc era el mas exaltado de los predicadores puritanos. Los moderados le tenian con razon por loco; pero los otros, á quienes los sueños de una exaltacion delirante parecian inspiraciones del espíritu divino, le trataban con la mayor veneracion.

Despues de haber logrado que se guardase silencio, tomó por texto el siguiente pasaje del Deuteronomio. «Hijos de Belial han salido de entre

vosotros; y poniéndose al frente de los habitantes de la ciudad en que nacieron, les han dicho: vamos á servir á otros dioses que no habeis conocido.»

Moviendo á una y otra parte sus ojos desencajados, empezó, en estilo enfático é inconexo, un discurso en que habló de puntos harto controvertidos en el ejército, y que eran objetos de chismes y discordia. Tildó á los moderados de heregía, escitó á los fieles puritanos á separarse de ellos y á no contagiarse combatiendo en las mismas filas. Aplicó á Morton, nombrándole las palabras de su testo, y terminó por decir que era menester apedrearle á fuer de impio, quemar su cadáver, y echar al viento sus cenizas. Semejante ataque, dirigido tan inopinadamente contra uno de los principales jefes del ejército, fué seguido de un tumulto espantoso.

Los puritanos gritaban que los que no iban con ellos estaban contra ellos, que un hombre tibio en defender su causa no valia mas que un realista; y que por fin debia procederse inmediatamente á nuevo nombramiento de oficiales, no confiriendo este grado sino á los que no querian paz ni tregua con los inicuos.

Los moderados por su parte acusaban á sus adversarios de perjudicar el feliz éxito de su causa con un celo estremado y ridículas pretensiones, y de sembrar continuamente la discordia en el ejército.

Poundtext y algunos otros se esforzaban en vano en aquietar los ánimos y sofocar esta discusion funesta; pero nadie les oia, y hasta el mismo Burley desplegó inútilmente todo su influjo para restable-

cer el sosiego y el órden. Parecia que el espíritu de Habacuc se habia apoderado de todo el ejército: no pensaba mas que en sus contiendas intestinas, y olvidaban que un enemigo formidable estaba próximo á atacarles. Los mas cuerdos ó los tímidos se retiraban ya, abandonando una causa que miraban perdida; los otros, eligiéndose nuevos oficiales, despedian á los que los habian mandado hasta entonces, motejándolos con los epítetos de hijos de las tinieblas y hombres de perdicion, por fin, el tumulto, la insubordinacion y el desórden se hallaban en su punto.

Morton llegó cabalmente en esta ocasion y su presencia arreció el alboroto; aplausos de una parte, imprecaciones de otra. Enrique reparó en Burley, que fatigado de sus esfuerzos para restablecer la disciplina, y sumamente incomodado de ver que á cada paso iba á mas la confusion, se habia sentado en una caja, y estaba con la cabeza apoyada en su sable.

—¿A qué viene este motin en ocasion tan crítica? le dijo.

—Quiere decir, respondió Burley, que el Señor ha resuelto ponernos en manos del enemigo.

—No, esclamó Morton, no es Dios quien nos deja; nosotros abandonamos á Dios, y nos deshonramos á nosotros mismos, echando á perder la causa de la libertad y de la religion.

Precipitándose entonces á las tablas que habian servido de tribuna á Habacuc.

—Amigos mios, dijo esforzando la voz, oidme por favor.

Restablecióse por un instante el silencio.

—El enemigo os ofrece la paz; pero exige que

depongais las armas: ¿preferís defenderos? Todavía podeis hacer una honrosa resistencia; pero el tiempo urge, es fuerza que os decidais al momento. No sea dicho que diez mil escoceses no han sabido tener valor para pelear, ni criterio para tratar de paz, ni la prudencia del cobarde para lograr segura retirada.

Aquí sofocó su voz un nuevo ruido, ocasionado por los alaridos de unos y los aplausos de otros; pero Morton, viendo avanzar las columnas del ejército realista hácia el Clyde:

—¡Silencio, gritó, silencio! hé aquí el enemigo; de la defensa del puente dependen nuestra vida y nuestra libertad. Síganme cuantos amen á su pátria.

Todos volvieron la cabeza hácia la parte por donde se adelantaba el enemigo, y vieron desplegarse una infantería bien ordenada, en cuyas dos alas marchaba una imponente caballería, y notábanse ya artilleros ocupados en formar una batería para disparar contra el campo. Un silencio profundo sucedió repentinamente á los estrepitosos alaridos que se acababan de oir. Todos estaban consternados, como si se tratase de un acontecimiento imprevisto que no hubiese debido aguardarse; mirábanse los soldados unos á los otros, y echaban luego á sus jefes unas miradas que parecian indicar la flaqueza que siente un enfermo tras la calentura.

Sin embargo, Morton, seguido de un centenar de jóvenes que le eran adictos, corria hácia el puente á todo escape.

—Efraim, dijo Burley á Macbriar, la Providencia ha querido servirse de la ciencia humana de este

jóven para indicarnos el único camino de salvacion. Vamos, amigos mios, adelante; todos al puente.

—¡Detente! esclamó Macbriar, no le sigas. No es Enrique Morton ni sus semejantes quienes han de salvar el templo de Jerusalen. Tú eres el leon de Judá, el fuerte de Israel; quédate con nosotros.

—Calla, contestó Burley mirándole con cierta indignacion, él ha dicho la verdad; todo está perdido, si el enemigo se apodera del puente: no me detengas; recorre las filas y envíame refuerzos y municiones; haz que se formen los soldados bajo las banderas de sus jefes.

Tomó en seguida el camino del puente acompañado solamente de unos doscientos de sus mas fogosos partidarios.

Cuando Morton y Burley hubieron partido, un desaliento mortal se apoderó del ejército; ya no se trató mas de disputas ni discusiones teológicas. Los jefes se aprovecharon de esta tregua para establecer el órden en las filas; los soldados no hicieron resistencia, obedeciendo con la docilidad de un rebaño guiado por su pastor; pero su entusiasmo, su energía, su valor, todo habia desaparecido.

Logróse, sin embargo dar todavía al ejército un aspecto respetable; y para alentar á los soldados, Macbriar, Poundtext y Ketledrumle, entonaron juntos un salmo; pero nadie les respondió, y los mas supersticiosos repararon, como de fatal agüero, que los tres ministros, mas pronto parecian cantar responsos en el cadalso de un reo condenado á muerte, que un himno festivo semejante á aquellos que habian resonado en las colinas de London-Hill, antes de la célebre batalla de que solo les quedaba un doloroso recuerdo.

Esta triste melodía tuvo luego un acompañamiento mas lúgubre aun, con el estallido del cañon que sonó al otro lado del Clyde, y con el fuego de fusilería que les respondia del puente. Por fin, una nube de humo envolvió á los combatientes, y los tuvo ocultos por algun tiempo.

CAPÍTULO XXX.

Antes que Morton llegase al punto que se trataba de defender, el enemigo habia ya empezado á atacarle, y sus gastadores se ocupaban en facilitar un paso por la parte del puente que se habia cortado, colocando y afianzando allí algunas tablas. Dos regimientos de infantería los protegian con un fuego graneado. Los insurgentes les respondian con valor; y sin embargo de ser muy inferiores en número, causaban al enemigo mayor daño del que recibian, porque las casas que habian ocupado, y los espinares que se hallaban á la orilla izquierda del Clyda los guarecian, al paso que las tropas del ejército real carecian de toda especie de parapeto. La llegada de Morton con el refuerzo que traia puso á los presbiterianos en estado de hacer un fuego mas sostenido, y cuando Burley hubo llegado con su tropa lograron una ventaja conocida; de modo que los dos regimientos, habiendo perdido

mucha gente sin apenas haber ocasionado daño á los rebeldes, empezaron á cejar.

Monmouth, cuyo principal y constante anhelo era el economizar la sangre, habia mandado á la artillería que se dirigiese contra el cuerpo principal del ejército de los presbiterianos, para sembrar el terror y el espanto, y obligarles á dispersarse; pero viendo que del puente se le hacia una séria resistencia que no esperaba, mandó volver el cañon contra sus defensores, y logró desalojarlos de las casas en que hasta entonces se habian mantenido á cubierto; así es, que pronto no fueron aquellas mas que un monton de ruinas, las que sin embargo les servian de abrigo.

Entre tanto, el arco roto habia sido reparado, y Dalzell, poniéndose á la cabeza de los serranos escoceses, avanzó con intrepidez hácia el puente.

A los insurgentes por desgracia empezaban á faltarles las municiones, y por tanto tuvieron que disminuir el fuego. Reparólo el enemigo, y redobló sus esfuerzos para apoderarse del puente. Burley no cesaba de despachar correos para que se le enviasen refuerzos, y sobre todo municiones; pero no pudo conseguir ni uno ni otro, pues parecia que en el campo no habia quedado nadie para mandar ni obedecer.

Luego que las tropas realistas pudieron poner pié en el puente, empezaron á vencer los obstáculos que se oponian á su marcha.

Rompieron la puerta del arco del centro, destruyeron los parapetos que se habian construido en el interior, y arrojaron al rio los materiales; por fin, Dalzell y sus montañeses lograron penetrar á la otra parte del rio.

No consiguieron sin embargo esta ventaja sin esperimentar una viva resistencia: Morton y Burley combatian al frente de sus soldados, alentándoles con la voz y el ejemplo, y disputaban el terreno á palmos. Por algun tiempo solo tuvieron que contrarestar á Dalzell y á sus serranos, porque como el puente era largo y estrecho, las tropas solo podian ir pasando sucesivamente y en corto número á la vez; pero cuando Monmouth, á la cabeza de un regimiento de infantería de la guardia, hubo atravesado el rio, los dos jefes previeron que no podrian sostenerse mucho tiempo. Sus mas valientes soldados perecian al filo del acero del enemigo, y de las últimas filas se iban desprendiendo algunos de cuando en cuando para reunirse con el cuerpo del ejército.

—Si la caballería les cargaba, dijo Burley á Morton, antes de que tuviesen tiempo para formarse en línea de batalla, podríamos todavía rechazarlos y recobrar el puente. Id á darle órden de avanzar mientras que yo procuraré sostenerme hasta que llegue.

Morton conoció la importancia de este aviso, y corrió á galope hácia el cuerpo de caballería del ala izquierda, que era el que se hallaba mas cerca del puente; pero antes de poder esplicar la causa de su llegada, y dar las órdenes convenientes, fué saludado con una gritería insultante por todo el cuerpo, que solo se componia de puritanos descerrajados.

—¡Ved cómo huye! dijeron; ¡cobarde!... ¡traidor!... ¡huye cual la medrosa liebre ante el cazador que la persigue! ¡ved cómo ha abandonado al valiente Burley en medio de la mortandad!

—No huyo, contestó Morton, antes al contrario vengo á guiaros al enemigo. Hé aquí el trance de atacarle con ventaja: seguidme.

—No le sigais, no le sigais, gritaron de todas las filas; mirad que os ha vendido á la espada del enemigo.

Con el tiempo en que Morton empleó inútilmente los ruegos, la persuasion y las exhortaciones para empeñarlos á avanzar, voló el momento de hacer una llamada ventajosa.

Burley, rechazado con la poca gente que le quedaba, se vió en la precision de replegarse sobre el cuerpo principal del ejército, á quien no restituyó por cierto la confianza que habia hecho perder la vista de su retirada.

Entre tanto, el ejército real pasaba el puente sin obstáculo, y se formaba en la llanura en órden de batalla. Claverhouse, al frente de la caballería, comenzó el ataque por una carga contra el centro del ejército de los insurgentes, cuya primera línea apenas hizo una descarga de fusilería; desde este punto, el campo de batalla solo ofreció una escena de horror y mortandad. Los presbiterianos, rotos por todas partes, no pensaban siquiera en defenderse; la mayor parte arrojaban las armas para poder correr mas ligeros. Oíase á Claverhouse gritar á sus soldados con voz de trueno:

—¡Sangre, sangre, no deis cuartel á nadie, acordáos de Ricardo Graham!

Los dragones, que tenian muy presente su derrota de London-Hill, no necesitaban que les aguijoneasen á la venganza, y como no tenian que hacer mas que acuchillar á enemigos que no trata-

ban ya de defenderse, todo el campo se iba cubriendo de cadáveres.

Un cuerpo de mil y doscientos insurgentes, que se hallaban en el ala izquierda, arrojó las armas al acercarse el duque de Monmouth, y se rindió á discrecion. Este general, tan humano como esforzado, les dió cuartel; y viendo que no se le hacia resistencia, recorrió todo el campo de batalla para mandar cesar la carnicería. Encontró en el ala derecha al general Dalzell, que exhortaba á sus serranos á acreditar su celo por la causa del rey, ahogando el fuego de la revolucion con la sangre de los revoltosos.

—General, gritóle el duque, mandad tocar retirada: bastante sangre se ha vertido; dad cuartel á los vasallos estraviados de S. M.

—Obedezco, dijo Dalzell, envainando su sable; pero prevengo á V. A. que no hemos asustado bastante todavia á esos miserables rebeldes. ¿No ha tenido V. A. noticia de que Basilio Olifante acaba de organizar una fuerza bastante considerable, y que se ha puesto en marcha para reunirse con ellos?

—¡Basilio Olifante! dijo el duque; ¿quién es ese hombre?

—Un señor muy rico, el último heredero varon del difunto conde de Tornwood. Está descontento del gobierno, porque lady Margarita Bellenden fué puesta en posesion de todos los bienes de su padre, á los que pretendia tener derecho; y espera sin duda, á favor de la revolucion, poder adquirirlos á la fuerza.

—Sean cuales fueren sus motivos, poco tenemos que temerle. Ese ejército está muy desordenado

para que pueda reunirse. Lo repito pues, mandad cesar la carnicería y la persecucion.

—V. A. tiene derecho para mandarlo, respondió Dalzell, y será responsable de las consecuencias de la ejecucion de sus órdenes.

Y al mismo tiempo dió con desagrado manifiesto las órdenes oportunas para detener á sus soldados.

Pero el vengativo Claverhouse se hallaba ya muy lejos para poder oir la señal de retirada. A la cabeza de su regimiento perseguia á los fugitivos con encarnizamiento, dispersando y haciendo pedazos á cuantos encontraba.

Morton y Burley resistieron hasta el último trance; procuraron cubrir la retirada del ejército, y acabaron por verse abandonados de casi todos los que los habian sostenido hasta entonces. En este instante una bala rompió á Burley el brazo derecho.

—Héme aquí fuera de combate, dijo á Morton, á bien que la resistencia es inútil; no penseis mas que en conservaros para mejores tiempos. Adios; todavía oireis hablar de mí.

Dichas estas palabras, volvió la rienda de su caballo, y se perdió entre el tropel de los fugitivos.

Morton vió entonces la inutilidad de sus esfuerzos, y no queriendo sacrificarse por una causa desesperada, ni esponerse á caer prisionero, resolvió alejarse tambien del campo de batalla, seguido de su leal Cuddy; y como los dos iban bien montados, se hallaron en breve fuera de peligro y de toda persecucion.

Desde la primera altura que pudieron alcanzar echaron una mirada á las campiñas que les rodeaban, y vieron por una parte el ejército real en buen órden, que hacia alto en las márgenes del Clyda,

donde habia tomado posicion, y por otra, á lo lejos, fugitivos corriendo en todas direcciones, perseguidos por los dragones de Claverhouse, que acuchillaban sin compasion á cuantos alcanzaban.

—Esta jornada no se parece á la de London-Hill, dijo Cuddy suspirando, ¡qué terrible cosa es la guerra!.., para el bobo que se empeñe otra vez; pero, por amor de Dios, señor Enrique, no nos detengamos, alejémonos mas.

—Es ocioso pensar en reunirlos, dijo Morton; y resignándose por necesidad, dió la rienda á su caballo, encaminándose á las montañas, creido de que acaso encontraria en ellas algunas reliquias del ejército disperso, y de que, poniéndose á su frente podria aun resistir á los vencedores, ó lograr honrosa capitulacion.

CAPÍTULO XXXI.

Llegó la noche, y habia mas de dos horas que Enrique y su leal escudero no habian visto á ninguno de sus infelices compañeros de armas. Acababan de entrar en un valle pantanoso, situado entre dos montañas, cuando descubrieron al pié de una colina una casa grande y aislada.

—Nuestos caballos, dijo Morton, no pueden llevarnos mas lejos sin descanso y sin pienso. Veamos si por aquí querrán recibirnos.

Adelantóse hácia la casa, y todo daba muestras de estar habitada. Un humo denso salia de la chimenea, y advertíase en el suelo huellas de caballo recien estampadas. En todas las aberturas habia contraventanas cerradas con mucho cuidado, la puerta lo estaba tambien.

Morton, al acercarse, oyó muchas voces: llamó; pero nadie le abrió ni le contestó.

Dando vuelta á la casa en busca de alguna otra entrada, hallaron una cuadra en que habia ya una docena de caballos que, por lo fatigados que parecian, por sus sillas y las heridas que algunos habian recibido, conjeturaron que pertenecian á insurgentes que, como ellos, habian buscado un asilo en este sitio.

Despues de haber colocado sus caballos en la cuadra, donde encontraron paja y avena en abundancia, volvieron otra vez á la puerta de la casa; llamaron de nuevo, y dijeron que pertenecia al ejército presbiteriano.

—Seas quien fueres, respondió una voz lúgubre, no vengas á interrumpir á unos fieles que lloran la desolacion y el cautiverio del pueblo de Israel, y que indagan el motivo por qué Dios les ha abandonado á fin de que recaigan sus iras contra los que le han ofendido.

—Estos son rabiosos puritanos, dijo Cuddy, ya conozco su jerigonza: me parece que haríamos bien en no detenernos.

Pero en este intérvalo, Morton habia forzado una de las contraventanas, y abriendo la puerta interior, púsose de un salto en la sala de donde salió la voz. Cuddy le siguió, diciendo entre dientes al tiempo de meter la cabeza:

—Mientras no tengan por aquí alguna marmita de sopa hirviendo...

Halláronse entonces en medio de una docena de hombres armados, sentados alrededor de un gran fuego, en que guisaban la cena.

No habia luz en el aposento; pero el fuego lo iluminaba bastante para que Morton pudiese conocer, en las lóbregas facciones de sus nuevos com-

pañeros, á muchos de aquellos fanáticos (que se habian opuesto constantemente á todas las medidas de moderacion), y particularmente á Efraim Macbriar y al espiritnado Habacuc Mucklewrath.

Ellos tambien conocieron á Enrique, pero nadie le habló una palabra: solo se podia conjeturar que habian notado su llegada por las siniestras miradas que de cuando en cuando le arrojaban.

Macbriar dirigió una oracion al cielo para que el ángel esterminador hiciese caer una lluvia de fuego y de azufre sobre sus perseguidores y los falsos hermanos que los habian vendido.

Morton, viendo que la sociedad donde en mal hora se habia introducido, no parecia estar muy dispuesta á favorecerle, pensó en retirarse; pero notó que dos hombres armados se habian colocado delante de la ventana por donde entrara, y juzgó que el partido mas prudente era no mostrar temor ni desconfianza.

Una de estas centinelas de mal agüero, acercándose á Cuddy, le dijo en voz baja:

—¡Hijo de la digna Mausal no corras á tu perdicion, permaneciendo por mas tiempo en compañía de un réprobo de Babilonia, cuyos dias están contados. Aléjate prontamente, ó teme que el castigo del reo no caiga tambien sobre tu cabeza.

Indicóle al mismo tiempo la ventana, y Cuddy, aprovechándose de este saludable aviso, salió del aposento por esta vía mucho mas listo que no entrara.

—Las ventanas no me prueban bien, dijo Cuddy luego que estuvo en el campo. La segunda reflexion

que hizo fué por su amo. ¡Le matarán los malvados!... ¡Y se aplaudirian de ello como de una buena accion!... Es fuerza que vaya hácia Hamilton; puede que encuentre alguno de los nuestros que venga conmigo á socorrerle.

Entró en la cuadra, echó mano del mejor caballo que supo encontrar, y tomó á todo correr el camino de Hamilton.

Habiendo Macbriar concluido su oracion, y viendo Enrique que nadie le hablaba, siendo así que todos tenian la vista fija en él, resolvió escudriñar sus intenciones.

—Señores, les dijo, mucho estraño el modo con que recibís á uno de los vuestros. Ignoro cómo puedo haberlo merecido.

—¡Ay de tí! ¡ay de tí! esclamó Habacuc, tú eres el cordero cuya sangre ha de rescatar á la posteridad de Abraham; la espada que tú querias romper, te pasará los ijares: cojedle, atadle, sacrificadle.

Levantáronse muchos de sus oyentes, y Morton tuvo que arrepentirse de su temeridad en haber entrado allí; no llevaba mas arma que su sable, y veia que cada puritano estaba armado con dos pistolas, cuando él habia dejado las suyas en la silla de su caballo: no podia esperar, por consiguiente, que la resistencia le librase de sus garras.

La intervencion de Macbriar le salvó por un instante.

—Detenéos, hermanos mios, esclamó; no desnudeis el acero con precipitacion, no sea que la sangre del inocente recaiga sobre nuestras cabezas. Acércate dijo á Morton, y respóndeme; queremos

oirte antes de vengar la causa á que has sido traidor. ¿No has resistido á la palabra de la verdad con frente de bronce, en todas las sesiones del consejo?

—¡Sí, sí! gritaron todos á una.

—Aconsejó la paz con los malvados, dijo otro.

—Habló de tolerancia é indulgencia, dijo otro.

—Ha vendido el ejército á Monmout, añadió un tercero, ha sido el primero en abandonar al valiente Burley, que resistia aun; yo le he visto huir en el campo, mucho antes de haber cesado el fuego cerca del puente.

—Señores, dijo Morton, si habeis resuelto condenarme sin oirme, sois árbitros seguramente de mi vida, pero respondereis ante el tribunal de Dios y de los hombres...

Nueva gritería le impidió continuar.

—Dejadle hablar, dijo Macbriar: sabe el cielo que nuestras entrañas se conmovieron para él: quisimos iluminarle con el celestial resplandor, y siempre cerró los ojos; hacerle oir la verdad, y siempre se tapó los oidos. Habla, Job, jóven! ¿qué puedes alegar en tu defensa?

Morton, habiendo logrado silencio, esplicó los motivos que le condujeran al campo del duque de Monmouth; refirióles la conversacion que tuvo con él, circunstanció su modo de portarse durante la accion, y concluyó diciendo que si todos hubiesen querido pelear como él, el ejército presbiteriano, en vez de estar disperso y destruido, se hallaria victorioso ó por lo menos en estado de obtener ventajosas condiciones de paz.

—¿Lo oís? dijo Habacuc, no habla mas que de

arbitrios humanos; por nada cuenta el auxilio del Altísimo: ¡muera pues!

—Poco á poco, replicó Macbriar; me resta todavía que hacer alguna pregunta. ¿No eres tú quien dió la vida y libertad al réprobo Evandale? ¿Miles Bellenden y la guarnicion de asesinos de su castillo no huyeron por tu medio del filo de nuestros aceros?

—Si son esos los delitos de que me acusais, dijo Morton, los confieso, y me glorio de ellos.

—¿Lo eis? continuó Macbriar, ¿y no vendiste la causa de Israel por una Madianita? ¿no fué por el amor que profesas á Edita Bellenden?

—Sois incapaces, respondió vivamente Morton, de valorar mis sentimientos para con ella; pero aunque no existiera, me hubiereis visto obrar del mismo modo.

—Eres rebelde á la verdad; pero libertando así á la vieja Margarita Bellenden y á su nieta, ¿no era tu objeto frustrar las sábias miras de Burley, á quien Basilio Olifante habia ofrecido la cooperacion de todos sus vasallos, si le ponia en posesion de los bienes de estas dos mujeres?

—Esa es la primera vez que oigo hablar de ese infame proyecto; ¿y os permite vuestra religion echar mano de medios tan viles, tan abominables para...

—Silencio, no te corresponde á tí enseñar á tus maestros. A mas de que ya has confesado bastantes delitos y traiciones para atraer la ira celestial sobre un ejército, aunque fuese mas numeroso que los granos de arena en las orillas del mar. ¿No estábamos diciendo con Josué: ¿por qué Israel ha huido ante el enemigo? Pues al tiempo de proferir

nosotros estas palabras has comparecido tú. La Providencia te ha puesto en nuestras manos para aplicarte el castigo debido á aquel cuyas iniquidades han hecho llover la ira de Dios sobre su pueblo. Seríamos reos si te perdónasemos la vida. Oyeme con atencion: hoy es el dia del sábado; no le profanaremos con el derramamiento de sangre; pero luego que este reloj señale la media noche, serás borrado de la lista de los vivientes: aprovéchate de los pocos instantes que te quedan, y prepárate para la eternidad... Hermanos mios, prendedle y apoderáos de sus armas.

La órden fué tan rápidamente ejecutada por los que se hallaban inmediatos á Morton, que se vió desarmado antes que hubiese podido ponerse en defensa.

Siguióse á este acto un silencio profundo y feroz.

Aquellos fanáticos se colocaron alrededor de una mesa, y mandaron sentar en ella á Morton de modo que tuviese siempre á la vista el reloj que señalaba los minutos que restaban á su existencia.

Trájose la cena, y ofrecieron su racion á Enrique; pero ya se deja conocer que en situacion tan apurada, no era lo que mas le llamaba la atencion la necesidad de satisfacer su apetito.

Los ojos de los circunstantes se encaminaban de cuando en cuando á la manecilla del reloj, y los de Morton tomaban á menudo la misma direccion.

Concluida la cena, el frenético Habacuc, levantándose repentinamente, gritó como inspirado:

—El sol, á la voz de Josué, se detuvo una vez para completar la destruccion de los enemigos de Israel; mi mano acelerará el curso de las horas para afianzar el castigo del impío.

Y apoderándose al momento de una silla, subió en ella, y alargó la mano para colocar la manecilla del reloj en la hora fatal, cuando uno de sus compañeros le detuvo.

—¡Silencio, Habacuc! oigo ruido.

—Es el viento que agita los brezos, dijo otro.

—Es el murmullo de un arroyo que pasa cerca de aquí, añadió un tercero.

—Esto es caballería, no hay duda, pensó Morton: quiera Dios que sean mis libertadores.

El ruido iba á mas por momentos.

—¡Son caballos! esclamó Macbriar, ved qué novedad es esa!

—¡Son enemigos! gritó uno que acababa de abrir una ventana para salir de la duda.

Las voces de los hombres y los relinchos de los caballos se oyeron entonces cerca de la casa.

Todo el mundo se puso en movimiento, unos para defenderse, y otros para escaparse: forzáronse al mismo instante las puertas y las ventanas, y aparecieron en la sala dragones del regimiento de guardias.

—¡Fuego á los rebeldes! gritó una voz bien conocida de Morton, pues era la del coronel Claverhouse; ¡mueran todos! ¡acordáos de Graham!

Tiráronse á la vez muchos pistoletazos: á la primera descarga, uno de los puritanos, que se

hallaba al lado de Enrique, recibiendo una herida mortal, cayó encima de él y le arrastró en su caida.

Este accidente salvó seguramente la vida á Morton, que hubiera corrido grandes riesgos en un combate nocturno que duró cuatro ó cinco minutos, sin mas luz que el fuego de la chimenea. En este corto intérvalo menudearon los sablazos por entrambas partes.

Luego que los dragones fueron dueños del campo de batalla:

—¿El preso que custodiaban esos miserables se ha salvado? preguntó el coronel; búsquesele, y despachad al mismo tiempo á ese pícaro cuyos ayes me incomodan.

Ambas órdenes fueron ejecutadas: remataron á un herido; y Morton, desembarazado del cadáver que tenia encima, pudo levantarse auxiliado de su fiel Cuddy, que no cabia en sí de gozo, cuando se hubo asegurado de que la sangre de que estaba su amo cubierto no era la de sus venas; y se dió prisa á enterarle á media voz de lo que habia ocasionado que llegase el destacamento en hora tan oportuna.

—Mientras iba en busca de algunos soldados de nuestra division para arrancaros de las manos de esos pícaros, le dijo, he topado con la partida que manda Claverhouse, y hallándome como quien dice entre dos zanjas, me he echado en la menos profunda.

Referile lo que acababa de suceder, y habiéndome mandado acompañarlo aquí, he obedecido sin chistar, porque ya debe de estar cansado de

degollar gente toda la noche; de fuera que no ignora que vos salvásteis la vida de lord Evendale; y los dragones me han dicho tambien que el duque dá cuartel á cuantos lo piden. Así pues, ¡ánimo! que todo parará bien.

CAPÍTULO XXXII.

Claverhouse, despues de haber mandado desembarazar la sala de los cadáveres que habia en ella, dijo á los soldados que pasarian allí la noche, y que partirian el dia siguiente por la madrugada. Ocupóse en seguida de Morton, y se mostró mas que atento en la conversacion que tuvo con él.

—Hubiérais evitado, señor Morton, los peligros que habeis corrido de uno y otro lado, si os hubiéseis dignado prestar alguna atencion al consejo que os di en la mañana de ayer; pero no hablemos mas de esto: respeto los motivos que podais haber tenido. Sois prisionero de guerra, á la disposicion del rey y del consejo; pero yo quiero que se os trate con todas las atenciones posibles: solo exijo de vos la palabra de honor de que no intentareis escaparos.

Morton se la dió desde luego. Claverhouse se

inclinó cortésmente, en señal de aceptarlo, y dando algunos pasos llamó á un sargento.

—Y bien, Holliday, ¿cuántos muertos, cuantos prisioneros?

—Tres muertos en la casa, mi general (pues Claverhouse habia obtenido este grado), dos en el pátio y uno en la huerta, y cuatro prisioneros.

—¿Armados ó sin armas?

—Los tres armados de todas armas, y el desarmado tiene trazas de un predicador.

—Ya estoy; otro de los clarines del ejército. En cuanto á los tres, llevadlos al pátio, y fuego! No olvideis notar en el libro de órdenes tres rebeldes cogidos con las armas en la mano, fusilados con la fecha de hoy, y el nombre del lugar; creo que ha de llamarse Drumshinnel. Que me tengan bien custodiado al predicador: como no lleva armas tendrá que sujetarse á un pequeño interrogatorio: mañana me ocuparé de esto, ó puede que le envie al consejo: estoy ya cansado de esa fastidiosa formalidad. Que se trate al señor Morton con el mayor respeto, y... oid, que se cuide de su caballo; seria bueno mandar lavar el mio con vinagre, pues creo que la silla le ha desollado un poco.

Todas estas órdenes se espidieron á sangre fria, y con el tono de quien no dá mas importancia á una que á otra.

Luego que Holliday se hubo retirado, Claverhouse se hizo servir alguna vianda que se le habia preparado precipitadamente, y rogó á Morton que se sentase con él á la mesa, añadiendo que este dia habia sido de gran fatiga para entrambos. A Morton le fué imposible tragar un bocado: los tras-

tornos sucesivos que acababa de padecer le habian quitado enteramente el apetito; pero le devoraba una sed ardiente, y mostró deseos de apagarla.

—Nada mas fácil, dijo Claverhouse; hé aquí un jarro de cerveza que habian preparado esos bribones; y no dejará de ser buena, porque esos perros puritanos tienen el gusto delicado, y saben donde la hay mejor. A vuestra salud, señor Morton, dijo llenando un vaso para él y presentando el otro á su compañero.

Morton iba á aplicarlo á sus lábios, cuando una descarga de fusilería le indicó que los tres prisioneros acababan de espirar. Estremecióse, y puso otra vez el vaso sobre la mesa sin haber catado la bebida.

—Sois mozo aun, señor Morton, dijo Claverhouse apurando el suyo con gran calma. No estais acostumbrado todavía á semejantes escenas; pero vuestra sensibilidad no os hace desmerecer de mi estimacion. El deber y la necesidad suelen ir acostumbrándonos.

—Confío, dijo Morton, que nunca producirán en mí semejante efecto.

—Yo pensaba como vos, replicó Claverhouse. ¿Querreis creer que al principio de mi carrera militar la presencia de un hombre herido me trastornaba tanto como si manase la sangre de mis propias venas? Pero al cabo, señor Morton, ¿por qué nos ha de causar tanto temor la muerte que nos rodea por todas partes. Sea cual fuere la hora que dé el reloj, no es la última para algunos de nosotros? ¿por qué pues tantas zozobras para alargar nuestra existencia ó la de los demás? La muerte viene á ser una lotería. La media noche habia de

ser para vos la hora postrera; y ¡bien! ha dado ya, y sin embargo vivis, y los pícaros que pensaban asesinaros han dejado de existir. ¿Qué padecimiento causa la muerte? No es cosa que merezca siquiera la atencion, porque tarde ó temprano, hay que pasar por él de un modo ú otro. Si yo pienso en la muerte, señor Morton, es con la esperanza de recibirla algun dia en el campo de batalla, despues de haber peleado bien, entre la gritería y el júbilo de la victoria: hé aquí lo que vale la pena de vivir y la de haber vivido.

Acababa Claverhouse de pronunciar estas palabras, y brillaba en sus ojos un entusiasmo guerrero, cuando en un rincon del aposento apareció una fantasma ensangrentada que parecia salir de lo mas hondo de la tierra, y las facciones desfiguradas por la sangre y la proximidad de la muerte. Morton conoció en este espectro al espirituado Habacuc, quien estendiendo los brazos hácia Claverhouse:

—Tú confias en tu fuerza, dijo; pero Dios ampara á los desvalidos; tu sangre lavará la del inocente que has derramado; acuérdate que está escrito que el que á hierro mata á hierro muere.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cayó otra vez y espiró al punto.

Esta nueva escena aumentó la agitacion de Enrique, á quien no pudo menos de hacer impresion la singular analogía de las últimas palabras de este frenético con los sentimientos que acababa de espresar Claverhouse.

Dos dragones que se hallaban en el aposento, sin embargo de tener muy encallecido el corazon con el hábito de derramar sangre, no pudieron

presenciar esta inesperada aparicion, ni oir la especie de profecía de que fué acompañada, sin quedar yertos de horror, pálidos, é inmobles, con los ojos clavados en la aparicion.

Solo Claverhouse conservó toda su serenidad. Al levantarse Habacuc, habia echado mano á sus pistolas; pero luego que vió que se trataba de un moribundo, volviéndoselas á colocar sobre la mesa, escuchó con la mayor calma sus amenazadoras predicciones.

—¿Cómo se hallaba aquí ese miserable? preguntó luego que Habacuc hubo acabado de hablar, y caido en el suelo: y bien, añadió dirigiéndose al dragon que estaba mas inmediato á él, ¿me respondereis? ¿á qué viene ese azoramiento? ¿sereis tan cobarde que os meta miedo un muerto?

El dragon respondió tartamudeando, que seguramente sus camaradas no le habian visto cuando sacaron los otros tres muertos.

No era estraño tampoco, porque habia caido al estremo de la sala, opuesto á la chimenea, en un rincon donde todos los presbiterianos habian amontonado sus capas.

—Y bien, quitadlo de aquí, en vez de desencajar tanto ojo, y de permanecer con los brazos cruzados, á menos que no temais que os muerda. Ved una cosa graciosa, señor Morton, muertos que resucitan para amenazarnos; habré de mandar á mis bribones que agucen bien sus aceros; bien que otras veces suelen portarse mejor; pero la jornada de hoy ha sido terrible; tendrán el brazo cansado, y aun creo, señor Morton, que á vos y á mí no nos vendrá mal descansar algunas horas.

Diciendo esto, bostezó, estendió los brazos, to-

mó una luz, dió á Enrique las buenas noches, y entró en el aposento que se le habia preparado.

Acompañaron entonces á Morton al cuarto destinado para él, dejándole allí solo y enteramente libre: las ventanas daban al campo; no habia en ellas reja alguna: nada le hubiera sido mas fácil que escaparse; pero habia dado su palabra á Claverhouse, y no llegó siquiera á pasar por su imaginacion la idea de faltar á ella, por mas que recelase la suerte que le reservaba el consejo de guerra.

Tributó al Supremo Hacedor humildes acciones de gracias por haberle librado del hierro de los asesinos por medio de aquellos á quienes poco antes consideraba como á enemigos; suplicóle que se dignase servirle de guia en tiempos tan azarosos; y encomendó por fin en sus manos el cuidado de su destino.

CAPÍTULO XXXIII.

A la viva agitacion que esperimentó Morton, sucedió un sueño tan profundo, que cuando el ruido de los caballos, la vocería de los soldados y el sonido de los clarines le despertaron de improviso la mañana siguiente, no sabia dónde se hallaba. Apenas habia tenido tiempo para levantarse, cuando el sargento Holliday entró á darle aviso, con el mayor respeto, de que el general esperaba tener el gusto de su compañía en el camino.

Hay ciertas situaciones en la vida en que una invitacion es un precepto. Morton creyó fundadamente que se hallaba en este caso, por lo que salió inmediatamente en busca de Claverhouse: su caballo tenia ya puesta la silla y la brida, y encontró á Cuddy preparado para seguirle. Parecia que se les trataba, no como prisioneros, sino como individuos del ejército real: sin embargo, los habian desarmado; pero el mismo Claverhouse vos

vió á Morton su sable, arma que en aquella época era el distintivo de un caballero.

Cuando se pusieron en marcha, quiso que fuese á su lado, y pareció que se complacia en su conversacion. Pero cuanto mas Morton le oia hablar, mas confuso se hallaba, y menos podia formar concepto de su verdadero carácter. Su urbanidad, la finura y delicadeza de sus modales, sus sentimientos generosos y caballerescos, su adhesion á la causa del rey, un esquisito discernimiento; que penetraba sin dificultad hasta los mas ocultos pliegues del corazon humano; estas escelentes prendas no podian dejar de ser apreciadas, y escitaban la admiracion de cuantos trataban con él; pero su poco interés por la vida de los hombres, las violencias y crueldades que permitia á sus soldados, y que les ordenaba algunas veces, su desprecio por todo lo que pertenecia á una clase inferior á la suya, formaban un contraste que desviaba de él todo el afecto que sus buenas prendas no hubieran dejado de merecerle. Morton no pudo menos de compararle interiormente con Burley; y como esta idea iba embargando su imaginacion, soltó algunas palabras que la dieron á conocer.

—Teneis razon, dijo Claverhouse, sobrada razon; entrambos somos fanáticos; pero hay alguna diferencia entre el fanatismo inspirado por el pundonor y el que emana de una tétrica y feroz supersticion.

Y sin embargo, vos y él derramais la sangre sin escrúpulo ni compasion, dijo Morton, incapaz de ocultar sus sentimientos.

—Es verdad, contestó Claverhouse con mucha serenidad; pero juzgo que hay tambien notable

diferencia entre la sangre de notables soldados valientes, caballeros leales, virtuosos prelados, y el rojo licor que corre por las venas de ruines aldeanos, oscuros demegogos y miserables cantores de himnos: ¿no haceis ninguna diferencia y distincion entre una botella de escelente vino y un jarro lleno de mala cerveza?

—Esa comparacion es muy sutil para mí. Dios ha dado la vida al mas ínfimo villano, como al príncipe mas esclarecido; y quien destruye la obra de su mano sin un motivo muy poderoso, y á medida de su antojo, tendrá que darle cuenta en ambos casos; y por ejemplo, ¿tengo yo mas derecho hoy á la proteccion del general Cloverhouse que la primera vez que le ví?

—¿Cuando visteis tan de cerca la muerte? querreis decir. Pues bien, yo os responderé francamente: entonces no veia en vos mas que el hijo de un antiguo caudillo de rebeldes, el sobrino de un viejo avariento presbiteriano; pero ahora que os conozco mejor, sé que teneis un carácter que honro en un enemigo, tanto como aprecio en un amigo. Tomé muchos informes acerca de vos, tras nuestro primer encuentro, y espero que habreis conocido que el resultado no os ha sido desventajoso.

—Sin embargo, yo soy...

—Sois el mismo que erais entonces; lo confieso; pero ¿cómo podia yo saberlo? Solo desde mi desengaño he empezado á apreciaros. A mas de que la misma resistencia que opuse á vuestros intercesores, debe haberos acreditado que ya desde entonces formé alto concepto de vuestras prendas.

—¿Creeis, general, que yo deba estaros agradecido por semejante prueba de estimacion?

—Vamos, vamos, que sois algo descontentadizo; pero volviendo á lo que os decia, no cabe que exista ninguna simpatía entre mí y algunos de esos viles labradores que se borran de la lista de los vivientes.

—Con todo, general, entre los prisioneros teneis un labrador: y á pesar del desprecio con que mirais una profesion que muchos filósofos han tenido por mas útil y honorífica que la de soldado, me tomaré la libertad de implorar vivamente en su favor vuestra proteccion.

—¿Hablais de vuestro criado? Le conozco; Holliday me ha recordado su nombre. Esas señoras de Tillietudlem me hablaron tambien en favor suyo; parece que ha de casarse con su camarera. No temais por él; saldrá bien librado, á menos que no se aterre y quiera representar el papel de víctima.

—No creo que codicie la gloria del martirio.

—Tanto mejor para él. A mas de que haya hecho lo que haya querido, yo siempre le protegeré á causa del saludable error que anoche le hizo dar con mi gente, cuando buscaba auxilio para sacaros del apuro en que estábais. Ha tenido confianza en mí, y esto es una recomendacion para que no le abandone. Pero, para hablaros con franqueza, mucho tiempo hace que estaba yo en acecho vigilando su conducta: Holliday, dadme el libro negro.

Abrió el sargento su balija, y sacó de ella un registro que contenia los nombres, por órden alfabético, de todos aquellos de quienes se sospechaba tener intenciones hostiles contra el gobierno.

Cogióle Claverhouse, y empezó á hojear prosiguiendo su camino.

—Gambleton, ministro autorizado, artificioso hipócrita... no, no es esto. Heathercat, predicador refractario, celoso puritano. . ¡Ah! ¡ah! aquí está: Cuthbert Headrigg (alias) Cuddy. Su madre es muy exaltada; en cuanto á él, es un mozo muy sencillo, pero sin talento, excelente tirador, mucho mejor para servir que para dirigir; sería fácilmente partidario de la buena causa, sin sus relaciones con...

Aquí Claverhouse miró á Morton, y cerró su libro.

—La adhesion, la lealtad, señor Morton, son virtudes que aprecio, y de que nunca me entero en vano. Ya podeis contar con la vida de ese mozo.

—¿Y vos, con el talento de que os dotó la naturaleza, no os correis de un sistema que exige tan minuciosas pesquisas hasta para individuos tan vulgares?

—¿Y presumís, respondió Claverhouse con alguna altivez, que soy yo el que me tomo este trabajo? Los ministros de cada parroquia están encargados de enviarnos estas noticias, operaciones que les facilitan sus conocimientos locales. Tres años hace que tengo vuestro retrato.

—¡De veras! esclamó Morton; ¿y tendriais dificultad en enseñármelo?

—Ninguna, respondió Claverhouse, con mucho gusto.

Abriendo entonces por segunda vez el registro, leyó lo que sigue:

«Enrique Morton, hijo de Silas Morton, coronel

de caballería por el Parlamento de Escocia, sobrino de Morton de Milnwood. Educacion imperfecta pero valor y talento superiores á su edad. Máximas peligrosas sobre la libertad y la independencia. Parece inclinarse hácia el presbiterianismo, pero sin exageracion. Muy estimado de todos los jóvenes de las cercanías; carácter suave, modesto, pacífico, y á pesar de esto, espíritu ardoroso, cabeza exaltada. Es...

—Ya veis, señor Morton, continuó el general, que estas palabras van seguidas de dos cruces encarnadas, que significan dos veces peligroso, y que en este concepto erais hombre que no podia perderse de vista. Pero ¿qué me quiere ese mensajero?...

Un hombre á caballo, acercándose ahora á Claverhouse, le entregó una carta. Abrióla Claverhouse, leyóla con desdeñosa sonrisa, y dirigiéndose al portador: «Dí á tu amo, le dijo en tono de desprecio, que envie sus prisioneros á Edimburgo; no tengo otra respuesta que dar.»

Y volviéndose entonces á Enrique, dijo «Es otro aliado vuestro, ó mejor, el aliado de vuestro amigo Burley, que abandona la causa de los presbiterianos. Oid cómo se esplica: «Mi querido señor (1), no sé quién le ha autorizado para tal franqueza, suplico á V. E. que reciba mis humildes parabienes por la victoria que el ejército de S. M. acaba de alcanzar. Tengo el honor de participar á V. E. que he mandado tomar las armas á mis vasallos para prender á los fugitivos. Tengo ya á estas ho-

(1) Así encabezan los ingleses las cartas entre iguales. (Nota del traductor.)

ras muchos prisioneros.—Basilio Olifante.» ¿Habeis oido nombrar á ese bribon?

—¿No es un pariente de lady Margarita Bellenden?

—El último heredero varon del padre de milady, aunque en grado muy lejano, amante de la hermosa Edita, que se le negó por ser indigno de ella; pero sobre todo muy aficionado á los dominios de Tillietudlem y á todas sus dependencias.

—Mal medio de recomendacion adoptaba con esa familia, dijo Morton, manteniendo relaciones con nuestro desgraciado partido.

—¡Oh! pero el prudente Basilio es hombre para representar tres papeles en un dia. Estaba descontento del gobierno, porque no habia querido anular en favor suyo el testamento del conde de Tornwood en que dejaba por heredera á lady Margarita; lo estaba de esta porque le habia negado la mano de miss Bellenden, y lo estaba de Edita porque nunca habia podido sufrir su carácter fementido y su figura de irracional. Entró pues en correspondencia con Burley; hizo una leva de mozos, con ánimo de auxiliarle, si no lo necesitaba, esto es, si ayer hubiésemos sido vencidos; pero hoy que somos vencedores, el pícaro vuelve la tortilla; pretende que solo ha obrado por el mejor servicio del rey, y casi estoy por creer que el consejo tomará sus protestas por dinero sonante, aunque le conste que sea moneda falsa; mandará ahorcar ó fusilar algunas docenas de pobres fanáticos prófugos, mientras que ese bribon, envuelto en su hipocresía, disfrutará del timbre que solo es debido á la lealtad.

Conversaron así de diferentes asuntos, se les

hizo menos largo y pesado el camino que tenian que andar. Claverhouse habló siempre á Morton con franqueza, y tratóle mas como amigo y compañero, que como prisionero de guerra. Enrique estaba incierto todavía de la suerte que le aguardaba, y sin embargo las horas que pasó en compañía de este hombre estraordinario, cuya imaginacion era tan rica y variada, como profundo su conocimiento del corazon humano, fueron las que le parecieron mas veloces de cuantas habian trascurrido desde que se arrojó al raudal de los negocios públicos. Parecíale en este momento lo que á un ginete que ha soltado las riendas de su caballo, y que abandonándose á él, se ahorra á lo menos el trabajo de gobernarle.

Viajaron así hasta Edimburgo, aumentándose á cada paso su comitiva con varios destacamentos de caballería que se les agregaban, y que traian casi todos su mayor ó menor número de prisioneros.

Cuando se hallaban próximos á entrar en la ciudad: «Yo sé, dijo Claverhouse, que el consejo privado, sin duda para dar con sus demostraciones de júbilo una prueba del terror que se habia apoderado de él, ha dispuesto que hiciésemos en Edimburgo una entrada triunfal, llevando en pos de nosotros los cautivos, como los generales romanos; pero á mí no me gusta ser actor en la escena, y voy á evitaros el disgusto de figurar como comparsa.

Llamó á Allan, que era entonces teniente coronel, confió el mando de la caballería, y cogiendo un camino escusado, entró de incógnito con Morton en la ciudad, seguido de algunos criados, entre los cuales se hallaba Cuddy.

Al llegar á la casa que habitaba en una de las principales calles de Edimburgo, dispuso que Morton entrase en un aposento, donde le dejó solo, diciéndole que fiaba en su palabra de que no saldria.

Despues de haber pasado media hora reflexionando sobre las vicisitudes de la suerte que esperimentara en el trascurso de un mes, oyó Morton un gran ruido en la calle que le movió á asomarse á la ventana. Por las trompetas, clarines y timbales que sonaban entre las aclamaciones de un gentío inmenso, conoció que se acercaba la caballería real. Los magistrados habian salido á recibir á los vencedores á la puerta de la ciudad, y abrian la marcha de la pompa triunfal, precedidos de sus guardias. Detrás de estos venian clavadas en las puntas de las lanzas las cabezas y las manos de dos rebeldes, que por una bárbara irrision aproximaban frecuentemente una á otra en ademan de pedir perdon. Estos sangrientos trofeos pertenecian á dos predicadores que fueron degollados en la llanura de Bothwell. Seguia una carreta, guiada por el ayudante del verdugo, en que habian colocado á Macbriar y á dos prisioneros mas que parecian ser de la misma profesion: iban con la cabeza descubierta, cargados de cadenas, pero no daban muestras de abatimiento por la triste suerte que cupo á sus compañeros, cuyos restos tenian á la vista, ni de temor por el suplicio que les aguardaba, segun podian colegir de semejantes preliminares; miraban imperiosamente al pueblo que les rodeaba, y parecian en algun modo triunfar de sus vencedores.

Detrás de estos prisioneros abandonados á los insultos del populacho que les tiraba lodo y piedras, marchaba un escuadron de caballería, cuyos

soldados, blandiendo los sables, prorrumpian en vivas aclamaciones, á que contestaba la multitud, que en todas las ciudades populosas está contentísima cuando se la permite entregarse á la algazara y gritería.

Venia en seguida el resto de los prisioneros, que pasaban de ciento. Los que tenian el grado de jefes iban delante, unos atados sobre sus caballos, con la cabeza vuelta hácia la cola, otros sujetos á pesadas barras de hierro que les obligaban á sostener, como los galeotes en España cuando los trasladan al puerto destinado para embarcarlos; todos estaban destinados á morir, como si ya vistiesen el fatal *sambenito* con que solian adornar, en la referida nacion, las víctimas que habian de figurar en un *auto de fé*. Seguíales la mole de los prisioneros. Unos daban á entender, con su intrépido y soberbio mirar, que estaban convencidos de la justicia de la causa por la cual habian combatido, y de que la muerte misma no podia entibiar el ardor de su entusiasmo; otros, abatidos y consternados, tenian traza de reconvenirse por la imprudencia con que abrazaran un partido que la Divina Providencia habia abandonado, y de meditar algun efugio para evitar la suerte que les amenazaba; algunos, rendidos al hambre, á la sed y á la fatiga, parecian un rebaño de carneros á quienes su amo obliga á entrar en el matadero, sin que sepan si se trata del esquileo ó de degüello. No se notaba en ellos ni temor, ni deseo, ni esperanza; estaban como absortos en el sentimiento de su desgracia sin que mostrasen tener una idea distinta de ella.

Dos filas de soldados los llevaban en medio; una banda de música militar que tocaba festivos

himnos de triunfo interrumpidos por las aclamaciones del inmenso gentío, precedia el resto de la caballería.

Dejábase considerar cuál estaria el ánimo de Morton con semejante espectáculo, mirando entre los infelices prisioneros á varios á quienes habia tratado duramente la corta época de la insurreccion, y reconociendo sobre todo en una de las cabezas que llevaban en triunfo, la de su antiguo colega Kettledrumle. Cayó horrorizado en una silla, yerto de pavor, y así se estuvo hasta que entró en el aposento Cuddy, pálido, desfigurado, dentelleando de miedo, y embargada casi la voz.

—¡Ay, señor Enrique! esclamó, perdónenos Dios y tenga compasion de nosotros. Tenemos que comparecer al punto ante el consejo... ¡Pobre de mí!.. ¡Qué quieren que diga un desgraciado como yo delante de tantos lores y señores?... Pero no es esto lo peor; mi madre ha llegado á descubrir mi paradero: está abajo á la puerta. Yo he querido alejarla de aquí: pero no señor, tiesa que tiesa. Dice que viene para verme *dar testimonio*, que es lo propio que decir en su habla para verme ahorcar; pero yo no soy tan bestia, y si puedo escapar del dogal, llévese el diablo todos los testimonios del mundo.

Claverhouse entró en este punto en el aposento.

—Es necesario que os presenteis inmediatamente al consejo, señor Morton, le dijo saludándole con la atencion acostumbrada; vuestro criado tendrá que seguiros. Nada temais por la seguridad de entrambos; pero os prevengo que acaso tendreis que presenciar una escena que os será dolorosa; yo hubiera querido evitárosla; pero me ha sido im-

posible. Mi coche nos aguarda. ¿Gustais que partamos?

Esta era otra de las invitaciones á que Morton no podia absolutamente negarse, por desagradable que le fuese. Levantóse pues al momento, y siguió al general.

Al bajar la escalera:—Sí, le dijo Claverhouse. vos saldreis bien librado, lo propio que vuestro criado, si sabe moderar la lengua.

Cuddy oyó estas palabras, y no cupo en sí de gozo: «mi lengua estará bien queda, dijo para sí; pero ay de mí si la madre mia toma la baraja...»

Al salir, la vieja Mausa, que estaba acechando á la puerta, le asió del brazo:—¡Hijo mio!... ¡hijo mio!... esclamó, ¡cuán alegre y satisfecha estoy, aunque triste y humillada al mismo tiempo, al ver que la lengua de mi hijo vá á *dar testimonio* por la verdad, ante el consejo, como lo ha hecho su brazo en el campo de batalla.

—¡Chito, madre mia, chito! respondió Cuddy con suma impaciencia, ¿es esa la ocasion de hablar asi? ¿A qué venis á incomodarme con esas demostraciones y testimonios? ¿Os parece que tengo gana de que me ahorquen? Ya he hablado con el señor Poundtext, este sí que es un ministro que vale un tesoro: ha declarado cuanto ha querido, y alcanzado indulto para sí y su rebaño. Yo haré otro tanto; y vos guardad para otros vuestros sermones y salmos.

—¡Ay, Cuddy, mi querido Cuddy! acuérdate que has peleado por la fé, y no quieras...

—Bueno, bueno, harto he peleado... pero hasta ahora no me han ahorcado, y sabe Dios que no me dejaré ahorcar si puedo remediarlo.

—Pero hijo, considera que si empuercas el vestido de boda...

—¡Qué boda ni qué cuernos!... ¿Os parece que no he de pensar mas que en Jenny? ¡Bonita aprension venir á hablarme de boda, cuando están para estirarme el pescuezo! Vamos, madre mia, adios; ya veis que los soldados me aguardan.

Diciendo esto, suplicó á los soldados de á caballo que le custodiaban, que le acompañasen al consejo, y á sus ruegos algunos otros detuvieron á la vieja Mausa, que se empeñaba en seguirle, para segun decia, sostener su valor.

CAPÍTULO XXXIV.

El consejo privado de Escocia, que desde la reunion de este reino á Inglaterra ejercia á un mismo tiempo el poder ejecutivo y la autoridad judicial, estaba ya reunido en el gran salon gótico contiguo á aquel en que antiguamente se celebraban las sesiones del Parlamento de Edimburgo. Cuando entró el general Claverhouse, fué á ocupar su asiento entre los jueces, y mandóse sentar á Morton y Cuddy en el banco de los acusados, donde estaba ya Macbriar cargado de grillos y esposas, de manera que no podia absolutamente menearse.

—Nos habeis traido, general, un plato de caza perfectamente surtida, dijo á Claverhouse otro de los jueces que estaba sentado á la derecha del presidente, mirando á los tres prisioneros: un cuervo que vamos á oir graznar, un estornino que parece no saber donde meterse, y un... ¿cómo llamaré al tercero?

—Sin discurrir en la propiedad del apodo, milord, respondió Claverhouse, llamadle un hombre por quien me intereso particularmente.

—¿Puedo decir á lo menos que es un wigh? continuó el mismo pregunton sacando una lengua que apenas le cabia en la boca, y procurando dar una maliciosa esprosion á su grosero rostro, donde se veia pintada la estupidez.

—Sí, milord, respondió Claverhouse con su imperturbable calma, un wigh tal como lo érais vos en 1641.

—¡Cómo os vuelven la pelota, milord! dijo otro de los consejeros.

—Sí, sí, contestó el juez sonriéndose para no hacer mas que una mueca; desde la accion de London-Hill, no hay quien pueda hablarle.

—Secretario, dijo el duque de Lauderdale que presidia el consejo, leed el escrito que teneis delante.

El secretario leyó el documento en el cual el general Graham de Claverhouse y lord Evandale se constituian fiadores por diez mil marcos de plata cada uno, de que Enrique Morton de Milnwood saldria del reino, y no volveria á entrar en él hasta que S. M. se dignase permitírselo. En caso de infraccion de este destierro, estaba ya fallada contra él la pena capital.

—Señor Morton, preguntóle el duque de Lauderdale, ¿aceptais el indulto que os ofrece la clemencia del rey bajo estas condiciones?

—No me queda otro arbitrio, milord, respondió Morton.

—Acercaos, pues, y firmad vuestra conformidad.

Morton se adelantó sin replicar, bien convencido de que no podia esperar mas favorable trato.

Mientras que firmaba:

—¡Dios de Jacob! esclamó Macbriar sonrojado, ¡hélo ahí rematar su apostasía, reconocer al tirano y renegar de tu santo nombre!

—Silencio! dijo el consejero que antes habia hablado á Claverhouse, y que se preciaba de talento; no metais vuestra cuchara en la sopa de los demás; harto caliente encontrareis la vuestra; puede que os queme el gaznate.

—¡Todavía una sopa hirviendo! pensó Cuddy; eso es de malísimo agüero para mí.

—Mandad al otro prisionero que se adelante, dijo el presidente despues de haber hecho sentar á Morton en una de las sillas que habia á derecha é izquierda de la sala. Este se parece á uno de aquellos carneros que saltan las zanjas despues de haber visto saltar á los demás.

Cuddy fué conducido por dos fusileros cerca de la mesa de los jueces, miró tímidamente en derredor suyo, y bajó luego los ojos, penetrado de respeto á vista de tantos y tan grandes señores que se estaban ocupando de él; y á pesar de la seguridad que Claverhouse habia dado á su amo, no dejaba de estar sumamente zozobroso de los resultados.

Hizo muchísimas cortesías con rusticidez y desmaña, y aguardó que le preguntasen.

—Os habeis hallado en la accion del puente de Bothwell?

Tal fué la primera pregunta que se le hizo, que causó en él el efecto de un rayo. No se atrevia

á confesar la verdad, y tenia bastante cholla para calcular que negándolo podrian fácilmente probarle lo contrario. Procuró pues salir del paso con una respuesta evasiva.

—Yo no niego... que sea posible... que haya estado en ella.

—Responded categóricamente, sí ó no. ¿Estuvísteis?

—No me toca á mí contradecir á V. S.

—¡Todavía rodeos!... ¿Estuvisteis ó no estuvísteis?

—¿Quién puede saber dónde ha estado uno todos los dias de su vida?

—¡Picaro! gritó el general Dalzell, si no contestas mejor, te hago saltar los dientes con el puño de mi sable. ¿Piensas que hemos de pasar así todo el dia, persiguiéndote de pregunta en pregunta, como galgos que corren tras una liebre?

—Pues bien: ya que nada satisface á V. S., escriba V. S. que no puedo negar.. que haya estado allá.

—Siendo así, ¿crees, dijo el duque, que eres reo de alta traicion?

—¿Acabarás de responder? gritó Dalzell con una voz de trueno, viendo que Cuddy volvia á titubear.

—¡Toma!... escelentísimos señores, es que no es muy fácil contestar á preguntas que huelen á cuerda, dijo Cuddy rascándose el pescuezo; pero yo creo que habria hecho mejor.

—¡Vamos con mil diablos!

—Sí, señores, que habria hecho mejor no yendo.

—Vaya, dijo el presidente, eso se llama respon-

der. Y si el rey se digna perdonaros el crímen de rebelion, ¿rogareis á Dios por la felicidad de su reinado?

—¡Ah! de todo mi corazon, milord; y ofrezco no beber un vaso de cerveza sin brindar á su salud.

—¡Eh! dijo el duque, ese es un mozo de buena pasta; ¿pero quién os indujo, amigo, á tomar parte en la revolucion?

—El mal ejemplo, milord, y una vieja madre rabiosa que Dios me ha dado, salvo el respeto que debo á V. S.

—Muy bien: no creo que nunca pueda llegar el caso de temer que trames una conspiracion. Espedirle el indulto liso y llano, y mandad adelantar aquel bribon de allá.

Mientras que Cuddy, muy alegre, iba á sentarse junto á Morton, conducian á Macbriar al puesto que él acababa de dejar.

Empezaron asimismo por preguntarle si se habia hallado en la batalla del puente de Bothwell.

—Sí, respondió con voz firme y entonada.

—¿Armado?

—¡Armado!... Sí, de la palabra de Dios para alentar á los que peleaban por su causa.

—Segun eso, ¿predicábais la revolucion contra el rey?

—Tú lo has dicho.

—¿Conoceréis sin duda á John Balfour de Burley?

—¡Si le conozco!... Sí, y doy por ello muchas gracias á Dios; es un cristiano sincero y celoso.

—¿Y qué se ha hecho de ese gran personaje?

—Yo estoy aquí para responder por mí mismo, y no para comprometer la seguridad de los demás.

—¡Oh! nosotros sabremos arrancarte las palabras á la fuerza, dijo Dalzell.

—Si estuviese en el rincon de algun bosque, á la cabeza de un centenar de puritanos, no se haria tanto de rogar.

—Reflexionad, dijo el duque, los riesgos á que os esponeis negándoos á responder: hablad mientras teneis tiempo; sois aun muy jóven para tolerar los tormentos que os atraerá vuestra terquedad.

—Yo os desafío, respondió Macbriar clavando en sus jueces sus airados ojos, yo os menosprecio. No será la primera vez que me he visto encarcelado, atormentado, y por mas jóven que sea, he vivido lo bastante para aprender á morir cuando Dios lo disponga, pues mi vida no depende de vosotros.

—Muy bien, dijo el duque; pero hay ciertas molestias y padecimientos que pueden aconteceros antes de morir; y al mismo tiempo tocó una campanilla de plata que habia sobre la mesa.

Descorrióse inmediatamente en el fondo de la sala una cortina carmesí, y ofrecióse á la vista de los espectadores el verdugo con todos los instrumentos de la tortura acostumbrados en aquel siglo bárbaro. Morton, que no aguardaba ver semejante espectáculo, no pudo dejar de estremecerse; pero Macbriar lo miró sin pestañear y sin mengua de su firmeza.

—¿Conoceis á ese hombre? le dijo Lauderdale.

—Es sin duda, respondió Macbriar, el infame ejecutor de vuestras órdenes sanguinarias contra los elegidos de Dios. Vos y él sois igualmente despreciables á mis ojos, y bendigo al cielo que me ha dado valor para no temer los tormentos que vos podeis ordenar, y que él puede hacerme padecer. La carne y la sangre se postran acaso á los martirios; la debilidad de la naturaleza humana arrancará tal vez ayes y gemidos; pero mi alma es superior á vuestros esfuerzos juntos.

—Cumplid con vuestro deber, dijo el duque al verdugo.

Evitaremos á nuestros lectores la repugnante descripcion de la tortura que se impuso al preso. Nos ceñiremos tan solo á decir que la sufrió con una constancia digna de mejor causa.

El presidente la mandó suspender varias veces para reiterarle la pregunta que le habia hecho relativa á Burley, y siempre dió la misma respuesta. Por fin, el dolor le causó un desmayo, y un cirujano que estaba á su lado manifestó que la naturaleza no podia resistir mas.

—Ya solo hay que tratar del fallo, dijo el duque.

Mientras el cirujano empleaba todos los auxilios de su arte para hacer volver en sí á Macbriar, el presidente recogia los votos de los individuos del consejo; y á la primera señal de vida que dió el prisionero, pronunció contra él la sentencia de muerte por crímen de alta traicion, condenóle á ser ahorcado, debiendo cortársele despues la cabeza y las manos, y mandó la confiscacion de todos sus bienes á beneficio del tesoro público.

—Doomster (1), dijo entonces el presidente, lee al reo la sentencia.

Doomster era el verdugo. Segun las leyes de Escocia de aquella época, y que subsistieron mucho tiempo despues, otra de las funciones del verdugo era intimar á los reos su sentencia, lo que aumentaba el horror en su fantasía, considerando que el mismo que la leia estaba encargado de ejecutarla. Macbriar apenas pudo enterarse del fallo cuando el presidente lo pronunció; pero cuando Doomster le leyó la sentencia, habia ya vuelto enteramente en sí.

—Milord, dijo al concluirse la lectura, os quedo sumamente agradecido. Me habeis otorgado la única merced que esperaba de vos. Con los tormentos habeis preparado mi alma para la eternidad; me habeis proporcionado los medios de manifestar cuánto puede sufrir un cristiano por la buena causa. Me haceis pasar de un mundo de tinieblas al regazo de la eterna luz; yo os doy las gracias, milord, y os perdono mi muerte. ¡Ojalá vuestros postreros instantes sean tan serenos y venturosos como los mios!

Trasladósele de la sala del consejo al lugar del suplicio. Su rostro sereno parecia al de un hombre que se lleva en triunfo, y hasta el último momento conservó igual firmeza y entusiasmo.

Morton, durante esta escena cruel, habia sufrido en su imaginacion todos los tormentos que se aplicaban á su antiguo colega. Mas de una vez se

(1) Nombre formado de *doom*, destino, sentencia, y que tiene aquí una energía que no es posible espresar en castellano.

(Nota del traductor.)

habia levantado por un movimiento involuntario; pero los ojos de Claverhouse, siempre clavados en él, le recordaban la prudencia, y le obligaban de nuevo á sentarse; sobrevínole por fin un desmayo; apenas sabia lo que pasaba en su alrededor, y se halló en el coche del general sin saber cómo ni por dónde habia entrado en él.

—¡Qué valor!... ¡qué firmeza!... fueron las primeras palabras que profirió; ¡qué lástima que tales prendas queden oscurecidas y deslustradas por los errores de una secta feroz!

—Muere, dijo Claverhouse, con la misma serenidad con que os habia condenado á muerte. Pero ya habeis oido, señor Morton, que teneis que ausentaros del reino.

—Sí; ¿pero no podré despedirme de mis amigos antes de mi marcha?

—Se ha hablado á vuestro tio, y se niega á veros. El buen hombre está temblando de miedo. Recela, no sin algun fundamento, que el crímen de vuestra traicion recaiga sobre su hacienda. Sin embargo, no será nada. Os envia su bendicion y una corta cantidad, que hallareis en este bolsillo. Lord Evandale sigue gravemente indispuesto, y no puede ver á nadie. El mayor Bellenden está en Tillietudlem con su hermana y su sobrina. Se hallan muy atareadas en arreglar el castillo, y les costará mucho trabajo, porque los pícaros han hecho grande estrago en los respetables y antiguos monumentos que eran el objeto de toda la veneracion de lady Bellenden. Hasta llegaron á quemar la poltrona vieja que la buena señora llamaba el trono de S. M. ¿Hay alguna otra persona á quien deseeis ver?

—No, dijo Morton arrojando un hondo suspiro, no; pero por pronta que haya de ser mi marcha, siempre son necesarios algunos preparativos.

—Todo está previsto, dijo el general; vuestra maleta está en mi coche, y en un cofre que hallareis detrás hay todos los efectos que puedan haceros falta. Estas son cartas de recomendacion de lord Evandale para la córte del Estatouder, príncipe de Orange, y yo he puesto una para él mismo. Hice bajo sus órdenes las primeras campañas, y la batalla de Senef fué la primera en que ví la cara al enemigo. Hé aquí una carta de crédito contra un banquero de la Haya, librada por lord Evandale, quien os suplica que no pongais ninguna dificultad en serviros de ella; es un préstemo de que os desquitareis algun dia, si os empeñais en considerar como tal una espresion con la que está muy distante de creer que satisface lo que os debe.

Morton apenas daba asenso á lo que él mismo tocaba y oia, y no volvia en sí de la sorpresa que le causaba la ejecucion tan repentina de la sentencia de su destierro.

—¿Y Cuddy? le dijo.

—Queda á mi cargo: yo procuraré que vuelva á entrar á servir á lady Bellenden. No creo que ahora vuelva á faltar á una revista; pero lo que aseguro es, que no le provocará el deseo de hacer otra campaña con los puritanos. Estamos ya el muelle: apeémonos: la lancha os está aguardando.

Presentáronse inmediatamente algunos marineros, cogieron los efectos de Morton, y los llevaron á la lancha.

—Felicidades, dijo Claverhouse apretándole la mano. ¡Ojalá podamos volver á vernos en Escocia

en tiempos mas tranquilos!... Nunca olvidaré vuestra conducta generosa para con mi amigo Evandale ella os honra tanto mas, cuanto mayor es el conocimiento que tengo de vuestras ocultas inclinaciones, pues muchos en vuestro lugar no hubieran tenido el menor escrúpulo en desembarazarse de un hombre que os las estorbaba, pudiendo hacerlo sin ser acriminado.

Volvió á apretarle la mano, y le dejó cuando Enrique iba á saltar á la lancha.

Luego de haberse separado Claverhouse, notó Morton que le escurrian en la mano un papelito doblado. Volvióse inmediatamente. La persona que se lo habia entregado iba tan embozado en una gran capa, que no le fué posible ver su rostro; pero advirtió que se ponia un dedo en la boca y se perdió entre el gentío.

Este incidente despertó la curiosidad de Morton, y cuando se vió á bordo del buque que se hacia á la vela para Roterdam, separóse de sus compañeros de viaje, y abriendo el billete que tan misteriosamente le habia sido entregado, leyó en él lo que sigue:

«El valor que mostraste aquel dia fatal en que Israel huyó á la vista del enemigo, ha borrado hasta cierto punto tus yerros y tus faltas. Yo sé que has entregado tu corazon á la hija del extranjero; olvídala, porque de lejos, de cerca, desterrado, hasta la muerte, mi mano estará levantada contra su casa, y el cielo me ha suministrado los medios para que recaigan sobre ella los delitos que ha cometido. La larga resistencia del castillo ha sido la causa principal de nuestra derrota cerca del puente de Bothwell, y la sangre de los justos

clama venganza. Abandónala pues, y reúnete con tus hermanos desterrados. Algunas encontrarás en Holanda, cuyos ojos estarán siempre atisbando la hora de la redencion. Cuando esta haya dado, si eres digno todavía de trabajar en la viña del Señor, siempre sabrás mi paradero, preguntando por Quintin Mackel de Yrongray, en casa de esa escelente cristiana Bessia Maclure, que vive cerca de la posada de Niel. Entre tanto ciñete los riñones con un ceñidor de paciencia, y ten tu lámpara encendida como el que vela de noche, porque á la hora que menos lo pensaremos comparecerá el ángel esterminador con una túnica ceñida en sangre, y vengará á Israel de sus perseguidores.»

Esta carta singular venia firmada por J. B. de B.; pero Morton no necesitaba leer estas iniciales para conocer que solo John Balfour de Burley podia haberla escrito. Sorprendiéronle la audacia y obstinacion de este hombre indómito, que cuando su partido acababa de ser aniquilado, procuraba ya anudar el hilo roto de una conspiracion desgraciada.

No sintió sin embargo el menor deseo de seguir con él una correspondencia que no hubiera carecido de peligros, ni de renovar una asociacion que por poco le costó la vida. No hizo caso de las amenazas que contenia contra la familia de Bellenden, considerándolas como un efecto de su resentimiento por la brillante defensa del castillo, y no pasó siquiera por su imaginacion que un enemigo prófugo y proscrito pudiese ser temible para los que pertenecian al partido vencedor.

Dudó un momento si enviaria la carta á lord Evandale ó al mayor Bellenden; pero como por ella podia descubrirse su residencia, creyó que seria

abusar de la confianza, y tanto menos se determinó á ello, cuanto mas fantástico creia el mal que deseaba precaver. Rasgó pues el billete, y arrojó los pedazos al mar, despues de haber tomado nota sin embargo del nombre bajo el cual le indicaba Burley que preguntase por él, y del sitio donde debian informarle de su paradero.

Entre tanto el buque habia salido del puerto; soplaba un viento favorable; desaparecieron las costas de Escocia; no tardaron en hacer otro tanto las montañas, y Morton se halló separado por muchos años del pais en que habia nacido.

CAPÍTULO XXXV.

Es una felicidad para los autores de novelas el no estar sujetos como los poetas dramáticos á las unidades de tiempo y lugar, y el poder, como les dé la gana, llevar sus personajes á Atenas y á Tebas, y traerles como bien les parezca. Hasta aquí el tiempo ha ido siguiendo lentamente los pasos de nuestro héroe; pues desde el dia de la revista en que se nos ha presentado Morton por la primera vez, hasta el de su partida para Holanda, solo han trascurrido como cosa de seis semanas; pero vamos ahora á soltarle la rienda, y á trasponer de un salto el espacio como de cinco años. No mudaremos sin embargo el lugar de la escena, que continuará en Escocia; pero antes de proseguir la historia de nuestro protagonista, será del caso decir algo á los lectores de los acontecimientos que ocurrieron en aquel pais durante este intérvalo.

No bien habian pasado tres meses desde la llegada de Morton á Holanda, cuando por la muerte de Cárlos Estuardo subió al trono Jacobo II. Durante los cuatro años, del reinado de este monarca, siguieron agitando la Escocia las disensiones civiles y religiosas, y solo á la tolerancia del rey Guillermo se debió el principio de su sosiego y ventura. Los habitantes de este pais, cuya imaginacion se habia exaltado por las estorsiones á que dá lugar un cambio de dinastía, y por el trastorno acaecido en el gobierno y en la religion del estado, se dedicaban finalmente á cuidar de sus propios intereses, en lugar de atarearse con los negocios públicos.

Ya solo los serranos del Norte de Escocia se oponian al órden de cosas recien establecido. Negábanse aferradamente á reconocer la autoridad de Guillermo, y defendian con las armas en la mano la causa de Jacobo II, á las órdenes del vizconde de Dundee, que nuestros lectores han conocido hasta aquí bajo el nombre de Graham Claverhouse, y á quien Jacobo II habia dado este título tras una victoria señalada que alcanzó bajo los muros de la ciudad de aquel nombre.

Ya habrán colegido nuestros lectores de lo que acabamos de decir, que necesariamente debió de haber una gran variacion en los asuntos de Escocia. Los wighs, enemigos de la casa de los Estuardos, se declararon inmediatamente por el rey Guillermo; lograron el restablecimiento del presbiterianismo, y fueron los mas firmes apoyos del partido realista, al que habian atacado tan furiosamente bajo el reinado de Cárlos II y de su sucesor. Por el contrario, aquellos que habian defen-

dido á estos dos príncipes eran á su vez reputados rebeldes y se veian obligados á ocultarse en las montañas y en las selvas, como hacian poco antes sus adversarios: se les daba el título de traidores, y ellos apellidaban perseguidores á sus enemigos.

Todavía se hallaba un tercer partido en Escocia: este era el de los puritanos exaltados, que no podian avenirse con ninguno de los otros dos; estaban soñando aún en un gobierno republicano y teocrático; y armados siempre de textos de la Escritura, tenian por delito la cuerda tolerancia del rey Guillermo que permitia en sus estados la libertad de cultos. Este partido, sin embargo, se iba debilitando todos los dias, porque el gobierno se contentaba con celarlos, sin perseguirlos, y no se les combatia sino con las armas del menosprecio.

Tal era el estado de los negocios políticos en Escocia, seis meses despues del advenimiento del rey Guillermo al trono de la Gran Bretaña.

En esta época, y en una hermosa tarde de verano, un forastero, que parecia ser militar de superior graduacion, montado en un soberbio caballo, bajaba de una fértil colina desde donde se descubrian todavía las ruinas majestuosas del castillo de Bothwell, el Clyde que culebreaba por las montañas, los bosquecillos que á cada paso interceptaban su curso en este lugar, y el puente de Bothwell que termina la llanada del mismo nombre llanura, que pocos años antes ofrecia una sangrienta escena de mortandad y desolacion, y era entonces el asilo mas halagüeno de la paz y de la ventura. Apenas se percibia el ligero soplo del airecillo de la tarde entre los árboles y los zarzales que crecian en las

orillas del Clyde, y las aguas de este rio parecian moderar su murmullo para hermanarse con el pacífico silencio que reinaba en sus márgenes.

El viajero tomó una senda cuyas orillas estaban sembradas de manzanos cargados de fruto, y que guiaba á un edificio situado á la mitad de la cuesta de una montaña inmediata; era una alquería que parecia bastante capaz para morar en ella un propietario medianamente acomodado. A la entrada de una calle de árboles que conducia á la casa, habia una cabaña bastante aseada, que se tuviera por la vivienda del portero, á tener el edificio visos de castillo. No se echaba de ver en ella aquel desaliño, aquella falta de simetría, tan comun en las moradas de los campesinos escoceses. Veíase á la izquierda un huertecillo de cuajado de legumbres y árboles frutales; algunas cabras pacian en un prado inmediato; mas allá, en una cerca formada de matas y arbustos vivos, varias gallinas paseaban su numerosa parva; un monton de ramas secas y una gran provision de turbas indicaban que no se habia olvidado la proximidad del invierno; por fin, el humo que salia de la chimenea y que subia serpenteando entre los árboles que la rodeaban, denotaba que la familia que vivia en la choza no habia trascordado los preparativos de la cena. Para completar este cuadro de ventura campestre, una linda niña, que tendria como unos cuatro años, llenaba un cantarillo del agua clarísima de una fuente que se hallaba á veinte pasos de la cabaña.

Hizo alto el forastero, y dirigiéndose á la ninfa le preguntó por el camino de Fairy-Grove. La niña puso en el suelo el cantarillo, y separando con

sus dedos unos hermosos cabellos rubios que le bajaban hasta los ojos:

—¿Qué me decís, señor?... le preguntó, fijando en él la vista con admiracion.

Esta respuesta, si puede llamarse tal, es la que dá siempre un campesino escocés á cualquiera pregunta que se le haga.

—¿Cuál es el camino de Fairy-Grove?

—Mamá, mamá, gritó la niña corriendo á la puerta de la cabaña, venid, que hay aquí un caballero.

Compareció la madre: era una mujer jóven y hermosa, cuya fisonomía indicaba que debia de haber sido traviesa y bribona; pero el matrimonio le habia infundido aquel aire decente y grave que caracteriza á las aldeanas escocesas; llevaba en sus brazos una criaturita; otra niña de cerca de dos años y medio tenia asida la punta de su delantal, y la mayor, que conocemos ya, puesta detrás de su madre, echaba frecuentemente al forastero una mirada á hurtadillas.

—¿Qué se os ofrece, caballero? preguntó la mujer al desconocido respetuosamente, pero sin aquel aire tosco y atado que se nota en las de su clase que nunca han tratado con personas bien educadas.

El viajero la miró con atencion, y pareció turbarse un poco; pero serenándose inmediatamente:

—Deseo ir á Fairy-Grove, le dijo.

—Ya estais en Fairy-Grove; este es el nombre que dan á esta casa.

—Quisiera hablar á Cuthbert Heudrigg (álias) Cuddy: ¿no vive aquí?

—Sí señor, es mi marido. Hoy está en la ciudad; pero volverá esta noche. Si gustais apearos, y no os desdeñais de entrar en nuestra humilde choza, Cuddy no tardará sin duda en volver.

Habiendo el forastero aceptado su ofrecimiento, le introdujo en un cuarto que servia de cocina, de comedor y de salon; condujo el caballo á la cuadra, y vino luego á ofrecer á su huésped tocino, huevos, manteca y cerveza, cuya buena calidad le ponderó.

El forastero accedió á comer un bocado, temiendo ofenderla con la negativa, y mientras estuvo á la mesa, se fué esplayando la conversacion.

—¿Será indiscrecion, caballero, preguntaros qué negocios teneis que tratar con mi marido?

—De ningun modo, mi buena patrona; deseo que me dé alguna noticia, que segun me han informado podrá facilitarme.

—Si se trata de alguna persona de la vecindad, yo podré satisfaceros lo propio que él. Ya sabeis, caballero, que, en punto á curiosidad, nunca las mujeres se quedan en zaga, y puedo aseguraros que sé mejor que él todo cuanto pasa á diez millas á la redonda.

—Hace muchos años que dejé este pais, dijo el forastero suspirando; en otro tiempo le conocí muchísimo; parece que, por fin, se ha establecido en él el sosiego.

—No así en todas partes: todavía hay mucho ruido por el Norte. Lord Dundea, que se llamaba antiguamente Claverhousa, está á la cabeza de los serranos. Defienden al rey Jacobo, y se las han ahora en aquel pais como las habian por acá cinco

años atrás. ¡Ah! ¡si hubiéseis visto esta llanada despues de la batalla que se dió en ella! mi marido me ha dicho que ofrecia un espectáculo horroroso.

—¡Vuestro marido se hallaba en ella! ¿y por qué partido combatia?

—Caballero, pregunta es esa á la que él responderá lo que bien le parezca.

—Alabo tanta prudencia; pero está por demás, porque me consta bien que servia á Enrique Morton, otro de los jefes de los presbiterianos.

—¿Os consta? Pues entonces os constará tambien que Cuddy le era muy adicto, y que ha llorado mucho su muerte.

—¿Con que Enrique Morton ha muerto?

—Ciertamente: se habia embarcado para Holanda; toda la tripulacion se perdió, y no se han tenido mas noticias de él.

—¿Habeis oido hablar alguna vez de otro jefe que se llamaba Barley? ¿Sabeis si vive todavia?

—¡Ah! de este sí que paso poco cuidado; se habla de él muy diversamente. Aseguran que se fué á pais extranjero; pero que allí, habiéndose sabido que era otro de los asesinos del arzobispo de San Andrés, todos huian de tratar con él, y ninguna nacion quiso admitirle en su servicio. Otros aseguran que ha vuelto á este pais, y que vive en los bosques con algunos fanáticos como él.

—¿Y podriais darme noticias de lord Evandale? dijo el forastero despues de haber vacilado un rato.

—¿Si puedo daros noticias de lord Evandale? Dificilmente hallariais otra persona mas al caso. ¿No va á ser el marido de mi señorita miss Edita?

—Luego el matrimonio no se ha verificado todavia?

—Pero no le falta mucho, porque ya han contraido esponsales. Cuddy y yo fuimos testigos algunos meses atrás: la ceremonia se ha retardado mucho; pero ya sé yo el motivo.

El forastero, con la cabeza apoyada en la mano, parecia estar sumido en dolorosas reflexiones, y no prestaba oidos á su patrona, que durante esta conversacion se mostraba agitada por una secreta inquietud, y miraba á cada paso por la ventana junto á la cual estaba sentada, como para acechar la llegada de su marido.

El viajero, saliendo por fin de su profunda meditacion, pareció hacer un penoso esfuerzo sobre sí mismo para preguntar si vivia todavía lady Margarita.

—Sí; pero los tiempos se han trocado mucho para ella. ¡Qué desgracia ha sido la de perder el castillo de Tillietudlem, la baronía, todas las tierras que el pobre Cuddy ha labrado tantas veces, y todo por falta de algunos pedazos de pergamino que no pudieron hallar en el castillo cuando volvieron á entrar en él.

—Ya habia tenido alguna noticia de eso, dijo el forastero muy conmovido; me interesa mucho por esta familia, y tendria la mayor satisfaccion en serle útil, si me asistieran los medios para ello. ¿Y dónde vive en la actualidad?

—Aquí, en esa casa que veis á lo último de la calle de árboles; aquí vive con miss Edita. Esta pequeña alquería es la única propiedad que les ha quedado.

—¿Y están ahora en casa?...

—No señor. Han ido á visitar á la hermana de lord Evandale; yo tengo las llaves de su casa; y

gran dicha que heredaron los bienes del viejo mayor Bellenden, que si no...

—¡Qué hombre tan bondadoso y tan amable! esclamó el forastero; en Edimburgo supe que habia muerto.

—¡Ah! no tuvo un solo dia bueno desde que vió á la viuda de su hermano y á su sobrina echadas del castillo, y á fé que no regateó el dinero para sostener el pleito. Esto era en tiempo del rey Jacobo; y Basilio Olifante, que pleiteaba por adquirir estos bienes, se hizo papista (1) para adular á los jueces. Desde entonces logró cuanto quiso: y por otra parte, como lady Bellenden no pudo nunca encontrar aquel retazo de pergamino en que constaba su derecho, despues de haber pleiteado años enteros, fué condenada por el tribunal. Esto fué para el mayor un golpe de que nunca pudo restablecerse; y luego la revolucion acabó con él; pues aunque no tuviese motivos de apreciar mucho al rey Jacobo, que acababa de despojar á su hermana y sobrina, era sumamente adicto á la sangre de los Estuardos. Por fin ha muerto. Nunca habia sido muy rico el buen hombre, porque en toda su vida pudo ver á un menesteroso sin socorrerle... Mirad, se habia empeñado para los gastos del pleito; de suerte que despues de su muerte, Charnwood tuvo que cederse á los acreedores; y esta pequeña alquería es lo único que ha quedado de su patrimonio.

—Así pues, dijo el forastero con la mayor aficion, esas señoras se hallan sin bienes y sin amparo.

---

(1) Así llaman los ingleses protestantes á los católicos. (Nota del traductor.)

—¡Oh! no les faltará nada mientras viva lord Evandale. Este sí que no las ha abandonado como han hecho otros; muy al contrario, y desde el tiempo del patriarca Jacob, segun dice la vieja Mausa mi suegra, jamás hombre en el mundo ha hecho tanto para alcanzar una mujer.

—¿Y por qué, dijo el forastero con voz trémula, por qué un afecto tan desinteresado no ha logrado mas pronto la debida recompensa?

—¡Ah! ¡ah! no han faltado razones para eso. En sus principios, las turbulencias del pais; luego el pleito; despues la muerte del mayor; en fin... pero ¡Dios mio! caballero, ¿qué novedad es esa?

—Nada, dijo el forastero, que apenas podia hablar. Padezco de palpitaciones de corazon. Conozco que necesito descanso y quietud. Podriais proporcionarme un cuarto y una cama? hablaré con Cuddy mañana por la mañana; es mucha mi fatiga para poder hablarle esta noche.

—Si señor, seguramente, respondió la aldeana con un interés que parecia proceder de alguna causa oculta que no queria esplicar. Yo puedo daros una cama en la casa principal: si estuviesen los dueños, no me tomaria esa libertad; pero me consta que aun cuando lo sepan no me han de regañar.

Al punto tomó una luz, y rogando al forastero que la siguiese, le acompañó á la casa cuyas llaves tenia en su poder. Luego que estuvieron dentro le pidió licencia para dejarle por un rato á fin de preparar el aposento. Hízolo con una prontitud estraordinaria, y en menos de cinco minutos volvió á decirle que ya estaba pronto; pero al llegar le halló sin movimiento, apoyada la cabeza sobre la

mesa junto á la cual estaba sentado. Temió primero que no estuviese desmayado; pero convencida de que solo la pesadumbre le tenia absorto, volvió atrás sin dejarse ver, y haciendo entonces algun ruido, como para darle tiempo de ocultar su agitacion, que ella no queria demostrar haber reparado, le halló de pié paseándose por el cuarto. Guióle entonces al aposento que le habia preparado que era el mismo que ocupaba lord Evandale cuando iba á Fairy-Grove. Consistia en un cuarto con alcoba, contiguo á un salon separado tan solo por un tabique de tablas, y un pequeño retrete que comunicaba con el jardin. Allí le dejó despues de haberle dado las buenas noches y deseándole mejor salud.

—¡Gracias á Dios! dijo volviéndose á la cabaña, así podré ver á Cuddy antes que le hable, y participarle lo que está pasando.

CAPÍTULO XXXVI.

El lector habrá reconocido seguramente en los interlocutores del capítulo anterior á Enrique Morton y á Jenny Denison, en otro tiempo la taimada camarera de miss Bellenden, y ahora la digna consorte de Cuddy, que gracias á la proteccion de lord Evandale, se habia casado con ella, y entrado á servir á lady Margarita luego despues de la marcha de Enrique para Holanda.

Apenas llegó á la cabaña, cuando entró Cuddy.

—¡Qué maldito tiempo, Jenny!... he tenido que aguardar todo el chaparron... vengo hecho una sopa; dame pronto otro vestido...

En tanto que procedia á esta operacion:

—Jenny, dijo, ¿no hay cena hoy? tengo un hambre de mil demonios.

—¡Paciencia! respondió Jenny; ahora me estoy

ocupando de esto. Ya sabes que á tí te gusta la sopa caliente.

—Vamos, vamos, siempre me vienes con pullas: ¿pero qué te está pasando, Jenny? me parece que hoy te encuentro un aire... asi... como de inquietud.

—Pues no es sin motivo. ¡Si tú supieses lo que pasa, mi querido Cuddy! sospecho verdaderamente que estamos arruinados.

—¡Cómo! dijo el imperturbable Cuddy, que era de aquellos que no se alarman con facilidad, ¿qué quieres decir con eso?... pero ante todo, venga la cena.

Jenny cubrió con una servilleta el cabo de una mesa, puso delante de Cuddy un gran plato de sopas, y mientras que él satisfacia su apetito, ella le contó muy por menor todo lo que se ha dicho en el capítulo anterior.

—Y bien, dijo Cuddy, ¿qué hay en eso de alarmante? Nadie sabrá que has introducido un forastero en la casa; y cuando lo supiesen, miss Bellenden gusta de hacer un favor á todo el mundo cuando puede, y milady jamás ha negado la hospitalidad á una persona decente. ¿De qué te alarmas pues?

—¿De qué?... respondió Jenny, ¿no adivinas quién es ese forastero?

—¿Cómo quieres que lo adivine? ¿me he vuelto yo brujo sin saberlo?

—Pues bien, es un hombre que estorbará el matrimonio de miss Edita con lord Evandale, y de ahí resultará que ella no será nunca rica, y nosotros seremos siempre pobres.

—¿Y cómo obrará ese prodigio el forastero? ¿e matrimonio no está ya ajustado? ¿no está ya cas hecho?

—Ven acá, cabeza de chorlito, ¿no conoces que se trata del antiguo amante de miss Edita? ¿de tu antiguo amo?

—¡Del señor Enrique Morton!... esclamó Cuddy levantándose de sopeton, y echando por el suelo la sopa y la mesa.

—Sí, de él mismo, dijo Jenny reparando el daño causado por la sorpresa de su marido; pero no por esto debias hacer pedazos el plato.

—Es imposible, Jenny; no hay duda que el señor Enrique ha muerto mucho tiempo hace.

—¡Pues qué! ¿soy yo ciega?... te digo que le he conocido perfectamente.

—¿Y cómo le has conocido?... á ver...

—¿Crees tú que cinco años de ausencia puedan desfigurar á un hombre de la edad del señor Enrique, de modo que no se le conozca? A mas de que solo el sentimiento que ha mostrado al oir hablar del matrimonio de miss Edita, me lo hubiera dado á conocer entre mí. Esto me ha traido á la memoria el dia en que ella se indispuso tanto cuando supo que el señor Enrique y tú, buena pieza, habiais tomado partido con los rebeldes. Y bien, ¿qué estás pensando ahora?

—¿Qué estoy pensando? contestó Cuddy, que habia cenado sin chaqueta, y se la iba poniendo ahora; pienso en ir á ver inmediatamente á mi pobre amo.

—No señor, no irás, dijo Jenny con indiferencia y resolucion al mismo tiempo.

—¡Es el demonio esa mujer! ¿Pero crees que seré toda mi vida un calzonazos? No señora...

—Oye, Cuddy, yo quiero hacerte entrar en reflexion. Desde luego he notado que el señor Enrique no quiere darse á conocer. ¿Quién sabe los motivos que tiene para ello? ¿crees tú que él no sabia con quién hablaba? ¿estoy acaso tan mudada? Ambos hemos aparentado no conocernos, y ambos teníamos nuestras razones. Acaso pretendia informarse del estado en que se hallaba miss Edita, y viéndola en vísperas de hacer un buen casamiento, quiere sin duda tocar la retirada sin chistar para no perjudicarla. Nadie, sino nosotros, sabe hasta ahora que está vivo; pero si llega á oidos de miss Edita, aunque estuviese en presencia del ministro para dar la mano á lord Evandale, encajaria un solemne *no* en lugar de un *sí* tan apetecido.

—Pues bien: ¿qué me importa á mí todo eso? Si miss Edita prefiere su antiguo amante al otro, ¿no es libre de volverlo á tomar? Tú misma, Jenny, ¿no habias ofrecido casarte con Holliday? Eso no me lo niegues, porque él lo está pregonando por todas partes.

—Holliday es un embustero, y tú un mentecato en creerlo; pero por lo que hace á miss Edita, ¡ay, Dios mio! estoy cierta de que todo el oro que posee el señor Morton consiste en el bordado de su casaca. ¿Cómo podria subsistir con lady Margarita y miss Edita? Tú sabes, Cuddy, que esta pequeña alquería no podria bastar, ni bastaria seguramente para el gasto de las señoras, si no les hiciésemos creer, por órden de lord Evandale, que rinde tres veces mas de lo que realmente produce.

—¿Y Milnwood? dijo Cuddy; ese es un hermoso y pingüe mayorazgo; y aunque el bueno de sir David lo dejó al morir á la vieja Alison durante su vida, porque nada sabia del paradero de su sobrino, estoy seguro de que no hay mas que decir una palabra á la buena mujer, y todos vivirian cómodamente allá.

—Tá, tá, tá, respondió Jenny; no sabes lo que te pescas. ¿Crees tú que una señora como lady Margarita querrá recibir finezas de Alison, cuando lord Evandale tiene que valerse de ardides, y entenderse con nosotros para favorecerlas? No, no; si miss Edita se casa con el señor Morton, tendrá que seguirle al ejército, pues su casaca denota que todavía es militar. Y lady Margarita tambien tendrá que seguir, porque no querrá dejar á miss Edita: y á fé mia que hará un escelente papel entre los bagajes del ejército.

—¿Quién sabe qué partido sigue ahora el señor Enrique? La buena señora es algo cosquillosa sobre este punto.

—Por fin, Cuddy, añadió su querida parienta, que le veia algo vacilante, y habia reservado para el remate su mas poderoso argumento, si no se efectúa el matrimonio de lord Evandale, ¿qué será de la hermosa alquería que nos tiene ofrecida? ¿cómo lo haremos con tres angelitos? ¿Podríamos vivir ahora en esta cabaña sin su generoso auxilio.

Algunas lágrimas dieron mas realce á la elocuencia de su discurso.

Cuddy, cabizbajo, parecia el verdadero retrato de la indecision.

—Pero Jenny, en lugar de tanta charlatanería ¿no seria mejor que me indicases lo que convenga hacer?

—Nada absolutamente, respondió Jenny: no vayas á encontrar al señor Morton, que si él quiere, ya te buscará. No hables de él á nadie; no digas á alma viviente que haya venido aquí. Bien sabe Dios que ni tan solo te lo dijera á tí, á no temer que mañana por la mañana al verle no hicieses algun desatino. Apuesto que se vá sin decir quién es, y no vuelve mas.

—¡Mi pobre señor! ¿yo seré capaz de verle, de hablarle, sin decirle que le conozco? Es imposible, Jenny. ¿Sabes lo que haré? partiré al campo antes que amanezca, y no volveré hasta que haya anochecido.

—Eso sí que se llama pensar bien, Cuddy; nadie tiene mejor caletre que tú cuando te aconsejas con alguien; nunca debias obrar por tu antojo.

—Es verdad, dijo Cuddy, desnudándose y metiéndose en la cama, que desde que tengo uso de razon, siempre se ha atravesado en mis negocios alguna mujer, que me ha llevado por donde ha querido, en lugar de dejarme ir por el camino que á mí me parecia mejor: en sus principios, mi madre, luego lady Margarita, y aun ellas no estaban de acuerdo; de modo que me hallaba tan perplejo con sus consejos como el panadero de los títeres de la féria á quien tiraba de un brazo el diablo, y polichinela de otro; y ahora que soy casado, añadió cubriéndose con la manta, habré de pasar tambien por lo que quiera mi mujer.

—¡Y quél ¿no soy yo el mejor consejero que has tenido en toda tu vida? dijo Jenny.

Y aquí dió fin á la conversacion, colocándose al lado de su marido y aplicando el apagador á la vela que tenia en el cuarto.

CAPÍTULO XXXVII.

A los primeros albores del dia siguiente llegaron dos señoras á caballo á Fairy-Grove, seguidas de dos criados, y Jenny, con suma consternacion, reconoció en ellas á miss Bellenden y á lady Emilia, hermana de lord Evandale.

—Si gustan Vds. sentarse un instante aquí les dijo Jenny asombrada con tan repentino regreso, iré á la casa á arreglarlo todo.

—Es por demás, respondió Edita; solo necesitamos la llave de la puerta principal. Gudyil abrirá las ventanas del cuarto bajo.

—No será fácil abrir la puerta; la cerradura está descompuesta, dijo Jenny recordando que la llave del cuarto bajo abria tambien el aposento donde se hallaba Morton.

—Pues bien, entraremos en la sala roja, dijo miss Bellenden; y tomando las llaves se encaminó hácia la casa.

—Todo vá á descubrirse, pensó Jenny, á menos que no consiga hacerle salir ocultamente. Mejor hubiera sido decir con sencillez á esas señoras que habia en la casa un forastero; pero entonces acaso le hubieran convidado á almorzar.

Haciendo estas reflexiones, dió la vuelta á la casa para entrar por el jardin y ver si podia hacer salir al desconocido. ¡Toma! dijo al llegar, ya está Gudyil en el jardin. ¡Dios mio! ¡qué haré! ¡cómo saldré de este apuro!

Así perpleja se acercó al ex-despensero que en la actualidad componia, con una cocinera, toda la servidumbre de lady Margarita. Empleó toda su astucia para separarle del jardin; pero por desgracia John Gudyil, desde que vivia en Fairy-Grove, se habia aficionado á la jardinería, y Jenny le halló tan pegado allá como los arbustos de mas hondas raices. Regaba, cavaba, ponia puntalitos á los tiernos arbolillos, disertaba sobre las virtudes de cada planta que encontraba, y la pobre Jenny, temblando de miedo, de inquietud é impaciencia, perdió la esperanza de salir con la suya.

Pero el destino se empeñó aquella mañana en que todo le saliese al revés. Quiso la casualidad que cabalmente miss Edita fuese á colocarse en el aposento de que hubiera querido alejarla mas, es decir, en el salon entre el cual y el cuarto de Morton solo mediaba un tabique; de modo que no se podia decir una palabra ni dar un paso en una de las dos piezas, que no se oyese desde la otra.

Miss Edita, habiéndose sentado allá con su amiga:

—¿Cómo es posible, dijo, que no haya llegado?

¿por qué nos hace venir aquí al amanecer, en lugar de reunirse con nosotras en Castle-Drian, en tu casa, á donde debia acompañar hoy á madre?

—Evandale no obra nunca por antojo, respondió lady Emilia; él se disculpará de haber obrado así, y si no lo hace, te ayudaré á regañarle.

—Mi mayor recelo es que no se halle comprometido en alguna de esas conspiraciones tan frecuentes en los desgraciados tiempos en que vivimos. Yo sé que piensa enteramente como Claverhouse, y creo que ya mucho tiempo hace se hubiera incorporado con él, á no haberse atravesado la muerte de mi tio que le ha dado mucho que trabajar por causa nuestra. ¿No es á la verdad muy estraño que un hombre sensato, y que está muy bien enterado de las faltas y errores que privaron del trono á la familia de los Estuardos, esté pronto ahora á sacrificarse para restituirles la corona?

—¿Qué quieres que te diga? No es mas que un pundonor en Evandale. Nuestra familia se ha distinguido siempre por su lealtad. El ha servido mucho tiempo en el regimiento de guardias de que era coronel el vizconde de Dundee; muchos de sus parientes tildan su inaccion, y la atribuyen á falta de valor. No ignoras, mi querida Edita, que muchas veces los miramientos de familia y las relaciones de amistad influyen mas en nuestra conducta que los mejores raciocinios. Confío, sin embargo, que continuará como hasta aquí sin tomar parte en nuestras disensiones civiles, y, para hablarte francamente, creo que solo tú puedes lograrlo.

—¡Yo!

—Sí, proporcionándole el pretesto citado en el

Evangelio: «Ha tomado mujer, y por consiguiente no puede venir.»

—El tiene mi palabra, dijo Edita en voz apocada; pero confío que se me dejará dueña de fijar el tiempo de cumplirla.

—Eso es lo que yo te dejaré discutir con lord Evandale, pues veo que llega ya.

—No, lady Emilia, quédate, yo te lo ruego, dijo Edita procurando detenerla.

—No, no, respondió ella; un tercero hace mal papel en ciertas ocasiones. Voy á dar un paseo por el prado, cerca del arroyo; ya me mandarás dar un aviso cuando se trate del desayuno.

Al salir ella del salon, entraba lord Evandale.

—Buenos dias, hermano, le dijo riendo, y adios hasta la hora del almuerzo; espero que te disculparás con miss Bellenden por haberla obligado á levantarse tan de mañana; y diciendo esto, se fué sin aguardar la respuesta.

Miss Edita iba tambien á hablarle de lo mismo; pero al mirarle, notó en sus facciones una espresion tan estraordinaria, una agitacion tan manifiesta, que no pudo menos de esclamar:

—¡Dios mio! milord, ¿qué teneis? ¿qué novedad ocurre?

—Los files vasallos de S. M. Jacobo II, dijo lord Evandale, acaban de alcanzar cerca de Athol una señalada victoria, que parece que ha de ser decisiva; pero mi desgraciado amigo, el valiente vizconde de Dundee...

—¡Ha muerto!... esclamó miss Edita adivinando inmediatamente la fatal noticia.

—Sí, harto cierto es: ha muerto en medio del

triunfo, como lo habia siempre deseado. Las últimas palabras que pronunció se dirigieron á designarme á sus oficiales como la persona que juzgaba mas adecuada para reemplazarle; y ayer recibí un aviso invitándome á pasar al campo para tomar el mando del ejército. Ya veis, miss Bellenden, que me es imposible negarme; he mandado tomar las armas á mis vasallos, y es preciso que me despida de vos esta noche.

—¿Qué decís, milord? ¿no sabeis cuán preciosa es vuestra vida para vuestros amigos? No la aventureis en tan temeraria empresa. ¿Cómo podeis prometeros resistir con vuestros vasallos y los serranos á las fuerzas reunidas de Escocia é Inglaterra?

—Oid, miss Edita; mi empresa no es tan temeraria como os parece; razones de la mas alta importancia me aconsejan el paso que voy á dar. El regimiento de guardias, de que he sido coronel dos años, añadió bajando la voz, como si temiese que las paredes tomasen oidos para escucharle, conserva una oculta adhesion á la causa de su legítimo soberano. Estoy cierto que otros dos regimientos de caballería están animados de los mismos sentimientos; solo aguardaban para declararse la llegada del vizconde de Dundea al Mediodía de Escocia. Ahora que no existe, ¿en qué oficial tendrán bastante confianza para decidirse á realizar sus proyectos? Si no se aprovecha este favorable momento, su celo se entibiará, y la victoria que nuestro partido acaba de alcanzar, no habrá producido mas que un inútil derramamiento de sangre. Si por el contrario saben los soldados que yo me he puesto al frente del ejército de Jacobo II,

abandonarán la causa del usurpador, y se apresurarán á reunirse conmigo.

—¿Y fiado en la fé de unos soldados que tan pronto son de un partido como de otro, os decidís á dar un paso tan arriesgado, que tan fatales consecuencias puede tener?

—Es preciso; debo hacerlo; así lo mandan el honor y la lealtad.

—Y todo por un príncipe cuya conducta desaprobabais cuando estábais en el trono.

—Es verdad: me disgustaban sobremanera las innovaciones que hizo en el culto y en el gobierno; pero es desgraciado, y yo defenderé sus derechos como vasallo leal. Adoren el poder viles aduladores y despreciables cortesanos: abandonen tales el infortunio; su conducta nunca me servirá de dechado.

—Pero milord, ya que estais tan resuelto á un proceder que mis escasas luces me presentan como arriesgado, ¿por qué en tan crítica ocasion habeis deseado tener esta entrevista?

—No bastará responderos, dijo lord Evandale con ternura, que no podia determinarme á partir para el ejército, sin ver antes á la persona con quien estoy tan ufano de haberme comprometido? Preguntarme los motivos de tan justo deseo es dudar del ardor de mis sentimientos y darme una prueba de la tibieza de los vuestros.

—¿Pero qué necesidad habia de tener la entrevista en este lugar y con tantos visos de misterio?

—Porque tengo que haceros una súplica, miss Bellenden, súplica de que no me atrevo á hablaros,

añadió presentándole una carta, que no os hayais enterado de este escrito.

Edita echó la vista inmediatamente á la firma de la carta, reconoció la letra de su abuelo, y leyó lo siguiente:

«Querida hija mia:

»Jamás me habia encontrado tan mala del reumatismo, que me tiene sepultada en mi poltrona, como al escribirte esta carta, cabalmente cuando quisiera hallarme en el lugar donde llegará dentro de poco, es decir, en Fairy-Grove, al lado de la hija única de mi pobre William. Pero es la voluntad de Dios que esté separada de ella en este momento, como es tambien el que me atormente el reumatismo, pues que no ha cedido, ni á las decocciones de manzanilla, ni á las cataplasmas de mostaza, con que he aliviado tantas veces á otras personas que adolecian del mismo achaque.

»Es preciso pues que te diga por escrito en lugar de hacerlo verbalmente, como hubiera deseado, que lord Evandale, debiendo partir para el ejército, donde le llaman el honor y el deber, se ha interesado vivamente conmigo para que antes de su marcha os unan irrevocablemente los lazos santos del matrimonio. Yo no veo obstáculo alguno en complacerle, supuesto que os teneis dada la palabra; y solo se trata de llevar á cabo un compromet imiento que media ya entre los dos. Me prometo, pues, que siendo como has sido siempre una muchacha obediente y respetuosa, no pondrás dificultades que carecerian de fundamento.

»Es verdad que en nuestra familia siempre se han celebrado los matrimonios de un modo mas

adecuado á nuestra clase; que jamás se ha procedido á la ceremonia sigilosamente, con pocos testigos, y como cosa de que uno tiene que avergonzarse; pero tal es la voluntad del cielo, como ha sido la de los hombres que gobiernan este pais, privarnos á nosotras de nuestros bienes, y al rey de su trono. Pero espero, á pesar de todo, que Dios reintegrará en sus derechos al heredero legítimo, y convertirá su corazon á la fé protestante. ¿Y por qué, á pesar de mi avanzada edad, no debo lisonjearme todavía de presenciar tan plausible acontecimiento? ¿No he visto á S. M. Cárlos II, de feliz recordacion, triunfar de los rebeldes aliados contra él, poco tiempo despues de haberse dignado aceptar mi desayuno?»

No abusaremos de la paciencia de nuestros lectores, trasladándoles el resto de la carta de lady Margarita; nos ceñiremos á decir que terminaba con una órden terminante á su nieta para proceder inmediatamente á la celebracion del matrimonio con lord Evandale.

—Jamás hubiera creido hasta este momento, dijo Edita, que lord Evandale careciese de generosidad.

—¡Que careciese de generosidad, Edita! esclamó lord Evandale; ¿podeis calificar así el anhelo que tengo de daros el dictado de esposa antes de dejaros acaso para siempre?

—Lord Evandale debiera haber tenido presente, dijo miss Bellenden, que cuando su constancia, unida á la estimacion que le profeso y á la gratitud que debemos á sus repetidos beneficios, obtuvo por fin mi consentimiento de darle un dia la mano de esposa, fué con la condicion de que no

me molestaria en punto á la época del cumplimiento de mi promesa; y á pesar de esto se prevalece ahora de su poderoso influjo con la única parienta que me queda, para obligarme á dar un paso tan trascendental sin un solo momento de reflexion. ¿No hay, milord, en semejante modo de obrar menos generosidad que egoismo?

Lord Evandale dió muestras de sentir mucho esta reconvencion, y se paseó dos ó tres veces por la sala antes de contestar: por fin, acercándose á miss Bellenden:

—Me hubiérais evitado, le dijo, el sentimiento de esta acusacion, si yo me hubiese atrevido á deciros el principal motivo que me ha determinado á haceros semejante súplica. Vos me obligais á manifestárosla, y no dudo que será de sumo peso para vos, no por lo que á vos respecta, sino relativamente á vuestra respetable abuela lady Margarita. La renta de esta alquería no puede sufragar los gastos indispensables de vuestra familia; no produce siquiera la tercera parte de lo que habeis creido. Yo parto para el ejército, donde acaso me aguarda la suerte de mi amigo el vizconde de Dundea. En este caso, todos mis bienes pasan á un pariente lejano, mi mas próximo heredero por línea masculina, sin que esté en mi mano disponer de una aranzada de tierra; si salgo con vida y la fortuna es adversa á la causa que defiendo, el gobierno usurpador, so pretesto de traicion ó infidencia, puede mandar la confiscacion de mis bienes; en ambos casos, mi respetable amiga lady Margarita y mi querida desposada miss Bellenden quedarian sin recursos y sin amparo, al paso que lady Evandale encontraria en los derechos que le afian-

zara su matrimonio los medios de proporcionar á su digna abuela una vejez sosegada, y disfrutaria así de una satisfaccion que no podria menos de de consolarla del disgusto de haber entregado su mano á un hombre que no se atreve á lisonjearse de merecerla.

Este argumento, que no aguardaba Edita, le quitó todos los medios de responder, y tuvo que confesar á pesar suyo que que la conducta de lord Evandale habia sido tan delicada como generosa.

—Yo no os he ocultado ninguno de mis sentimientos, milord, le dijo, y no puedo disimularos que mi corazon descansa aun en lo que ya no existe. No puedo ponderaros cuánta repugnancia siento en contraer con esta precipitacion tan sagrado empeño.

—Ya os consta, mi querida Edita, continuó lord Evandale, que el resultado de todas nuestras pesquisas é investigaciones ha sido el convencimiento de que eran inútiles.

—Demasiado que lo sé, dijo Edita con un profundo suspiro, que oyó repetirse en el aposento contiguo.

Estremecióse toda y apenas pudo serenarse, cuando lord Evandale le observó que lo que habia creido oir no podia ser otra cosa que el eco de su propia voz.

Esforzóse entonces en determinarla á una medida, que si bien en apariencia algo precipitada, era el único medio que á ella y á su abuela podia ponerlas al abrigo de los funestos acontecimientos venideros.

Le hizo presente los derechos que le daban ya

los esponsales, los deseos de su abuela, la necesidad de afianzar su independencia, y el afecto que desde tanto tiempo le profesaba.

Apenas se detuvo en las finezas de que las colmara; pero cuanto menos las hacia valer, mas precio tenian, y mas se estampaban en el corazon de Edita.

Por fin, no teniendo que oponer á sus ruego mas que una repugnancia destituida de fundamento y que casi se corria de confesar, cuando su amante le estaba dando una nueva prueba de la nobleza de sus sentimientos, solo pudo alegar la imposibilidad de realizarse la ceremonia en tan breve plazo; pero lord Evandale, que todo lo habia previsto, se dió prisa á informarles de que el antiguo capellan de su regimiento le seguia con un fiel criado que sirvió con él en el mismo cuerpo, y que serviria de testigo junto con lady Emilia, Cuddy y su mujer.

Añadió que habia escogido Fairy-Grove para la celebracion del matrimonio, para que pudiese permanecer oculto; porque habiendo de partir sin demora, esta circunstancia, siendo pública, daria que sospechar al gobierno; pues ¿cómo cabia presumir que sin los mas poderosos motivos se separe un marido de su mujer pocas horas despues de casado?

Habiendo victoriosamente contestado al último argumento de Edita, creyó que habian cesado enteramente las objeciones: corrió á decir á su hermana que fuera á reunirse con su amiga, y no perdió tiempo en avisar á las personas cuya presencia se requeria para proceder á la ceremonia.

Lady Emilia, al llegar, encontró á Edita anegada en su lloro, y no sabia atinar con la causa, porque era una de aquellas señoritas que nada ven terrible ni espantoso en el matrimonio, sobre todo cuando el novio atesora todas las prendas que reunia lord Evandale.

Empleó para consolarla todos los medios conocidos de que se echa mano regularmente para alentar á las niñas que finjen mirar con terror un yugo á que no ven la hora de rendir la cerviz; pero cuando notó que las lágrimas seguian corriendo por sus pálidas mejillas, que se mostraba insensible á sus caricias y consuelos, y que la mano que ella apretaba iba perdiendo el calor y el movimiento, resintióse su orgullo, y el despecho ahuyentó la simpatía.

—A la verdad, miss Bellenden, le dijo, no alcanzo ese modo de comportarse: te obligaste á casarte con mi hermano en el mero hecho de admitir los esponsales, y ahora que se trata que seas consecuente, suspiras como si te exigiese el cumplimiento de un empeño sensible y deshonroso. Creo que me hallo en el caso de responder por lord Evandale, que nunca querrá alcanzar la mano de una mujer contra su voluntad, y sin embargo de ser su hermana, puedo añadir que no le considero merecer del desprecio de nadie. Tienes que perdonarme, miss Bellenden; pero las lágrimas que te veo derramar me parecen de muy mal agüero para la felicidad de mi hermano; ese amargo dolor es una triste recompensa del puro afecto de que te está dando pruebas tantos año hace.

—Tienes razon, lady Emilia, dijo Edita enjugán-

dose las lágrimas, y procurando sosegar su agitacion. No debiera yo corresponder de este modo al honor que me hace lord Evandale, eligiéndome por esposa; pero lo que me consuela en esta ocasion, es que no ignora la causa de mi llanto, pues nada tengo oculto para él: mas no por esto dejas de tener razon. Soy digna de vituperio por abandonarme así á memorias amargas y á pesares inútiles; pero esta es la última vez. Mi destino vá á enlazarse para siempre con el de lord Evandale, y me prometo que nunca tendrá que quejarse ni arrepentirse de este paso. No consentiré ya que vanas ilusiones me recuerden lo pasado.

Al decir esto, y al volver la cabeza hácia una ventana cubierta con una celosía medio cerrada, dió un grito espantoso, y cayó en el suelo desmayada. Los ojos de lady Emilia tomaron al instante la propia direccion; pero solo pudo ver la sombra de un hombre que parecia retirarse de la ventana.

Mas asombrada del estado en que miraba á miss Edita, que de la especie de aparicion de que acababa de ser testigo, empezó á gritar y á llamar socorro.

Acudió su hermano inmediatamente junto con con el capellan y Jenny; pero se pasó buen rato antes que Edita pudiese volver en sí, y aun entonces solo podia espresarse con frases interrumpidas.

—No me insteis mas, dijo á lord Evandale... es imposible... el cielo, la tierra, los vivos y los muertos se oponen... aceptad de mí todo cuanto puedo concederos... la ternura de una hermana... una

íntima y ardiente amistad... pero no me hableis ya mas del matrimonio.

Las fuerzas volvieron á faltarle. El pasmo de Evandale era indecible.

—Esa es obra tuya, Emilia, dijo vivamente á su hermana; ¿por qué me he valido de tí? Tú le habrás hecho perder el juicio con alguna de tus estravagancias.

—Yo creo, hermano mio, dijo lady Emilia, que intentas hacer perder la cabeza á todas las mujéres de Escocia. Porque tu querida quiere divertirse á costa tuya, ó hacerse mas interesante á tus ojos, armas una pendencia á tu hermana, cuando acaba de ser tu defensora, se lisonjeaba de haberte ganado el pleito! ¿Sabes quién ha causado toda esa escena? La presencia de un hombre que se ha aparecido á esa ventana.

—¡Qué hombre! ¡qué ventana! esclamó lord Evandale con impaciencia. Miss Bellenden es incapaz de burlarme.

—¡Chito, milord, dijo Jenny, que se hallaba interesada en atajar toda la esplicacion; hablad mas quedo, por Dios; miss Edita empieza á volver en sí.

Luego que recobró el uso de los sentidos suplicó que la dejasen sola con lord Evandale.

Todos se retiraron: Jenny con su aire acostumbrado de sencillez oficiosa, lady Emilia y el capellan con el de una curiosidad poco satisfecha.

Cuando hubieron salido del aposento, rogó á lord Evandale que se sentase cerca del sofá donde la habian colocado. Cogióle la mano, aplicóla á sus lábios, sin embargo de la sorpresa que él mostraba

y de la resistencia que ella hacia; y reuniendo lapocas fuerzas que le quedaban, levantóse repentinamente y se arrojó á sus pies.

—¡Perdonadme, milord, esclamó, perdonadme! Es fuerza que falte á la gratitud que os debo, que rompa un contrato solemne: vos poseeis mi amistad, mi estimacion, mi respeto, mi reconocimiento... pero es imposible que sea vuestra esposa!

—Acabais de salir de una pesadilla, mi querida Edita, dijo lord Evandale, ayudándola á levantarse y á sentarse de nuevo en el sofá. Dejais estraviar esa imaginacion por las ilusiones de un alma harto sensible.

—Os engañais, milord, continuó Edita: yo no he soñado nada, mi entendimiento está despejado y sereno; no lo hubiera creido, si alguno me lo hubiese dicho; pero yo le he visto y no puedo equivocarme.

—¡Visto! ¿á quién? preguntó lord Evandale, no menos absorto que turbado.

—A Enrique Morton, respondió Edita.

Y pronunció estas palabras como si hubiesen sido las postreras que debiese proferir en su vida.

—Miss Bellenden, dijo lord Evandale, me tratais como un niño ó como un insensato. Si os arrepentis de vuestro empeño conmigo, añadió con desentono resentido, no creais que me prevalga de él para forzar vuestras inclinaciones; pero hacedme el favor de hablarme con formalidad, y de no hacerme perder el tiempo.

Diciendo esto se disponia á separarse de ella,

cuando al mirarla por la última vez, conoció por la palidez de sus mejillas, por sus ojos fijos, que era sobrado verdadera la agitacion de su ánimo, y que cualesquiera que fuesen las causas que así la habian puesto, su entendimiento parecia estar en un desórden difícil de concebir.

Mudó pues de tono inmediatamente, volvió á sentarse cerca de ella, y procuró informarse de lo que habia ocasionado la especie de pavor que la oprimia.

—Yo le he visto, repitió Edita, he visto á Enrique Morton á esa ventana. Miraba hácia este cuarto en el instante mismo que yo iba á borrarle para siempre de mi memoria; tenia el rostro pálido, macilento; iba embozado con una gran capa; su sombrero le bajaba hasta los ojos; la espresion de su fisonomía era la misma que el dia en que le preguntó Claverhouse en Tillietudlem. Preguntad á vuestra hermana si es cierto lo que yo digo; ella le habrá visto como yo.

En este instante abrióse la puerta del salon, y entró Holliday, que habiendo logrado su retiro cuando la revolucion, al propio tiempo que lord Evandale, permaneciera desde entonces en su servicio. Estaba pálido, y segun muestras, poseido de un terror que no era en él muy comun.

—¿Qué hay de nuevo, Holliday? le preguntó su amo, levantándose con precipitacion, ¿se habria acaso descubierto?...

Tuvo bastante presencia de ánimo para no terminar esta frase peligrosa, que podia descubrir sus proyectos.

—No, milord, respondió Holliday, no es esto

nada que se le parezca; pero acabo de ver un alma en pena.

—¡Un alma en pena! repitió lord Evandale perdiendo ya la paciencia; parece que todos conspiran hoy para enloquecerme. ¿Qué es lo que has visto, mentecato?

—¿Qué? el alma del señor Enrique Morton, el capitan presbiteriano que peleó con tanto valor cerca del puente de Bothwell, y que se ahogó en las costas de Holanda. Se ha aparecido repentinamente á mi lado en el jardin, y luego se ha desvanecido como un fuego fátuo.

—Tú eres loco, dijo lord Evandale, ó alguna infame maquinacion se está tramando aquí. Jenny, cuidad de vuestra ama: yo voy á indagar qué arcano es este.

Todas las investigaciones de lord Evandale nada produjeron.

Solo Jenny, si hubiese querido, hubiera podido darle la esplicacion que deseaba; pero consideraba que le traia mas cuenta dejar la verdad oculta entre las tinieblas, pues desde que se hallaba en posesion de un marido activo y afectuoso, el interés habia reemplazado en ella á la presuncion. Habíase aprovechado muy mañosamente de los primeros instantes de la confusion para hacer desaparecer del aposento contiguo toda señal que pudiese indicar que alguno habia trasnochado allí, y fué tan precavida, que borró las huellas del pié de Morton cerca de la ventana donde conjeturaba que miss Edita le habia visto, cuando su amante queria seguramente, antes de partir, echar la última mirada al adorado objeto que iba á perder para siempre.

Por fin, corrió á la cuadra, y viendo que no estaba su caballo, sacó por consecuencia que Enrique habia partido para no volver mas, y que por lo mismo su sigilo quedaba bien afianzado.

—A mas de que, pensaba Jenny, aunque miss Edita y Holliday hayan conocido al señor Morton á la luz del dia, no es una razon para que yo deba conocerle al resplandor de una vela: por consiguiente, aunque se sepa en lo sucesivo que ha venido aquí, no puede seguírseme ningun daño.

Así pues, sostuvo denodadamente la negativa cuando fué preguntada por lord Evandale.

Por lo que hace á Hollidad, todo cuanto pudo decir se redujo á que al entrar en el jardin se apareció el alma á su lado como un relámpago, y que al volverse ya no le vió mas.

—Yo le he conocido muy bien, añadió: no era fácil equivocarme, porque le tenia á mi cargo cuando estaba preso, y habia estendido sus filiaciones para el caso de que se nos escapara. A mas de que no hay muchos hombres de la cara del señor Morton. Pero ¿por qué vuelve del otro mundo? Esto es lo que no puedo comprender; él no fusilado, ni ahorcado, ni asesinado; murió de muerte natural.

Lady Emilia declaró que no habia la menor duda en que ella vió retirarse á un hombre de la ventana.

John Gudyil, en el momento de la aparicion, acababa de salir del jardin para ir á almorzar; Cuddy estaba en el campo, y el criado de lady Emilia aguardaba sus órdenes en la cocina, y nada habia visto.

Estos eran todos los individuos que se hallaban en la casa, y fueron preguntados inútilmente.

Lord Evandale halló un obstáculo terrible en este lance estraordinario, pues volcaba un plan que habia adoptado, no tanto para afianzar su propia felicidad como para tener á Edita al abrigo de los reveses que pudieran acontecerle. La conocia muy á fondo para suponerla capaz de haber inventado un pretesto para faltar á su palabra, y no se determinaba á atribuir á una fantasía exaltada la aparicion del hombre que pretendia haber visto, por mediar el testimonio de Hoiliday, que ningun motivo tenia para pensar en aquel momento mas pronto en Morton que en otra persona.

Lord Evandale era muy ilustrado y juicioso para creer en apariciones; pero no sabia concebir y conciliar cómo cabia que Morton, embarcado en un buque que naufragó en las costas de Holanda, sin que se pudiese salvar ni tripulacion ni cargamento, se hubiese librado milagrosamente de la muerte, y hubiese permanecido cinco años sin dar á nadie noticia de su paradero, y cuando además habian sido vanas cuantas pesquisas se habian practicado para averiguar su existencia.

Por fin, suponiendo que viviese y se hallase en Escocia, ¿qué razon podia obligarle á ocultarse, cuando triunfaba su partido, cuando el cambio del gobierno le permitia presentarse, y cuando todos los proscritos por los Estuardos habian sido llamados por Guillermo á la ocasion de su advenimiento al trono?

El capellan, á quien lord Evandale hablaba de la perplejidad en que le dejó este accidente, le espetó un largo discurso sobre los duendes y las

apariciones; citóle á *Delrio Burfhoog* y *Delangre*, y acabó por decirle que lo que él fijaba y determinadamente opinaba sobre este punto, era, ó que el alma de Morton se habia aparecido efectivamente aquella mañana, suceso cuya posibilidad no estaba dispuesto á admitir ni á negar en aquel momento, como teólogo y como filósofo; ó que el dicho Enrique Morton vivia todavía, *in rerum natura*, y se habia presentado en propia persona; ó por fin, que una semejanza, la que no carecia de ejemplares, habia alucinado la vista de miss Bellenden y de Holliday.

—¿Cuál de estas hipótesis es la mas probable? añadió el doctor; esto es lo que no me atreveré á decir; pero sí aseguraré con mi cabeza que una de las tres es la verdadera.

Lord Evandale tuvo luego otro motivo de inquietud. Miss Bellenden, algunas horas despues de este lance, se halló enferma de bastante cuidado.

—No partiré hasta que no se halle fuera de peligro, dijo para sí. Sea cual fuere la causa inmediata de su enfermedad, yo he sido quien ha dado lugar á ella con mis malhadadas instancias.

Lady Margarita, informada por un espreso de la indisposicion de su nieta, á pesar de su reumatismo, se hizo trasportar el mismo dia á Fairy-Grove.

Lady Emilia no quiso dejar la enferma; y la presencia de estas dos señoras impulsó á lord Evandale, quien determinó permanecer en su compañía hasta que la salud de Edita ya restablecida, le permitiese tener con ella una esplicacion terminante.

—Nunca permitiré, dijo el generoso mancebo, que el empeño que ha contraido conmigo sea un vínculo que pueda mirar como una cadena, y que la fuerce á un enlace cuya sola aprension parece trastornar su entendimiento y llevarla á las puertas de la muerte.

CAPÍTULO XXXVIII.

No son únicamente las enfermedades del cuerpo y la falta de bienes de fortuna lo que algunas veces reduce á los hombres mas sobresalientes por su talento al nivel de los demás que vienen á formar la mole del género humano. Instantes hay en que los ánimos mas fuertes, entregados á una viva agitacion, pierden todo lo que los distingue de los mas débiles, y satisfacen la deuda general de la naturaleza. Su situacion es mucho mas deplorable, porque conocen que abandonándose á su dolor, atropellan las leyes de la religion y de la filosofía, que deberian siempre conservar poderoso influjo en las acciones é impulsos de los hombres.

En tan fatal estado se hallaba el ánimo de Morton, cuando se alejó de Fairy-Grove. La certeza de que esta Edita, á quien amaba desde tanto tiempo, á quien todavía profesaba el mismo afecto, y á

quien no dejaria de amar toda su vida, estaba próxima á entregar la mano á su antiguo rival, á quien tantos beneficios habian dado un derecho indispensable sobre su corazon, era un golpe que no podia tolerar por mas que hubiese debido preverlo. Durante su permanencia en pais estraño no habia escrito á lord Evandale mas que una vez, solo para darle el último adios, y desearle cabal felicidad: no le rogó que le respondiese; pero se prometia recibir contestacion; no la recibió; la razon es muy sencilla; la carta no habia llegado á sus manos.

Morton, que ignoraba esta circunstancia, sacó por consecuencia que todos le habian completamente olvidado. Al llegar á Escocia, tuvo noticia de que Edita habia contraido esponsales con lord Evandale, y hasta llegó á creer que podia ya ser su esposa; pero aun cuando no lo hubiese sido, era Morton harto generoso para ir á perturbar su sosiego, y acaso su dicha, renovando pretensiones que el tiempo y la ausencia parecian haber sofocado.

La casualidad le hizo dar con un hombre que habia servido bajo sus órdenes en el ejército presbiteriano: por él supo que Cuddy se habia casado con Jenny Denison, y que vivia en Fairy-Grove; no pudo entonces resistir al deseo de verlos para adquirir noticias ciertas del estado en que se hallaba miss Bellenden, que ya no se atrevia á llamar su Edita.

Ya hemos visto cuáles fueron los resultados de esta resolucion; partió pues de Fairy-Grove, convencido de que Edita le amaba todavía, y obligado por el pundonor á renunciar á ella para siempre.

¡Cuál seria su conmocion al oir la conversacion de Edita con lord Evandale!... el lector podrá figurársela, pues no nos vemos con ánimo de describirla. Veinte veces estuvo tentado de esclamar: «Edita, yo vivo todavía;» pero la memoria de su compromentimiento con Evandale, los favores de que este lord habia colmado la familia de su querida, la gratitud que él mismo le debia, pues estaba fundadamente persuadido de que solo su influjo con Claverhouse le salvó la vida despues de la batalla de Bothwell; todas estas razones acallaron su amor, y le desaconsejaron un paso que podia labrar la desdicha de un rival á quien apreciaba, y aumentar los sinsabores de su amada Edita, sin poderse prometer por esto ser mas venturoso.

—¡Cúmplase la voluntad del cielo! dijo para sí; yo habia muerto para ella cuando ofreció ser la esposa de lord Evandale: ignore pues que vivo y que la estoy amando.

Luego que hubo tomado esta resolucion, desconfiando de sus fuerzas, y temiendo no poder cumplirla, pues la sentia vacilar cada vez que el metal de la voz de Edita penetraba en sus oidos, ó por mejor decir, en su corazon, salió precipitadamente por la puerta que daba al jardin. No pudo, sin embargo, separarse del lugar en que acababa de oir por la última vez á la que tanto idolatraba, sin que le asaltara el deseo irresistible de contemplar por un momento su hermoso rostro.

Con este objeto se acercó á la ventana; pero cuando el alarido en que prorumpió Edita, le hizo sospechar que le habia visto, huyó como acosado de las furias; pasó junto á Holliday sin conocerle, y aun sin verle; corrió á la cuadra, montó á ca-

hallo, y tomó el primer camino que se le presentó.

A coger el de Hamilton, ó el que conduce al puente de Bothwell, es probable que Evandale supiera que vivia. Como la noticia de la victoria alcanzada por los serranos escoceses sobre las tropas del rey Guillermo hiciera recelar que los jacobinos del Sur se arrojasen á algun movimiento, habíanse establecido puestos militares en estos dos dos puntos donde se examinaba escrupulosamente á todos los viandantes; pero en vano lord Evandale dispuso que fuesen á informarse allá, pues volvieron con la respuesta de que en toda la mañana no habia pasado ningun desconocido.

Vióse pues en la precision de creer que Edita habia tomado por realidad una fantasma que solo existia en su imaginacion turbada, y de suponer que, por una coincidencia tan estraordinaria como inesplicable, se habia ofrecido el mismo objeto al espíritu de Holliday.

El caballo de Morton, á quien su amo habia soltado la rienda, se halló al cabo de pocos minutos en las márgenes del Clyda, en un lugar donde recientes pisadas indicaban que servia de abrevadero. Instigado el caballo á cada paso por un espolazo que no merecia, entró allá sin detenerse; pero pronto tuvo que echarse á nado. Morton no lo notara á no ser por el frio que sintió al hallarse con agua hasta la cintura, y volviendo en sí, conoció la necesidad de pensar en los medios de salvar su vida y la de su caballo, gobernóle pues, dejóle seguir la corriente algunos minutos, para no postrar sus fuerzas, y logró arrimarse á la orilla opuesta; pero estaba muy escarpada, el caballo

no pudo subir, y fué preciso dejarlo seguir el rio; por fin, al cabo de algunos minutos se halló en tierra seca á la otra orilla del Clyda.

—¿A dónde me dirigiré ahora?... dijo Enrique en medio de la amargura de su corazon. ¿Y qué importa? ¡Ah! si pudiese desearlo sin faltar á mi deber, quisiera que esas aguas me hubiesen engullido, arrancándome la memoria de lo pasado y el sentimiento de lo presente.

No bien hubo hecho esta reflexion, cuando se avergonzó de haberla concebido. Trajo á la memoria el modo casi milagroso como habia salvado por dos veces la misma vida de que hacia tal desprecio ahora. Estoy demente, dijo: ¿cómo cabe que me queje de la Providencia que tantas muestras me ha dado de proteccion? ¿Acaso no me queda ya mas que hacer en el mundo? ¡Aunque se reduzca á sufrir con entereza los quebrantos que me abruman! ¿He visto acaso, he oido alguna cosa que no debiera haberme imaginado? ¿Son ellos mismos mas venturosos que yo? añadió, sin atreverse á pronunciar los nombres de aquellos á quienes dirigia el pensamiento. A ella la han despojado de sus bienes, él se compromete en una empresa que parece peligrosa, aunque han hablado tan bajo, que no he podido comprender de qué se trataba. ¿No me seria fácil encontrar algun medio para ayudarlos, para socorrerlos, para velar en fin por su seguridad?

Tras estas ideas acabó por descuidar enteramente lo suyo, y embeberse tan solo en los intereses de Edita y de su futuro esposo; pero en este instante le vino á la memoria la carta de Burley, que habia echado en olvido, y un nuevo rayo de luz centelleó en su imaginacion.

—¡Su ruina es parto suyo! esclamó; estoy cierto de esto. Si acaso puede repararse, ha de ser por medio de los informes que él me dé; es fuerza que le busque, que le encuentre, que me dé noticias positivas. ¿Quién sabe si este paso influirá favorablemente en la fortuna de aquellos objetos que no debo ver mas, y que no llegaran á saber probablemente que olvido en este instante mis propias aflicciones para proporcionarles la felicidad.

Alentado por esta esperanza, por frívolo que fuese su fundamento, siguió otra vez el camino real, y como conocia perfectamente todos aquellos alrededores que tantas veces habia corrido cazando, hallóse muy pronto en el camino que conduce al pueblecillo donde cinco años antes habia entrado victorioso, como capitan del papagayo. Notábase todavía en él una negra melancolía; pero habia salido de aquel estado de desesperacion que casi le hubiera costado la vida. Tal es el efecto de una resolucion virtuosa y desinteresada; si no puede hacer recobrar la felicidad, restablece á lo menos la paz del alma.

Habiendo hallado en su cartera la direccion de la casa donde Burley le habia escrito que siempre le daria noticia de su paradero, concibió esperanzas de escribirle fácilmente, y resolvió irle á encontrar, aunque se hallase en pais estraño. Meditó los medios de que podria valerse para arrancarle algunas esclaraciones que pudiesen ser útiles á la familia de Bellenden; pero echó de ver que le era imposible trazar ningun plan antes de saber en qué situacion se hallaba actualmente su antiguo colega.

Cerca del medio dia hallóse nuestro viajero junto

al castillo de su tio, que estaba situado en un bosquecillo á tiro de fusil del camino que iba siguiendo. Su presencia despertó en él mil recuerdos que causaban en su alma aquella sensacion grata y dolorosa al mismo tiempo, que esperimenta siempre un sér sensible, cuando despues de haber sufrido los vaivenes de una vida agitada, vuelve á ver el hogar donde pasó el tiempo sosegado y delicioso de la infancia. Tuvo pues vivos deseos de entrar en él.

—La vieja Alison, pensó Enrique, no me conocerá seguramente mas de lo que me conoció anoche Jenny; puedo satisfacer mi deseo, y partir sin decirle quien soy. Me parece que Jenny me dijo que mi tio le habia legado su hacienda: poco me importa; otras penas tengo que me tocan mas de cerca. Venga lo que viniere, determino visitar mi antigua morada siquiera por la última vez.

La vista del castillo de Milnwood no inspiraba por cierto ninguna idea placentera en tiempo de su antiguo propietario; pero aun aparecia ahora mas triste y lóbrego que antes. No estaba en mal estado en punto á reparaciones; ninguna teja faltaba en los techos, ningun vidrio estaba roto; pero crecia la yerba en el pátio, como si fuese un prado para llevar á placer el ganado, y segun denotaban las telarañas que entapizaban la puerta principal, habíase pasado mucho tiempo sin abrirla. Morton llamó varias veces sin que nadie compareciese, y sin oir el menor ruido en la casa. Abrióse por fin la pequeña tronera por donde solian asomarse para ver quién llamaba á la puerta, y Morton pudo distinguir de través el rostro de Alison con algunas arrugas mas de las que ya tenia cuando él vivia en

el castillo. Llevaba puesto un gorro de dormir, del cual se desprendian algunos rizos canosos que causaban un efecto mas pintoresco que agradable.

—¿Qué se os ofrece? preguntó con voz áspera y cascada.

—Deseo, dijo Enrique, hablar por un instante con Alison Wilson, que vive aquí.

—No está en casa, respondió la misma mistress Wilson, que tal vez se negó á causa del desaliño de su traje; pero sois muy mal criado: ¿tanto os hubiera costado decir mistress Wilson de Milnwood?

—Perdonad, dijo Enrique sonriéndose interiormente al ver que la vieja Alison no habia aun dejado de aspirar al respeto que creia debérsele; perdonad; acabo de llegar de pais estraño, y he permanecido tanto tiempo fuera de mi pátria, que casi he olvidado mi propia lengua.

—¿Venís de pais estraño? dijo Alison: y habriais oido hablar por acaso de un jóven de esta comarca que se llama Morton?

—No me es nuevo este nombre; le he oido mentar en Alemania.

—¡Sí! Pues aguardad un momento; pero no, escuchad. Dad vuelta á la casa; á espaldas encontrareis una puerta que solo está cerrada con el picaporte; abrid y entrad en el corral; pero cuidado con no tropezar con el tonel de agua que está junto á la puerta, porque la entrada está oscura; volved despues á mano derecha, y seguid siempre adelante; volved otra vez á la derecha, y al entrar en el pátio contad con la escalera de la bodega. Allí vereis la puerta de la cocina pequeña, que es la única que sirve ahora en el castillo; entrad en

ella; yo bajaré, y podreis decirme á mí cuanto querais hablar á mistress Wilson.

A pesar de las minuciosas instrucciones de Alison, un forastero se hubiera perdido seguramente en el laberinto que acababa de bosquejar; pero el conocimiento del lugar era un hilo con que podia contar nuestro nuevo Teseo. Evitó los dos escollos que le habian indicado, y el único obstáculo que tuvo que vencer provino de un perrito faldero que habia tomado empeño en ladrar y embestirle, sin embargo de haberle en otro tiempo pertenecido; pero muy diferente en esto del perro de Ulises, no reconoció á su amo por mas que su ausencia no hubiese sido tan larga como la del rey de Itaca.

—¡Y el perro tambien! dijo Morton; ¡ni una criatura viviente me reconocerá! ..

Entró en la cocina, y algunos instantes despues oyó en la escalera el ruido de los altos tacones de que estaban armados los zapatos de Alison, y del baston de pico de cuervo en que se apoyaba.

Antes que llegara tuvo tiempo Enrique de dar una ojeada á la cocina. Aunque no escaseaba carbon en las inmediaciones, y á pesar de no venderse muy caro, ardia en la hornilla de la chimenea un fuego económico de turbas y varas de retamas silvestre. Pendia encima una pequeña marmita que contenia la comida para Alison y su única criada, muchacha de doce años, que no ganaba mas salario que su alimento. El vaporcillo que despedia la vianda que se estaba cociendo, daba á entender que no se regalaban con mas rico ordinario que en tiempo de su amo.

Al entrar Enrique reconoció inmediatamente en ella aquel aire de importancia que tanto le gustaba

darse; aquella fisonomía en que el mal humor, efecto del hábito y de la escesiva condescendencia, lidiaba con la bondad de corazon que le era natural; y finalmente, aquella cofia redonda y aquel delantal blanco que le habia visto llevar tantas veces; pero una cinta en su cabeza, y algunos otros adornos estraordinarios de que habia echado mano precipitadamente, indicaban la diferencia que mediaba entre Alison, la vieja ama de llaves de sir David, y mistress Wilson de Milnwood.

—¿Qué se os ofrece de mistress Wilson, caballero? le dijo; yo soy mistress Wilson.

Los cinco minutos que habia pasado en el tocador le parecieron suficientes para darle el derecho de recobrar su nombre y de exigir con mayor seguridad el respeto á que se juzgaba acreedora. Enrique se veia perplejo para responder á su pregunta; pues aunque no quisiese darse á conocer, no habia preparado de antemano ningun pretesto para introducirse en la casa; pero Alison no le dejó mucho tiempo en la duda, pues sin aguardar su respuesta le preguntó con viveza:

—¿Con que habeis oido hablar del señor Morton en Alemania?

—Sí, señora, respondió Enrique, del coronel Silas Morton.

La espresion de gozo que brillaba en los ojos de la buena mujer se ofuscó repentinamente.

—¿Con que es su padre á quien conocisteis, el hermano de sir David que esté en gloria? Pero no podeis haberle conocido en pais estraño; me parecis muy jóven para esto: seguramente habia ya vuelto á Escocia antes que nacieseis; yo creia que

me ibais á dar noticias de su hijo, del pobre señor Enrique.

—Mi padre, dijo Enrique, es quien me ha hablado mucho del coronel Silas Morton. En cuanto á su hijo, oí decir que habia naufragado en las costas de Holanda, y que habia muerto.

—¡Ah! ¡harto cierta es la noticia!... ¡Cuántas lágrimas ha costado á estos pobres ojos!... Su tio me hablaba de él el mismo dia de su muerte: acababa de darme instrucciones sobre la cantidad de vino y aguardiente que habia de preparar para los que asistieran á su entierro; pues así vivo como muerto, fuera un hombre prudente, económico y cuidadoso de su hacienda: Alison, me decia (pues siempre me llamaba así: ¡nos conociamos de tanto tiempo!) Alison, ten buen cuidado de la casa; conserva el órden como si yo viviese; y si algun dia llegase mi pobre sobrino, encomiéndale la moderacion y la economía. Estas fueron sus últimas palabras, y no volvió á desplegar los lábios, sino para decirme que una vela tosca bastaba para un moribundo; no podia sufrir las velas amoldadas, y desgraciadamente ardia una sobre la mesa.

En tanto que mistress Wilson referia en estos términos las últimas palabras del viejo avariento, un perro de aguas, antiguo compañero de Enrique, entró en la cocina, arrimóse á él, olióle un instante, y habiéndole luego reconocido, manifestóle con mil caricias la alegria que le causaba el volverle á ver; y por fin se puso de un salto sobre sus rodillas.

—Quita, Elfin, quita, gritó Enrique con impaciencia.

—¡Cómo! ¡sabeis cómo se llama nuestro perro!

dijo Alison atónita; á fé que no es muy comun; ¡pero veo que os conoce tambien á vos! Poniéndose entonces las gafas y acercándose á Morton: ¡Providencia divina! esclamó, ¡es el hijo de mi corazon!... ¡el señor Enrique!...

Al decir estas palabras, la buena vieja estrechó á Enrique en sus descarnados brazos, apretóle contra su pecho, besóle con la misma ternura que si hubiese sido su madre, y acabó por llorar de gozo. Enrique, sensible á estas demostraciones de afecto, le dió tambien repetidas pruebas del suyo: ya no pensaba conservar el embozo para ella, y no tuviera seguramente valor para tanto, si tal fuera su intencion.

—Sí, mi querida Alison, yo soy. Vivo todavía para daros las gracias por tanto cariño presente y pasado, y para felicitarme de hallar á lo menos en mi pátria una amiga que me vuelva á ver con satisfaccion.

—¡Oh! ¡amigos! señor Enrique, no os han de faltar, porque nunca faltan cuando hay dinero; y á Dios gracias, lo tendreis, y no como quiera... Procurad hacer buen uso de él, y no malgastarle. Pero ¡buen Dios! añadió empujándole un poco como para considerarle á distancia mas conveniente á su vista, pareceis otro, hijo mio; no teneis tan buen color como antes... ¡Qué huecas están esas mejillas!... ¡Qué hundidos los ojos!... estais mas flaco... ¡Ah! ¡esas malditas guerras! ¡cuánto daño han causado!... ¿Y cuándo habeis llegado? ¿dónde habeis estado? ¿qué habeis hecho en todo este tiempo? ¿por qué no nos habeis escrito? ¿cómo se esparció la noticia de vuestra muerte? ¿y por qué

habeis venido á vuestra casa como un estraño par sorprender así á la pobre Alison?

Pasóse un buen rato antes que Enrique se hubiese serenado bastante para poder responder á este chorro de preguntas.

Si nuestros lectores son tan curiosos como la buena vieja, vamos á satisfacerles en el capítulo siguiente:

CAPÍTULO XXXIX.

A pesar de la suma impaciencia de Alison para oir las respuestas á las preguntas que acababa de hacerle, no quiso permitir que permaneciese por mas tiempo en la cocina pequeña, y le hizo subir á su aposento, que era el mismo que ocupaba cuando no era mas que ama de llaves de sir David.

—Está mas resguardado del aire, le dijo, que el cuarto bajo, y con menos fuego está mas caliente. Yo respeto mucho á mi antiguo amo para ocupar su gabinete, que es ahora el vuestro señor Enrique; y en cuanto al gran salon enmaderado de encina, que solo servia en las solemnes festividades, todavía no le he abierto sino para que le dé el aire, limpiarle y quitarle el polvo.

Sentáronse pues en el aposento de la ex-ama de llaves, en medio de legumbres en conserva, frutas secas y dulces de toda especie, que seguia se-

parando por costumbre; y que se maleaban por fin, porque ni ella ni nadie los cataba nunca.

Morton, acomodando su narracion á la inteligencia de la que le escuchaba, la abrevió cuanto pudo. Participóle que el buque en que iba embarcado, á impulsos de una furiosa tormenta, se habia perdido con toda la tripulacion, escepto dos marineros y él, que se habian salvado en una lancha, y llegado felizmente al puerto de Flesinga. Allí tuvo la dicha de encontrar á un antiguo oficial que habia servido con su padre; por consejo suyo, no pasó á la Haya, y de todas sus cartas de recomendacion, no envió mas que la que Claverhouse le habia entregado para el Estatouder.

—Nuestro príncipe, dijo el antiguo oficial, debe por miras políticas correr en buena armonía con su suegro y vuestro rey Cárlos: seria en él un desacuerdo conceder un favor á un escocés del partido de los descontentos. Esperad pues sus órdenes, sin obligarle en cierto modo á atenderos; sed prudente, vivid retirado, mudad de nombre, evitad el trato con los escoceses desterrados, y creedme, no tendreis que arrepentiros de vuestra conducta.

El antiguo amigo de Silas Morton no se equivocaba: poco tiempo despues, el príncipe de Orange, viajando por las Provincias Unidas, pasó por Flesinga, donde Morton empezaba ya á aburrirse con su inaccion; logró este una audiencia particular, y el príncipe quedó muy prendado de sus conocimientos, de su prudencia, del juicio que tenia formado de las diversas facciones que despedazaban á su pátria, y de la esplicacion luminosa con que desenvolvió sus miras y proyectos.

—Yo os colocaria con mucho gusto cerca de mi persona, le dijo Guillermo; pero no podria hacerlo sin dar que recelar á Inglaterra: no estoy con todo menos dispuesto á serviros, tanto por el interés que me inspirais, como por la recomendacion que me habeis enviado de parte de un oficial á quien aprecio. Hé aquí un diploma para un regimiento suizo que se halla en una de las provincias mas distantes de mi capital, y donde probablemente no encontrareis escoceses; cortad toda correspondencia con vuestra pátria; continuad siendo el capitan Melville, y dejad sepultado el nombre de Morton hasta que mejoren los tiempos.

—Así empezó mi fortuna, continuó Morton. Tuve la dicha de desempeñar varios encargos que se me dieron, y mis servicios fueron apreciados y recompensados por S. A. R. hasta la época en que fué llamado á Inglaterra, para ser nuestro rey y libertador. La órden que me dió me disculpa en punto al silencio que he guardado con el corto número de amigos que habia dejado en Escocia. La noticia de mi muerte dimanaria sin duda del desgraciado naufragio del buque en que me embarqué, y contribuiria á confirmarla el no haber yo hecho uso, ni de las cartas de crédito que me habian sido entregadas, ni de la recomendacion, escepto de la del príncipe, que habiéndome encomendado el silencio, es regular que lo guardase tambien.

—¡Pero cómo es posible, querido hijo mio, que en el largo espacio de cinco años no hayais dado con ningun escocés que os conociese? A mí se me figuraba que no habia de haber uno que dejase de tener muy presente á Enrique Morton.

—Reflexionad, buena Alison, que pasé los tres primeros años en una provincia lejana; y cuando despues de este tiempo fuí á vivir en la córte del príncipe de Orange, se hubiera necesitado un afecto tan vivo y tan sincero como el vuestro para reconocer al desterrado Morton en la persona del mayor general Melville.

—¡Melville! ese era el nombre de vuestra madre; pero el de Morton suena mejor á los oidos de esta pobre vieja. Al tomar posesion del antiguo mayorazgo de vuestra familia, recobrareis vuestro primitivo nombre, ¿no es verdad?

—No, no quiero hacer ni lo uno ni lo otro, Alison; tengo las mas poderosas razones para desear que se ignore absolutamente mi vuelta á Escocia, y hasta la noticia de mi existencia. En cuanto al mayorazgo de Milnwood, yo sé que os pertenece; ya está en buenas manos.

—¡En buenas manos! esclamó Alison; cuento, hijo mio, que no hablais de veras. ¿Qué quereis que haga yo de las haciendas y de las rentas? Esto no es mas que una incomodidad para mí. Es verdad que muchos encontrarian este peso ligero y agradable, y aunque soy una vieja, el escribano Mactrik me ha ofrecido ayudarme á llevarle; pero si soy vieja, no soy loca, y vayan á otro perro con ese hueso. Nunca habia perdido la esperanza de volveros á ver; este era el motivo por qué no habia hecho ninguna variacion en el castillo, y lo tenia todo como en tiempo de vuestro difunto tio. ¿No seria yo muy dichosa, viéndoos administrar prudentemente sus bienes?... Presumo que en Holanda habreis aprendido la economía á las mil maravillas; porque, segun voces, los señores holande-

ses son muy económicos. Sin embargo, creo que podriais lucir algo mas que el difunto; por ejemplo, quisiera que tuviéseis todos los dias un plato de carnero, en lugar de tres veces á la semana, y que de cuando en cuando bebiéseis un vasito de vino; esto quita los flatos.

—En otra ocasion hablaremos de esto, Alison, dijo Morton, pasmado de las ideas liberales de la vieja ama de llaves, que reunia el mas alto grado de desinterés con su pasion á la economía. Ahora solo he venido por algunos dias, y os lo repito, querida Alison, no sepa nadie que me habeis visto.

—No temais, hijo mio; sé guardar un secreto, y el viejo sir David, ¡qué escelente hombre!... tambien sabia guardarlo. Me habia dicho donde ponia su dinero, que era una gran prueba de confianza en mi discrecion. Pero venid conmigo; quiero que veais el gran salon: nadie cuida de él mas que yo; es mi divertimiento, y sin embargo, cuántas veces me decia á mi misma con lágrimas en los ojos: ¿á qué fregar los morillos de la chimenea, poner bien lustrosos los candeleros, cepillar los tapetes y sacudir los almohadones, si el dueño á quien todo esto pertenece acaso no volverá mas?

Y diciendo esto, le guió á aquel *sancta sanctorum*, que iba ordenando todos los dias como si estuviese aguardando algun forastero, y en cuyo aseo fundaba toda su vanagloria. Morton, al entrar, fué reprendido porque no se habia limpiado los zapatos. Entonces se acordó de que cuando niño sentia un respeto casi religioso cuando en dias señalados se le permitia entrar un momento en dicho salon, cuyo igual no creia que pudiese hallarse en los palacios de los príncipes y de los reyes. Ya se

deja adivinar que las sillas, de asiento muy bajo y muy alto respaldo, los inmensos morillos de cobre dorado y la uniforme tapicería tendida por las paredes desmerecieron mucho á sus ojos, pareciéndole solo una gran sala tan oscura como melancólica. Dos grandes retratos sin embargo llamaron su atencion y conmovieron su sensibilidad: el uno era de su padre, completamente armado, en una actitud que denotaba su carácter firme y resuelto; el otro era de su tio: llevaba una casaca de terciopelo con vueltas y guirindola de encaje, y parecia ruborizarse y sorprenderse de su rico vestido, aunque solo lo debia á la generosidad del pintor.

—¡Vaya una aprension estravagante! dijo Alison; ¿á quién le ocurriera retratar á ese pobre hombre con un vestido que no llevó en su vida? Mejor le hubiera sentado su levita de paño pardo.

Morton fué del mismo sentir, pues un vestido de ceremonia se hubiera hermanado tan poco con el porte ordinario y ridículo del difunto, como una espresion de generosidad con su fisonomía ruin y avillanada.

Dejó entonces á Alison para ir á ver el parque y los jardines, y ella se aprovechó de este intérvalo para disponer que se añadiera alguna cosa á la comida que se preparaba; circunstancia que solo observamos porque costó la vida á un pobre pollo, que sin un acontecimiento tan estraordinario como la venida del señor Enrique Morton, hubiera llegado á la mas madura senectud en el corral del castillo de Milnwood.

Mistress Wilson no hizo ningun cumplimiento para sentarse á la mesa con Morton, pues tal era su antigua consuetud. Sazonó la comida con los

recuerdos del delicioso tiempo de marras y con los proyectos de lo venidero, representándose siempre á Enrique como dueño del castillo, conservando en él el órden y la economía del difunto propietario, y juntándose á ella misma en estado de desempeñar con celo y garbo sus antiguas funciones. Morton dejó divertir á la buena mujer formando castillos en el aire, y reservó para otra ocasion el participarle el proyecto que tenia hecho de volver al continente y de acabar allí sus dias.

Olvidamos decir que luego que mistress Wilson hubo conocido á su querido Enrique, viendo que venia tan calado, le escitó á que se mudara de camisa y la demás ropa. Púsose pues el vestido verde que llevaba antiguamente cuando vivia en Milnwood y que Alison habia cuidado de conservar en el cajon de una cómoda, sin olvidarse de sacarle al aire y cepillarle de vez en cuando.

Despues de la comida, le propuso que tomase de nuevo el uniforme que habia puesto á secar; pero Morton creyó que con el vestido que llevaba podia practicar mejor las diligencias para encontrar á Burley. Dijo pues á Alison que no se quitaria el vestido de paisano, y tomó únicamente su espada y sus pistolas, sin cuyas armas no se solia mucho viajar en aquellos tiempos de revuelta.

—Teneis razon, dijo ella; ese vestido verde os sienta perfectamente; y ahora que habeis descansado, aunque esteis mas flaco, os hace parecer tan bien como el dia en que os arrancaron de Milnwood; fuera de que esto economizará el uniforme.

Estendióse entonces sobre el modo de sacar partido de los vestidos viejos, y estaba muy enterada de la historia de una casaca de paño de color

de grana que habia pertenecido á sir David, que luego pasó á ser forro de otra casaca azul, y añadió que las prendas, en cada una de estas metamórfosis, estaban tan lustrosas como si fueran nuevas.

Morton la interrumpió para despedirse de ella, y decirle que se veia en la precision de ponerse otra vez en camino.

Este fué un golpe aciago para mistress Wilson.

—¿Y por qué os habeis de ir?... ¿A dónde vais? ¿Dónde estareis mejor que en vuestra casa, despues de una ausencia de tantos años?

—Teneis razon; pero no puedo remediarlo: por esto no me habia dado á conocer á mi llegada, ya temia yo que quisiérais detenerme.

—¿Pero á dónde vais? repitió Alison; ¿habráse visto cosa semejante? Apenas llega y parte como un rayo.

—Debo ir á casa de Niel, en el pueblo vecino. Juzgo que podrá proporcionarme una cama.

—No hay duda; pero ya sabrá hacérosla pagar. Querido hijo mio, ¿habeis dejado vuestro entendimiento en paises estraños para ir á pagar cama y cena, pudiéndole tener todo aquí de balde, y muchas gracias de mas á mas?

—Os aseguro, Alison, que se trata de un negocio de la mayor importancia para mí, y en que puedo ganar ó perder mucho.

—¡Ah! si es así, desisto de mi empeño. Sin embargo, considerad que esto vá á costaros quizás una docena de chelines de Escocia; pero los jóvenes no saben cuánto vale el dinero. Mi viejecito amo era mas prudente; lo que llegaba una vez á ahuchar, ya no volvia á ver mas la luz del sol.

Morton, constante en su propósito, montó otra vez á caballo, y se despidió de mistress Wilson, despues de haberle hecho prometer de nuevo que á nadie hablaria de su llegada antes de volverse á ver.

—Yo no soy pródigo, pensaba Morton al alejarse; pero si viviese con Alison como ella desea, creo que mi carencia de aquello que ella llama economía, le costaria mas de un suspiro.

CAPÍTULO XL.

Morton llegó sin novedad al pueblo, y se apeó en la posada de Niel. Mas de una vez habia pensado por el camino que con el vestido verde acaso le seria mas difícil dejar de ser conocido como deseaba; pero algunos años de ausencia y de campañas habian efectivamente alterado su fisonomía, y se abstenia de ir á ver á nadie que hubiese tenido bastantes relaciones con él para conocerle, como hizo Alison, mediante su distraccion de nombrar al perro que le acariciaba.

La posada estaba llena, y parecia conservar todavía su antigua celebridad. El ver á Niel mas gordo y carrilludo, y menos cortés que antes, le dió á entender que su bolsillo estaba tan hinchado como su persona, pues en Escocia la cortesía de un posadero para con sus huéspedes vá menguando segun mejora su situacion pecuniaria. Su hija habia

tomado perfectamente el aire de una diestra moza de posadas, á quien ni el ruido de las armas, ni los sinsabores del amor, pueden distraer de sus obligaciones.

Ambos dispensaron á Morton aquel grado de atencion que puede prometerse un forastero que viaja sin tren y sin criados: resolvió pues conformarse con el humilde papel que estaba representando: condujo él mismo su caballo á la caballeriza, mandóle dar avena, y volvió luego á la sala comun; pues pidiendo un cuarto particular, se hubiera dado demasiada importancia.

Allí fué donde algunos años antes habia celebrado su promocion al grado de capitan del papagayo, ceremonia que no siendo en su fondo mas que cosa de broma, habia tenido para él tan sérias consecuencias.

El mismo conocia que se habia verificado en él una gran mudanza, y estaba firmemente persuadido de que nadie reconoceria en el hombre grave y sosegado que acababa de sentarse, al jóven travieso que ganara entonces el premio.

La reunion de la sala se componia de los mismos grupos que habia visto en ella otras veces. Algunos paisanos bebian á tragos su copita de aguardiente; unos soldados apuraban su azumbre de cerveza, jurando y echando pestes porque el sosiego del territorio no les permitia regalarse con bebida de mayor lujo; uno de sus sargentos bebia un vasito de *agua admirable* con el ministro presbiteriano, y tres viajeros aguardaban, en torno de una botella de vino, los caballos que debian llevarlos mas lejos. La escena era la misma que cinco años atrás, pero distintos los personajes.

—La faz del mundo puede variar, pensó Morton, pero las plazas que deja vacantes la casualidad, siempre hay quien las ocupa. Tanto en las obligaciones como en los pasatiempos de la vida, sucédense unos á otros los séres humanos como las hojas de los árboles, con las mismas diferencias individuales, y la propia semejanza general.

Cuando estuvo sentado, sabiendo por esperiencia cuál es el mejor medio de ser obsequiado en una posada, pidió una azumbre de vino de Burdeos, que el posadero le presentó recien sacado y espumando todavía en la medida, pues aun no se acostumbraba entonces embotellar el vino.

Niel, echándole el primer vaso, aseguróle con cierto agrado que no hallaria otro mejor á veinte millas á la redonda; y Morton, que allá traia sus intentos, le convidó á sentarse y á beber con él. Niel, acostumbrado á semejantes invitaciones de parte de los que no tenian mejor compañía, aceptó sin cumplimientos, y con tanto mayor placer, cuanto el licor escogido por Morton, atendido su alto precio, no era el que tenia mayor consumo en la casa.

Niel, apurando la medida, de que Morton procuró que le cupiese la mayor parte, charló sobre las novedades del pais, los nacimientos, los matrimonios, los muertos, las ventas de propiedades, la ruina de familias antiguas, y la fortuna de algunos advenedizos; pero no desplegó los lábios respecto á asuntos políticos; y solo para contestar á una pregunta que le hizo Morton, dijo con cierta indiferencia:

—¡Oh! sí, siempre tenemos soldados por aquí, su mas y su menos; en Glascow hay caballería, su

comandante se llame, á no engañarme, Wittybody» ó una cosa así; se echa de ver á la legua que es holandés, no he visto en mi vida un hombre mas grave y flemático.

—Sin duda querreis decir Wittenblod, repuso Morton, ¿no es un anciano canoso y con bigotes negros, de génio taciturno?...

—Y siempre con la pipa en la boca, dijo Niel. Ya veo que le conoceis. Puede que sea valiente sin embargo de ser holandés; pero aunque fuese diez veces mas general y Wittybody, no dejaria de decir que tiene pésimo gusto para la música. Un dia me interrumpió con sus timbales la mas hermosa sonata que he tocado en mi vida con la gaita.

—¿Esos militares que hay por aquí en la sala pertenecen á su cuerpo?

—¡Oh! no; esos son antiguos dragones del regimiento de guardias; han servido á las órdenes de Claverhouse, y si se acercase por acá, creo que no tardarian en juntarse con él.

—¿No dicen que ha sido muerto?

—Así corre la voz; pero yo lo dudo todavía; no es muy facil deshacerse del diablo; pero en cuanto á esos dragones, lo repito, si pareciese por aquí, no tardarian tanto tiempo en incorporarse en sus filas como el que yo voy á emplear para beber este vaso de vino. Verdad es que ahora son soldados del rey Guillermo, pero no hace mucho que lo eran del rey Jacobo. La razon es óbvia; ¿por quién pelean ellos?... por el que les paga, sobre que no tienen tierras ni casas que defender. Con todo, siempre que nos ha redundado en ventaja el cam-

bio de los negocios, ó la revolucion, como se suele decir, y es que cada uno puede gritar y decir libremente su opinion sin temor de ir á la cárcel ó de ser ahorcado, sin mas ceremonia que la que gasto yo para volver la llave de la cuba cuando quiero llenar una medida.

Hubo aquí una corta pausa, y Morton, viendo que ya habia ganado algun terreno en la confianza del mesonero, despues de haber vacilado un rato, como acontece regularmente al que dá cierta importancia á la respuesta que ha de seguir á la pregunta que se dispone á hacer, le preguntó si conocia en la vecindad á una mujer que se llamaba Bessia Maclure.

—¡Si yo conozco á Bessia Maclure! contestó Niel, ¡si yo conozco á la hermana de mi difunta parienta! ¡Dios la tenga en su gloria! Es una escelente mujer; pero ha padecido mucho. Perdió dos hijos en el tiempo de la persecucion, como llaman ahora, y no ha pasado un mes sin tener dragones alojados; pues sea cual fuere el partido que se ha ido sucediendo, siempre oprietan la mano sobre nosotros los pobres posaderos.

—¿Con que ella tiene casa de posadas?

—Un pequeño bodegon, dijo Niel echando en torno de sí una mirada de satisfaccion: vende cerveza á la gente que viaja á pié; pero su casa no tiene ningun aliciente para llamar parroquianos.

—¿Podeis proporcionarme alguno que me acompañe allá?

—¡Cómo! ¿no pasareis la noche aquí? Mirad que no hallareis todas las comodidades en casa de Bessia

Maclure, dijo Niel, cuyo interés por su cuñada no era tanto que le moviese á enviarle los pasajeros que podia guardar para sí.

—Tengo que ver en su casa á un amigo. Solo me he detenido aquí para beber un trago é informarme del camino.

—Mas lo acertárais si os quedáseis aquí, dijo Niel con instancia, fuera de que podeis enviar un recado al amigo para que venga á encontraros.

—Repito que es imposible, respondió Morton con impaciencia. Es preciso que vaya inmediatamente á casa de esa mujer, y os suplico que me proporcioneis quien me guie.

—Sois muy dueño, caballero, pero mal haya si necesitais guia. No teneis mas que hacer sino seguir el rio por espacio de dos millas, como si quisiéseis ir á Milnwood. Entonces hallareis á mano izquierda, en frente de un antiguo tronco de sauce, un mal camino que guia á las montañas, y dos millas mas allá, dareis con la casa de Bessia Maclure. No hay temor de equivocarse, porque andareis diez millas de Escocia, que equivalen á veinte de Inglaterra, que no hallareis otra cosa. Siento mucho que os empeñeis en partir al caer de la tarde; pero al cabo mi cuñada es una escelente mujer, y lo que cae en la faltriquera de un amigo no es perdido para nosotros.

Morton pagó su escote, y partió inmediatamente.

Desaparecian ya los últimos rayos del sol cuando descubrió el antiguo tronco de sauce, y entró en un mal camino de arenoso casquijo que estaba en frente.

—Aquí, pensó Morton, es donde empezaron todas mis desdichas; aquí es donde Burley iba á dejarme, cuando una mujer, sentada en este mismo tronco, vino á avisarle que el camino de las montañas estaba ocupado por los soldados. ¿No es muy estraño que mi destino se haya visto ligado con el de ese hombre, sin haber hecho mas que cumplir con él un deber prescrito por la humanidad y la gratitud? ¿Por qué no he de poder yo recobrar la paz y el sosiego en el mismo sitio donde los perdí?...

Haciendo estas reflexiones iba espoleando su caballo: la oscuridad iba á mas; pero la luna, que empezaba á despuntar, le permitia mirar el terreno por donde transitaba.

Hallábase entonces en un estrecho valle rodeado de montañas que habian estado antiguamente cubiertas de árboles, de que solo quedaban algunos en las cumbres escarpadas, y que parecian desafiar la invasion de los hombres, semejantes á las tribus errantes que en un pais asolado buscan un refugio en lo alto de las rocas. Aun estos mismos árboles, medio destruidos por el tiempo, mas pronto indicaban vejetar que vivir, como si existiesen únicamente para muestra de las antiguas producciones de aquella tierra: un arroyo culebreaba por entre las revueltas de las montañas, y su murmullo parecia animar este pais bravío y desierto.

—¿Por qué murmuras tú de ese modo? dijo Morton en medio del entusiasmo de su fantasía; el Océano te recibiria en su seno, así como la eternidad se abre para el hombre al fin de su penosa

peregrinacion. Nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestras penas, nuestros placeres, cotejados con los objetos que han de ocuparnos durante la eterna sucesion de los siglos, valen menos todavía que el tributo de tus débiles ondas para el dilatadísimo piélago en que van á perderse.

Mientras estaba así moralizando, se introducia en un punto del valle mas espacioso: un campo cultivado, y una pequeña pradería indicaban la mano y la presencia del hombre. Algo mas lejos, junto al camino, se alzaba una chozuela, cuyas paredes no pasaban de cinco pies de alto. El rastrojo que la cubria, verde por el moho, ofrecia en sus estremos algunas brechas abiertas por dos vacas, que equivocando el color, lo tuvieran por un alimento mas sabroso. Una tablilla con mala letra y peor ortografía informaban al viandante que allí hallaria *buena posada á pié y á caballo*.

A pesar del ruin aspecto de la tal choza, no era de despreciar la invitacion, atendida la soledad del pais que se acababa de trasponer para llegar á ella, y la mayor aspereza aun del que se ofrecia á la vista al otro lado de este reducido albergue.

—Tan solo en un lugar como este, pensó Morton, podia Burley encontrar una confidenta digna de él.

Y acercándose á la casa, echó de ver al ama, que estaba hilando junto á la puerta.

—Buenas noches, madre, dijo el viajero, no os llamais mistress Maclure?

—Bessie Maclure, caballero, una pobre viuda para serviros.

—¿Podreis hospedarme esta noche?

—Si, señor, si os dignais contentaros con lo poco que podré ofreceros.

—He sido soldado, buena mujer; eso quiere decir que he aprendido en la escuela de la sobriedad.

—¡Soldado! dijo la vieja suspirando; rogad al cielo que os dé otro oficio.

—¡Cómo! ¿no es muy honorífica la profesion de las armas? ¿Creo que no por esto formareis de mi mal concepto?

—Yo no juzgo á nadie, caballero; y el acento de vuestra voz me es muy halagüeño; pero he visto á los soldados oprimir tanto á este pobre pais, que estoy contenta de haber perdido la vista, solo con pensar que no veré ninguno mas.

Al decir esto, Morton reparó que efectivamente era ciega.

—Pero no os incomodaré, buena mujer, le dijo con tono compasivo: el estado en que os hallais no os permite seguramente dedicaros á las tareas de vuestro oficio.

—Nada temais, caballero; conozco bien la casa, y ando por toda ella como si viese todavia, á mas de que tengo una muchacha para ayudarme, y cuando vuelvan los dragones de la patrulla, por una friolera cuidarán de vuestro caballo: ahora son mas corteses que en otro tiempo.

Con esta seguridad, Morton se apeó.

—Peggi, dijo la huéspeda á una muchacha de cerca de unos doce años que habia en la casa,

lleva el caballo del señor á la cuadra; quítale la silla, el freno y la brida, y echa en el pesebre un manojo de heno, mientras que llegan los dragones.

—Entrad, caballero, dijo entonces á Morton; la casa no es hermosa; pero en cuanto á limpia, se le apuesta con la mas pintada.

CAPÍTULO XLI.

Al entrar en la cabaña, notó Morton que su huéspeda no le habia engañado. Nadie, á juzgar por su esterior, hubiera creido que fuese tan aseada por dentro. La limpieza era suma: nada habia supérfluo; pero nada faltaba tampoco de cuanto podia ser necesario ó útil á un viandante. Mistress Maclure le hizo entrar en la pieza donde habia de cenar y dormir, y le mandó servir huevos, leche y queso. Morton no tenia ganas de comer; sin embargo, sentóse á la mesa con ánimo de que se quedase la huéspeda, y de hacerla hablar. A pesar de ser ciega, procuraba la buena mujer que nada faltase, y cierto instinto le hacia encontrar al momento cuanto necesitaba.

—¿No teneis mas que esa hermosa niña para ayudar á servir á los viajeros? preguntóla para entablar conversacion.

—No mas: yo vivo sola como la viuda de Zarefta. Viene muy poca gente á esta pequeña posada, y lo que gano no basta para pagar una criada. Tuve dos hijos que en otro tiempo atendian á todo: Dios me los habia dado, Dios me los quitó; bendito sea su santo nombre; y aun despues de haberlos perdido, he estado mas acomodada de lo que me veis ahora; pero era antes de la última revolucion.

—¿De veras? con todo, yo creo que sois presbiteriana.

—Lo soy, sí, senor; bendita sea la luz que me ha iluminado para guiarme por el recto sendero.

—¿Cómo cabe, pues, que la revolucion os haya sido contraria?

—Si ella ha traido el bien del pais, si ha granjeado la libertad de conciencia, ¿qué vale los daños que haya podido causar á un pobre gusanillo como yo?

—Pero no comprendo todavía cómo ha podido perjudicaros.

—Es una historia larga de contar, caballero; una noche era cerca de un mes antes de la batalla de Bothwell, un jóven oficial se detuvo en esta posada; estaba pálido, cubierto de heridas, perdia toda su sangre, se hallaba imposibilitado de pasar adelante; su caballo estaba tambien tan rendido, que ya no podia mas con él: los enemigos le perseguian, y á encontrarle, le hubieran muerto, pues era nada menos que un dragon. ¿Qué debia yo hacer, caballero? vos que sois soldado, acaso me vituperareis, como han hecho muchos otros; pero yo le hice entrar en mi casa, procuré resta-

ñar la sangre que manaba de sus heridas, y le oculté hasta que pudo partir sin peligro.

—¿Y quién se atreveria á vituperaros por haber obrado así?

—Pues señor, solo por esto todo nuestro partido empezó á mirarme de reojo; dijeron que debia haberme comportado con él como Jael con Sisara; pero yo no me sentí inspirada para derramar sangre: parecíame, al contrario, que el cielo me ordenaba favorecerle, y salvar á un semejante mio; nunca me he arrepentido por mas que se me haya echado en cara que no amaba á mis hijos, por haber socorrido á un hombre que pertenecia al cuerpo que los habia asesinado.

—¡Vuestros hijos fueron asesinados!...

—Pensad como gusteis, caballero, lo cierto es que el uno murió peleando por la fé, y el otro... ¡ay, Dios mio!... los dragones vinieron á prenderle aquí y le fusilaron enfrente de esta casa, á mi propia vista... Desde entonces mis ojos no cesaron de derramar lágrimas, su luz empezó á declinar, y no ha mucho mas de un año que se obscureció enteramente, pero yo os lo pregunto, caballero, ¿habria restituido la vida á mis pobres hijos sacrificando la de lord Evandale?

—¡De lord Evandale! esclamó Morton; ¿á lord Evandale salvásteis la vida?

—Sí, señor, continuó la vieja, y desde aquel tiempo me ha colmado de beneficios: me ha dado una vaca y un becerro, trigo y dinero, y mientras que tuvo alguna representacion, ningun dragon se hubiera atrevido á insultarme; pero somos ahora vasallos del castillo de Tillietudlem. Basilio Olifante, el señor actual, siguió un largo pleito contra lady

Margarita por la propiedad de estas haciendas, y lord Evandale defendia á la señora á causa del amor que profesa á miss Edith, que es una de las mejores y mas lindas muchachas de Escocia, segun dicho de todo el pais; pero al fin Basilio Olifante ganó el castillo y las tierras, Dios sabe cómo, renegando de la fé; y luego, cuando sobrevino la revolucion, fué tambien el primero en volver la tortilla: juró que solo habia sido papista esteriormente y muy presbiteriano en lo íntimo de su corazon; procuró granjearse el favor del nuevo gobierno; y lord Evandale, por lo contrario, perdió toda su opinion, porque era muy noble y franco para cambiar á cada instante como veleta de campanario, aunque muchos de nuestros vecinos sepan como yo, que sean cuales fueren sus principios, nos favorecia tanto como podia; pero en fin, Basilio Olifante, que le tenia mucho encono por haberse declarado contra él en el pleito, queria vengarse, porque los malvados son siempre vengativos; y como nada podia directamente contra él, ¿qué hizo? persiguió á la pobre Bessia Macluro, porque sabia que era protegida de lord Evandale. Me obligó á vender mis vacas por unos atrasos de alquiler; ha procurado ponerme siempre dragones alojados; por fin, no ha perdonado medio para arruinarme, y todo para incomodar á lord Evandale; pero no ha logrado su objeto, porque lord Evandale no sabe nada y se pasará mucho tiempo antes que yo se lo diga. Sé sufrir con resignacion las penas que el cielo me envia, fuera de que no es de gran cuantía la pérdida de los bienes de este mundo.

Morton oyó tan pasmado como atento la ingénua pintura de la resignacion, de la gratitud y del

desinterés de esta buena mujer, y no pudiendo contenerse, maldijo al miserable cuya bajeza le habia inducido á deleitarse en tan ruin venganza.

—No le maldigais, le dijo ella: yo he oido decir que una maldicion es como una piedra echada al aire, que puede caer sobre la cabeza del que la tira; pero si conociéseis á lord Evandale, aconsejadle que vaya con cuidado, porque he oido que los soldados que viven aquí, han pronunciado muchas veces su nombre, y uno de ellos vá frecuentemente á Tillietudlem: se llama Inglis; es como el privado de Basilio Olifante, sin embargo de haber sido otro de los mas crueles opresores del pais, despues del sargento Bothwell. Todo esto me dá que sospechar.

—Yo tomo el mas vivo interés en la seguridad de lord Evandale, dijo Morton, y podeis descuidar, que sabré hallar medio para que llegue á su noticia lo que me acabais de decir; pero en premio, buena mujer, permitidme haceros una pregunta: ¿podriais darme noticia de Quintin Mackell de Yrongray?

—¿Noticia de quién? esclamó ella entre atónita y sobresaltada.

—De Quintin Mackell de Yrongray: ¿tiene algo de espantoso este nombre?

—No... no, respondió titubeando; pero oirle pronunciar por un forastero, por un soldado... ¡Bendito sea Dios! ¿Qué nueva desgracia se me prepara?

—Ninguna de que yo pueda ser causa, dijo Morton; vivid tranquila sobre este punto: el sugeto de quien os hablo, nada tiene que temer de mí, si

como presumo, su verdadero nombre es John Balf...

—¡Chito! no lo pronuncieis, esclamó la vieja poniéndose un dedo en la boca: veo que estais enterado de su sigilo, y que teneis el santo y seña; en este supuesto, puedo esplicarme libremente; pero, por amor de Dios, hablad quedo. ¿Me asegurais que no traeis ninguna intencion de perjudicarle? Sin embargo, me habeis dicho que sois militar.

—Es verdad; pero un militar que no le hará ningun daño: yo mandaba con él en la batalla de Bothwell.

—¿De veras?... A bien que ya encuentro en vuestra voz un no sé qué, que infunde confianza; á mas de que hablais de sopeton sin meditar las palabras, á fuer de franco y honrado.

—Y me vanaglorío de serlo, dijo Morton.

—Es que no os ofendais, caballero, por lo que voy á decir: en estos infelices tiempos, los hermanos están armados unos contra otros, y tanto tenemos que fiar del nuevo gobierno como del antiguo.

—¿De veras? yo lo ignoraba; es verdad que acabo de llegar de paises estraños.

—Oid, pues, dijo la vieja haciéndole seña de arrimarse á ella.

Enmudeció por un momento, volvió lentamente la cabeza en derredor, para que á falta sus ojos, sus oidos le asegurasen de que nadie podia escucharlos, y no percibiendo ruido alguno:

—No ignorais, le dijo, cuánto ha trabajado el amigo por la libertad de los elegidos: Dios sabe todo lo que ha hecho, y acaso ha hecho dema-

siado; pero ¿cuál de nosotros tiene derecho para juzgarle? Tras de la derrota del ejército, pasó á Holanda; allá los mismos hermanos nuestros desterrados en aquel pais se negaron á verle, y el príncipe de Orange le mandó partir. Volvió pues aquí, acudió á su antiguo albergue que conocia mucho tiempo hace, y en que permanecia todavía oculto dos dias antes de la gran victoria de London-Hill, y al cual se dirigia tambien aquella noche del dia en que el jóven Milnwood fué nombrado capitan del papagayo; pero yo tuve cuidado de avisarle que no se espusiese pasando adelante.

—¡Cómo! dijo Morton, ¿érais vos la que envuelta en un manto encarnado, y sentada junto al camino le dijo que habia un leon en la senda que conducia á las montañas?

—¡Válgame Dios! ¿Quién sois pues? esclamó la vieja interrumpiendo su narracion; pero seais quien fuéreis, ¿podreis vituperarme por haber querido salvar la vida tanto á mis amigos como á mis enemigos?

—Cierto que no, buena mujer, dijo Morton; proseguid vuestra relacion. Solamente he querido daros una prpeba de que estaba bien enterado de los negocios de que hablamos para que tuviéseis menos dificultad en participarme lo que os falta decir.

—Pronto estará concluido. Los Estuardos han sido destronados; Guillermo y María han ocupado su lugar. Todos esperábamos ver brillar de nuevo los hermosos dias del pueblo de Dios; pero nada; se ha querido transigir con el cielo, y sin embargo, ¿no está escrito: ojalá estuviéseis ardiente ó frio, pero por qué estais tibio? yo...

—Siendo así, dijo Morton deseando cortar la digresion en que iba á empeñarla su celo por lo que llamaba la buena causa, ¿no estaia contenta del nuevo gobierno, y Burley es de la propia opinion?

—Es la de todos los hermanos nuestros que no han sacrificado á Baal; por fin, algunos han pensado que podria volverse á colocar en el trono la antigua familia reinante, bajo empero nuevas condiciones; y como tiene todavía muchos partidarios en el Norte, que están armados á su defensa, nuestros hermanos accederian á juntarse con ellos, si consintiesen en reedificar el templo en todo su esplendor. A este efecto, nuestro amigo ha hecho un viaje á las montañas del Norte, y ha tenido una conferencia con Claverhouse, que ahora se llama Dundee.

—¡Es posible! esclamó Morton; yo hubiera jurado que esta entrevista habia de costar la vida á uno de los dos.

—¡Oh! no; en tiempos de revolucion se ven mudanzas muy estraordinarias, Claverhouse le recibió muy bien, dióle esperanzas, y le encargó arreglar las condiciones con lord Evandale; pero esto es cabalmente lo que lo echó todo á perder; lord Evandale no quiso verle, ni oirle, ni hablarle; y le mandó decir que si se le presentaba, le mandaria prender como asesino: ha vuelto pues á su madriguera, no respirando mas que venganza; nunca sale, y hay ocasiones en que padece tales arrebatos de furor, que podria tenerse por endemoniado.

—¿Pero cómo podria yo verle? preguntó Morton.

—Mañana, al rayar el dia, antes que se levanten los soldados, mi criadueta Peggi os enseñará el camino, pues desde que he perdido la vista, ella

es quien le lleva lo necesario para sostener su desgraciada existencia.

—Y dónde tiene su morada?

—En un sitio que llaman la caverna de Linklater: tristísimo vivienda para una criatura humana; pero él la prefiere á cualquiera otra, porque sabe que allí nadie le irá á buscar, y además, ¡la ha habitado tanto tiempo!... ¿Pero se os ofrece alguna cosa antes de acostaros, caballero? pues tendreis que levantaros muy de mañana.

Morton le dió las gracias, y su huésped se retiró.

Mientras se desayunaba, oyó entrar á los dragones que venian de patrulla; y habiendo pedido al cielo el valor y la prudencia necesaria para la entrevista á que se preparaba, metióse en la cama, y entregóse á un profundo sueño.

CAPÍTULO XLII.

Empezaba á rayar el dia, cuando Morton oyó llamar muy quedo á su puerta. La niña le preguntó en voz baja si queria ir á la caverna antes que los dragones se levantasen.

Vistióse precipitadamente, y siguió á su guia, la cual iba delante con paso bastante apresurado, llevando una cestilla en el brazo. No seguia ningun camino trillado; subia montañas, atravesaba valles, y cuanto mas avanzaban, mas iba tomando la naturaleza un aspecto sombrío y silvestre; por fin, al cabo de media hora, ya no vieron mas que rocas intermediadas de matorrales.

—¿Falta mucho para llegar al sitio á donde vamos? preguntó Morton.

—Cerca de una milla, respondió la muchacha; pronto llegaremos.

—¿Haces muchas veces este camino?

—Cada dos dias, para llevar las provisiones.

—¿Y no tienes miedo de pasar sola por estos desiertos?

—¿De qué tendré miedo? Nunca se vé un alma por aquí. y mistress Maclure dice que no hay por qué temer, cuando se hace una obra buena.

—¡Feliz inocencia!... pensó Morton, y la fué siguiendo sin hablarle una palabra.

Halláronse luego en un lugar que, en lo antiguo, parecia haber estado cubierto de árboles, donde zarzas y espinos reemplazaban ahora á los robles y abetos. Al llegar allá, la niña se metió de improviso por entre dos montañas y guió á Morton hácia un arroyo. Un ruido sordo, que notara algun rato habia, é iba á mas conforme se adelantaban, le fué preparando en parte al espectáculo que se le ofreció, y que no podia mirarse sin pasmo y terror. Al dejar la cordillera de rocas por donde habia pasado, se hallaron en la plataforma natural de una peña rodeada de un precipicio que parecia tener mas de cien pies de profundidad, y donde espumando se despeñaba el arroyo que bajaba de otra montaña. En vano la vista procuraba alcanzar el fondo; no se divisaba mas que una especie de niebla producida por las aguas que caian en este abismo: el arroyo parecia entonces perderse en las cavernas subterráneas de las montañas que le rodeaban; pero se le veia algo mas lejos recobrar una corriente mas mansa y sosegada.

Mientras que Morton consideraba este espectáculo tan terrible como imponente, la muchacha, tirándole del vestido, le dijo:

—Caballero, este es el camino; tened la bondad de seguirme, pero cuidado con no caer.

Al mismo tiempo, dejando la plataforma, agarrándose con pies y manos á algunos brezos y picos de roca, empezó á bajar hácia el precipicio en cuya orilla se hallaban. Morton, tan diestro como intrépido, no vaciló en seguirla, y bajando hácia atrás como ella, procuraba afianzar el pié antes de soltar el apoyo que asía su mano.

Habiendo así bajado como cerca de veinte pies, encontraron un paraje donde pudieron detenerse: estaban como á treinta pies mas abajo del lugar por donde se arrojaban las aguas al abismo, y á distancia de unos sesenta del fondo del precipicio que las engullia. La catarata caia tan cerca de ellos, que estaban todos bañados por el vapor. Con todo, fué preciso acercarse todavía mas á ella; y cuando estuvieron á cerca de diez pies, vió Morton una vieja encina que la casualidad parecia haber echado allí, y que formaba sobre el abismo un puente no menos horrendo que peligroso. La cabeza del árbol estaba de esta parte, y las raices en el borde opuesto, pegadas á una abertura estrecha que parecia la boca de una cueva, al través de la cual distinguió una luz rojiza y sombría, que formaba un admirable contraste con los rayos del sol que empezaban á dorar la cumbre de la montaña.

La jóven guia le tiró otra vez del vestido, é indicándole el tronco de la encina, pues el estruendo de la catarata impedia que se oyeran las palabras, le dió á entender por señas que habia que pasar por encima.

Morton la miró con sorpresa. No ignoraba que, bajo los anteriores reinados, los presbiterianos perseguidos se habian refugiado muchas veces en los bosques, en lo mas áspero de los montes, y hasta

en las cavidades de las peñas; pero nunca se ofreciera á su fantasía una morada tan espantosa como la que tenia á la vista. Estrañó tambien que, aficionado como era á las escenas sublimes é imponentes que ofrece la naturaleza, se hubiese este lugar ocultado á sus investigaciones en tanto tiempo como habia vivido en este territorio; pero reflexionó que, no habiendo podido conducirle á un sitio tan árido y desierto ni la caza ni otro motivo alguno, y que, estando destinado á salvar algunas víctimas de la persecucion, se guardaria escrupulosamente el sigilo de su existencia por el corto número que tenian noticia de ella.

Discurria tambien sobre el modo cómo podria atravesar este puente horrible, que era mucho mas peligroso por el agua de la catarata que lo mojaba y le hacia resbaladizo. No era muy ancho el espacio que tenia que atravesarse; pero un abismo de sesenta á ochenta pies dispuesto á engullirle merecia alguna atencion. Estaba sin embargo determinado á correr el peligro, cuando la muchacha, como para infundirle valor, pasó por encima del árbol sin vacilar, y volvió á pasar inmediatamente para ir al encuentro de Morton. ¡Cuánto envidió los piececitos desnudos de la muchacha, que afianzándose en las callosidades del cortezon de la encina, caminaba con mayor seguridad de la que le prometian sus botas! No vaciló con todo mucho tiempo; avanzó con intrepidez hácia el terrible puente, y con la vista fija en la punta opuesta, sordo al ruido de la catarata que caia junto á él, y procurando no pensar en el precipicio que tenia bajo sus pies, se encontró en un momento al otro lado cerca de la boca de la cueva que habia visto. Detúvose allí un

instante, pues el resplandor de un fuego de carbon le permitia examinar su interior, al paso que la punta de una roca que le cubria con su sombra impedia que fuese visto del que la habitaba.

No notó en la fisonomía de Burley otra diferencia que la que producia una larga barba entrecana, que se habia dejado crecer desde que perdió las esperanzas de poderse asociar con los serranos de Norte. Estaba sentado en el suelo junto al fuego, con los brazos cruzados y la cabeza caida sobre el pecho; no con el aire de un hombre ocioso y holgazan, sino como embebido en profundas reflexiones. La muchacha hizo seña á Morton que podia entrar, y que le aguardaba allende el puente.

Luego que Burley vió entrar un hombre en la cueva, creyó de pronto que venia para prenderle; y decidido á vender cara su vida, corrió al fondo de su antro y cogió su sable que desenvainó.

—Señor Burley, dijo Morton con serenidad, yo vengo aquí para renovar con vos las relaciones interrumpidas desde la jornada del puente de Bothwell.

Como la boca de la caverna era muy estrecha, y el espesor de las rocas bajo las cuales la naturaleza ó los siglos la habian vaciado, debilitaba mucho el ruido de la catarata, podíase fácilmente hablar y oir lo que se decia.

Burley le conoció al punto.

—Mucho has tardado, Enrique Morton, le dijo. Tú vienes á la viña cuando han dado ya las doce; pero no importa; está escrito que los últimos serán los primeros. ¡Y bien! ¿estás dispuesto á poner manos á la obra? ¿Eres tú de aquellos que pi-

san los tronos y las dinastías, y no escuchan mas que la voz del Altísimo?

—Me sorprende, dijo Morton, que deseaba no contestar á semejantes preguntas, como me habeis conocido despues de tanto tiempo?

—Las facciones de los que han querido obrar conmigo la redencion del pueblo de Israel están grabadas en mi corazon. ¿Y quién se atreveria á venir á buscarme en esta soledad sino el hijo de Silas Morton? ¿Ves este frágil puente que junta mi asilo con la morada de los hombres? Pues un leve esfuerzo de mi pié puede precipitarle en el abismo, ponerme en estado de arrostrar el furor de mis enemigos que se hallasen á la parte opuesta, y dejar mi discrecion al que hubiese tenido la osadía de penetrar hasta aquí.

—No creo que nunca tengais necesidad de apelar á ese género de defensa; vuestro albergue es de suyo tan inaccesible!...

—¡Inaccesible!... ¿No has llegado tú á él? Lo que has hecho tú, ¿no podrian hacerlo mis implacables enemigos? Pero no importa: yo aprecio mi soledad; no la trocara por todos los dorados artesones del castillo que perteneció á los condes de Tornwood. Tú piensas probablemente de otro modo, á menos que no te haya pasado la calentura.

—Cabalmente acerca del castillo, dijo Morton, tengo que hablaros, y no dudo encontrar al señor Burley tan juicioso y sereno como le ví alguna vez combatiendo por la misma causa.

—¿Sí? dijo Burley irónicamente, ¿de veras?... ¿es esa tu esperanza?... Vaya, esplícate con más claridad.

—Con mucho gusto. Vos habeis ejercido, por medios que no penetro, un influjo secreto en la fortuna de lady Margarita Bellenden y de su nieta: de esto ha resultado que han sido despojadas de bienes á que tenian legítimos derechos, y que al injusticia ha adjudicado á ese infame malvado Basilio Olifante.

—¿Tú crees eso? dijo Burley.

—Estoy convencido de ello, y no tendreis valor para negarme lo que consta en la carta que me escribisteis.

—Y en el supuesto de que yo no lo niegue, y tenga el poder y la voluntad de destruir la obra de mis manos, y restablecer la fortuna de la casa de Bellenden, ¿cuál será tu galardon? ¿confias alcanzar la mano de la hermosa heredera y todos sus bienes? Responde: ¿estás seguro de esto?

—No, al contrario; no me queda la menor esperanza.

—¿Pues por quién te has decidido á venir á la cueva del leon para arrancar e su presa? ¿Sabes tú que esa empresa no es menos difícil de ejecutar que el mas peligroso de los trabajos de Sanson? ¿Quién ha de recoger el fruto?

—Lord Evandale y su futura esposa, respondió Enrique con resolucion. Pensad mejor del género humano, señor Burley, y creed que hay hombres capaces de sacrificar su felicidad á la de los demás.

—Por cierto, continuó Burley, de cuantos hombres manejan el sable, doman caballos y peinan bigotes, tú eres, á fé mia, el mas manso y menos sensible á los agravios. ¡Qué! ¿tú quieres poner en los brazos de ese maldito Evandale la mujer á quien

desde tanto tiempo estás amando? ¿pretendes que se le devuelvan unos bienes de que le han privado poderosas consideraciones, para que los disfrute tu rival? ¿Crees tú que haya en toda la redondez de la tierra otro hombre ofendido como tú por este réprobo, capaz de semejante bajeza? ¿Y te atreves á esperar que ese hombre sea nunca John Balfour de Burley?

—Yo, señor Burley, solo doy cuenta á Dios de los sentimientos que me animan. En cuanto á vos, ¿qué os importa que las haciendas de Tillietudlem pertenezcan á Basilio Olifante ó á lord Evandale?

—Estás equivocado. Es mucha verdad que ambos son hijos de las tinieblas, tan remotos de la luz como la criatura que no ha abierto todavía los ojos; pero ese Basilio Olifante es un Nabal, cuya fortuna y poder están á la disposicion de quien puede privarle de todo. Se hizo puritano de rabia por no haber podido lograr la posesion de esos bienes; se hizo papista por alcanzarlos; es ahora partidario de Guillermo para conservarlos, y será todo lo que yo querré que sea mientras yo viva, mientras tenga en mi poder el documento que puede desposeerle de ellos y del que nunca me he desprendido. Los bienes de que disfruta son un freno de que yo empuño las riendas, y tiene que seguir la senda que yo le señalo. Los conservará pues, á menos que no tenga yo cabal seguridad de darlos á un amigo fervoroso y verdadero; pero lord Evandale es un réprobo con cabeza de acero y corazon de diamante: los bienes de este mundo son para él cual las hojas secas caidas de un árbol llevadas por el viento; veríaselas arrebatar por un torbellino, que no se conmoviera ni daria un paso

para impedirlo. Las virtudes mundanas de los hombres que se le parecen son mas perjudiciales á nuestra causa que la sórdida concupiscencia de los que se dejan gobernar por su interés personal, que son esclavos de la avaricia, cuyo rumbo se puede dirigir, y que se ven en la precision de trabajar en la viña del Señor, aunque no sea mas que por el jornal de la iniquidad.

—Todo esto podia ser muy bueno algunos años atrás, dijo Morton; entonces acaso hubiera hallado algun viso de exactitud en esas palabras, aunque nunca las considerara fundadas en la rectitud y en la equidad; pero en las circunstancias actuales me parece absolutamente inútil que conserveis sobre Olifante el influjo de que me hablais: ¿qué uso podeis hacer de él? ¿no gozamos de la paz, de la libertad civil y religiosa? ¿Pues qué mas deseais?...

—¡Qué mas deseo yo! esclamó Burley desenvainando su sable. ¿Ves este acero?... El ha libertado á la Iglesia de mas de un perseguidor; ha trabajado mucho; pero mas le queda todavia que trabajar. Es fuerza que estirpe la heregía, que restablezca á Jerusalen en todo su esplendor, que se cebe en la sangre de los que han vertido la de nuestros hermanos mártires; entonces róale el orin, y descanse junto á los huesos de su dueño.

Diciendo esto, volvió el sable á la vaina, y le llevó al fondo de la caverna.

—Reflexionad, señor Burley, dijo Morton, que no teneis fuerzas suficientes, ni los medios necesarios para pensar en destruir un gobierno que se halla tan firmemente establecido como el nuestro en la actualidad. En general, el pueblo está sosegado y satisfecho; solo se ven algunos descontentos y estos

son los que todavía se sostienen por el rey Jacobo. Pero ciertamente no quisiérais aliaros con una gente que solo se serviria de vuestras armas para alcanzar sus fines particulares.

—Al contrario, ellos serian los que sin pensarlo afianzarian nuestro triunfo. Yo he estado en el campo del réprobo Claverhouse, como David en los de los filisteos: ya habia convenido con él un levantamiento en masa; sin ese pérfido Evandale, todo el Norte á estas horas empuñara las armas. Yo le arrancaria las entrañas, continuó apretando los dientes, aunque la hallase abrazado con el arca del Señor. Si tú quisieses, continuó algo mas sosegado, tú, que eres el hijo de mi antiguo amigo, frustrar las miras que tiene sobre miss Edita, y darle tú en lugar suyo la mano de esposo; si me jurases cooperar á la grandiosa obra con un celo igual á tu valor, no creas que antepusiese yo la amistad de un Basilio Olifante á la tuya; te entregaria al instante este documento, que es la última voluntad del conde de Tornwood, y podria devolverle la posesion de los bienes de sus padres.

Diciendo esto, abrió una cartera, y sacó un pergamino que le enseñó.

—Este deseo, añadió, ha morado siempre en mi corazon, desde el momento en que te ví combatir tan valerosamente para defender el puente de Bothwell. Sé que Edita te ama; si la amas todavía, habla: armado con este documento importante, no temas que te la nieguen.

—Señor Burley, dijo Morton, yo he venido á veros con la esperanza de deciros á un acto de justicia, y no por mira alguna de interés personal;

no lo he conseguido; lo siento mas por vos que por los que son víctimas de esa iniquidad.

—¿Con que rehusas mis ofrecimientos? dijo Burley centelleando sus ojos de rabia.

—Sin vacilar un momento. Si el honor y la conciencia tuviesen algun dominio sobre vos me entregariais ese pergamino sin condicion alguna, para volverlo á aquellos á quienes legítimamente pertenece.

—Redúzcase pues á cenizas; esclamó Burley, no pudiendo contener mas su furor; y arrojando el testamento en medio del brasero encendido que tenia delante, lo empujó con el pié para que las brasas lo consumiesen mas pronto.

Morton se precipitó inmediatamente al fuego para librarlo de las llamas; pero Burley le agarró por el cuello y siguióse de aquí una lucha entre los dos. Ambos eran robustos, y la pasion de que estaban poseidos aumentaba todavía sus fuerzas. Morton logró por fin desembarazarse de las apretadas ataduras que formaban en rededor de su cuerpo los brazos de su adversario; pero ya no era tiempo; el documento importante habia dejado de existir.

El espirituado, dirigiendo entonces á Morton sus encendidos ojos, en que se veia brillar el placer de la venganza satisfecha, al paso que una rabia feroz:

—Ya nada puedo hacer por tí, le dijo; pero tú sabes mi secreto; es forzoso que mueras ó que me jures entrar en todos mis proyectos.

—Desprecio todas vuestras amenazas, dijo friamente Morton; compadezco vuestro delirio, y os abandono.

Diciendo esto avanzaba hácia la boca de la caverna; pero Burley, precipitando el paso le ganó la delantera, y empujando con el pié el tronco de la encina que ofrecia el único medio de salir, le hizo caer en el abismo con un ruido semejante al del trueno.

—¡Y bien! le dijo con una bárbara satisfaccion; héte aquí mi prisionero: defiéndete; á ver si te se ha olvidado el manejo del sable; ó complacerme ó morir.

Y al mismo tiempo corrió hácia el fondo de la caverna para coger su sable.

—No he aprendido todavía á ceder á las amenazas, dijo Morton; tampoco quiero batirme con el hombre que salvó la vida á mi padre, y la evitó la ocasion de un cobarde asesinato.

A estas palabras echóse á correr con la ligereza que le era natural, y saltó por encima del abismo que Burley creia ofrecerle un obstáculo insuperable. Luego que estuvo al otro lado, vió á Burley á la boca de la caverna con el sable en la mano, pálido de sorpresa y luego bermejo de furor. Desapareció por un momento, y volvió con dos pistolas; quiso hacer fuego á Morton; pero la humedad de la caverna las habia inutilizado; el cebo no dió lumbre, y solo pudo darlo á entender con sus gestos que su venganza le seguiria por todas partes. Incorporóse entre tanto Morton con la guia, á quien habia terriblemente amedrentado la caida de la encina; pero pintósela como efecto de la casualidad, y ella le aseguró que no podia seguirse grande inconveniente á Burley, atendida la precaucion que tuviera de preparar en la caverna otros árboles para formar nuevos puentes, en caso de que al-

guna circunstancia imprevista obligase á los que habitaban este antro á destruir para su seguridad el paso de comunicacion que estaba en pié.

Los lances de la mañana de este dia no habian aun dado fin. Al acercarse á la cabaña, la muchacha dió un grito de sorpresa viendo venir hácia ellos á la vieja mistress Maclure, á pesar de que su ceguera no le permitia alejarse de su vivienda.

—¡Peggil gritó luego de haber conocido la voz de los viajeros, despacha, corre á embridar el caballo del señor, y aguárdale detrás de la cerca de espinos.

—¿Estamos solos? preguntó en seguida á Morton; ¿puede oirnos alguien?

Morton, inquieto é impaciente de saber lo que tenia que comunicarle de nuevo, le aseguró que podia esplicarse sin temor.

—Si apreciais á lord Evandale, dijo entonces, esta es la ocasion de acreditarlo, porque corre el mayor peligro. ¡Cuántas gracias á Dios debo dar por haberme dejado el oido sano cuando me privó de la vista! No, no; no conviene que entreis; venid por aquí; seguidme.

Acompañóle detrás de la casa, cerca de una ventana que daba á un cuarto donde habia dos dragones apurando un jarro de cerveza. Morton no podia verlos, ni ser visto de ellos; pero oyó distintamente el siguiente coloquio:

—Cuanto mas pienso en ello, dijo el uno, menos me gusta. Lord Evandale era un buen oficial, amigo del soldado; y si nos castigó despues de la conspiracion de Tillietudlem, á fé mia, Inglis, hay que confesar que lo teniamos muy merecido.

—Lléveme el diablo si yo le perdono, respondió

Inglis; voy á meterle á mi vez en un berengenal.

—Mejor haríamos en reunirnos con él, y juntarnos con los serranos. ¿No hemos comido el pan del rey Jacobo?

—Eres un borrico, ya malogró la ocasion: ¿y por qué?... porque el fátuo de Holliday ha visto un alma en pena, y á su querida se le hacen huéspedes los dedos: el sigilo no se guarda ahora dos dias. ¿Y para quién será el premio? para el que desembuche primero.

—Eso es verdad; ¿pero ese bribon, ese Basilio Olifante, pagará bien?

—Como un príncipe. A nadie del mundo aborrece tanto como á Evandale. Teme siempre que cuando se haya casado con miss Bellenden, no le arme algun pleito por los bienes de Tillietudlem, y si pudiese pillarle algun dia estraviado, saldria entonces de toda inquietud.

—¿Pero ya tendremos la órden de arresto y una fuerza suficiente para verificarla? Mira que no habrá mucha gente dispuesta á obrar contra él; y que ese pajarito no se dejará fácilmente coger en la trampa; se defenderá como un leon, y tendrá á su favor á Holliday, y probablemente á algunos otros camaradas nuestros.

—Eres un mentecato, y hablas como un cobarde. Ahora habita solo en Fairy-Grove para no dar que sospechar. No puede tener consigo mas que á Holliday y al viejo Gudyil, que no vale la pena de un sablazo. Olifante es el juez de paz, firmará una órden, y nos dará alguna gente de la suya. Me ha dicho que nos mandaria acompañar por un antiguo jefe de puritanos que es el mismo demonio, llamado Quintin Mackell, y que peleará como un

desesperado á causa de la ojeriza que tiene á Evandale.

—Enhorabuena: á mas de que tú eres superior mio; y si la empresa no sale bien...

—Caiga todo el vituperio sobre mí. Vamos, otro jarro de cerveza y partamos á Tillietudlem. ¡Hola! ¡eh! Bessia Maclure... ¿dónde está esa vieja hechicera?

—Detenedlos tanto tiempo como podais, dijo Morten á su huéspeda, poniéndole un bolsillo en la mano; solo necesito algunos minutos.

Corrió al paraje donde le aguardaba su caballo.

—¿Dónde iré? pensó al montar: ¿á Fairy-Grove? no; yo solo no bastaria á defenderle. Corramos á Glascow: Wittembold, que manda allí, me dará un destacamento, y me facilitará el auxilio de la autoridad civil. Vamos, Moorkopf, dijo á su caballo, hoy es el dia en que es menester dar pruebas de velocidad.

CAPÍTULO XLIII.

La indisposicion de Edita la obligó á guardar cama el dia en que la repentina aparicion de Enrique habia causado en ella tan terrible revolucion; pero se sintió tan aliviada el dia siguiente, que Evandale volvió á pensar en su proyectado viaje. A cosa del medio dia lady Emilia entró en el cuarto de Edita, y despues de los recíprocos cumplimientos de estilo, la dijo con aire grave y entonado que este dia seria sumamente triste para ella, al paso que libraria á miss Bellenden de una pesada carga: mi hermano nos deja hoy, añadió.

—¡Nos deja hoy! .. esclamó miss Edita; ¡cuanto que será para volver á su casa.

—No tal; creo que se prepara para hacer un viaje mas largo: ¿qué atractivo puede detenerle en este pais?

—¡Gran Dios! prosiguió Edita, ¿con que estoy destinada á presenciar la ruina de cuanto hay mas

noble y generoso sobre la tierra?... ¿Qué podré yo hacer para impedir que corra de esta suerte á su perdicion? Por favor, lady Emilia, dile que yo le ruego que no parta sin haberme visto: al punto bajo.

—Con mucho gusto, miss Bellenden; pero todo será infructuoso.

Salió del aposento con la misma gravedad con que habia entrado, y fué á decir á su hermano que miss Bellenden se hallaba con bastantes fuerzas para pensar en bajar antes de su partida.

—Presumo, añadió con tono malicioso, que la perspectiva de quedar libre de nuestra compañía habrá desvanecido su dolencia.

—A eso llamo yo injusticia, hermana mia, cuando no haya su buena dósis de envidia.

—¡Injusticia!... bien pudiera ser; pero ¡envidia! dijo mirándose momentáneamente á un espejo; nunca creyera que se me tildase de envidiosa sin motivo; pero vamos á reunirnos con lady Margarita; la buena señora ha preparado un desayuno que habria bastado para todo el regimiento de guardias que mandaba en otro tiempo.

Lord Evandale la siguió al comedor sin contestarla, porque sabia que no se apaciguaba fácilmente cuando estaba resentido su amor propio. Diferentes platos preparados cuidadosamente por lady Margarita, cubrian la mesa con profusion.

—Espero, milord, dijo á lord Evandale, que vuestra bondad se contentará con un almuerzo frugal, que es lo que me permite ofreceros mi actual situacion. No me gusta que los jóvenes se pongan en camino en ayunas; esto es lo que yo decia á S. M. cuando se dignó almorzar en Tillietudlem

en el año del Señor 1661, y tuve el honor de que S. M. me contestase, bebiendo á mi salud un vaso de vino del Rhin: «Lady Margarita, hablais como un oráculo.» Estas son las espresas palabras de S. M.: así, pues, milord, ya podeis considerar si tengo yo razon en insistir en que se almuerce antes de emprender el viaje.

Ya se deja considerar que lord Evandale perdió alguna palabra del discurso de la buena señora: su atencion se ocupaba mas en escuchar si llegaba miss Bellenden. Era tanta su distraccion, que ni siquiera llegó á notar el accidente de que vamos á enterar á nuestros lectores, accidente desgraciado que decidió de su suerte.

Mientras que lady Margarita se esmeraba en el agasajo de los convidados en la mesa, que era su pasion predilecta, y sabia desempeñar á las mil maravillas, John Gudyil la interrumpió para decirle que un hombre deseaba hablar con ella, fórmula de que usaba por lo comun cuando queria dar á entender que solo se trataba de una persona cualquiera. ¡Un hombre, Gudyil! dijo lady Bellenden, poniéndose tiesa; ¿qué hombre es ese? ¿no tiene nombre? Parece que yo sea una tendera, y que no haya mas que hacer sino llamarme.

—Ciertamente tiene nombre, dijo Gudyil, pero es un nombre que milady no gusta mucho de oir.

—¿Y qué nombre es ese, necio?

—Pues bien, milady, es Gibby, respondió Gudyil con algun desentono. El epiteto no se le habia sentado bien como era regular, y pensaba que un antiguo criado de la familia, que le habia dado pruebas incesantes de su afecto y desinterés, merecia ser tratado con un poco mas de atencion. Es

Gibby, ya que milady quiere saberlo; Gibby, el actual vaquero de Kitty-Hershaw, que antiguamente era mozo del corral de Tillietudlem, y que cinco años atrás, el dia de la revista...

—Callad, Gudyil, ¡sois muy impertinente en creer que yo me allane á hablar con semejante trasto! Preguntadle qué quiere decirme.

—Ya se lo he preguntado, milady; pero me ha dicho que el que le envia le ha dado la órden de no hablar mas que con V. S. misma: á decir la verdad, creo que ha empinado demasiado la botella y parece tan bestia como siempre.

—Pues enviadle en hora mala, y que vuelva mañana antes de almorzar. Vendrá sin duda á pedir algun socorro, como antiguo criado de la casa.

—Es muy probable, milady, porque el pobre muchacho viene muy andrajoso.

Gudyil, al decir á Gibby que no podia entrar, hizo nuevos esfuerzos para arrancarle lo que tenia que decir á su ama; pero no pudo conseguirlo. Gibby volvió á meterse en la faltriquera una esquelilla que llevaba en la mano, y harto exacto en ejecutar literalmente lo que se le habia encargado, negóse tenazmente á desprenderse de ella, y dijo que volveria el dia siguiente.

Era empero de la mayor importancia que esta esquelilla fuese entregada inmediatamente. Morton, habiendo encontrado á Gibby cerca del puente de Bothwell; habia escrito á toda prisa algunos renglones con el lapicero para avisar á lord Evandale de las maquinaciones de Basilio Olifante, y le aconsejaba que huyese sin demora ó se presentase sin pérdida de tiempo en Glascow, donde le aseguraba

que hallaria proteccion. Habia puesto en el sobre de la esquela: «á lord Evandale, en casa de lady Bellenden, en Fairy-Grove,» encargando al mensajero toda diligencia y la entrega en manos propias, y dándole un par de dollars para escitar su celo y redoblar su actividad.

Pero era estrella de Gibby que su intervencion ya en calidad de guerrero, ya en la de embajador, fuese siempre aciaga á la casa de Tillietudlem. Para cerciorarse de si la plata que habia recibido del que le enviaba era de buen quilate entró en una taberna, é hizo en ella tal parada, que la cerveza y el aguardiente le remataron el poco entendimiento que tenia. Al llegar á Fairy-Grove, ya no pensó mas en lord Evandale; preguntó por lady Margarita, cuyo nombre le era mucho mas familiar, y no pudiendo entregar el papel en manos propias, conforme le habian encargado, prefirió guardarle á que pasase por un tercero.

Apenas salió Gudyil del comedor, cuando entró Edita en él. Lord Evandale y ella mostraron alguna turbacion. Lady Margarita lo notó; pero ignorando lo sucedido del dia anterior, y creyendo que solo la indisposicion de su nieta habia dilatado la celebracion del matrimonio, no lo atribuyó á ningun lance estraordinario, y procuró dejar á entrambos en libertad de hablarse á sus anchuras, tratando de cosas indiferentes con lady Emilia.

En este momento, Edita, pálida y desmayada, dijo, ó mas pronto dió á entender á lord Evandale, que deseaba hablarle á solas.

El la ofreció el brazo, la acompañó á una sala que habia contigua al comedor, hízola sentar en una silla, y él se colocó á su lado.

—Estoy desesperada, milórd, le dijo con la mayor agitacion; y no pudiendo casi articular las palabras, apenas sé lo que quiero deciros, y no encuentro espresiones para esplicarme.

—Si me cabe aliviar vuestros quebrantos, amada Edita, dijo lord Evandale, creed que ningun sacrificio me será costoso para conseguirlo.

—¿Estais bien resuelto, milord, á reuniros con esos hombres que corren á su ruina, á pesar de vuestra sensatez, á pesar de los ruegos de vuestros amigos y del precipicio que veis abierto bajo vuestras plantas?

—Perdonad, miss Bellenden; pero ni el mismo interés que teneis la bondad de manifestarme es capaz de detenerme cuando el honor me manda partir. Mi comitiva está preparada en mi casa, prontos mis caballos; para dar la señal de la insurreccion, solo se aguardaba mi llegada á Kilsythe. La lealtad que debo á mi rey no me permite vacilar ni diferir por mas tiempo. Si es la muerte quien me espera, no pretendo evitarla. Será un consuelo para mí lograr al morir vuestra compasion, ya que no he podido merecer vuestro cariño durante mi vida.

—Quedáos, milord, esclamó Edita con un acento que llegó hasta el corazon de lord Evandale; quedáos para ser nuestro alivio y sostén: confiad en el tiempo; él aclarará sin duda el estraordinario accidente que me trastornó ayer, y me restituirá el sosiego.

—Es ya muy tarde, Edita; faltaria á la generosidad si procurase aprovecharme de los sentimientos que me mostrais en este instante. No está en vuestra mano el amarme: ya no aspiro mas que á

vuestra amistad; pero aun cuando no fuese así, está ya echada la suerte: no puedo...

Cuddy se precipitó en este momento en el salon con el terror impreso en su fisonomía.

—¡Escondéos, milord, escondéos! ¡ya llegan! ¡van á circuir la casa!

—¿Quién llega? ¿de quién hablas? dijo lord Evandale.

—De una partida de hombres á caballo, mandados por Basilio Olifante.

—¡Oh, milord! por amor mio, por amor de Dios, escondéos, repitió Edita.

—¡Yo esconderme! esclamó lord Evandale, no; eso jamás. ¿Y con qué derecho ese miserable querrá prenderme ó impedirme la salida? Aunque mandase un regimiento entero, me abriria yo paso. Cuddy, di á Holliday y á Hunter que monten á caballo. Adios, queridísima Edita.

Echóse á sus brazos y la besó con ternura, y despues de haberse despedido precipitadamente de su hermana y de lady Margarita, que en vano procuraron detenerle, montó á caballo y salió de la casa.

La confusion y el terror reinaban en ella; las mujeres daban espantosos gritos corriendo hácia las ventanas, desde donde se veia bajar de la colina que estaba enfrente de la cabaña de Cuddy, una partida de hombres á caballo, dos de los cuales únicamente parecian militares. Adelantábanse lentamente y con precaucion, como gente que ignoraba la fuerza que podia oponerse á la suya.

—Puede salvarse, esclamó Edita, puede salvarse; abriendo una ventana;

—Milord, gritó á lord Evandale que se alejaba, coged por la izquierda, y huid al través de los campos.

Pero nunca lord Evandale habia visto la cara al miedo: mandó á sus criados que le siguiesen y preparasen sus carabinas, y se dirigió á Basilio Olifante, que ocupaba, á unos sesenta pasos, el único camino de Fairy-Grove.

El viejo Gudyil, pesado ya á causa de la vejez, habia ido por sus armas. Cuddy, mas ágil, cogió con suma ligereza su fusil, que tenia siempre cargado por precaucion, á causa del aislamiento de su cabaña, y siguió á pié á lord Evandale.

En vano su mujer, tan alarmada como los demás, se agarró de su vestido para detenerle, y le predicó que al fin pararia en la horca ó fusilado por la maldita manía de meterse en los negocios agenos; pero Cuddy se deshizo de ella con un vigoroso puñetazo.

—¡Suelta gorrona! la dijo, y cierra el pico. Así debe obrar el buen escocés, ó yo no entiendo palabra. ¿Son esos negocios agenos? ¿Crees que me estaré quieto mirando cómo asesinan á lord Evandale?

Ya hemos visto, cuando el ataque del castillo de Tillietudlem, que Cuddy era aficionado á las marchas oblícuas. Reflexionó en este momento que no pareciendo todavía Gudyil, él solo componia toda la infantería. Dió pues media vuelta á la izquierda y entró en un huerto inmediato para hacer una llamada sobre los flancos del enemigo si las circunstancias lo exigian.

Luego que se presentó lord Evandale, Olifante mandó desplegar su tropa como para rodearle; él permaneció al frente con tres hombres: dos vestian

el uniforme del regimiento de guardias, y el otro iba de paisano; pero á su aire feroz y determinado, á su gesto sañudo é iracundo, todo el que le hubiese visto una vez, no podia dejar de conocer á Balfour de Burley.

—Seguidme, dijo lord Evandale á sus criados, y si acaso intentan detenernos, imitadme.

No estaba mas que á quince pasos de Olifante, y ya se preparaba á preguntarle por qué razon les impedia el paso, cuando Olifante gritó:

—¡Fuego al traidor!

Cuatro fusiles se dispararon á un tiempo.

Lord Evandale echó mano á una pistola del arzon; pero no tuvo fuerza para sacarla, y cayó mortalmente herido. Hunter tiró á bulto. Holliday, que estaba acostumbrado al fuego y era tan diestro como intrépido, apuntó á Inglis y no le erró: al mismo tiempo, un fusilazo disparado de detrás de una cerca por un enemigo invisible, vengó todavía mejor á lord Evandale, pues la bala dió en medio de la frente de Olifante y le dejó muerto en el sitio. Su gente, asombrada de ejecucion tan repentina, no parecia dispuesta á tomar parte en el combate; pero Burley, cuya sangre hervia en sus venas, gritó:

—¡Perezcan los filisteos! y arremetió sable en mano á Holliday: este se defendia con valor, cuando al mismo instante llegaba á todo escape una partida de caballería extranjera: eran dragones holandeses mandados por el coronel Wittenbold, y que acompañaban á Enrique Morton y á un oficial civil.

Wittenbold mandó rendir las armas en nombre del rey, y todos obedecieron al punto, escepto Burley, quien dando espuelas al caballo, buscó el remedio en la fuga. Muchos dragones se pusieron

á perseguirle por órden de su comandante; pero como montaba un soberbio corcel, no era fácil alcanzarle. Viéndose sin embargo bastante acosado por dos de ellos, volvióse para hacerles cara, y disparando sucesivamente sus dos pistolas, mató al uno y tumbó al caballo del otro. Continuó entonces su camino hasta el puente de Bothwell; pero observando la guardia del apostadero siguió la orilla del Clyda hasta un punto que creyó vadeable, y se metió por allí.

Este rodeo dió á los que le perseguian tiempo para llegar: hicieron contra él una descarga general; dos balas le alcanzaron, y se sintió gravemente herido. Volvió inmediatamente la rienda á su caballo, y haciendo una seña con la mano; como si quisiera rendirse, encaminóse á la orilla que acababa de dejar. Cesó desde luego el fuego, y aun dos dragones se avanzaron hácia el rio con ánimo de hacerle prisionero; pero se vió entonces que toda su idea era vengarse y vender cara su vida. Luego que estuvo cerca de los soldados, descargó en la cabeza de uno de ellos un sablazo que le derribó: el otro, que vió tal alevosía, le cogió al momento por la cintura: no pudiendo Burley en esta situacion hacer uso de su sable, se arrojó con su adversario al rio, y aplicándole sus dos manos á la garganta, las apretó cuanto pudo para ahogarle. Con esta lucha ambos cayeron de los caballos, y la corriente del rio los arrebató. La sangre que manaba de las heridas de Burley indicaba el espacio que corrian: dos veces se les vió aparecer en la superficie, el soldado esforzándose por nadar, y Burley procurando arrastrarle al fondo del rio para hacerle perecer con él. No se pasó mucho

tiempo sin que los sacasen del agua; pero ambos estaban muertos ya, y los dedos de Burley estaban tan aferrados á la garganta de su víctima, que para separarlos fué menester cortárselos.

Mientras que este entusiasta feroz perecia de este modo, el valiente y generoso lord Evandale exhalaba el postrer suspiro. Morton, al verle, habia saltado de su caballo para suministrar á su moribundo amigo todos los auxilios que estaban en su mano. Lord Evandale le conoció, le apretó la mano, y no teniendo ya fuerza para hablar, dió á entender por una seña que deseaba ser trasladado á Fairy-Grove. Hiciéronlo desde luego con todas las precauciones necesarias, y se halló en un instante rodeado de todos sus amigos, que lloraban amargamente. El dolor de lady Emilia se manifestó con alaridos; el de Edita fué silencioso, y á pesar de esto mas agudo; ni siquiera advirtió á Morton; inclinada hácia su desgraciado amigo, sus ojos y su corazon estaban embebidos en él. Pero lord Evandale, haciendo un último esfuerzo, cogió la mano de Edita, púsola en la de Morton, y levantando los ojos al cielo, como para implorar sus bendiciones, voló su alma al seno de la eternidad.

CONCLUSION.

Habia resuelto ahorrarme el trabajo de escribir una conclusion, y dejar á la fantasía de mis lectores el cuidado de arreglar á su gusto los acontecimientos posteriores á la muerte de lord Evandale. Este proceder me parecia tan cómodo para el escritor como para el lector; pero no hallando ejemplo alguno en que apoyarlo, estaba muy perplejo sobre este punto, cuando tuve la honra de que Marta Buskbody, una señorita jóven que cuarenta años hace ejerce con mucho aplauso el oficio de modista de Glander-Cleugh y sus inmediaciones, me convidase á tomar el té: conociendo su delicado gusto por las obras de la clase de la que precede, me interesé con ella para que la examinase antes del dia que me habia señalado para ir á su casa; y supliquéla que me iluminase con las luces de la esperiencia que habia adquirido leyendo por dos

veces todo el almacen de los tres gabinetes de lectura que hay en Glander-Cleugh.

Cuando llegué á su casa, á la hora de tomar el té:

—He leido vuestra novela con bastante interés, me dijo; pero vuestro proyecto de suprimir la conclusion no puede menos de ser desatinado. Durante la narracion podeis prescindir de lo delicado de nuestros nervios; pero el desenlace no ha de quedar cubierto como una niebla. Hay que dejar columbrar en el último capítulo algunos rayos de sol; esto es absolutamente indispensable.

—No habria cosa mas fácil para mí que complaceros, señorita; pues nada faltó á la felicidad de las personas por quienes os dignais interesaros; tuvieron muchos hijos varones y hembras, y tienen...

—No hay necesidad de hacer una pintura minuciosa de su felicidad conyugal; ¿pero qué inconveniente hallais en noticiar al lector, en términos generales, que acabaron por ser venturosos?

—Reflexionad que cuanto mas una novela se acerca á su desenlace, menos interesa; lo propio sucede al té: es de escelente calidad, pero la última taza es mas flaca que la primera, y todo el azúcar que se pueda añadir no la hará igualar á las que la han precedido. No de otro modo, cuando una narracion que se acerca á su término está sobrecargada de mil y mil circunstancias que el lector ha previsto ya, se hace molesta á pesar del estilo florido con que se esfuerza el autor en disimular su insulsez.

—Todas estas razones no valen un ardite: yo regañaria á mis oficiales si un solo alfiler faltase

á una escofieta; y vos no cumplireis con vuestra obligacion, si no hablais del matrimonio de miss Edita y de Enrique Morton, y no nos referis la suerte que ha cabido á todos los personajes de su historia, desde lady Margarita hasta Gibby.

—Cabalmente abundo en materiales, señorita, y puedo satisfacer vuestra curiosidad; á menos que intenteis descender á pormenores escesivamente minuciosos.

—Pues bien, decidme desde luego, pues es otro de los puntos esenciales: ¿lady Margarita entró otra vez en posesion de su castillo y sus bienes?

—Sí, señora, y del modo mas sencillo, en calidad de heredera de su digno primo Basilio Olifante, que habiendo muerto *abintestato*, le dejó bien á pesar suyo, no solamente los bienes de que la habia despojado, sino tambien todos aquellos de que él era propietario. John Gudyil fué repuesto en su antiguo empleo, y Cuddy volvió á encargarse con mucho gusto del cultivo de las tierras de la baronía de Tillietudlem; pero fiel á sus principios de prudencia, nunca se vanaglorió de haber sido el que apuntó tan bien el fusil cuya bala fué causa de que tanto su amo como él entrasen nuevamente en el goce de sus antiguas prerogativas. Al fin, dijo á Jenny, que era su única confidenta, se trata de un primo de milady, de un gran señor; y aunque obrase contra toda ley, pues mandó hacer fuego á lord Evandale, sin intimarle el auto de prision, y aunque me remuerda tanto su muerte como la de un perro rabioso, sin embargo al buen callar llaman Sancho. Hizo todavía mas; procuró dar consistencia á la voz que se habia esparcido de que John Gudyil era el autor de tal proeza; y el viejo

mayordomo, de carácter muy distinto del de Cuddy, sin contesar el hecho, nunca lo desmintió formalmente. No quedó olvidada ni la viejecita ciega, ni la muchachuela que sirvió de guia á Morton, y...

—¿Pero y el matrimonio de los primeros personajes? esclamó miss Buskbody, esto es lo mas interesante.

—Se realizó, aunque algunos meses despues de la muerte de lord Evandale, pues todos vistieron luto, que mas que en sus vestidos, llevaron en su corazon.

—Presumo, caballero, que seria con beneplácito de lady Bellenden. A mi me gustan los libros que enseñan á los jóvenes el respeto que deben á sus superiores. En una novela pueden dar cabida á una amorosa inclinacion sin consentimiento de sus mayores; en esto consiste muchas veces toda la trama; pero es preciso que lo obtengan en el desenlace. El mismo viejo Derville accede por fin al matrimonio de su hijo con Cecilia, á pesar de la oscuridad de su cuna.

—Pues lady Margarita hizo otro tanto: conservó algun tiempo cierta ojeriza contra Morton, porque tanto su padre como él habian combatido en favor de los presbiterianos; pero como Guillermo se afianzaba cada dia mas en el trono, y Morton, ó por mejor decir, sir Enrique Morton, (pues habia heredado el título de su tio) disfrutaba con su monarca de todo el crédito y consideracion que merecia, olvidó finalmente lo que ella llamaba los yerros de su mocedad y las faltas de su padre. Edita era su única esperanza; deseaba verla feliz, y se consoló pensando que el destino es el mas famoso casamentero. Esta era la reflexion, segun ella decia,

que le habia hecho S. M. Cárlos II, de feliz memoria, viendo en su salon el retrato de Fergo, conde de Ternwood, su bisabuelo, el hombre mas bien parecido de su siglo, y el de la condesa Juana, su consorte, que era tuerta y jorobada, el dia en que se dignó aceptar en su castillo...

—Muy bien, interrumpióme miss Buskbody: con tal autoridad no le quedaba obstáculo que oponer; ¿pero qué se hizo mistress?... ¿cómo la llama V. la vieja ama de llaves de Milnwood?

—De todos mis actores, la contesté, seguramente es ella la mas feliz. Sir Enrique Morton y su esposa quisieron que durante su vida disfrutase de la posesion del castillo de Milnwood, y van á comer allá una vez al año. Los preparativos para recibirlos la ocupan seis meses antes, y necesita los otros seis para volver á ponerlo todo en su lugar.

—¿Y Niel?

—Llegó á una edad muy avanzada, bebiendo siempre con los realistas y los puritanos, y tocando la gaita tanto para los unos como para los otros.

—¿Y lady Emilia?

—Jóven, rica, bonita, ¿creeis que le podia faltar marido? Presumo que estos son todos los individuos por quienes os interesais; pues en fin...

—Pero Gibby, caballero, Gibby tan desgraciado en todas sus comisiones...

—Reflexionad, mi querida Buskbody, (disimulad la franqueza, que no bastará la memoria de la famosa Scheherezade, aquella emperatriz de los cuentos (1), para retener todas las circunstancias... no

(1) Personaje de las *Mil y una Noches*, que refiere todos los cuentos que contiene aquella obra de los árabes. (Nota del traductor.)

puedo deciros positivamente la suerte que cupo á Gibby; me inclino sin embargo á creer que fué el mozo que algunos años despues sacaron á la vergüenza en Hamilton, por ladron de gallinas.

Miss Buskbody puso su pié izquierdo sobre uno de los morillos de la chimonea, cruzó su pierna derecha sobre su rodilla, apoyóse en su silla, y rascóse la frente levantando los ojos al cielo raso. Deduje de esto que se preparaba á un nuevo interrogatorio, y cogiendo mi sombrero, le dí las buenas noches antes que tuviese tiempo de hacer nuevas preguntas.

FIN DE LOS PURITANOS.

LOS
PURITANOS
DE ESCOCIA

G 59686